

# CATHERINE SHEPHERD



THRILLER FORENSE

# APAGADA

**APAGADA**

---

UN THRILLER FORENSE

**CATHERINE SHEPHERD**

# ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Epílogo](#)

[Muestra de lectura: „Cristales bajo la piel: Un thriller forense“](#)

[Créditos / Aviso legal](#)

## PRÓLOGO

Miro fijamente al tío desplomado en el sofá. En realidad parece bastante majo. Tiene el pelo negro un poco revuelto. Las comisuras de los labios se le curvan ligeramente hacia arriba, como si sonriera. Bajo la camisa clara se adivina un cuerpo bien musculado. Si me lo hubiera cruzado por la calle, puede que hasta me hubiera girado a mirarlo o le hubiera dado conversación. Quién sabe qué habría salido de ahí. El hombre suspira bajito y yo le busco en la cara alguna señal que lo delate. Pero su oscuro secreto no se le nota. Nadie lo ve. Menos mal que yo lo conozco. Voy prevenida. Todos llevamos dentro un lado oscuro. En unos más marcado que en otros. Meto la mano en el bolsillo de su americana y saco una cartera de piel. El cuero es suave y de grano fino. Dentro hay un buen puñado de tarjetas de crédito y más de trescientos euros. Sonríó satisfecha y me guardo las tarjetas y el dinero. Luego me quedo mirando la foto que asoma en un pequeño compartimento a la derecha, protegida por un plástico. El hombre sonríe a la cámara junto a su mujer y a una niña rubia muy guapa. Menuda familia de anuncio, pienso, y vuelvo a meter la foto en su sitio. La cartera no me hace falta; tampoco su documentación ni el carné de conducir. Ni siquiera me molesto en memorizar su nombre. Nada más conocernos me ha dado uno falso. Lo hacen todos. Me da igual.

Registro los bolsillos exteriores de su americana y le palpo con cuidado el pantalón. Tintinean unas monedas. Noto un papel blando, seguramente un pañuelo, y prefiero no hurgar más. El hombre no parece llevar encima nada más que valga la pena. Le echo un último vistazo a la cara. Sigue con los ojos bien cerrados. La sonrisa se le ha borrado de los labios. Seguro que aún pasará una o dos horas en ese sofá lleno de manchas. En la habitación flota un olor empalagoso a vainilla. Junto a la puerta hay un ambientador. Aun así, no consigue tapar el fondo turbio a cerrado, a sudor y a fluidos corporales. Tampoco hace falta, la verdad: la gente que viene aquí no espera gran cosa de este sitio. Hace años que el dueño no se molesta en repintar las paredes amarillentas ni en cambiar los muebles o las moquetas llenas de chinches. No me extraña. Por la habitación solo he pagado veinte euros. A ese precio, seguro que no compensa reformar nada. El que se pasa por aquí solo busca anonimato y sexo rápido y sin complicaciones. ¿Qué pensaría la niña de la foto si supiera lo que su padre hace en este sitio? O, mejor dicho, lo que pretendía hacer. Por supuesto, no me ha puesto un dedo encima. De eso me he encargado yo a tiempo. La droga de sumisión que le he echado en la copa lo ha dejado fuera de combate en diez minutos. Antes de lo que esperaba. La semana pasada tuve en el anzuelo a un tío gordo que aguantó más del doble. Todavía siento sus dedos de salchicha en el pecho. El muy asqueroso no llevaba ni cincuenta euros encima, y por sus tarjetas de crédito tampoco saqué más que una miseria. Desde que los bancos endurecieron las medidas de seguridad, el tipo que me compra las tarjetas me paga menos de la mitad. El trabajo es cada vez más difícil, sobre todo porque cada año hay menos dinero en efectivo. Pero en el fondo me da lo mismo. De todas formas quiero dejarlo. Esto es solo provisional. De algo tengo que vivir. Me largué de casa con dieciséis años. El centro de acogida en el que me metieron después los servicios de protección de menores era un infierno. Tenía que salir de allí, y unos años más tarde, gracias a internet, lo conseguí. Junto con Ivy. En cuanto pienso en ella, se me llenan los ojos de lágrimas. Ivy está muerta. Se clavó una jeringuilla en el brazo y ya no volvió a despertar. Ahora no puedo ponerme a llorar.

Tengo que irme de aquí antes de que el tío del sofá vuelva en sí. Me guardo los vasos a toda prisa. Eso también me lo enseñó Ivy. No dejar rastro. Ya acabé una vez en el trullo por un descuido. No me volverá a pasar. Cada huella dactilar sería un regalo caído del cielo para la policía. Me pillaron robando. Estuve a punto de llevarme un BMW. Pero iba con demasiada prisa y no estaba bien preparada. Tres semáforos después me paró una patrulla. Más tarde, Ivy me enseñó un modelo de negocio mejor. Me giro una última vez hacia el tipo y me esfumo de esa habitación que huele a cerrado.

El pasillo de moqueta verde oscuro se me hace interminable. Sobre mi cabeza parpadean los fluorescentes y su luz fría tiñe las paredes de azul. Se me pone la piel de gallina. Solo ahora me doy cuenta de lo cansada que estoy. Pienso en los trescientos euros que me he embolsado y sonrío. El dinero me llega de sobra para lo que queda de mes. No tendré que buscar otra cita por internet. Los hombres buscan sexo rápido y sin complicaciones, y yo les prometo exactamente eso. Quedan conmigo, los duermo y les vacío los bolsillos. No me voy a hacer rica con esto, pero me da para ir apartando algo. Lo suficiente para terminar los estudios y formarme en algo. Puede que algún día abra mi propio negocio. Una peluquería o una pequeña cafetería. Una cafetería propia. Me gusta la idea.

Aparto un momento esos pensamientos porque he llegado a la recepción. Saludo al tío del mostrador con un gesto amable de la cabeza. Él me devuelve el saludo con la mano. Me conoce y sabe que mi cliente bajará un poco más tarde. La mayoría de los hombres no le reclaman nada. Les da vergüenza denunciarme. Al fin y al cabo, solo les falta algo de efectivo y unas cuantas tarjetas. Con eso se puede vivir y, sobre todo, se le puede ocultar a la esposa. Mi trabajo no está tan mal, la verdad, pienso mientras empujo la pesada puerta de cristal y salgo a la calle. Al instante me rodeo el cuerpo con los brazos. Un viento helado me envuelve. Solo llevo un abrigo fino. Cruzo rápido la calle, donde a estas horas ya no hay movimiento. Decido tomar el atajo por el parque. Me ahorro diez minutos largos. Con los tacones, eso sí, no avanzo demasiado bien. Acelero el paso mientras las copas de los árboles se mecen sobre mí.

La luna ilumina el camino, pero también proyecta sombras que danzan de un lado a otro como fantasmas. Miro a mi alrededor. Nadie me sigue. Estoy sola, al menos hasta donde alcanzo a ver. Aun así, el corazón se me acelera. Camino todavía más deprisa, sin dejar de mirar a los lados. Por lo menos ya he entrado en calor. Por este parque suelen rondar vagabundos y yonquis. No quiero cruzarme con ninguno. Ya casi he recorrido la mitad del camino. Delante de mí está la fuente que ocupa el centro del parque. Unos imponentes leones de piedra descansan al borde del pilón. Tienen las fauces abiertas de par en par. En verano escupen chorros de agua que caen al pilón entre chapoteos, pero en invierno la fuente está parada. De pronto, su silencio me resulta inquietante. El viento también ha enmudecido y la tensión va en aumento. Una sombra se despega de uno de los leones. Parpadeo y al principio pienso que es una rama movida por el viento. Pero los árboles no se mueven en absoluto. El aire está casi inmóvil. La sombra, en cambio, no. Viene hacia mí. Me desvío bruscamente hacia la izquierda. Lo que me faltaba: que un yonqui me venga a sablear por cuatro monedas. El tío se detiene. Noto que me clava la mirada y paso a toda prisa, guardando toda la distancia que puedo. Hay que largarse de aquí. A estas alturas me duelen los pies. No les doy tregua. Y entonces oigo pasos. Sus pasos, cada vez más cerca. Echo a correr y miro atrás con nerviosismo. El hombre está ya justo detrás de mí. Siento su aliento ardiente en la nuca.

—¡Lárgate! —chillo. Pero su mano fuerte ya me tapa la boca. Enmudezco y alzo la vista al cielo nocturno mientras me obliga a girarme de un tirón.

—No habíamos terminado —me sisea al oído, y en el mismo instante en que lo reconozco, todo a mi alrededor se hunde en una negrura helada.

# 1

---

Julia sonrió y rodeó a Florian con un brazo.

—Tú lo que quieres es que me ponga ese camisón tuyo —bromeó y se dispuso a bajar del coche. Pero Florian le sujetó la mano.

—Quiero que esta noche te quedes conmigo, ¿y sabes qué? Te acepto incluso sin esa prenda que, lo reconozco, es de lo más sugerente. —La atrajo hacia sí y le dio un beso en los labios—. Es que no me canso de ti.

—Eres un granuja —replicó Julia—. Voy a pasarme casi todo el día en la sala de autopsias. ¿Seguro que después vas a querer invitarme a tu casa?

—No hay problema —contestó Florian con un suspiro teatral—. Mientras a ti no te importe que me pase las próximas horas interrogando a asesinos en serie. Espero que no se me pegue nada. —Sonrió con descaro y la soltó—. Nos vemos esta noche.

Julia bajó del coche y lo vio alejarse. Después se dio la vuelta y entró en el Instituto de Medicina Forense, que dirigía desde hacía apenas un año. Había heredado el cargo de su antiguo jefe, Manfred Holsten, ya jubilado. Por fortuna, él seguía echando una mano de vez en cuando con el fastidioso papeleo administrativo. En aquel instituto había más formularios e informes de los que jamás habría imaginado.

Julia recorrió a paso ligero el largo pasillo hacia su despacho. Hoy, por suerte, no tocaba nada de eso. Prefería trabajar en la mesa de autopsias y hacer algo que a sus ojos tuviera sentido. No podía devolverle la vida a nadie, pero casi siempre lograba determinar por qué había muerto una persona. A los familiares les daba respuestas, y a la policía, pistas valiosas para atrapar a un culpable. Julia abrió de golpe la puerta del antedespacho y se quedó clavada en el sitio al ver la mirada de advertencia de su secretaria.

—El señor Moeller la espera en su despacho. Quiere hablar con usted un momento —susurró Kerstin Brandt, señalando la puerta con la cabeza.

Julia frunció el ceño. Christian Moeller, un fiscal joven, llevaba solo unas semanas en la fiscalía de Colonia. En realidad no tenía tiempo para él, pero por la rendija de la puerta vio su cara pálida. Se le notaba tenso. Probablemente lo había enviado su superior, el fiscal jefe Kreitz. Julia se imaginaba de qué caso se trataba.

—Buenos días, señor Moeller —lo saludó y se sentó a su lado en la mesa de reuniones.

—Me envía el señor Kreitz por el caso del Hombre Lobo. Quiere una copia de todos los resultados y pregunta si no hay indicios más concluyentes de violación.

—¿El caso del Hombre Lobo? ¿Así lo llaman ahora? —Julia negó con la cabeza. ¿A quién se le habría ocurrido un nombre tan sensacionalista? Observó a Christian Moeller y se preguntó si habría sido idea suya.

—El agresor lleva una máscara de lobo cuando viola a las mujeres. —Moeller se encogió de hombros, algo cohibido—. Nos pareció que Hombre Lobo era un nombre adecuado para el grupo especial de investigación.

Y para la prensa, añadió Julia para sus adentros. No pensaba inmiscuirse en los asuntos de la fiscalía. Y menos aún en los de Bjoern Kreitz. El fiscal jefe tenía fama de mordaz.

—Como usted sabe, mi colega el doctor Neumann lleva este caso. Yo estoy al corriente, naturalmente. Ha redactado un informe muy detallado y ha adjuntado todos los resultados —explicó Julia.

—El señor Kreitz quiere que usted también revise el caso. Necesita algo que presentarle al juez. Por fin tenemos un sospechoso. Pero lo niega todo, y eso que las pruebas son abrumadoras.

—Si las pruebas son tan sólidas, no necesita usted nada más de mí —repuso Julia, que se subió las gafas de pasta por el puente de la nariz y frunció el ceño—. Por lo demás, no tengo la menor duda sobre los resultados del doctor Neumann. Lo dicho: las violaciones no pueden demostrarse de forma concluyente. No encontré restos de semen ni lesiones en la zona vaginal que lo indicaran. Lamento que desde la medicina forense no podamos aportar más. En este caso tendrán que recurrir a las declaraciones de los testigos y a otras pruebas. No dude en decírmelo si en los informes falta algún resultado del laboratorio. Mi secretaria le facilitará la documentación.

Christian Moeller bajó la mirada. En el cuello le habían salido unas manchas rojas.

—Eso, por desgracia, no basta —murmuró con impotencia.

Cuando él volvió a levantar la vista, Julia se dio cuenta de lo tenso que estaba el joven fiscal. Alzó las manos en un gesto apaciguador.

—Escuche, he comentado los casos con el doctor Neumann. No ha podido confirmar la violación en ninguna de las tres mujeres. Sospechamos que las sedaron con droga de sumisión. Pero no conseguimos detectar la sustancia ni en la sangre ni en la orina ni en el pelo. En sangre y orina solo es detectable durante doce horas como máximo, y en el pelo únicamente podríamos identificar un consumo habitual. Y aquí no es así.

—Pero con esa respuesta no puedo presentarme ante el señor Kreitz. Me ha enviado expresamente a verla para que consigamos algo útil.

—Entiendo su situación —contestó Julia—. ¿Sabe qué? Bjoern Kreitz puede llamarme directamente cuando quiera. Así le explico yo misma los detalles. ¿De acuerdo?

El joven fiscal asintió con vacilación, se levantó por fin y salió del despacho arrastrando los pies. Julia respiró hondo. Pensaba cantarle las cuarenta al fiscal jefe cuando la llamara. ¿Qué se creía Bjoern

Kreitz que hacían allí? No podía poner en duda sin más la competencia del doctor Neumann. Suspiró. Aquel hombre no tenía esa fama por casualidad. No debía alterarse. Al fin y al cabo, seguramente hacía bien su trabajo.

—Seguro que Lenja lleva un buen rato esperándome —dijo. Se levantó de la silla de un salto y salió al antedespacho. Saludó con la cabeza a su secretaria y enfiló a toda prisa el pasillo gris del instituto forense hacia las salas de autopsias.

Lenja Nielsen, su ayudante, estaba junto a una de las mesas de autopsias con el equipo completo puesto y abría la cremallera de una bolsa para cadáveres. Llevaba el pelo rubio completamente recogido bajo un gorro de plástico azul y media cara cubierta por una mascarilla. Al ver a Julia, se detuvo.

—Ah, ya estás aquí —dijo con un ligero acento finlandés—. Pensaba que aún estabas ocupada e iba a empezar yo con el examen externo del cadáver.

—Christian Moeller, el nuevo fiscal, quería más detalles sobre los casos de violación que lleva el doctor Neumann —explicó Julia, que puso los ojos en blanco y saludó a Lenja con la cabeza. Observó al hombre de treinta y cinco años que asomaba bajo la cremallera—. ¿Qué sabemos de esta muerte? —preguntó, porque a primera vista no se apreciaba ninguna lesión.

—Se desplomó en su despacho, delante de sus compañeros —contó Lenja mientras retiraba la bolsa y dejaba a la vista el cadáver desnudo—. El hombre era abogado. La familia cree que fue un asesinato. Por eso la policía quiere salir de dudas.

—¿Un asesinato? —Julia negó con la cabeza y contempló el cuerpo delgado.

—El inspector encargado me ha contado que hubo una disputa en el bufete. Al difunto iban a nombrarlo socio. Pero por lo visto había un rival muy exaltado que le echó algo en el café. Ya ha llegado el informe del laboratorio sobre la taza: no se encontró veneno ni nada parecido.

—Entiendo —repuso Julia y examinó al muerto. Por fuera parecía completamente intacto.

—Se le ve bastante atlético y delgado. Es más bien improbable que haya muerto por causas naturales —observó Julia.

—Cierto. Ahora mismo le saco sangre y tomo también una muestra de pelo. Cuanto antes llegue todo al laboratorio, mejor. — Lenja cogió una jeringuilla, pero se paró en seco. Se frotó la frente —. Me parece que ayer bebí más de la cuenta —dijo, y en ese momento Julia se dio cuenta de lo pálida que estaba.

—¿Quieres hacer una pausa? —le ofreció Julia—. Yo puedo apañármelas sola con el muerto.

—No, ni hablar. —Lenja negó con la cabeza—. El que aguanta la fiesta tiene que aguantar también el trabajo. Marcel se presentó ayer en mi puerta con una botella de champán, y la última copa, por lo visto, estuvo de más.

Algo en el tono de Lenja hizo que Julia aguzara el oído. Su ayudante finlandesa era una persona sociable, todo lo contrario que ella. A Lenja le gustaba salir y disfrutar de la vida, sobre todo con su novio Marcel. Tenía pensado irse a vivir pronto con el estudiante de medicina.

—Pues yo creo que Marcel tiene algún problema con el alcohol —soltó de pronto tras un suspiro.

—¿Y eso lo piensas solo por una botella de champán? —Julia se acordó de los muchos alcohólicos que ya habían acabado en su mesa de autopsias. La mayoría le daba a cosas de más graduación.

—No sé —murmuró Lenja mientras extraía sangre del cadáver—. Es solo una sensación, porque ya no pasamos ni una sola noche juntos sin alcohol. Marcel no se emborracha hasta perder el sentido, claro, pero sin dos o tres copas se le nota inquieto. Después de la primera copa, su humor mejora a ojos vistas.

—Algunos estudiantes de medicina tienden a pasarse —dijo Julia y abrió la caja torácica del cadáver. Fue seccionando las costillas una a una hasta dejar a la vista los pulmones y el corazón—. ¿Has hablado con él del tema?

—Todavía no he encontrado el momento —contestó Lenja, encogiéndose de hombros—. Tampoco es un alcohólico de verdad, pero parece tener esa tendencia.

Julia comprendió a qué se refería. Había personas que resistían peor las tentaciones. Aun así, le extrañaba que Lenja no hubiera hablado del asunto con Marcel. Normalmente no tenía pelos en la lengua y siempre iba con el corazón en la mano.

—Mira las arterias coronarias —dijo, señalando una que nacía de la arteria pulmonar y llegaba al corazón—. Es una malformación congénita muy poco frecuente. —Miró a Lenja—. A este hombre no lo envenenaron. Estamos ante una muerte súbita cardíaca.

—¿Y cómo pudo llegar a esta edad con semejante cardiopatía? —preguntó Lenja, contemplando la anomalía.

—Ocurre en algunos casos. Estas personas no desarrollan síntomas, pero si se exigen demasiado físicamente durante mucho tiempo o el estrés les pesa en exceso, la malformación puede dejar el corazón sin oxígeno suficiente. A veces el desenlace es mortal.

—Entonces ¿de verdad se desplomó sin más?

—Volviendo a tu problema —dijo Julia tras asentir—. ¿Por qué no tiras todo el alcohol que haya en tu piso? Seguro que él no va a traer una botella cada vez. Así verás qué pasa.

—¡Pues ahí está! Eso es exactamente lo que hice. —Lenja dejó escapar un profundo suspiro—. Y al día siguiente se plantó en la puerta tan campante con otra botella de champán.

—¿Y teníais algo que celebrar? —Julia observó a Lenja, que parecía profundamente abatida. En ese momento sonó su móvil. Julia echó un vistazo a la pantalla y se quitó un guante al ver el nombre de Florian.

—¿Julia? —preguntó Florian, y algo en su voz hizo que se pusiera alerta de inmediato—. Sé que estarás hasta arriba, pero te necesito aquí. Tienes que venir a ver a una muerta. Es realmente urgente.

El instituto forense de Colonia estaba en el Melatenguertel, junto a un cementerio enorme. Julia salió de allí al volante de su destartado Golf, que llevaba años queriendo cambiar. Al cabo de un rato torció por una calle que se adentraba en un extenso polígono industrial. Pasó junto a chatarrerías y concesionarios de coches usados que anunciaban sus ofertas a bombo y platillo. Y junto a naves fabriles medio derruidas que hacía mucho habían dejado atrás sus mejores tiempos. Un cartel desgastado por la intemperie señalaba el camino a una fábrica de cartonajes. Tres tanques oxidados y desmesurados se alzaban como bloques de pisos contra el cielo gris del invierno. Hoy, las nubes espesas no dejaban pasar ni un rayo de sol. Hacía un frío glacial. La calefacción del coche luchaba en vano contra él. Menos mal que ella y Lenja llevaban abrigos de invierno forrados.

—Tiene que ser ahí delante —dijo Lenja, emocionada, y se frotó las manos.

Julia no había querido dejarla en el instituto. En realidad, con el volumen de trabajo que tenían, su decisión no era muy sensata; por otro lado, Lenja parecía tan hundida que quizá le viniera bien distraerse un poco. A Lenja le encantaban las salidas al lugar de los hechos. El doctor Neumann había asumido a última hora la autopsia del abogado fallecido. Julia conocía de sobra las dudas que trae

consigo el amor. De momento estaba en una nube, aunque eso podía cambiar cualquier día. Irse a vivir con Florian seguía sin ser una opción para ella, pero al menos ya había dejado algunas cosas personales en casa de él. Sorprendentemente, le sentaba bien; de algún modo, le parecía lo correcto. En casa de Florian empezaba a sentirse un poco como en la suya. Lanzó una mirada de reojo a Lenja, que observaba como hipnotizada las cintas del cordón policial. Hasta hacía unas semanas, su ayudante estaba loca por Marcel. Pero algo tenía que haber pasado entretanto. A Julia le costaba creer que todo se debiera únicamente a que Marcel bebía. Sonaba más bien a excusa, aunque quizá Lenja ni siquiera fuera consciente.

Aparcó el coche en el arcén, ante una cinta de precinto de rayas rojas y blancas. En el recinto que tenían delante se alineaban cientos de contenedores que se alquilaban baratos como trasteros. La zona parecía casi una pequeña ciudad. Julia se preguntó qué guardaría la gente en aquellos contenedores. Ella no era de acumular ni de coleccionar cosas. En su sótano había unas cuantas herramientas y una bicicleta, nada más.

Bajaron del coche y una agente de policía las recibió de inmediato.

—¿Son ustedes de medicina forense? —quiso saber la joven y les pidió que le mostraran las acreditaciones.

—Sigan hasta los contenedores y giren en la tercera fila. Encontraron a la muerta al final del pasillo.

Julia y Lenja echaron a andar hacia donde les habían indicado. Desde lejos, Julia ya distinguió a Florian, que estaba con su compañero Martin Saathoff delante de un contenedor azul oscuro abierto. Los técnicos de la policía científica, enfundados en monos blancos de protección, se afanaban alrededor de los dos. Un fotógrafo disparaba una foto tras otra, mientras dos agentes de uniforme acordonaban la parte trasera del recinto.

—¡Déjenme marchar! ¡Yo no tengo nada que ver con la muerta!  
—bramó de pronto un hombre algo rechoncho, calvo y con barba cerrada. Julia no había reparado en él hasta entonces. Él retrocedió un paso, tambaleándose, y fulminó a Florian con la mirada.

—Tranquilícese —le dijo Florian y saludó brevemente a Julia y a Lenja con un gesto por encima del hombro—. Tenemos que tomarle declaración como testigo. Eso no significa que sea usted sospechoso. Pero ha sido usted quien ha encontrado el cadáver durante la noche y quien ha llamado a la policía.

—¡Ojalá hubiera cerrado el pico! —gruñó el hombre y se dio una palmada en la frente—. Les he avisado porque quería dejar claro que no tengo nada que ver con este asunto.

—Necesito saber con exactitud por dónde ha saltado la valla y cómo ha abierto el contenedor —dijo Florian con un suspiro—. Cualquier detalle puede ser importante.

—Pero le queda claro que no he robado nada, ¿verdad? Solo he reventado el candado y al momento me ha llegado ese olor tan raro. He visto a la mujer muerta y he llamado enseguida.

—Somos de la brigada de homicidios. Otros compañeros se pondrán en contacto con usted por haber forzado la entrada. Solo puedo pedirle que nos ayude —dijo Florian con tono apremiante.

—Está bien, les enseño cómo lo he hecho —masculló por fin el barbudo y señaló la alta valla que rodeaba el recinto.

—Perdona, ahora mismo esto es un poco caótico —dijo Florian y se volvió hacia Julia—. El cadáver está en el contenedor. Podéis examinarlo; el fotógrafo ya debería haber terminado. —Le sonrió e hizo un gesto con la cabeza hacia las puertas azules abiertas—. Martin os enseñará lo más importante. Yo voy en cuanto acabe aquí.

—Vale, hasta ahora —respondió Julia y se encaminó al contenedor. Lenja y Martin Saathoff la siguieron.

—Un momento, por favor —dijo el fotógrafo y desató una tormenta de destellos—. Solo he hecho unas cuantas tomas más por seguridad. Ya pueden pasar. —Salió del contenedor y dejó a la vista el cadáver.

—Gracias —murmuró Julia y se ajustó las gafas. Se detuvo en el escalón ante las puertas del contenedor y observó primero el interior. Las paredes estaban forradas por completo con plástico azul. Le llegó el olor metálico de la sangre. El espacio le recordó a una cámara de tortura. Junto a una camilla oxidada había una mesa con diversos instrumentos quirúrgicos; sobre la camilla, el cadáver,

sujeto con correas. Varias tiras anchas de cuero le cruzaban el torso, los brazos y las piernas. La mujer estaba completamente vestida, con un pantalón largo negro, botas de cuero marrón claro y un jersey grueso. Casi parecía que solo se hubiera tumbado un momento. Pero las manchas de sangre del cuello del jersey, de la camilla y del suelo lo desmentían. Los ojos apagados de la muerta miraban al techo. Tenía la mandíbula caída, de modo que la boca quedaba abierta como en un grito deformado. Un gorro de lana rojo oscuro le cubría la cabeza. Julia calculó que tendría veintitantos años, cerca de los treinta.

—¿De dónde sale la sangre? —preguntó Lenja.

—No es mucha —respondió Julia y se acercó a la camilla. Observó la cabeza de la mujer: debajo se había formado un pequeño charco de sangre.

—En la mesa hay instrumental. Tiene sangre pegada. Suponemos que la mataron aquí dentro —dijo Martin Saathoff mientras se retorció el mostacho. El pelo, medio canoso, se le disparaba en todas direcciones, como si acabara de salir de la cama—. Pero el motivo por el que os hemos llamado está debajo del gorro de lana. Florian solo lo ha levantado un poco. Lo mejor es que lo veáis vosotras mismas.

Julia asintió y levantó el gorro con cuidado. Quedó al descubierto el pelo corto y rubio. Saathoff carraspeó con fuerza y se quedó en la entrada del contenedor. Julia lo miró. Se le veía un poco verde. Volvió a concentrarse en la cabeza de la muerta y reconoció de inmediato lo que los dos habían visto. Algo no cuadraba con la oreja. Distinguió las suturas que la rodeaban por completo. De las marcas de punción había salido sangre. El hilo azulado estaba cosido sin mucho esmero y las puntadas eran muy irregulares. Pero no fue eso lo que la desconcertó. Increíblemente, inspeccionó la oreja, que no acababa de encajar con el cráneo.

—Madre mía —murmuró, e indicó a Lenja que se acercara—. Esta no es su oreja. A mi juicio, el tamaño es más bien de hombre. —Rodeó a toda prisa la camilla y examinó la otra oreja.

—Estas orejas no son de la muerta —afirmó, conmovida—. Se las cosieron a esta mujer. Por el tamaño, yo diría que son orejas

masculinas, y su grado de descomposición me parece bastante más avanzado que el de la víctima. Como no ha salido demasiada sangre, de momento doy por hecho que el asesino le amputó las orejas después de muerta y luego le cosió las ajenas. —Julia levantó la vista y miró a Martin Saathoff—. Santo cielo. Me pregunto qué habrá sido del hombre al que pertenecen.

Saathoff dejó de retorcerse el mostacho y tragó saliva; la nuez le subió y le bajó.

—¿Quieres decir que hay otra víctima?

—Eso no lo sé. —Julia se encogió de hombros y contempló las orejas exangües, ya de un tono grisáceo—. Solo puedo decir que se trata de orejas humanas de verdad. Dan la impresión de haber estado conservadas en formol. El laboratorio podrá decirnos si es así y si proceden de un hombre o de una mujer.

—¿Y de qué habrá muerto? —preguntó Lenja, examinando el jersey de la víctima—. No veo por ninguna parte una lesión mortal.

Julia se volvió de nuevo hacia la muerta. Cortó las correas de cuero y le subió el jersey. Apareció un sujetador negro. El torso estaba completamente intacto. Giraron a la mujer de lado para observarle la espalda. Tampoco allí encontraron lesiones.

—Desde luego, la amputación de las orejas no pudo ser la causa de la muerte —murmuró Julia y le levantó un párpado—. No aprecio hemorragias. Tampoco marcas de estrangulamiento en el cuello. —Iluminó con la linterna el fondo de la garganta de la muerta—. No se ven cuerpos extraños que hayan podido obstruir el paso del aire. Descarto la violencia con arma de fuego, cuchillo u otro objeto. Me temo que tendremos que practicarle la autopsia para averiguar la causa de la muerte.

—¿Tú también crees que a esta mujer la asesinaron en este contenedor? —preguntó Martin Saathoff.

—No lo sé —respondió Julia—. Hasta ahora no he visto rastros de violencia mortal, así que también podrían haberla envenenado. O alguien pudo apretarle un cojín o una manta contra la boca y la nariz. Pero eso pudo ocurrir en cualquier parte. —Buscó con la mirada la mesa del instrumental—. Ahí estarán probablemente la aguja y el hilo con los que cosieron las orejas. Y es de suponer que

uno de los bisturís sirvió para cortarlas. —Se detuvo un instante al caer en la cuenta de algo importante—. ¿La Científica ha encontrado las orejas amputadas de la víctima?

Saathoff abrió los ojos espantado y salió disparado del contenedor. Llamó con un gesto a un hombre vestido de blanco de arriba abajo. Al cabo de un rato regresó con los hombros caídos.

—Nada —dijo—. No han encontrado ni orejas ni restos de ningún tipo en los alrededores.

—Entiendo. Pues esperaremos primero a la autopsia y a los resultados del laboratorio. —Negó con la cabeza, pensativa. A menudo, a las mujeres las mataban por motivos sexuales. Pero la muerta iba vestida. El pantalón estaba bien colocado, la cremallera cerrada, y no se veían manchas que apuntaran a fluidos corporales. A primera vista, eso hacía pensar que no había habido violación. También la sangre del cuello del jersey indicaba que el asesino no se había molestado en desnudar a su víctima. Julia se preguntó si lo habría hecho adrede o si simplemente había sido un chapucero.

—Qué extraño —dijo—. El asesino forra todo el contenedor con plástico. Es evidente que cuida la limpieza. Y luego arruina la ropa de la víctima con manchas de sangre. ¿No es una contradicción?

—A lo mejor no soporta ver a mujeres desnudas —repuso Lenja, pensativa—. Podría ser un tipo mojigato o reprimido. Da la impresión de que ni la tocó. No tiene un solo moratón en las manos, en la cara ni en el cuello. ¿Es que no se defendió en absoluto?

—Probablemente no. Lo más seguro es que la sedaran. —Julia le examinó las muñecas, pero prefirió no subirle las mangas del jersey. Eso lo haría en la sala de autopsias, donde había más luz. Palpó con cuidado los bolsillos del pantalón de la muerta.

—No lleva documentación encima. ¿Tenéis ya alguna idea de quién podría ser?

En ese momento entró Florian.

—Todavía no hemos comprobado la base de datos de personas desaparecidas —contestó y se colocó a la cabecera de la camilla. Contempló el cráneo e hizo una mueca.

—¿Por qué le cortó las orejas y se las volvió a coser? —preguntó.

Julia le explicó que no se trataba de las orejas de la víctima, sino, con toda probabilidad, de las de un hombre. Florian palideció al instante un poco más.

—Lo mejor será practicar la autopsia cuanto antes —propuso Julia—. Creo que en este caso debemos partir de la base de que hay otro crimen.

—Aviso en cuanto puedan llevarse el cadáver —asintió Florian y se volvió hacia Martin Saathoff—. Por cierto, nuestro testigo, Pavlo Burakow, tiene antecedentes por varios robos con fuerza. No creo que tenga nada que ver con este asesinato, pero aun así no deberíamos perderlo de vista. Por desgracia, no he sacado de él ninguna información útil. Esta noche ha saltado la valla para reventar unos cuantos contenedores. Ha forzado el candado y se ha topado directamente con el cadáver. Por miedo a que lo relacionaran con un asesinato, ha llamado a la policía. Eso es todo. En todo ese rato no ha notado nada sospechoso.

—Casi me lo imaginaba —gruñó Martin Saathoff—. Deberíamos revisar las imágenes de las cámaras de seguridad. Con un poco de suerte, descubrimos en ellas al autor o a los autores.

## *Cuatro años antes*

Anne quería a su marido, pero ahora, cuando él la tocaba, sentía que aquello no estaba bien. Las yemas de sus dedos le dejaban un ardor sordo en la piel. Cogió aire y lo soltó. No sirvió de nada. Lo miró fijamente. Él tenía los párpados cerrados y ella le veía la pasión en la cara. Anne no debía cerrar los ojos; eso ya lo había comprendido. En cuanto lo hacía, aparecía *él*. El hombre que la había atacado hacía unos meses. Entonces daba igual quién estuviera encima de ella. Era siempre *él*, y el contacto era siempre el suyo. Su peso y sus músculos fuertes, que le habían separado los muslos a la fuerza. La penetró y ella soltó un grito.

—¿Va todo bien, cariño? —preguntó su marido, y ella notó cómo salía de ella. Por fin se sintió liberada. Se avergonzó un poco, porque sabía que debería sentirlo de otra manera.

—Sí, estoy bien —susurró y bajó la mirada. No quería que su marido viera el dolor que le había abierto un agujero profundo en el alma. No quería que él dejara de quererla, ni que empezara a sentirse rechazado. De ninguna manera podía permitir que aquella maldita violación le destrozara la vida.

Ojalá no hubiera cogido el tren. Desde que se había sentado al fondo del vagón, había notado las miradas de aquel monstruo. Pero

había sido demasiado arrogante, demasiado segura de sí misma. Ni en sueños se le habría ocurrido que aquel tipo fuera a seguirla.

¡Pero aquello fue un error de consecuencias fatales!

Se había bajado del tren de cercanías tres paradas después y solo quería llegar a casa. Ya era medianoche y había bebido demasiado. El director había invitado a todo el equipo por su cumpleaños. Lo hacía todos los años, y a Anne le encantaba la cena en el italiano al que los llevaba. En eso no escatimaba nada. El vino que elegía estaba delicioso, y no digamos la pasta. Todos se habían ganado a pulso aquella velada. Dejaban atrás un curso escolar difícil. En el claustro de su colegio de primaria se habían acumulado las bajas por enfermedad. Aun así, habían conseguido reducir al mínimo las horas de clase perdidas. Cada uno había puesto su granito de arena. Y por eso disfrutaron de la celebración. En realidad, Anne no quería beber más de una copa, porque el vino tinto se le subía enseguida a la cabeza. Pero al final fueron tres copas bien llenas. Animada, caminó con su mejor amiga y compañera hasta la estación de cercanías. En el andén se despidieron, porque ella tenía que ir en dirección contraria.

Nada más sentarse en el vagón, Anne se fijó en el tipo de los ojos oscuros. La miraba fijamente con unas pupilas enormes, de un negro abisal. Probablemente iba drogado. Ignoró aquella mirada inquietante y no le dio más vueltas. Era joven y atractiva. Muchos hombres la miraban.

Aun así, unos minutos después se le hizo insoportable y se cambió de sitio. Ahora estaba sentada de espaldas a él, así que ya no tenía que aguantar su mirada. De hecho, se sintió mejor de golpe. Pero poco después creyó notar pinchazos en la nuca. Sabía que solo podían ser imaginaciones suyas. Probablemente el tipo seguía mirándola. Intentó con todas sus fuerzas no pensar en él. Pero en algún momento no aguantó más y se volvió con disimulo. Aquel asqueroso no solo la examinaba: la desnudaba literalmente con la mirada. Ya casi estaba en casa. Tenía que bajarse en la siguiente parada. Se levantó de un salto y esperó junto a la puerta. Cuando el tren se detuvo, bajó de un brinco y echó a andar deprisa calle abajo. Estaba a punto de respirar aliviada cuando de pronto

oyó pasos a su espalda. Supo, sin necesidad de volverse, que era él. A partir de ese segundo, todo ocurrió a cámara lenta. El corazón le dio un vuelco. Caminó más deprisa. Los pasos de él también se aceleraron. Echó a correr. Estaba oscuro y la calle, desierta. Anne tropezó con algo. Se tambaleó, logró recuperar el equilibrio en el último momento y quiso seguir corriendo, pero el hombre la agarró por los hombros.

—¡Suéltame! —gritó desesperada.

Nadie la oyó. La mano de él le tapó la boca con fuerza. Apenas le llegaba el aire. La arrastró a una calle lateral. Se defendió como pudo, pero sus patadas parecían rebotar contra él. Él la tiró al suelo y la aplastó contra la acera con todo su peso. El suelo duro le hacía daño. Le mordió los dedos. Sabían a suciedad y a polvo. Un asco. Él le sujetó la cabeza con tanta fuerza que se le oscureció por completo la vista. Estaba encima de ella y gemía. Lo notó restregarse contra ella, y entonces, de pronto, él tenía aquel cuchillo.

—Ni un ruido —la amenazó y le apoyó el cuchillo contra la garganta.

Cuando le tiró del pantalón y le desgarró las bragas, algo se rompió en lo más hondo de ella. Miró aquellos ojos de un negro azabache y sintió que se precipitaba en un abismo sin fondo. Estaba allí tendida, completamente indefensa, y deseó estar muerta. Solo quería dejar de sentir. Pero no murió. Tuvo que soportar el dolor hasta que él por fin terminó.

La dejó tirada en la calle como si fuera basura. Anne apenas podía moverse. Con sus últimas fuerzas sacó el móvil del bolso y llamó a su marido. Empezó a llover, pero ni así consiguió levantarse. Se quedó allí tendida, con la esperanza de que la lluvia le lavara el dolor. Y la sensación de haber sido utilizada. Incluso cuando llegó su marido siguió allí, completamente inmóvil. Estaba tan empapada que temblaba de pies a cabeza.

—Quizá deberíamos esperar un poco más —dijo su marido en voz baja y arrancó a Anne bruscamente de sus dolorosos recuerdos.

—¿Qué? —preguntó ella, ausente, parpadeando para borrar la imagen del violador.

—Me refiero al sexo. No tienes que hacerlo por mí. Tengo la sensación de que todavía no estás preparada.

Miró los ojos llenos de cariño de su marido y negó con la cabeza. En realidad quería decirle que se equivocaba. Que no era para tanto. Y que hacía tiempo que había pasado página. Quería volver a la normalidad. A la vida que llevaban antes de aquella experiencia espantosa. Pero no le salió ni una palabra. En lugar de eso, las lágrimas le subieron de golpe y desdibujaron el rostro que tenía delante. Sin que ella lo quisiera, a través del velo de lágrimas, aquel rostro se transformó en el del monstruo.

Anne no pudo evitarlo. Lo apartó de un empujón y empezó a gritar a pleno pulmón.

—Pues yo juraría que el tío de la grabación es ese testigo —refunfuñó Martin Saathoff, que se pasó la mano por el pelo. Lanzó una mirada a Lenja y se hizo a un lado—. Mire usted misma. Asegura que ha saltado la valla, y en realidad ha entrado tan tranquilo por la puerta. ¿Por qué miente?

Lenja se abrió paso junto a Julia, que estaba detrás de Florian. Les habían dado acceso al minúsculo despacho del recinto. La habitación medía como mucho diez metros cuadrados. El encargado no había podido decirles quién tenía alquilado el contenedor donde estaba la mujer muerta. A cambio de tres meses de alquiler pagados por adelantado y en efectivo, había renunciado a anotar los datos personales. Según decía, ni siquiera recordaba ya si el inquilino era un hombre o una mujer. Florian estaba sentado ante el ordenador y había empezado a reproducir el vídeo de las cámaras de seguridad de la noche anterior. En pocos minutos habían dado con el primer resultado: un hombre que entraba en el recinto poco después de medianoche.

Lenja observó la sombra negra que se colaba por la puerta de entrada y miraba nerviosa a todas partes.

—La verdad es que está bastante oscuro. Yo no reconocería al tipo ni aunque fuera mi novio.

Martin Saathoff enarcó las cejas y sonrió de medio lado.

—No seguirá con ese estudiante, ¿verdad?

La cara de Lenja se ensombreció al instante. Saathoff la miró sorprendido.

—Lo siento. No lo decía en ese sentido. Vaya, me parece que he metido la pata. —Cambió el peso de un pie a otro, azorado.

Julia sonrió para sus adentros. A veces maldecía al compañero de Florian, porque siempre se le iban los ojos detrás de las mujeres jóvenes. Sin embargo, parecía interesarse de verdad por Lenja; de lo contrario, no se habría fijado ni de lejos en su mal humor. Para Julia, Martin Saathoff no era precisamente de los más sensibles.

—No pasa nada. —Lenja hizo un gesto para quitarle importancia y le dejó sitio a Julia—. Anda, míralo tú otra vez. A lo mejor consigues distinguir algo.

Julia se ajustó las gafas y estudió al hombre durante un rato. Al mismo tiempo, evocó la cara del ladrón Pavlo Burakow.

—¿Podrías aclarar la imagen? —le preguntó a Florian, que había detenido el vídeo justo cuando el hombre entraba en el recinto.

—Marchando —respondió y subió el brillo.

Julia entornó los ojos y recorrió la pantalla con la punta del dedo. Era difícil decir si había pelo en aquella cabeza o si la borrosidad se debía a la mala calidad de la imagen. Se trataba de una toma nocturna: apenas se distinguían unos contornos imprecisos.

—¿Puedes reproducir el vídeo otra vez? No veo bien si este hombre está calvo. Pero de perfil deberíamos distinguir la barba cerrada.

Florian buscó un punto en el que el hombre miraba hacia un lado.

—Pues sí que lleva barba el tío. Podría ser Burakow de verdad —soltó Florian.

—Entonces sí que nos habría tenido bien engañados —gruñó Martin Saathoff—. La cuestión es por qué quiso hacernos creer que había saltado la valla. Deberíamos apretarle bien las tuercas a ese tipo.

—Paso el vídeo a nuestros técnicos. Quizá puedan sacarle más partido al material. En todo caso, la forma de andar de ese hombre encaja con la de nuestro testigo.

—Es raro que llamara a la policía. Sin su aviso, seguramente el cadáver no habría aparecido hasta semanas después, si no meses — hizo notar Julia.

—A muchos asesinos les gusta presentarse ante la policía judicial como testigos. A lo mejor este Burakow es uno de esos. —Florian dejó correr el vídeo—. A ver qué más pasó aquí esa noche.

Clavaron la vista en la pantalla, que no era precisamente grande. Al principio no ocurrió absolutamente nada. Florian pulsó el avance rápido. Aun así, la imagen parecía congelada. En todo ese tiempo no se vio ni una mosca. Nada. Lenja no paraba quieta. El cuartucho y el aire viciado les exigían una buena dosis de paciencia.

—Tengo que estirar las piernas —anunció Lenja al cabo de un rato, cuando seguía sin pasar nada.

—Ahí viene un coche —exclamó Florian y alzó de golpe el índice. El reloj de la grabación marcaba la una de la madrugada.

Lenja se quedó en la habitación y observó absorta la pantalla. Un coche rojo se acercaba a la puerta. La ventanilla bajó y una persona intentó meter la llave en la cerradura de la columna. Pero la distancia entre el coche y la columna era demasiado grande. La persona se asomó por la ventanilla y lo intentó de nuevo. Finalmente se bajó del coche y metió la llave en la cerradura. La puerta se abrió despacio.

—Es una mujer —soltó Julia—. Menuda y con el pelo largo. Desde luego, no es nuestra víctima.

—Cierto —gruñó Saathoff—. Avanza un poco más.

Florian siguió examinando a la mujer durante un rato y detuvo la grabación cuando cruzaba la entrada con su coche.

—Ahí está la matrícula. Se lee perfectamente. —La anotó, y la grabación siguió corriendo.

De nuevo tuvieron que armarse de paciencia. Entre las dos y las cuatro de la madrugada, en la entrada del recinto no se veía ni un alma. Hacia las cinco, un pájaro reparó en la cámara y la atacó. Se posó sobre la carcasa y se puso a golpear la lente con el pico.

—Si fuéramos unos amantes de los animales, estas imágenes serían el gordo de la lotería —gruñó Martin Saathoff, cada vez más frustrado.

En efecto, hacia las siete y media empezó a clarear. No había aparecido ningún visitante más, y ni el barbudo ni la mujer habían vuelto a salir.

—¿Hay también vídeo de la noche anterior? —preguntó Saathoff y bostezó con ganas.

—Por desgracia, no. Se graban encima cada veinticuatro horas. Si el cadáver se colocó en el contenedor antes de la noche anterior, no hay forma de ver al autor o a los autores en las imágenes de las cámaras.

—Menuda faena —masculló Saathoff—. Así que ahora los técnicos tienen que averiguar si el hombre del vídeo es Burakow.

—También tenemos que investigar a la conductora del coche rojo. Nadie dice que el asesino tenga que ser necesariamente un hombre —apuntó Julia. Martin Saathoff torció el gesto con escepticismo.

—Julia tiene razón —dijo Florian—. Sobre todo porque el coche se quedó en el recinto por lo menos hasta las ocho. Todavía no lo hemos visto salir.

—¿Y qué hace una mujer en plena noche, y encima durante horas, en este recinto? —Julia volvió a fijar la vista en la grabación—. Mirad. Son casi las nueve. Ahora sale. Por poco se topa de frente con los compañeros.

—Y el hombre al que antes no conseguíamos reconocer va sentado a su lado en el coche —dijo Florian y detuvo la grabación una vez más.

Todos miraron el monitor en silencio.

—Burakow —confirmó Julia—. Pues sí que os debe unas cuantas explicaciones.

Teresa se apartó un mechón de la frente con gesto cansado. Hoy estaba sola con los treinta pacientes de su planta del hospital. Se había dado de baja el compañero con el que solía repartirse el estresante día a día. Cierto que tenía a su lado a una joven médica residente, pero aquella recién graduada, paliducha, llevaba poco más de un mes en el oficio. En realidad servía, como mucho, para sacar sangre y controlar las constantes vitales. Quizá pudiera echarle una mano con el ingreso de pacientes nuevos, pero probablemente ahí se acababa todo. Teresa suspiró frustrada y echó un vistazo a unas cuantas historias clínicas. No tenía ni idea de cómo iba a sobrevivir a aquel día. Aún no era mediodía y ya se sentía tan exprimida como si hubiera corrido un maratón por el desierto.

—¿Puedes ir a la habitación cuatro y tomar la tensión, por favor? Yo voy enseguida —le dijo a la residente y estudió concentrada los datos de la paciente. A la señora Meyer la habían ingresado con problemas circulatorios. Su tensión arterial había alcanzado cotas de vértigo y habían conseguido bajarla con un medicamento de urgencia. Pero un solo fármaco no solía bastar a la larga. Muchos pacientes hipertensos tenían que tomar dos o tres a la vez. La residente se marchó a toda prisa. En ese mismo momento sonó el teléfono.

—Buchholz —contestó Teresa y se levantó de un salto. Llamaba la residente de la planta vecina. Estaba completamente sola y necesitaba ayuda urgente. Un paciente vomitaba sangre a borbotones. Teresa echó a correr de inmediato.

Un hombre con la cara blanca como la cera yacía sin fuerzas en la cama. Teresa le tomó el pulso mientras un chorro de sangre de un rojo vivo volvía a salirle de la boca.

—Hace tres semanas tuvo un infarto —le explicó la médica, nerviosa—. Desde entonces toma anticoagulantes.

Teresa soltó una maldición. Los anticoagulantes aumentaban el riesgo de hemorragia gástrica, y el color de la sangre apuntaba precisamente a eso.

—Necesitamos una gastroscopia urgente para detener la hemorragia. Llame al adjunto. Yo lo llevo a urgencias. —Teresa soltó los frenos de la cama y salió disparada. Ahora contaba cada minuto. Pulsó con fuerza el botón del ascensor. Precisamente hoy el ascensor se tomaba su tiempo. El paciente volvió a vomitar sangre. Los párpados le temblaban. Teresa le puso una mano en el hombro para tranquilizarlo.

—Señor Wagner, intente respirar con calma. Vamos a ayudarlo. Todo irá bien. —Esperaba haber sonado más o menos convincente, porque en realidad la situación era cualquier cosa menos buena. El hombre estaba al borde del colapso. Con un poco de mala suerte, no sobreviviría a la hora siguiente.

Por fin se abrieron las puertas del ascensor y Teresa metió la cama con el enfermo. El corazón se le salía del pecho. Tenía que salvar a aquel paciente. Esa era la razón por la que trabajaba en el hospital. Quería salvar vidas y hacer el bien. El ascensor se detuvo y Teresa empujó la cama pasillo abajo a toda prisa. Comprobó aliviada que el adjunto acababa de llegar. La saludó con la cabeza y examinó al paciente.

—¿Dónde está la infusión? —le espetó—. Tenemos que estabilizarle la circulación.

Teresa miró al adjunto horrorizada. Con todo el ajetreo, se había olvidado de ponerle una infusión. Maldita sea, aquello no debería haberle pasado. Él no esperó su respuesta. Dio instrucciones con

brusquedad a dos enfermeros, que se llevaron de inmediato al paciente al quirófano. Teresa los vio ponerle un acceso venoso. Una enfermera le colocaba electrodos en el pecho. Un enfermero cerró la puerta y dejó a Teresa en el pasillo. Se quedó allí de pie, conmocionada, incapaz de moverse durante unos segundos. Había cometido un error. Otra vez. Se le quedaron las piernas como flanes. De pronto notó el enorme agujero negro que tenía en el estómago. Ni siquiera había desayunado. La invadió un ligero mareo. Aun así, se metió en el ascensor para volver a su planta. Tenía muchísimo trabajo por delante. Se comería una barrita de muesli a toda prisa y luego vería qué podía hacer por los demás pacientes.

Julia leyó el resultado del test: su sospecha se confirmaba.

—Formaldehído —dijo pensativa y contempló las orejas exangües que ya había separado del cadáver de la joven.

—Casi diría que alguien se ha servido en el instituto de anatomía —bromeó Lenja, pero acababa de decir en voz alta lo que Julia estaba pensando.

—Creo que después de la autopsia deberíamos pasarnos por allí —repuso Julia y siguió examinando la piel del cadáver—. Pero antes tenemos que averiguar la causa y la hora de la muerte.

Habían desnudado por completo a la muerta y tampoco en los brazos habían encontrado rastros de violencia. El cuerpo parecía casi intacto. A Julia le extrañaba. Casi siempre había señales de defensa. Por débil que fuera una víctima en comparación con su agresor, nadie se rendía sin oponer resistencia. Pero en ella no había absolutamente nada que apuntara a una pelea. Julia se preguntó si la víctima y el asesino se conocían. Quizá la mujer había dejado entrar a alguien en su piso y luego la habían envenenado. Sería una explicación posible. Sin embargo, no encontraba indicios externos de esa hipótesis. Había venenos clásicos que se delataban con relativa rapidez. Una intoxicación por monóxido de carbono, por ejemplo, producía livideces cadavéricas de un rojo claro; el cianuro, a menudo, un olor a almendras amargas; y la atropina, un veneno

neurotóxico procedente de la belladona, provocaba una dilatación de las pupilas. Podría alargar esa lista hasta el infinito. Pero en la mujer de la mesa de autopsias no había nada parecido. Tendría que tomar un buen número de muestras en el examen interno, eso estaba claro. Quizá a la muerta la habían matado con una sustancia que solo podía detectarse en el laboratorio. Julia frunció el ceño y miró a Lenja.

—Vamos a repasar la piel otra vez de arriba abajo. Tú te encargas del lado izquierdo y yo del derecho. Solo quiero asegurarme de que no hay ninguna señal externa de la causa de la muerte. Tenemos que ser minuciosas.

Lenja asintió y se puso manos a la obra de inmediato. Empezaron por el cráneo y bajaron sistemáticamente hasta los pies.

—Nada —gimió Lenja mientras inspeccionaba los muslos, y negó con la cabeza—. Si no le hubieran cortado las orejas ni la hubieran encontrado atada con correas a una camilla en un contenedor, casi creería que fue una muerte natural.

Julia no contestó. Examinaba los espacios entre los dedos de los pies con la máxima concentración, ayudándose de otra lámpara. Tres puntos diminutos de un rojo oscuro entre el primer y el segundo dedo le llamaron la atención.

—He descubierto algo —anunció y señaló los puntos—. Son marcas de punción. Muy finas. —Levantó la vista hacia Lenja—. Creo que los pinchazos no son de una jeringuilla normal, porque apenas se ven. Es posible que se usara una pluma de insulina o alguna otra aguja muy fina.

Lenja abrió los ojos de par en par.

—¿Quieres decir que pudieron matarla con una sobredosis de insulina?

—Puede ser —asintió Julia—. No hemos visto otras marcas de punción. Así que, por lo visto, la muerta no era una diabética que tuviera que pincharse con regularidad. Una sobredosis alta de insulina provoca una hipoglucemia. La víctima entra en coma y muere. No sería el primer asesinato con insulina. Tenemos que extraer ahora mismo humor vítreo y tejido de alrededor de las marcas de punción; así podremos demostrar la sobredosis.

—¿Y si resulta que sí era diabética? —preguntó Lenja, escéptica.

—Eso lo veremos enseguida en sus órganos internos. En ese caso, los riñones deberían presentar alteraciones. Tendríamos que encontrar una degeneración grasa y opacidades de un tono entre amarillo y rojizo.

Julia cogió el bisturí y practicó una incisión arqueada en el cráneo.

—Empecemos por la cavidad craneal y luego miramos el abdomen.

Abrió la bóveda craneal y fue seccionando con mano experta las distintas capas de tejido humano. Después de tantos años, Julia ya no sentía repugnancia al hacerlo. Al contrario: le parecía fascinante lo mucho que se parecían los cuerpos humanos por dentro, cuando por fuera su aspecto podía variar tanto. Esperó a que Lenja inspeccionara también el cerebro, que no presentaba ninguna anomalía. Después siguieron hacia la cavidad abdominal y tomaron numerosas muestras de fluidos corporales y de tejido, hasta que por fin tuvieron en las manos un riñón completamente sano.

—Pues la muerta no era diabética —concluyó Julia y colocó el órgano en la báscula—. Aunque, por supuesto, aún tenemos que esperar a los resultados del laboratorio.

Continuaron con el resto de los órganos de la cavidad abdominal, los examinaron y los devolvieron después a su posición original. Cuando terminaron de suturar con esmero todas las aberturas, Julia se quitó los guantes de goma y los tiró al cubo de la basura.

—Recapitemos la autopsia —dijo Julia—. La mujer estaba, por lo visto, perfectamente sana. No es de extrañar. Tenía como mucho veintitantos años. Puede que solo veinticinco. Aparte de las orejas amputadas, no hay el menor indicio de violencia externa. No fue violada. Es posible que la redujeran, por ejemplo, con droga de sumisión o incluso con cloroformo. De otro modo no se explica la ausencia de heridas de defensa. Tampoco hemos encontrado partículas de piel ajena bajo sus uñas. —Se pasó la mano por el pelo, pensativa—. Tenemos que averiguar por qué el asesino le amputó las orejas y le cosió otras. A mí el trabajo no me parece de un profesional, pero tampoco de un principiante absoluto. Lo mejor

será empezar a buscar allí donde resulta más fácil conseguir partes del cuerpo humano en formol. —Llamó a un asistente para que devolviera el cadáver al cajón frigorífico y se puso en camino con Lenja.

Ni treinta minutos después entraban en el Instituto de Anatomía de la Universidad de Colonia. Julia se sintió transportada de inmediato a sus años de estudiante mientras recorrían los pasillos del viejo edificio y se detenían ante el despacho del profesor Kallendorf. El hombre debía de ser ya un anciano. Durante la carrera, él le había conseguido un puesto en medicina forense. Ella había querido entrar allí a toda costa, porque tras la muerte de su hermano pequeño, Michael, no había vuelto a encontrar la paz. A los doce años, Michael había sido víctima de un asesino de niños y, pese a todos los esfuerzos, la policía no había logrado atrapar al culpable durante años. Julia respiró hondo y llamó a la puerta de su antiguo profesor.

—Adelante —respondió una voz femenina clara. Era la actual secretaria del profesor Kallendorf.

Hacía más de una década que Julia no pisaba aquel despacho y, aun así, apenas había cambiado nada.

—Me llamo Julia Schwarz. Soy la directora del Instituto de Medicina Forense, y esta es mi ayudante, Lenja Nielsen. Necesitamos tratar un asunto urgente con el profesor Kallendorf. Se trata de un caso de asesinato.

—Por supuesto —respondió la secretaria con los ojos muy abiertos y cogió el teléfono—. Están de suerte: el profesor no tiene ninguna cita en este momento. Ahora le aviso.

Un minuto más tarde, Julia abrió la puerta del despacho y vio a su antiguo profesor, que apenas había cambiado. Quizá la melena gris brillaba con un tono algo más plateado y en la cara habían aparecido algunas arrugas más, pero los ojos del profesor relucían tan despiertos e inteligentes como en sus tiempos de estudiante.

—Julia Schwarz —la saludó el hombre, de casi setenta años, y se levantó de su sillón giratorio—. Es un placer dar la bienvenida a la directora del instituto forense. ¿Cuánto hace que no nos vemos? —Le tendió la mano—. Tiene usted buen aspecto —comentó y dirigió

entonces la mirada a Lenja—. Usted, en cambio, no estudió conmigo —observó y señaló una mesa redonda de reuniones con varias sillas—. Siéntense y cuéntenme en qué puedo ayudarlas.

Julia presentó brevemente a Lenja.

—La señora Nielsen es de Finlandia y estudió allí —explicó y a continuación sacó de su bolso unas fotografías de la muerta y de las orejas cosidas—. Por cierto, la última vez nos vimos en su conferencia sobre toxicología forense. Una aportación muy interesante, en mi opinión.

—Vamos, Julia, no me diga. —El profesor Kallendorf esbozó una sonrisa—. Seguro que no pude contarle gran cosa nueva. —Cogió las fotos y las estuvo mirando un buen rato.

—Por lo que veo, se enfrentan a un caso de asesinato de lo más retorcido. ¿Quién le cose a una mujer unas orejas de hombre medio descompuestas? ¿Y qué las trae por aquí exactamente? Supongo que la autopsia ya está concluida.

—Así es —respondió Julia—. Sospechamos que a la muerta la mataron con una dosis alta de insulina. Aunque los resultados del laboratorio aún no han llegado. No encontramos huellas físicas de abuso sexual. Las orejas se amputaron post mortem y se sustituyeron por las de un hombre. Las suyas han desaparecido, y su identidad también sigue sin aclararse. Hemos venido porque las orejas cosidas estaban conservadas en formol y nos preguntamos si alguien pudo robarlas de la universidad. ¿O se le ocurre a usted algún otro lugar? Me temo que, si no, tendremos que ponernos a buscar a una víctima masculina.

—Lo que me cuenta me recuerda en cierto modo a Frankenstein. —El profesor Kallendorf escuchaba con atención y se dio unos golpecitos en la sien—. Hace unas décadas participé en un caso en el que un asesino quería crear un ser humano nuevo y mejor a partir de restos de cadáveres. —Volvió a contemplar las fotos y negó con la cabeza—. Aquí, sin embargo, solo se trata de las orejas. Qué extraño. ¿La víctima era dura de oído, o incluso sorda?

—Si oía mal, no lo sabemos. En todo caso, no llevaba audífono y, por lo demás, estaba completamente sana.

—Volviendo a su pregunta —dijo el profesor Kallendorf y se levantó con un quejido—. Pues sí: hace dos semanas hubo un robo en nuestro instituto. Se llevaron veinte piezas anatómicas. Se ocupó del asunto el doctor Eichner, mi colaborador científico. Esperen, lo llamo para que se lo cuente él mismo. Él sabrá si entre ellas había orejas.

El profesor Kallendorf fue a su escritorio y llamó por teléfono. Poco después entró en el despacho un hombre de unos treinta y cinco años, espiado, de pelo rubio ralo y con gafas. Saludó primero a Julia con un apretón de manos flojo y después a Lenja. Kallendorf esperó a que el doctor Eichner tomara asiento a la mesa de reuniones y lo puso brevemente al corriente.

—¿Puede describirles a las señoras el robo, por favor? —le pidió a su colaborador y le acercó las imágenes de la muerta y de las orejas cosidas.

El doctor Eichner contempló las fotos y se rascó la cabeza un buen rato. Entornó los ojos al llegar a la foto de las orejas. Luego dejó las imágenes y miró a Julia largamente antes de empezar a hablar.

—Como ya ha mencionado el profesor Kallendorf, hace dos semanas entraron a robar en el instituto. La policía sigue sin saber quién está detrás. Yo, personalmente, doy por hecho que fueron unos cuantos estudiantes que querían hacer una prueba de valor o montar una fiesta. Porque no solo robaron piezas anatómicas: también pintarrajearon paredes y ensuciaron las mesas de autopsias de la sala de anatomía. Encontramos restos de fibras encima. La policía científica aseguró algunas huellas, pero, como digo, hasta ahora no han identificado a ninguno de esos vándalos. —El doctor Eichner hizo una breve pausa y suspiró—. Por desgracia, estos excesos se repiten cada cierto tiempo. Entre los estudiantes, por ejemplo, se considera una prueba de valor pasar la noche en la sala de autopsias o junto a un cadáver. Normalmente no rompen nada ni dejan suciedad. Por eso, en la gran mayoría de los casos hacemos la vista gorda. Pero este robo superó todo lo que habíamos vivido en los últimos años. Sospecho que se llevaron las piezas como trofeos. Fue una broma de pésimo gusto. Todavía sigo reponiendo las que

faltan. Usted misma sabe lo laborioso que es elaborar buenas piezas anatómicas. Solo puedo alegrarme de que cada año aumente el número de personas que donan su cuerpo a la ciencia.

Julia dio unos golpecitos sobre la fotografía de las orejas masculinas.

—¿Puede decirnos si estas piezas desaparecieron en el incidente?

—Han desaparecido orejas, ojos, manos y toda una serie de órganos internos. —El doctor Eichnerladeó la cabeza, dubitativo—. También hay un corazón y un cerebro. Con mucho gusto les copio mis anotaciones. —Volvió a echar un vistazo a las fotos—. Aunque no me puedo imaginar que el robo en nuestro instituto tenga algo que ver con este asesinato espantoso.

—¿Es posible hacer un cotejo de ADN? Seguro que registraron los datos del donante.

—Por desgracia, no. Por protección de datos, no nos facilitan los nombres de los donantes. Todo está completamente anonimizado. Pero, si quieren, les enseño las dependencias de donde robaron las piezas. Así pueden llevarse de paso la lista. Hay algunas fotos de las piezas desaparecidas; podríamos cotejarlas con las suyas. —El doctor Eichner se levantó y le hizo un gesto a Julia con la cabeza.

—Con mucho gusto —respondió ella y se puso también en pie. Lenja la siguió, mientras el profesor Kallendorf seguía sentado.

—Hónrenme pronto con otra visita. Quiero saber cómo acaba este caso —dijo y sonrió.

Julia se despidió de él y siguió con Lenja al doctor Eichner a toda prisa; con sus largas piernas, parecía volar por los pasillos estrechos. Las condujo directamente a las salas de anatomía.

—Los autores entraron primero en la sala de anatomía número tres y desde allí llegaron al sótano, donde guardamos las piezas anatómicas —explicó—. Cerramos con llave todas las noches, pero no sirvió de mucho. Forzaron la puerta. La policía aseguró todas las huellas e interrogó a los estudiantes y a todos los empleados, desde el conserje hasta el personal docente y los ayudantes estudiantiles. Por desgracia, no dieron con los autores.

El doctor Eichner abrió la puerta y al instante les golpeó el hedor a formol. No es que en el instituto forense olera bien, pero su olor

no llegaba a la nota punzante del conservante. Julia arrugó la nariz y entró. Cinco mesas de autopsias se alineaban a cierta distancia unas de otras. Sobre ellas colgaban lámparas y sistemas de ventilación, moles imponentes de acero inoxidable que daban a la sala un aire aún más irreal. Julia recordaba demasiado bien sus primeros intentos de diseccionar un cadáver. Le había costado un enorme esfuerzo cortar la carne de un ser humano, aunque los cuerpos conservados en formol se diferenciaban mucho de un muerto sin tratar. Aquellos cadáveres pálidos y exangües tenían algo artificial y apenas recordaban a la persona viva que un día hubo detrás. Todo lo contrario que los muertos de medicina forense.

—Aquí, en la primera mesa de autopsias, es donde la policía aseguró los restos de fibras. Creo que también pudieron obtener huellas dactilares. Pero no estaban registradas en ninguna base de datos. —El doctor Eichner pasó de largo junto a la mesa y se dirigió a una puerta al fondo de la sala, que abrió.

—Tenemos que bajar un piso, a las catacumbas. Allí guardamos las piezas anatómicas. Síganme, por favor. —Les indicó con un gesto que entraran en una escalera oscura y encendió la luz, que se extendió fría y parpadeante. En los tiempos de estudiante de Julia, y mucho antes de la última reforma, al sótano del Instituto de Anatomía lo llamaban simplemente «el gabinete de los horrores». Cuando llegaron abajo, el olor a formol se intensificó de golpe. En las cubas de inmersión alicatadas, dispuestas una junto a otra, se conservaban unos sesenta cadáveres. Sobre cada cuba colgaba una hoja con la fecha de entrega del cuerpo y un número de identificación. Eso era todo. Los datos personales no se comunicaban. En las cubas yacían cuerpos completamente anónimos, sin nombre, sin edad, sin dato alguno. Casi como si esas personas nunca hubieran existido, como si no tuvieran familia, nadie que las echara de menos. Julia tragó saliva y clavó la vista en el número de la primera cuba. Entregado hacía tres días. Un cadáver listo para que los estudiantes lo despiezaran trozo a trozo.

—Cada difunto recibe un número de identificación antes de la entrega. Ese número se mantiene hasta la incineración, al final del semestre. Durante el periodo lectivo, los cadáveres que usamos para

las prácticas de disección se guardan en la cámara frigorífica, un piso por encima de nosotros, para que los estudiantes los tengan más a mano. Pero eso ya lo conoce usted por experiencia propia. — El doctor Eichner sonrió y les indicó a Julia y a Lenja que lo siguieran. Atravesaron el enorme sótano y entraron en una sala más pequeña, donde se sucedían estanterías con las más diversas piezas anatómicas. La primera estantería estaba vacía. Se detuvo ante ella con expresión afligida.

—Todo lo que había aquí ha desaparecido —explicó con la voz ligeramente quebrada. Julia notó hasta qué punto le afectaba el incidente. Se pasó la mano, nervioso, por el pelo raro.

—Como ya he mencionado, se trataba de un total de veinte piezas anatómicas: manos, orejas, un cerebro y órganos internos. — Rodeó la estantería, abrió el cajón de un escritorio estrecho y volvió con una carpeta de archivo.

—Gracias a Dios tenemos todas las piezas registradas en nuestro catálogo. —Pasó unas cuantas páginas y acabó señalando con el dedo una fotografía de una oreja humana.

Julia sacó de inmediato su propia imagen del bolso y la puso al lado.

—Lástima que su foto no sea muy nítida —murmuró y analizó el hélix, el reborde engrosado del pabellón auricular, que discurría con bastante regularidad—. Es otra oreja —afirmó y señaló una muesca discreta.

—Pero eso también podría ser una lesión posterior. —El doctor Eichner frunció el ceño—. En mi opinión, las orejas podrían coincidir. Fíjese en el lóbulo. Es carnoso y muy marcado. Y si comparamos la segunda oreja que le cosieron a su víctima con la foto del catálogo, no se aprecian diferencias.

—Deberíamos pedirle a un experto informático que superponga las fotografías —propuso Lenja, que hasta entonces se había mantenido en un segundo plano.

—Es una buena idea —convino Julia y miró al doctor Eichner con gesto interrogante—. ¿Nos facilitaría el catálogo? Se lo entregaré al inspector que dirige la investigación de este asesinato.

—¿Serían tan amables de hacer unas cuantas copias en color? —  
Al doctor Eichner no parecía hacerle gracia; aun así, asintió—. Esta carpeta es todo lo que queda de las piezas de la estantería uno.

—Por supuesto. Le pediré a mi secretaria que digitalice las fotografías. Así seguro que no vuelven a perderse.

—Gracias. Es muy amable por su parte. Si repasa el catálogo, la equis roja le indicará si una pieza ha desaparecido. Hasta ahora tenía la esperanza de que reaparecieran de algún modo. Si de verdad hay estudiantes detrás del robo, pronto tendría que remorderles la conciencia. Pero como, por lo visto, las piezas han ido a parar a manos de un loco, tendré que hacerme a la idea de que están perdidas. —Soltó un profundo suspiro y le entregó el catálogo a Julia—. ¿Tienen alguna pregunta más o puedo ayudarlas en algo?

Julia negó con la cabeza.

—Gracias. Ya nos ha hecho avanzar un buen trecho. Me pondré en contacto en cuanto tenga novedades sobre las orejas.

Atravesaron de nuevo el sótano de las cubas de inmersión alicatadas y volvieron a subir las escaleras. Cuando llegaron arriba, sonó el teléfono de Julia. Al reconocer el número del instituto, contestó.

—Doctora Schwarz, necesito su ayuda —susurró el doctor Neumann, agitado—. El fiscal jefe Kreitz está aquí con su colaborador, el señor Moeller, y quieren de mí declaraciones sobre el caso del Hombre Lobo que no puedo hacer.

—Voy de camino —respondió Julia y se despidió a toda prisa.

*Tres años y medio antes*

Anne notaba su mirada taladrándola y, aunque el hombre estaba sentado a varios metros, era como si la tocara. Se encogió sin querer y deseó en el acto no haber puesto nunca los pies allí. En aquella sala destartada donde lo que le había ocurrido se trataba como un caso cualquiera. Como si ella no fuera más que un titular del periódico. Como si se pudieran despachar los hechos y seguir viviendo sin más.

—¿Qué ocurrió exactamente después de que se bajara usted del tren de cercanías? —preguntó la jueza, una mujer de rostro enjuto y ojos amables. Le hizo a Anne un gesto de ánimo con la cabeza, como si quisiera decirle que estaba de su lado.

Anne tragó saliva. El recuerdo de aquella noche irrumpió en su conciencia con tal fuerza que de pronto se sintió paralizada. Lo único que consiguió fue girar la cabeza con cautela. Hacia él. Hacia el hombre que le había hecho aquello.

Estaba sentado junto a su abogado defensor y sonrió con sorna cuando sus miradas se cruzaron. Ella apartó la vista de inmediato y se quedó mirando una zona porosa del suelo, como si así pudiera desterrar de su memoria aquella cara. Y cómo la había tocado. Su aliento y aquellos gemidos repugnantes.

—Comprendo que esta declaración le resulte difícil. Pero tiene que describirnos los hechos para poder respaldar el proceso. Por favor, inténtelo. —La jueza se inclinó hacia delante con gesto benevolente y le sostuvo la mirada. *¡Habla, o tendré que soltarlo!*, parecían decir sus ojos.

Anne carraspeó con torpeza.

—Sí... bueno... después de una fiesta de empresa volví a casa en el tren de cercanías —empezó insegura y notó que todos los ojos de la sala estaban puestos en ella—. Ya en el tren, ese hombre no dejaba de mirarme. —Esta vez Anne prefirió no mirar en su dirección. Aun así, sus miradas no le pasaron inadvertidas. Se le contrajo el vientre como si la estuviera agrediendo de nuevo. Tenía la sensación de que cada una de sus palabras la arrastraba otra vez a lo sucedido aquella noche. La invadió un dolor insoportable. Un dolor que, lo sabía, no podía estar ahí. Y que, sin embargo, era tan real que se levantó de un salto y huyó de la sala. La jueza gritó su nombre. Varias veces. Pero no podía volver. No aguantaba ni un segundo más cerca de aquel monstruo que la desnudaba con la mirada.

Una mano la agarró del brazo y la atrajo hacia sí.

—Anne, ¿qué haces? —En la cara de su marido se leía la incredulidad—. Tienes que declarar. ¿O quieres arriesgarte a que no lo condenen? La acusación necesita tu testimonio.

—Pero si encontraron su semen dentro de mí —musitó sin fuerzas, señalándose el vientre, como si su marido no supiera exactamente dónde la había manchado el fluido de aquel asqueroso.

—Anne, tranquilízate. Tú puedes. Eres una mujer fuerte. Estoy contigo. —Le hablaba con mucha suavidad. Su mano aflojó un poco la presión—. Ven, volvemos a entrar.

La llevó consigo por la sala del tribunal, con las piernas temblándole, hasta devolverla a su silla. A Anne le costaba respirar. La presencia de aquel malnacido era insoportable. Lo oía respirar. De pronto, él se puso en pie.

—Señor Laganis, debo llamarlo al orden —tronó por la sala la voz severa de la jueza—. Siéntese de nuevo o le impondré una buena multa.

Aquel nombre le sonó extraño en los oídos. No encajaba con el monstruo que se había abalanzado sobre ella. Ahora sí miró en su dirección. Al menos volvía a estar sentado en su sitio. Tenía los labios apretados en dos líneas finas. La miraba con rabia. Algo en sus ojos le dio de pronto fuerzas. Quizá fuera porque aquel tipo no era en realidad ningún monstruo todopoderoso contra el que no pudiera defenderse. Solo era un delincuente repugnante y perverso. Así lo había llamado siempre su marido. Por eso estaban hoy allí.

Anne se rehízo y prestó su declaración sin tomar aliento ni una sola vez. Quería que aquel tipo acabara entre rejas. Cuando terminó, sintió las manos de su marido sobre los hombros. La levantó y ella se dejó caer sin fuerzas en sus brazos. No dijo ni una palabra en todo el camino: ni al salir del edificio del tribunal ni de vuelta a casa. Cuando por fin se tumbó en su cama, se le cerraron los párpados. Se durmió temblando, perseguida por los ojos gélidos de Laganis, que seguramente ya no la soltarían nunca.

—Escuche, señor Moeller —dijo Julia, tratando de no dejar traslucir su irritación con el joven fiscal—. Sería pedirle demasiado a esa mujer que se sometiera a un segundo reconocimiento, máxime cuando yo no voy a llegar a otra conclusión que mi colega.

Se habían retirado a una sala de reconocimiento vacía de la unidad ambulatoria de medicina forense. Al lado esperaba una mujer que había sido víctima de una violación. Christian Moeller, que hasta entonces le había parecido a Julia más bien un adolescente apocado, no estaba dispuesto a ceder.

—Yo creo que esa mujer empezará a encontrarse mejor en cuanto lo hayamos encerrado. —Moeller se acercó tanto a Julia que su perfume seco le cosquilleó en la nariz—. Por favor, examine a la víctima. Para nosotros es un caso muy importante. Queremos meter entre rejas a ese violador en serie como sea. Hasta ahora no lo hemos conseguido. Esta mujer es ya su octava víctima. Por eso la policía judicial nos informó de inmediato y ordenó el reconocimiento en medicina forense. La agresión se produjo hace solo unas horas y es ahora cuando hay más posibilidades. Puede que a su colega, el doctor Neumann, se le haya pasado algo por alto.

—¡Ya está bien! —soltó Julia y rechazó las acusaciones con un gesto enérgico—. El doctor Neumann es uno de los forenses más experimentados que trabajan en este instituto. Tengo plena

confianza en su capacidad, y usted no es quién para poner en duda su competencia. —Por el rabillo del ojo, Julia advirtió que Lenja se encogía ligeramente al oír su tono. El joven fiscal, en cambio, no pareció impresionarse demasiado. Siguió allí plantado, imperturbable, mirándola con aire desafiante.

Julia no se inmutó y, en efecto, al cabo de un momento Moeller apartó la vista y se volvió hacia el fiscal jefe Bjoern Kreitz. Estaba sentado en la otra esquina de la sala y a todas luces no quería inmiscuirse. El fiscal jefe, alto y espigado, tenía fama de hueso duro de roer. Sus mejillas enjutas y la mirada afilada de sus ojos oscuros seguro que intimidaban a más de uno de los criminales que llevaba al banquillo. Pero Julia no iba a dejarse amedrentar por sus maneras. Al fin y al cabo, no era una subordinada suya ni le debía nada.

—Una violación no siempre puede demostrarse desde el punto de vista médico —repitió el doctor Neumann, ya por quinta vez—. Por lo visto, el agresor utiliza lubricante. En la última víctima encontramos restos. Por esa razón no hay lesiones en la zona vaginal ni en los muslos. —Enmudeció de golpe: Kreitz se había levantado de la silla y lo atajaba con un gesto.

—Está bien, doctor Neumann —dijo, como si hablara con un colegial—. Sé que ha hecho usted todo lo que estaba en su mano y no dudo de su capacidad. Lo que pretendo es que aquí trabajemos con una doble verificación. Usted conoce el caso del Hombre Lobo y sabe que por la ciudad anda suelto un violador en serie al que por fin tenemos que sacar de la circulación. Ese hombre solo parará el día que esté entre rejas. —Los ojos castaño oscuro de Kreitz se posaron en Julia—. Querida doctora Schwarz, lo único que le pido es que le eche un segundo vistazo a la víctima. He hablado con Natalie Graupel y está de acuerdo. No deberíamos hacerla esperar mucho más.

En ese momento, Julia volvió a ser consciente de que la mujer violada esperaba a menos de cinco metros, en la sala de reconocimiento contigua, a que alguien se ocupara de ella. Solo de imaginársela allí, sentada todavía medio desnuda en el sillón

ginecológico —después de todo lo que le había sucedido hacía unas horas—, le recorrió un escalofrío helado.

—Está bien —dijo—. Examinaré a esa mujer, pero solo para que por fin pueda irse a casa a descansar. —Se dio la vuelta sin dedicarles ni una mirada más a los dos fiscales. Semejante comportamiento se salía de cualquier trato mínimamente cooperativo. Apoyó una mano en el hombro del doctor Neumann para demostrarle de qué lado estaba y pasó a la sala de al lado.

Una mujer jovencísima estaba acurrucada en la camilla, junto al sillón ginecológico. Había encogido las rodillas y tenía la cara hundida entre los brazos. Al notar la presencia de Julia, levantó la vista. Le brillaban las lágrimas en los ojos.

—Me llamo Julia Schwarz. Soy la directora de este instituto y me gustaría examinarla —empezó con toda la suavidad posible y se sentó junto a Natalie Graupel en la camilla—. ¿Se encuentra medianamente bien?

—Sí —logró decir la joven, pálida, con la voz ahogada—. El fiscal ya me había avisado.

—Cuénteme brevemente qué le ha ocurrido. ¿Se ve capaz?

Natalie Graupel asintió y se enjugó las lágrimas de las mejillas. Julia le tendió un pañuelo y esperó a que se calmara.

—Me han dicho que estuvo usted en un bar, ¿no? —preguntó Julia por fin, para que Natalie Graupel arrancara a hablar.

—Sí. Estaba con una amiga en el Moonlight. Creo que alguien me echó algo en la copa. De repente me entró un mareo tremendo. Todavía recuerdo que me sujetaron y me llevaron fuera. Al salir al aire libre me encontré mejor, pero de pronto se me nubló la vista. Perdí el conocimiento y no volví en mí hasta que todo había pasado.

—Sollozó con fuerza y hundió la cara entre las manos—. Estaba tirada medio desnuda en la hierba de detrás del aparcamiento, y a mi lado, en cuclillas, estaba ese tipo con la máscara de lobo. Al principio pensé que había ido a parar a una película de terror, pero entonces lo vi quitarse el condón y tirarlo. Dijo que lo había pasado bien conmigo, y en ese momento comprendí que me había violado.

—De acuerdo. Lo siento muchísimo, de verdad. Ahora me gustaría examinarla otra vez brevemente. Podemos empezar aquí,

en la camilla —dijo Julia y señaló la toalla que cubría las piernas desnudas de la mujer—. ¿Me permite? —preguntó y no retiró la toalla hasta que Natalie Graupel asintió.

—Túmbese boca arriba y relájese. Primero solo voy a examinarle la piel en busca de contusiones o arañazos. ¿Sintió dolor después de lo ocurrido?

—Estaba todavía demasiado aturdida y tenía un miedo espantoso. —Natalie Graupel negó con la cabeza—. Por suerte, el Hombre Lobo se largó sin más. Yo me quedé tumbada en la hierba. No sé cuánto tiempo. En algún momento me encontró mi amiga. Se pasó media noche buscándome y me llevó al hospital. Allí, la médica avisó enseguida a la policía. —Dio un respingo cuando Julia le recorrió el muslo con el dedo.

—¿Le duele? —preguntó Julia y siguió palpando con cuidado.

—No. Me hace cosquillas.

Julia no encontró lesiones externas. Le examinó también los brazos, las manos y las uñas.

—¿Le ha tomado mi colega muestras de las uñas?

—De todos los dedos. —Natalie Graupel asintió con la cabeza—. Me explicó que a lo mejor yo había arañado al Hombre Lobo y que por eso podía haber partículas de su piel debajo de las uñas.

—Así es —murmuró Julia y le pidió a la paciente que tomara asiento en el sillón ginecológico—. Será muy rápido —prometió. Sabía lo desagradable que resultaba aquella exploración precisamente para las víctimas de una violación. Tenían que sentarse en aquel aparato, reclinarsse y separar mucho las piernas mientras ella les dilataba la vagina con un espéculo y buscaba lesiones o restos de secreciones. Tomó otra muestra. Con toda seguridad sacaría a la luz el lubricante, pero ningún rastro de semen. Suspiró. Estaba segura al cien por cien de que el doctor Neumann ya había hecho exactamente lo mismo. Prefirió no volver a extraerle sangre ni pedirle una muestra de orina. El fiscal jefe no podía esperar de verdad que hiciera algo así. Cuando Julia notó que la joven empezaba a temblar, se dio todavía más prisa.

—Ya hemos terminado —anunció poco después y ayudó a Natalie Graupel a bajar del sillón—. Ya puede vestirse.

Julia la acompañó hasta la cortina gris tras la que podía cambiarse.

—Siento de veras que haya tenido que pasar dos veces por todo esto. Sé lo duro que debe de ser. Pero queremos estar seguros de que no se nos escapa nada —dijo Julia con delicadeza.

Natalie Graupel suspiró y, de pronto, Julia volvió a acordarse de sus palabras.

—Por cierto, ¿la ha traído la policía directamente del hospital hasta aquí?

—Sí, me explicaron que era imprescindible que me examinara un médico forense, porque ese tipo probablemente ya había violado a varias mujeres.

Natalie Graupel salió de detrás de la cortina. Seguía terriblemente pálida.

—¿Quiere que le dé un tranquilizante? Conozco además a un psicólogo excelente que puede ayudarla a asimilar esta experiencia tan terrible.

Natalie Graupel apretó los labios. Probablemente no quería volver a llorar. Julia dio un paso hacia ella y estrechó entre sus brazos a aquella mujer menuda y frágil.

—No pasa nada. Llore tranquila. Desahoga mucho. Nadie espera de usted que se contenga.

A Natalie Graupel se le escapó un sollozo profundo. Ahora las lágrimas le corrían a raudales por las mejillas. Julia lo notaba en la blusa, que se le iba humedeciendo en el hombro. Esperó a que el temblor que le recorría el cuerpo se apagara. Luego sacó una caja de tranquilizantes del armario de los medicamentos.

—Tenga, si quiere, tómese una pastilla. De momento la ayudará. Aun así, debería buscar cuanto antes apoyo psicológico. —Julia le dio la tarjeta de un psicólogo especializado en víctimas de la violencia. Luego acompañó a Natalie Graupel a la sala de al lado, donde el fiscal jefe Bjoern Kreitz la recibió con gesto preocupado.

—¿Y bien? —le preguntó a Julia, expectante, pero ella se encogió de hombros.

—No tengo nada que añadir al reconocimiento del doctor Neumann —respondió, evasiva, porque no quería entrar en otra

discusión delante de la víctima.

El fiscal jefe Kreitz se volvió hacia Christian Moeller.

—Acompañe a la señora Graupel al taxi, por favor. La llevará a casa —dijo y pasó por delante de Julia en dirección a la puerta.

—Venga, señora Schwarz. Tenemos que hablar.

—¿Puedes poner al día a Florian Kessler y a Martin Saathoff? —le pidió Julia a Lenja.

Lenja asintió. Julia siguió al fiscal jefe hasta su propio despacho y cerró la puerta tras de sí.

—Señor Kreitz, entiendo la presión a la que está sometido. Ya le he explicado al señor Moeller que desde la medicina forense no podemos demostrar la violación.

Bjoern Kreitz alzó las manos por encima de la cabeza.

—Natalie Graupel es ya la octava víctima de ese agresor. Tengo que detenerlo a toda costa.

—El señor Moeller me ha contado que, en realidad, las pruebas son sólidas. ¿Por qué necesita más con tanta urgencia?

—Ya sabe usted cómo son estas cosas en los tribunales. —Kreitz la miró fijamente—. La jueza que lleva el caso es muy garantista, por decirlo con suavidad. El sospechoso es padre de familia, sin antecedentes, de buena posición. En la acusación tiene que cuadrar absolutamente todo.

—Al menos hay una cosa que puedo ofrecerle —repuso Julia—. Esta vez, la droga de sumisión debería poder detectarse. Así tendría usted una explicación creíble de por qué faltan todos los rastros de la violación.

—Eso ayudaría. —El fiscal jefe Kreitz suspiró—. Aun así, me temo que acabarán dejando libre a ese tipo. Tenemos que poder demostrar que estuvo realmente en el lugar de los hechos.

En ese momento, a Julia le vino de nuevo a la memoria el relato de Natalie Graupel.

—El agresor utilizó un condón y lo tiró en el lugar de los hechos. Si no lo han hecho ya, tienen que acordonar la zona cuanto antes y buscarlo. Lo más probable es que quede semen dentro. Con eso podrían atraparlo.

—Eso no nos lo había contado —declaró Kreitz. Miró a Julia como si acabara de caerle un rayo encima y el semblante se le iluminó—. Es usted la mejor de todas, señora Schwarz —añadió y salió como una exhalación del despacho de Julia.

Julia soltó el aire y negó con la cabeza mientras lo veía marcharse. Solo había esperar que la policía científica encontrara el condón y que por fin se pudiera demostrar la culpabilidad del Hombre Lobo. En cualquier caso, la colaboración con la fiscalía la estaba sacando de quicio. Le gustaba la gente ambiciosa, pero la manera en que los fiscales trataban al doctor Neumann le parecía intolerable. Y eso valía sobre todo para Christian Moeller. Julia sabía que su propio carácter tampoco caía demasiado bien a algunas personas del instituto. Le habían colgado el mote de Dama de Hielo porque a menudo parecía inaccesible. Pero ella nunca se comportaba como aquellos dos fiscales. Suspiró y ahuyentó aquellos pensamientos. Quizá, en este caso, tampoco le correspondiera a ella juzgar.

Cogió el catálogo que le había dado el doctor Eichner en el Instituto de Anatomía y lo abrió por la ilustración de las dos orejas. Luego colocó al lado su propia fotografía de la autopsia y contempló pensativa los dos pares de orejas. La muesca de la oreja izquierda —la que ella misma había retirado del cadáver durante la autopsia— era la única diferencia clara. Pero esa lesión podía haberse producido con posterioridad. Por lo demás, la estructura del pabellón auricular parecía muy similar. Era una verdadera lástima que no fuera posible un cotejo de ADN.

Marcó mecánicamente el número de Florian.

—Hola, ¿te ha puesto ya Lenja al corriente? —preguntó sin más preámbulos.

—Sí. Martin ha hablado con ella. Ha dicho que ibas a pasarte enseguida con unas fotos que teníamos que comparar.

Julia sonrió. En realidad no tenía pensado pasarse a ver a Florian. Pero ahora, al oír su voz, la asaltó de pronto una punzada de añoranza. Además, podía esperar los resultados allí mismo. Quería saber a toda costa si las orejas cosidas procedían del Instituto de

Anatomía. En ese caso, al menos, no tendrían que temer otra víctima.

—Un momentito —dijo y fue pasando los mensajes en el ordenador. Efectivamente, ya habían llegado los primeros resultados de laboratorio de la autopsia. Repasó los datos por encima: le daban la razón.

—Por cierto, nuestra víctima murió efectivamente de una sobredosis de insulina —le explicó a Florian—. La muerte se produjo la noche anterior al hallazgo del cadáver, entre la una y las cuatro.

—Eso significa que pudo haber sido Pavlo Burakow —concluyó Florian.

—Yo creo que sí. Pasó toda la noche en el recinto y habría tenido tiempo de sobra. Puede que incluso fuera un asesinato cometido a medias con la mujer que vimos en las imágenes de las cámaras de seguridad. ¿Habéis averiguado ya su identidad?

—Seguimos en ello. Tengo que colgar. Date prisa.

La línea quedó muda. Julia agarró su bolso, el catálogo de Anatomía y las fotografías de la autopsia.

No habían pasado ni veinte minutos cuando entró en la comisaría, donde ya la esperaban. Una agente joven, con el pelo rapado, acompañó a Julia a la primera planta, a las salas de interrogatorios.

—El inspector Kessler ha dicho que lo espere usted aquí. —Abrió un cuarto estrecho que se ocultaba tras el falso espejo de la sala de interrogatorios—. Pavlo Burakow se ha presentado con su abogado y lo están interrogando —añadió a modo de explicación y le indicó a Julia con un gesto que entrara.

Julia se sentó justo delante del falso espejo. Pavlo Burakow parecía haber envejecido diez años. Tenía arrugas profundas marcadas en la frente. Miraba el tablero de la mesa con ojos vidriosos y se toqueteaba nervioso la barba con los dedos de la mano derecha. Junto a él estaba sentado un hombre rubio, con la raya al lado y un traje azul oscuro. Por lo visto, su abogado. Tenía la mirada clavada en Florian, sentado frente a él. Julia solo podía verlo de espaldas. Martin Saathoff ocupaba la silla contigua. Se había recostado y le dejaba a Florian llevar la conversación. Julia llegó

justo a tiempo: Florian se estaba presentando a sí mismo y a su compañero.

—Es muy de agradecer que haya venido usted a vernos por iniciativa propia. Por cierto, nosotros también nos habríamos puesto en contacto con usted en breve, porque han surgido novedades en el caso de asesinato que nos ocupa.

—Si me permiten intervenir un momento —dijo el abogado de Burakow tras carraspear—. Mi representado ha comparecido porque tiene algo sumamente importante que comunicar. Quiero subrayar que deseamos mostrarnos deliberadamente cooperativos.

—Eso suena bien —respondió Florian en tono neutro. Aunque Julia no le veía la cara, sabía que había puesto su gesto de póquer. Florian era un hombre empático, pero también sabía ser tan insondable como un lago profundo. Julia contempló su espalda ancha y fuerte. Era triatleta y muy atractivo. Le encantaba su pelo rubio, que contrastaba con la media melena negra de ella, y sus ojos azules, que en ese momento le quedaban ocultos.

Vio que el abogado animaba a Pavlo Burakow con un golpecito en el hombro. El calvo asintió, vacilante, y tomó aire.

—No les he contado todo —empezó, paseando la mirada, inseguro, entre Florian y Martin Saathoff—. Lo de la mujer muerta me descolocó por completo. —Respiraba con dificultad y se pasó la mano por la calva.

—No estaba solo en el recinto de contenedores —confesó por fin y bajó la mirada—. Iba conmigo una amiga.

—Precisamente estamos identificando a esa mujer a través de la matrícula de su coche. Pero, ya que está usted aquí, puede decirnos ahora mismo su nombre. —Florian abrió su cuaderno de notas.

El calvo se rascó detrás de la oreja y miró a su abogado.

—Hay un problema —terció este de inmediato—. A través de la matrícula no darán con esa mujer. El coche pertenece a mi representado. Ocurre que su acompañante es una persona que no posee permiso de residencia en la República Federal de Alemania. Comprenderán que, por esa razón, se trata de un asunto delicado, pues el señor Burakow tiene mucho interés en que su amiga no se vea obligada a abandonar el país.

Durante un momento reinó en la sala un silencio tenso, y Julia se preguntó qué significaban las palabras del abogado. Por lo visto, Burakow era un ladrón que había llevado a una cómplice al recinto de contenedores. ¿O se le estaba escapando algo? Sorprendentemente, la cara de Pavlo Burakow se puso de un rojo oscuro de un segundo a otro.

—Quizá podría usted explicárnoslo con un poco más de detalle —instó Florian al abogado. Este volvió a darle un toquecito a su cliente.

—Verán —empezó Burakow con un hilo de voz—. Tengo una página web, y por eso estaba con Alina en el recinto de contenedores. —Se sacó una hoja de papel del bolsillo del pantalón y se la entregó a Florian—. Yo mismo tengo alquilado un contenedor. Aquí pueden ver la factura del último mes.

—¿Cuál es el apellido de Alina? —quiso saber Florian.

—Petrowa. Pero, por favor, no la persigan. Necesita el dinero.

—¿Y qué estuvo haciendo usted la noche en cuestión en el recinto de contenedores? —Florian pasó por alto la petición de Burakow y siguió presionando.

Julia tuvo la sensación de que el rojo de la cara de Burakow se intensificaba todavía más.

—Yo no tengo nada que ver con el asesinato —aseguró el calvo—. Grabamos películas en lugares especiales, y esa noche queríamos rodar otra vez en un contenedor. Pueden comprobarlo ustedes mismos.

—Sigo sin entender de qué va todo esto. —En la voz de Florian vibraba la impaciencia. Se le tensaron los músculos de la espalda cuando se inclinó sobre la mesa, acercándose a Burakow—. Díganos de una vez qué se traía usted entre manos allí. Estamos hablando de un asesinato. ¡Deje de andarse por las ramas!

—Es muy sencillo —interrumpió el abogado a Florian—. Mi representado dirige una página web de gran éxito. Graba porno en lugares fuera de lo común, y en las películas actúan él mismo y una compañera. La noche en cuestión trabajó con Alina Petrowa. Existe abundante material grabado con su correspondiente marca de

tiempo. Espero que ahora comprendan por qué mi representado se encontraba en el recinto de contenedores.

—¿Que rodaron un porno? ¿En esta época del año, en un contenedor helado? —preguntó Martin Saathoff, incrédulo—. ¿Y por qué no lo ha dicho desde el principio?

—¿Y qué querían que dijera? —Pavlo Burakow se encogió de hombros con gesto impotente—. ¿Que estuve allí toda la noche y habría tenido tiempo de sobra para cargarme a esa mujer? Pensé que, si hacía como que solo había entrado a robar, quedaría libre de sospecha.

El abogado de Burakow levantó la mano al instante y conminó a su cliente a guardar silencio.

—El señor Burakow no tiene nada que ver con este asesinato —repitió con voz firme—. ¿Podemos irnos ya?

—No tan deprisa. —Florian negó con la cabeza—. No acabo de entender por qué abrió usted precisamente el contenedor del cadáver, si tenía uno alquilado. —Dio unos golpecitos con el dedo en la hoja que Burakow le había entregado—. Según este documento, su contenedor está tres filas más allá.

—Como ya he dicho, mostramos sexo en lugares insólitos, casi siempre siniestros. Abrir un contenedor ajeno forma parte del juego. Sex and Crime. ¿Entiende?

—¿Y por qué no forzó el de al lado?

—Pues porque entonces igual habría cantado a la primera que era cosa mía. —Burakow se dio una palmada en la frente—. Me alejé un poco a propósito. El contenedor lo eligió Alina.

—¿Qué hizo entre la una y las cuatro de la madrugada en el recinto de contenedores? —preguntó Florian, tomando notas.

—Tuvimos sexo. Puedo poner las grabaciones a su disposición; verán que en ese intervalo no salimos de nuestro contenedor.

—¿Notó algo fuera de lo normal esa noche? ¿Vio a otras personas u oyó algún ruido?

—No. —Burakow negó con la cabeza—. Rodamos nuestra película, quisimos cambiar a otro contenedor y nos topamos con la muerta. Salí del recinto en coche con Alina y di media vuelta

enseguida para llamar a la policía. —Suspiró—. Pensé que era lo mejor, pero probablemente fue un error.

—Desde luego que no —replicó Florian y miró a Martin Saathoff.

—De momento no tenemos más preguntas —dijo Saathoff y se levantó—. Un compañero los acompañará para que puedan entregarle el material grabado.

—Maldita sea, Nicole, ¿has vuelto a pedir algo por internet? —La ira se le extendió por las entrañas como lava incandescente. ¿Cuántas veces habían hablado de eso en las últimas semanas? ¿Es que hablaba con la pared? No tenían dinero, y a su señora esposa no se le ocurría nada mejor que fundirse los ahorros. Le arrancó el paquetito de la mano al repartidor y le cerró la puerta del piso en las narices. Solo faltaba que encima esperara una propina. Por si acaso, Nils echó un vistazo por la mirilla y comprobó con satisfacción que el repartidor ya bajaba las escaleras dando brincos.

—¡Nicole! —bramó Nils, e irrumpió en la cocina con el paquete—. ¿Qué demonios has vuelto a pedir? ¿No te he dicho que ahora mismo no estamos para compras? —Levantó la caja y la sacudió con furia.

Nicole estaba junto al fregadero lavando vasos. Con toda la calma del mundo, dejó un vaso y agarró el siguiente. ¿Acaso no lo había oído? Ni siquiera lo miró.

—¡Maldita sea! ¡Haz el favor de contestarme! —le gritó directamente al oído. Por fin ella dio un respingo. Ya era hora. Con la mano libre la agarró del pelo y le echó la cabeza atrás de un tirón.

—¿Qué hay aquí dentro? —Estampó el paquete contra la mesa de la cocina y la agarró del brazo. Nicole cayó de rodillas con la cara desencajada de dolor. Se inclinó sobre ella. Tan cerca que olió el café

que debía de acabar de tomarse. Mejor haría en currar en vez de tanta pausa para el café. Apretó todavía más, hasta que por fin ella soltó un grito. Ya está. Sí que se podía.

—¿Qué has comprado?

—Nada —susurró ella.

—¿Nada? ¿Y entonces qué es esto? —La soltó y cogió el paquete —. ¿Eh? ¿Qué es?

Ella se daba la buena vida a costa de él, y él deslomándose por una miseria. Vale, últimamente ya no. Vivían a costa del Estado. Aun así, la vida era agotadora. Nicole le crispaba los nervios una barbaridad. Se pasaba el día dándole la murga. Que se buscara un trabajo. Que aquí y allá andaban buscando gente. Se comportaba peor que su madre. La muy estúpida no tenía ni idea de hasta qué punto estaba él al borde del abismo. Se había adueñado de su piso y se creía que, por limpiar cuatro cosas, tenía algún derecho sobre él. Si ya ni siquiera abría las piernas para él. Se lo quitaba de encima con excusas. Y él no era tonto. En las últimas cuatro semanas ya le había asegurado dos veces que tenía la regla. Como si él no supiera que eso pasaba solo una vez al mes. Había buscado tampones en el cubo de la basura. Nada. La muy lagarta le mentía. Y eso no le gustaba un pelo. El puño le salió solo y aterrizó en las costillas de ella. Algo crujió y Nicole soltó un alarido de dolor. Se echó atrás y la vio poner los ojos en blanco.

—¡Estúpida! No montes el numerito —la increpó.

Nicole no reaccionó. Los párpados le temblaban y respiraba de una forma extraña, superficial y acelerada.

¡Maldita sea!

—¿Nicole? —La agarró por los hombros y la zarandeó.

Nada.

Lo que le faltaba. Es que aquella mujer no servía absolutamente para nada. No podía quedarse KO así, sin más. Si ni siquiera le había pegado en serio. De pronto le dio por pensar qué pasaría si la muy lagarta la palmaba ahora. Entonces le tocaría pagarlo a él, y se pudriría durante años en el trullo. ¡Mierda! La levantó y se cargó al hombro aquel cuerpo menudo. En unos pocos pasos llegó a la puerta del piso y la llevó escaleras abajo. Por suerte, su coche

estaba aparcado delante del portal. En diez minutos, Nils llegó al hospital más cercano. Sentó a su mujer en una silla de ruedas que había en la entrada.

—Apenas respira —le explicó a una enfermera. Ella le tomó el pulso a Nicole y, con gesto frenético, le arrebató la silla de ruedas. Su mujer desapareció tras dos puertas correderas que se abrieron y se volvieron a cerrar automáticamente. Se quedó mirando, algo desconcertado, hasta que al poco regresó la enfermera y se dirigió hacia él.

—De momento le vamos a hacer unas radiografías a su mujer —le dijo y lo examinó con mirada crítica—. Podría tener las costillas rotas y tenemos que descartar una lesión en el pulmón. ¿Y cómo ha sido?

—Se ha caído por las escaleras. Pero se pondrá bien, ¿verdad? —preguntó con las rodillas extrañamente flojas. De pronto estaba preocupado por Nicole. Claro que era una estúpida, pero él no había tenido intención de hacerle daño en serio. Su ira se había esfumado de golpe.

—Los médicos están haciendo todo lo que está en sus manos. —La enfermera adoptó una expresión impenetrable—. Lo mejor es que por ahora se vaya usted a casa. Ahora mismo no puede hacer nada por ella, y las pruebas llevarán su tiempo.

Se dio media vuelta, vacilante, y regresó al coche arrastrando los pies, con los hombros caídos. La enfermera le había puesto en la mano un número de teléfono al que debía llamar al cabo de dos horas como muy pronto. Tenía el estómago como si se hubiera tragado pedruscos de cantos afilados. El puñetazo en las costillas había sido demasiado. Tendría que haberse controlado. Todavía sentía clavada en la nuca la mirada de la enfermera. Aquella mujer sabía perfectamente que él estaba detrás de las lesiones de Nicole. Probablemente estuviera avisando a la policía en ese mismo instante. Si Nicole moría, estaba perdido. ¡Maldita sea! ¿Cómo había podido perder los papeles de esa manera? Y todo por aquel paquetito. Y eso que en la cajita no podía haber gran cosa. A lo mejor Nicole se había pedido un pintaúñas. Seguro que él podía

permitirse esos cuatro euros. Nils descargó un puñetazo contra el salpicadero y pisó el acelerador.

Diez minutos más tarde, de vuelta en el piso, fue a la cocina y fulminó el paquete con la mirada. Aquel trocito de cartón tenía la culpa de su desgracia. La rabia volvió a hervirle por dentro. Sacó un cuchillo del cajón y cortó el precinto para abrir el paquete. Levantó la tapa y vio un papel blando que protegía el contenido. Buscó una factura o al menos un albarán, pero no encontró nada. Desplegó el papel despacio y sacó a la luz una caja de plástico azul oscuro de unos diez por cinco centímetros. No se veía ninguna etiqueta. No parecía especialmente nueva. Nils la abrió y arrugó la nariz. Le golpeó un olor repugnante, ligeramente dulzón. Se quedó mirando el contenido y la dejó caer sobre la mesa de la cocina. Nicole no había comprado nada de nada. En la caja de plástico había dos orejas cortadas. Aquella imagen lo llenó de pánico. ¿Quién haría algo así? Agarró el teléfono para llamar a la policía, y en ese momento sonó el timbre. ¡Maldita sea! El hospital la había avisado. Aunque a lo mejor no era tan mala cosa. Así podían echarle un vistazo al paquete de inmediato. Cruzó el pasillo a toda prisa y miró por la mirilla. Efectivamente, delante había un policía. Abrió la puerta de un tirón, pero, antes de que pudiera decir una sola palabra, un trapo apestoso le tapó la boca y la nariz. Se desplomó y lo arrastraron de vuelta al interior del piso. Todo ocurrió a una velocidad de vértigo. Lo último que se le grabó a fuego en el cerebro fue la imagen que sus retinas habían capturado del interior del paquete. Después perdió el sentido.

—La historia que nos quiere colar Pavlo Burakow es cada vez más disparatada —refunfuñó Martin Saathoff sin apartar los ojos de la pantalla del experto informático—. Estoy deseando echarle un vistazo a esa página web tan turbia e interrogar a esa mujer. Ese tipo no cuenta más que patrañas. Lo huelo a kilómetros.

—La cuestión es si tiene algo que ver con la muerte del contenedor. Burakow y Alina Petrowa no serían la primera pareja en matar juntos. —Florian se volvió hacia Julia—. ¿Habéis encontrado en la autopsia indicios de dos autores?

—No hemos encontrado ni un solo rastro de ADN ajeno. —Julia negó con la cabeza, con la vista clavada en la pantalla. El experto informático de la policía estaba superponiendo las fotografías de las dos orejas: las del Instituto de Anatomía y las del cadáver—. Por desgracia.

El programa empezó a pitar. El experto informático se frotó las manos.

—Coincidencia —dijo con aire triunfal—. Las dos orejas derechas encajan casi a la perfección.

—¿Y qué pasa con la muesca del borde? —Julia se subió las gafas por el puente de la nariz.

—Por eso lo he dicho: casi a la perfección. —El informático sonrió—. La muesca no encaja. Pero déjenme seguir con la oreja

izquierda. —Repitió el procedimiento y esta vez ya nadie habló. Todos miraban absortos la pantalla: las imágenes de las orejas se superponían como por arte de magia. Y, en efecto, volvió a sonar un pitido. En el borde superior del monitor se iluminaron unas letras rojas.

—Coincidencia del cien por cien —leyó Julia en voz alta—. Vaya. El pabellón auricular es muy característico de cada persona, así que tienen que ser las mismas orejas. Eso significa que el asesino entró a robar en la universidad para hacerse allí con piezas anatómicas. Nunca me había encontrado con algo así. ¡Es repugnante!

—Por lo menos ahora sabemos que no tenemos que buscar el cadáver de un hombre con las orejas amputadas —masculló Martin Saathoff, satisfecho.

Florian, en cambio, paseó una mirada inquieta por el grupo.

—Si partimos de que fue realmente el asesino quien robó las piezas anatómicas, me pregunto por qué se llevó veinte de golpe. Espero que no pretenda coserlas también en alguna parte.

Julia, que se había relajado visiblemente con las palabras de Saathoff, dio un respingo. Todavía no se le había ocurrido esa posibilidad.

—Pero también puede que las piezas anatómicas cambiaran de manos —apuntó Saathoff—. Si al final fueron estudiantes los que entraron a robar, a lo mejor revendieron las orejas.

—¿Al asesino? Poco probable. A mi juicio, lo de coser las orejas lo tenía planeado expresamente. Piensa un momento en todo el instrumental del contenedor. Era demasiado importante para él como para dejar el material en manos de unos estudiantes o de otros ladrones. —A Julia el razonamiento le pareció convincente. Tampoco Martin Saathoff puso objeciones.

—¿Qué pensará hacer el asesino con las orejas de la muerta? —preguntó Julia y se imaginó al criminal guardándolas como trofeo en el mueble del salón. O peor aún: cosiéndoselas a una nueva víctima.

—Venga, no os pongáis en lo peor tan pronto —gruñó Saathoff, que se incorporó frotándose los riñones—. Ahora vamos a ocuparnos de la muerta del contenedor. Los compañeros me acaban de mandar

un mensaje. Esta mañana, una mujer ha denunciado la desaparición de su compañera de piso. Parece que encaja todo.

Tres minutos después estaban sentados en el despacho de Florian estudiando la denuncia de desaparición. Jana Petersmann, veintiséis años. Julia contempló a la rubia, extraordinariamente guapa, que sonreía pícara a la cámara.

—¿No tiene profesión? —preguntó Julia, extrañada por lo escueto de la información sobre la víctima. En realidad solo conocían el nombre, la dirección y la edad. No constaban ni padres ni hermanos, y la denuncia tampoco decía gran cosa sobre su desaparición. La compañera de piso se había limitado a comunicar a la policía que Jana Petersmann no había vuelto a casa como estaba previsto y que, además, no cogía el móvil.

Florian tecleó el nombre de la víctima en el buscador de su ordenador. Sorprendentemente, Jana Petersmann parecía no existir en el mundo digital. No tenía perfil de Facebook, y su nombre tampoco aparecía en Instagram ni en ninguna otra red social.

—Para su edad, eso es muy poco habitual —observó Florian.

—Mira primero en nuestras bases de datos, anda —le pidió Martin Saathoff.

Florian abrió una ventana nueva y volvió a introducir el nombre de la muerta. La base de datos tardó un rato en mostrar un resultado.

—No puede ser —soltó Florian—. Jana Petersmann pasó realmente unos meses en la cárcel. No me lo esperaba.

—¿Y qué es lo que hizo? —Saathoff se inclinó hacia el monitor—. La ficharon un sinfín de veces por hurtos en tiendas. Luego robó un BMW y lo dejó hecho chatarra. —Se incorporó y negó con la cabeza—. Qué barbaridad. En la foto se la ve guapísima. Si no le hacía ninguna falta robar. Seguro que habría encontrado a un montón de tíos encantados de mantenerla.

Florian le lanzó a Martin Saathoff una mirada elocuente. Este levantó de inmediato las manos en gesto defensivo.

—Solo digo las cosas como son —se justificó—. No sería mi tipo.

Julia sonrió para sus adentros. Se imaginaba qué tipo de mujer le rondaba a Saathoff por la cabeza. Al instante le vino a la mente la

imagen de su ayudante Lenja.

—Vale —dijo—. Tenemos una víctima que hace cuatro años cumplió condena por robo. Desde entonces, por lo visto, no ha vuelto a meterse en líos. ¿Sabemos algo más sobre ella?

Florian aporreó el teclado y sacó de una base de datos el carné de conducir de Jana Petersmann.

—En el registro de tráfico de Flensburg, desde luego, no tiene ni un punto —anunció—. Hay un Polo matriculado a su nombre. Lo conduce desde hace dos años.

—¿Qué pasa con su familia? —preguntó Julia—. Quizá a través de ella encontremos una pista que lleve al asesino. Que le corte las orejas y las sustituya por otras tiene que significar algo. —Solo que a ella no se le ocurría qué. Llevaba horas dándole vueltas a la cabeza. ¿Quién iba a entrar a robar en el Instituto de Anatomía para llevarse piezas anatómicas y luego cosérselas a sus víctimas? Miró a Florian. Tenía la atención perdida en la lejanía. Estaba reflexionando. Julia admiraba su capacidad para meterse tanto en la piel del asesino como en la de la víctima.

—Supongamos que quería quedarse con las orejas de ella como trofeo —murmuró Florian al cabo de un rato—. Puede que aun así sintiera la necesidad de dejarla otra vez completa. —Se rascó la barbilla, con los ojos todavía fijos en un punto lejano—. Es posible que quisiera castigarla y que por eso se las cortara.

—¿Castigarla? —masculló Saathoff, frunciendo el ceño—. Pero si ya estaba muerta. Podría haberle cortado también las extremidades. Ya no habría cambiado nada.

—Para el asesino, sí —replicó Florian—. No dejó ni un solo rastro, ni en el lugar de los hechos ni en el cadáver. Eso significa que preparó su crimen hasta el último detalle. Lleva planeándolo por lo menos unas semanas. Al fin y al cabo, el robo en el Instituto de Anatomía fue hace ya dos semanas. Quería cortarles las orejas, y para eso tenía buenos motivos. Y lo de coserle unas orejas nuevas lo tenía igual de previsto desde el principio.

—Podría tener algo que ver con el sexo de la víctima —conjeturó Julia—. Quiero decir: ¿por qué tuvo que coserle a una mujer

precisamente unas orejas de hombre demasiado grandes? Estéticamente no era ninguna obra maestra.

—¿Y había piezas anatómicas de mujer en el catálogo del Instituto de Anatomía? —Florian la miró.

—No —respondió Julia después de coger la carpeta y hojearla—. Tienes razón. Aquí solo está el par que desapareció. Parece que no tuvo elección.

—Si escribo *cortar orejas* en mi buscador, me salen unos resultados de lo más reveladores. —Martin Saathoff levantó la mano e hizo una pausa hasta tener toda la atención de Florian y de Julia. Luego continuó—. En la Edad Media, a los ladrones se les cortaban las orejas. ¿Y nuestra víctima no era una ladrona?

—Toma ya —soltó Florian y se puso en pie de un salto—. Puede que ahí hayas dado en el clavo. Solo queda por saber por qué le cosió otras orejas. A lo mejor quería dejar completa otra vez a la muerta, o por alguna razón las otras le parecían mejores.

En ese mismo instante sonó el teléfono. Florian se giró de golpe y descolgó. Se le petrificó el gesto.

—Han encontrado otro cadáver —dijo después de colgar—. El policía dice que a la víctima le han amputado las manos.

—¡Ha tenido usted una suerte enorme! —le siseó el médico adjunto al oído, tan bajo que nadie más podía oírlo.

Teresa asintió, compungida, e intentó sonreír al darse cuenta de que el paciente la miraba expectante. El señor Wagner estaba ya de vuelta en su planta, y ella podía darse con un canto en los dientes de que hubiera sobrevivido.

—¿Cómo se encuentra hoy, señor Wagner? —preguntó, y la sorprendió su propia voz: sonaba firme. Y eso que cada fibra de su cuerpo estaba vibrando. Estaba mareada y completamente exhausta.

—Estoy estupendamente, doctora. —El paciente sonrió sin fuerzas, pero visiblemente satisfecho—. Gracias por salvarme la vida. ¡Quién iba a pensar que tenía un tumor tan grande en el estómago!

Teresa no logró articular palabra. El médico adjunto también guardó silencio. ¿Qué podían decir, al fin y al cabo? ¿Que Teresa había estado a punto de mandar al paciente al otro barrio? Sin la rápida y excelente operación de urgencia del médico adjunto, el señor Wagner no estaría ahora allí, sino a dos metros bajo tierra. A ese hombre solo unos minutos lo habían separado de la muerte. Teresa se mordió la lengua y le tomó las constantes vitales al paciente sin decir nada, mientras el médico adjunto le palpaba el abdomen y comprobaba la sutura.

—Por precaución lo vamos a tener aquí unos días más. Me alegro de que se esté recuperando tan deprisa. —Esbozó una sonrisa profesional, le hizo una seña a Teresa para que lo siguiera y salió de la habitación con paso rápido. En el pasillo se detuvo y la miró con severidad.

—Querida colega, este es ya el tercer o cuarto error en muy poco tiempo. Espero de verdad que se centre usted y que, en el futuro, se lo piense bien antes de actuar.

Teresa abrió la boca para protestar. Al fin y al cabo, el señor Wagner ni siquiera había sido paciente suyo; ella solo había acudido en ayuda de la colega de la planta vecina. Pero el gesto del médico adjunto no admitía réplica. Era ella la que llevaba mucho más tiempo trabajando en el hospital y, por eso mismo, no podía escudarse en una médica de planta sin experiencia. Al médico adjunto le empezó a sonar el busca. Se dio la vuelta a toda prisa y se marchó como una exhalación. Teresa respiró aliviada. Ciertamente que ahora tendría que hacer sola el pase de visita, pero al menos se ahorraba otro sermón. Se arrastró hasta la sala de médicos y se sentó en una incómoda silla de plástico que se le clavaba en la espalda. Agotada, tomó aire a bocanadas. En el fondo, no se merecía otra cosa. Siempre había querido ser médica y se había ganado a pulso su puesto en aquel hospital. Pero le costaba seguir el ritmo de los colegas y estar a su nivel. Agarró el montón de historias clínicas y lo repasó. A algunos pacientes había que reajustarles la medicación. Una mujer con la tensión demasiado alta necesitaba un tercer fármaco para normalizarle los valores. Para otro paciente pidió una resonancia magnética. Al siguiente quería trasladarlo a una unidad de vigilancia. Pero cuando llamó a cuidados intermedios, le dijeron que no quedaba ninguna cama libre. Así que tendría que encargarse ella misma de la vigilancia. Teresa soltó un gemido: eso significaba trabajo extra. Ojalá, con todo aquel estrés, no cometiera otro error. Con un nudo en el estómago, pensó en el último hospital en el que había trabajado. Había ayudado a muchos pacientes y, aun así, no todo había ido sobre ruedas. Se levantó y decidió continuar el pase de visita con el paciente que necesitaba vigilancia. Mientras tanto, no podía dejar de pensar en su antiguo empleador, que al final la

había puesto de patitas en la calle sin contemplaciones. Y eso después de todas las horas extra y todas las renunciadas que había soportado durante más de tres años. Ni una palabra de agradecimiento, no digamos ya un elogio por su entrega. Nada. Una breve conversación telefónica con el departamento de personal. Una carta de despido impersonal y la mirada vacía de su jefe de entonces.

Teresa abrió la puerta de la habitación y apartó aquellos recuerdos ingratos. Esta vez todo iba a ser distinto.

—Buenos días, señor Kraemer, ¿cómo se encuentra? —preguntó con brío y dejó la historia clínica a los pies de la cama.

El anciano no reaccionó. Respiraba de forma superficial. Los párpados le temblaban. Teresa se plantó a su lado en un instante y le tomó el pulso. Después le auscultó los pulmones y se asustó. Con cada respiración se oía un borboteo anómalo. La frecuencia del pulso se disparó. Agarró el teléfono y pidió ayuda. Quería hacerlo todo bien, costara lo que costara. Antes incluso de que apareciera el colega, le inyectó al paciente medicación para estabilizarlo. Por fin llegó el médico a toda prisa. Teresa informó con frases entrecortadas de lo que había hecho y recibió una mirada de aprobación.

—Yo me hago cargo del paciente. Buen trabajo —la elogió el colega y fue a buscar a dos enfermeros.

Teresa, con el corazón acelerado, los vio llevarse al anciano. Respiró aliviada. ¡Así que sí que funcionaba! Entró casi dando saltitos en la siguiente habitación. Se sentía mejor que en mucho tiempo.

Sobre Colonia había caído la noche. La lluvia repiqueteaba contra los cristales del coche de Florian. Los limpiaparabrisas chirriaban y barrían el cristal cada vez más deprisa. Julia tiritaba a pesar de que la calefacción estaba al máximo. No tenía ni idea de lo que la esperaba. Solo sabía que la esposa de un tal Nils Deuss lo había encontrado muerto en el dormitorio de ambos. Absorta, miraba por la ventanilla y veía pasar volando las luces de la ciudad. Martin Saathoff, que se había acomodado en el asiento trasero, estornudó estrepitosamente. No era de extrañar, con aquel frío y aquella humedad. Julia deseaba que nevara y que la ciudad resplandeciera de un blanco limpio. Pero eso pasaba muy de tarde en tarde en Renania. En vez de eso, los habitantes tenían que soportar aquel tiempo gris y desapacible, y confiar en que el invierno pasara pronto.

Florian tomó una curva y entró en una zona residencial. Las luces azules parpadeantes de la policía se reflejaban multiplicadas por mil en las gotas de lluvia del parabrisas y les indicaban el camino. Florian se dirigió directamente hacia una agente, bajó la ventanilla y le mostró la placa. La mujer, algo corpulenta, asintió y retiró la barrera.

—Pueden aparcar ahí detrás. Tienen que ir al número cinco, tercera planta.

Siguieron adelante en silencio y se bajaron delante del edificio. Corrieron hacia el portal con las manos sobre la cabeza para escapar del aguacero. Julia pisó un charco y maldijo por lo bajo al notar el agua helada calándole los calcetines. Cuando por fin estuvo dentro, se sacudió las gotas del abrigo y echó a andar de prisa tras Florian y Martin Saathoff.

En la tercera planta había un ir y venir de policías, y la policía científica también había llegado ya. A cada segundo salían fogonazos de flash del piso hacia el rellano de la escalera. Un policía joven, con la cara pálida, estaba apoyado junto a la puerta de entrada y asintió sin fuerzas cuando Florian lo saludó.

—Nunca había visto nada tan horrible —jadeó, visiblemente afectado—. No entiendo cómo lo aguantan ustedes en la policía judicial.

—Uno se acostumbra a todo. —Florian le sonrió al joven para darle ánimos—. Incluso a las crueldades más espantosas de las que es capaz el ser humano. Al final es solo cuestión de tiempo. Lo mejor es que salga usted fuera y respire un poco de aire fresco.

El policía asintió y bajó las escaleras mientras ellos entraban en el piso. Todas las puertas estaban abiertas. A la izquierda quedaban el baño y la cocina. A la derecha, el salón. Al fondo, de donde venían los fogonazos, tenía que estar el dormitorio. A pesar de toda la gente que iba y venía, en el aire flotaba un olor metálico. Sangre.

Julia vio al hombre muerto sobre la cama. Tendría unos treinta años; yacía boca arriba con los brazos extendidos a ambos lados, de modo que le recordó a una cruz humana. Las piernas estaban sujetas por los tobillos con bridas. En el torso desnudo distinguió las marcas de una atadura anterior. El hombre tenía los ojos desorbitados. Las pupilas sin brillo miraban fijamente un punto del techo. La punta de la lengua asomaba entre los labios entreabiertos, y en el cuello se apreciaban varias marcas de estrangulamiento. Pero lo peor eran las manos. Julia apenas podía apartar la vista. Igual que al primer cadáver le habían cortado las orejas, a este hombre le habían cortado las manos y se las habían sustituido por otras ajenas, mucho más pequeñas. Julia conocía muy bien aquellas manos. Aquellos dedos delicados le habían llamado la atención en el

catálogo del Instituto de Anatomía. Eran dos manos de niño magníficamente conservadas.

Julia tragó saliva. Incluso después de varios años de experiencia profesional, aquella imagen la desbordó durante unos segundos. Se enfrentaban, sin ninguna duda, al mismo asesino. Las manos pequeñas estaban cosidas de forma chapucera a los muñones, demasiado grandes, con el mismo hilo azul que en la primera víctima. Un feo reborde rojo de sangre y carne desgarrada rodeaba la pieza anatómica. Julia reprimió el impulso de separar las manos del cadáver con unas tijeras. Le costó apartar la mirada y concentrarse en las demás partes del cuerpo. Esta vez sabía lo que tenía que buscar. El muerto no llevaba zapatos. Se centró en el pie derecho e iluminó con la linterna el espacio entre los dos primeros dedos. Tres marcas de punción de un rojo oscuro le daban, con toda probabilidad, la causa de la muerte.

—Tengo que confirmarlo con el laboratorio, pero todo apunta a que el asesino ha vuelto a actuar con insulina —anunció, mirando a su alrededor.

Florian y Martin Saathoff estaban junto a la cama con el gesto descompuesto. Tenían los ojos clavados en las manos del cadáver.

—Ahora entiendo por qué el policía de ahí fuera tenía náuseas —mascullo Saathoff, apretando los labios—. Maldito malnacido.

—Sigo sin comprender por qué lo hace —dijo Florian—. ¿Por qué corta partes del cuerpo y las sustituye acto seguido? —Se pasó la mano por el pelo rubio sin apartar la vista de las manos infantiles—. Pensemos en Jana Petersmann, la primera víctima. Era una ladrona. Él le corta las orejas. Hasta ahí, todo encaja. Pero ¿por qué le cose unas nuevas?

—¿Y qué significan las manos amputadas? —Martin Saathoff se encogió de hombros—. Que yo recuerde, antiguamente a los ladrones les cortaban las manos. ¿Es que ese hombre de ahí también era un ladrón?

—Eso no se puede afirmar sin más. —Julia dejó que el pie del cadáver se deslizara de nuevo sobre la sábana y se incorporó—. En otras épocas, en casi todas las culturas se aplicaban las llamadas penas especulares. El castigo se ejecutaba en la parte del cuerpo

con la que se había cometido el delito. Normalmente se roba con las manos; en consecuencia, se cortaban. Antaño se recurría a las orejas solo para no mermar la capacidad de trabajo. Hay muchos otros delitos que se cometen con las manos. No tiene por qué ser un robo.

—Como las manos siempre están de por medio, puede ser cualquier cosa, desde una simple falsificación hasta un asesinato —dijo Martin Saathoff, mirando a Julia pensativo—. Lo más probable es que con el motivo estemos completamente desencaminados.

—Especular no sirve de nada. —Florian suspiró—. Tenemos que hablar cuanto antes con Nicole Deuss, la mujer del muerto. Ella lo encontró. ¿Qué me dices de las marcas de estrangulamiento del cuello? La primera víctima parecía completamente intacta. Aquí, en cambio, es evidente que el asesino empleó la violencia.

Julia examinó a fondo las marcas de estrangulamiento. Eran superficiales y apenas habían dañado las capas inferiores de la piel. El asesino probablemente había utilizado un pañuelo o una bufanda. Una cuerda habría penetrado más hondo y habría dejado un dibujo trenzado en la piel. Le tiró de un párpado al muerto, pero no halló Petequias debajo.

—Lo estrangularon, pero no murió de eso. —Señaló los antebrazos, que no presentaban ni arañazos ni ninguna otra lesión—. Tampoco él parece haberse defendido de su asesino. Doy por hecho que también lo sedaron.

—En la puerta del piso no había señales de que la forzaran. Se la abrió él mismo a su asesino. Tenemos que averiguar si la víctima y el asesino se conocían. —Florian se dio la vuelta y fue al salón. Julia y Martin Saathoff lo siguieron.

Una mujer demacrada, con un ojo hinchado y el labio partido, estaba hundida en un sillón. En la mano sostenía un pañuelo de papel arrugado. Las lágrimas le goteaban desde las mejillas al jersey desteñido.

—Buenas noches, señora Deuss, lo siento muchísimo —empezó Florian con cautela, poniéndose en cuclillas a su lado—. Me llamo Florian Kessler y este es mi compañero Martin Saathoff. Nosotros

llevamos la investigación. La doctora Schwarz es médica forense y nos apoya.

Nicole Deuss levantó la vista un instante; luego los ojos se le vaciaron otra vez y se le llenaron de lágrimas al momento. Julia se sentó con Martin Saathoff en el sofá.

—Lo he encontrado en la cama al volver del hospital —sollozó de pronto, respirando con evidente dificultad. Julia se levantó y rodeó la mesa del salón. Le puso a la mujer las manos en los hombros con suavidad.

—Intente sentarse lo más recta posible. Así le entrará mejor el aire. —Le recorrió con el dedo la espalda a Nicole Deuss y notó un vendaje—. ¿Se ha roto una costilla?

—Sí, pero no es para tanto —asintió Nicole Deuss—. Solo duele un poco. Nils no lo hizo a propósito. —Estrujaba el pañuelo entre las manos—. Es que a veces pierde los nervios. Eso ya se lo he explicado a la agente en el hospital. No quiero poner una denuncia y meter a Nils en problemas. Al fin y al cabo, estamos casados. —Su mirada se desvió hacia la puerta y sollozó con fuerza—. *Estábamos* casados —añadió, temblando.

Durante un momento nadie dijo nada. Florian mantuvo el gesto neutro, pero Julia intuía lo que le pasaba por la cabeza. Aquel malnacido de Nils Deuss había mandado a su mujer al hospital de una paliza.

—¿A qué hora ha llegado usted a casa? —preguntó Florian.

—Hacia las seis de la tarde. Por desgracia, el alta del hospital tardó una eternidad. Quería llegar a tiempo de prepararle la cena a Nils. No le gusta cenar tarde; en realidad, tendría que haber estado en la mesa a las seis. Ya me estaba temiendo que volviera a enfadarse. Pero cuando entré en el piso había un silencio raro, y entonces noté ese olor repugnante. —Se interrumpió un momento y se pasó la lengua por los labios—. Fui directa al dormitorio. Estaba allí tumbado, sin moverse. Vi enseguida que estaba muerto. —Sollozó de nuevo y se enjugó unas lágrimas—. ¿Sabe? Éramos muy felices juntos, aunque desde fuera quizá no lo pareciera. No sé qué voy a hacer ahora. ¿Cómo voy a arreglármelas sin Nils?

—Nos encargaremos de que reciba ayuda —prometió Florian—. Usted puede ayudarnos a encontrar al que le ha hecho esto a su marido. ¿Puedo hacerle unas preguntas más?

—Quiero que atrapen a ese canalla y lo metan en la cárcel para siempre —respondió Nicole Deuss, asintiendo con determinación.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos —repuso Florian—. ¿Cuándo fue la última vez que tuvo contacto con su marido?

—Cuando me llevó al hospital. Después, nunca más —se lamentó Nicole Deuss con un deje de amargura en la voz, mientras las lágrimas volvían a correrle por las mejillas—. No volvió a aparecer. Tampoco cogía el móvil. Les pedí a los médicos que me dieran el alta antes de tiempo porque pensaba que estaba enfadado. Siempre me dice que soy una quejica y que exagero muchísimo. Que unos cuantos moratones no han matado nunca a nadie.

Julia contuvo la respiración para no gritar. Había tratado ya con muchas víctimas de la violencia, pero nunca había visto una sumisión como la de Nicole Deuss. ¿Cómo podía una mujer dejarse tratar tan miserablemente? Julia se odió por pensarlo, pero casi se alegraba de que aquel malnacido yaciera muerto en la cama. Al menos ahora aquella mujer tenía la oportunidad de vivir sin violencia.

—¿Ha notado últimamente algo fuera de lo normal en su marido? ¿Estaba quizá más callado, o más agresivo que de costumbre? —preguntó Florian.

—No sé. —Nicole Deuss se encogió de hombros—. Llevaba unas semanas en paro, y estar sin hacer nada no le sentaba bien.

—¿Había discutido con usted o con algún conocido?

Sin querer, Nicole Deuss se llevó la mano al ojo hinchado.

—Estaba enfadado conmigo porque creía que yo había comprado algo por internet. Queríamos ahorrar mientras él no trabajara. Aparte de eso, estaba de bronca con su mejor amigo. Joerg le había prestado dinero y Nils no podía devolvérselo. Eran dos mil euros.

Florian soltó un silbido entre dientes.

—Es mucho dinero.

—Lo necesitó para el coche. —Nicole Deuss asintió—. Le trucó el motor. Adoraba aquel trasto y decía que podría venderlo por mucho

más.

Florian le pidió los datos de contacto del amigo de Deuss, Joerg Kannen.

—¿Ha notado usted alguna otra cosa?

—No. —Nicole Deuss apretó los labios y reprimió otro sollozo.

—Llámemme si necesita algo o si se le ocurre algo más que pueda ser importante —dijo Florian, tendiéndole su tarjeta de visita, y se levantó.

—¿Quiere que la lleve de vuelta al hospital? —preguntó Julia, levantándose también—. Puedo hablar con la supervisora de la planta. Habría que tenerle la lesión en observación y en su piso ahora mismo seguro que no quiere quedarse. La policía científica todavía tiene para unas horas y ya es tarde.

Nicole Deuss se quedó mirando a Julia como si viniera de otro planeta. Pero luego asintió. Julia se adelantó hacia el recibidor. Una agente rubia le salió al encuentro.

—¿Es usted la forense?

—Sí, soy yo.

—Hemos encontrado un paquete en la cocina que debería ver.

Julia le pidió a Nicole Deuss un momento de paciencia y siguió a la agente. Sobre la mesa de la cocina había un paquetito gris. Al lado, una caja de plástico azul oscuro. Julia supo al instante lo que contenía.

—No puede ser —soltó, sorprendida, y se llevó un momento la mano a las gafas. No había ninguna duda. En la caja había dos orejas humanas. Desprendían la nota dulzona de la descomposición. En los bordes había sangre adherida. La piel se veía grisácea. Por lo visto, el asesino no se había molestado en refrigerar ni conservar las orejas. Su tamaño solo permitía una conclusión: pertenecían a una mujer y, con toda probabilidad, procedían de la primera víctima, Jana Petersmann. Un análisis de ADN lo confirmaría. Julia se giró de golpe y llamó con la mano a Florian, que seguía en la entrada.

—Tenemos las orejas de Jana Petersmann —explicó y examinó mejor el paquete. Llevaba pegada una etiqueta dirigida a Nils Deuss. Faltaba el remitente, y tampoco había sello ni número de seguimiento.

—Creo que ya sé cómo consiguió el asesino que Nils Deuss le abriera la puerta —dijo Julia, señalando la etiqueta—. Entregó este paquete en persona.

—Eso sería una buena noticia. Así, con suerte, el malnacido aparecerá en alguna cámara de seguridad. Voy a pedir que lo comprueben ahora mismo. —Florian se dirigió a la agente que había avisado a Julia y le pidió que buscara cámaras delante del edificio o en el aparcamiento. Enfrente del bloque había, en todo caso, un pequeño supermercado. Quizá allí hubiera algo.

Florian se puso a caminar arriba y abajo por la estrecha cocina. Se le había formado una arruga en el entrecejo. Pensaba intensamente. Saathoff también se había unido a ellos.

—Pero ¿qué clase de malnacido enfermo es este? —maldijo, arrugando la nariz—. Estas cosas apestan una barbaridad. Yo pensaba que eran sus trofeos, y ahora resulta que las mete en una caja de plástico y se las manda a su siguiente víctima.

—Nada de esto encaja —convino Florian—. Supongamos que el asesino entrega el paquete en persona. ¿Cómo entró entonces en el piso? Lo normal habría sido que Nils Deuss cogiera el paquete, cerrara la puerta y lo abriera después. El asesino no habría tenido ninguna posibilidad de entrar; al menos, no sin dejar rastro.

—Yo estaba delante cuando llegó el paquete —dijo de pronto Nicole Deuss, y todos se volvieron sobresaltados. Nadie había notado que estaba en la puerta de la cocina observándolos. Julia se preguntó si habría visto el contenido de la caja. Pero tenía el gesto relajado. Por lo visto, no tenía ni idea.

—Yo estaba aquí, cocinando. Sonó el timbre y Nils abrió. Justo después irrumpió con el paquete y discutimos. Creía que yo había pedido algo, y se puso furioso. Tan furioso que... en fin... me pegó y me llevó al hospital. El paquete se quedó sin abrir en la mesa de la cocina. —Nicole Deuss enmudeció y se quedó mirándose las puntas de los pies.

—Entiendo —dijo Florian al cabo de un momento y se colocó delante de la caja azul para que Nicole Deuss no viera el contenido—. ¿Puede decirme aproximadamente a qué hora sonó el timbre?

—Casi exactamente a las cinco y media de la tarde. Acababa de ponerme a hacer la cena cuando entregaron el paquete.

—Gracias por toda la información —dijo Florian y acompañó a Nicole Deuss fuera de la cocina—. Ahora la llevamos al hospital. —Se volvió hacia Martin Saathoff—. ¿Te vienes?

—No, gracias. —Saathoff negó con la cabeza—. Cojo el autobús. Así llego antes a casa.

Por el camino, Julia habló por teléfono con el médico de guardia. No había ningún problema en volver a ingresar a Nicole Deuss en la planta. La dejaron en la entrada del hospital y la vieron desaparecer por la puerta giratoria.

—¿Quieres ir a casa? —preguntó Florian, acariciándole a Julia el hombro.

—No —respondió ella—. Después de este día espantoso necesito una copa de vino tinto, y quizá algo de pasta para acompañar.

—Estaba pensando exactamente lo mismo. —Florian sonrió—. Deberíamos intentar desconectar un poco. Vamos a Gallo. Seguro que aún tienen una mesa libre para nosotros.

Veinte minutos después entraron en el pequeño restaurante italiano en pleno centro de Colonia. Olía a una mezcla especiada de ajo y pesto. A Julia le rugió el estómago, expectante.

Florian pidió un chianti para los dos y brindó con ella mientras Julia estudiaba la carta.

—Por nosotros —dijo con una sonrisa seductora. A la luz de las velas, sus ojos azules parecían lagos profundos, y su pelo rubio resplandecía en contraste. Julia alzó su copa.

—¿Quieres que vuelva a quedarme a dormir en tu casa esta noche? —preguntó y notó que le subía el calor por dentro. Normalmente no era tan directa; esperaba a que Florian la invitara. Pero la propuesta pareció alegrarlo. Le sonrió radiante y casi la devoró con la mirada.

—En mi piso tienes preparado todo lo que necesitas para pasar la noche. —Sonrió con picardía y puso la mano sobre la de ella—. Ya sabes que, cuando llevas ese camisón transparente, no puedo resistirme.

Julia le apartó la mano, juguetona, y cogió su copa de vino. Hacía poco, Florian le había regalado un camisón y un cepillo de dientes para que pudiera quedarse a dormir en su casa siempre que quisiera, sin cargar con sus cosas. En cierto modo, era como si se hubiera medio mudado con él. Lo miró y admiró su figura atlética. ¿Por qué querría aquel hombre maravilloso estar con una forense como ella? Cuando volvía a casa por la noche, olía a muerte, o por lo menos a desinfectante. Se hundió en su mirada cariñosa y sincera. Probablemente nunca lo averiguaría, aunque quizá tampoco hiciera falta. Tendría que atenerse a las palabras de su padre. Ulrich Schwarz siempre tenía una frase a mano en cuanto ella le hablaba de Florian: los sentimientos hermosos no se pueden explicar. Hay que tomarlos como son, y cuidarlos con mimo para que se hagan más fuertes y no se los lleve la primera tormenta. Había batallado una eternidad con esas palabras. Ya le habían traicionado gravemente la confianza una vez. Pero cuanto más tiempo llevaba con Florian, más parecía que con él hubiera hecho pleno.

—Yo voy a tomar lasaña —anunció, apartando la carta.

—Yo, después de un día tan largo, necesito algo contundente. Me pido un filete —decidió Florian y llamó al camarero con un gesto.

—Tengo que ir un momento al baño. No te escapes —dijo tras pedir y se levantó.

—Seguro que no. —Julia sonrió mientras Florian cruzaba el restaurante y desaparecía al fondo. Dejó vagar la mirada por los clientes. La mayoría parecían relajados y de buen humor. Justo a su lado había una pareja —los dos rondarían los setenta— y se preguntó sin querer si ella, a esa edad, seguiría siendo igual de feliz con Florian. La idea le gustó. Andaba dándole vueltas a ese pensamiento cuando se abrió la puerta y una pareja joven, muy abrazada, entró en el restaurante. Se miraban enamorados mientras una camarera les buscaba una mesa libre. Observó al hombre, delgado, que le daba la espalda. Tendría veinticinco años como mucho. Su novia, también esbelta, tenía una larga melena oscura y, a pesar del frío, llevaba un vestido corto que realzaba sus piernas bien torneadas. La camarera los llevó hacia una mesa en un nicho de la pared, a unos metros de Julia. El hombre se dio la vuelta y, en

ese mismo instante, Julia se quedó helada. Casi sin pensarlo, sacó el móvil del bolso e hizo una foto con disimulo. Conmocionada, lo vio inclinarse hacia la mujer y besarla en los labios antes de sentarse. Ninguno de los dos se percataba de nada a su alrededor. El joven no reparó en Julia. Solo tenía ojos para su novia.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Florian.

Julia ni siquiera se había dado cuenta de que había vuelto y de que estaba sentado otra vez a la mesa. Lo miró desconcertada.

—Creo que en aquella mesa está el novio de Lenja. Pero con otra.

## *Dos años antes*

Anne sentía la indiferencia que le daban las pastillas. El efecto no duraría demasiado, porque había insistido en una dosis baja. Al menos así sus miedos desaparecían durante un tiempo. Lo malo era que entonces apenas notaba nada, porque también los sentimientos buenos se le apagaban. Los días pasaban de largo ante ella. Uno tras otro. Su marido y todo su entorno la trataban como si fuera de cristal. Hasta el doctor Reuscher, su terapeuta, asentía mucho más de lo necesario. Pero, a diferencia de todas las demás personas que revoloteaban a su alrededor, él la ayudaba. Con él podía abrirse. No le exigía olvidar lo ocurrido. Al fin y al cabo, una violación no se podía borrar de la mente sin más. Cada maldito día se acordaba de aquellos momentos espantosos. Los recuerdos le brotaban de golpe. A veces los desencadenaba un ruido concreto. Una tos o un crujido. También podía ser una persona. Un hombre que se pareciera al agresor, Frank Laganis, o una voz que sonara como la suya. En esos segundos volvía el mismo pánico de aquella noche. Viajaba atrás en el tiempo y lo revivía todo de nuevo. Entonces no ayudaban ni las pastillas. Pero desde que iba a la consulta del doctor Reuscher sabía manejar mejor esos flashbacks, como los llamaba él. Había

aprendido a controlar la respiración y, con ella, el miedo. Sin pensarlo, Anne respiró hondo.

—¿Estás bien?

Ni se había dado cuenta de que su marido estaba allí, tumbado a su lado en la cama, con una revista entre las manos. Ella había encendido el televisor, pero no lo miraba. Anne había estado completamente absorta en sus pensamientos. Ahora volvía a caer en la cuenta: era viernes. Un día que ya no le gustaba. Antes lo esperaba con ilusión; ahora le producía pavor. A veces sentía verdadero miedo del comienzo del fin de semana y de todo el tiempo que tendría que pasar con su marido. Tiempo en el que él la miraría con aquel brillo en los ojos. Tiempo en el que querría estar cerca de ella, mientras que ella preferiría esconderse dentro de un grueso capullo de algodón. A menudo, demasiado a menudo, cedía a sus necesidades. Pero eso se iba a acabar a partir de ahora.

Anne lo miró. Él sonreía con los labios un poco apretados. Ella cogió aire a toda prisa y se serenó.

—El doctor Reuscher ha dicho que tenemos que interrumpir nuestra rutina de los fines de semana durante una temporada —empezó con cautela.

—¿A qué te refieres exactamente, cariño? —preguntó su marido, torciendo ligeramente el gesto.

—Necesito mi espacio... más espacio... para poder volver a ser yo misma. —Se le quebró la voz y apartó la mirada.

—Creía que ya estabas mejor —murmuró él, decepcionado—. ¿Cancelamos la excursión de mañana? Puedo hacerlo ahora mismo.

—No. No. No me refería a eso. Me refería a lo otro. A lo... ya sabes. —No fue capaz de decirlo. Quería hablar del sexo de los viernes por la noche, que era casi una cita fija. Llevaban años celebrando así el comienzo del fin de semana, y Anne, en realidad, no había querido que la violación le destruyera también ese ritual. Pero el doctor Reuscher la había convencido de que en ese momento era más importante que pensara en sí misma.

Su marido frunció el ceño y la miró con intensidad. Luego pareció comprender.

—Pero si tú misma dijiste que debíamos comportarnos con la mayor normalidad posible.

—Sí, es verdad. Pero el doctor Reuscher dice que no me hace bien.

—Podemos prescindir del sexo sin problema. Si no lo disfrutas, yo soy el último que te va a obligar a nada.

Anne vio la decepción en sus ojos.

—Creía que poco a poco volvías a ser la de antes —añadió con cuidado.

—Todavía no lo has entendido —replicó, negando enérgicamente con la cabeza—. La antigua Anne está muerta. Murió el día en que un monstruo abusó de ella. ¡Nunca volveré a ser la Anne que fui! —La vehemencia de sus propias palabras la asustó. Pero se alegraba de haberlo dicho por fin.

—De acuerdo, Anne —dijo su marido, levantando las manos en gesto conciliador—. Sabes que haría cualquier cosa por ti. Y si necesitas distancia, si ahora mismo no soportas la cercanía física, lo acepto, por supuesto.

¡Maldita sea! Era tan condenadamente comprensivo y bueno con ella que se le saltaron las lágrimas sin más. No se merecía en absoluto un hombre como él. Saltó de la cama y corrió a la ventana. La abrió y sintió en la piel el aire helado del invierno. Le habría gustado congelarse hasta convertirse en un bloque de hielo; así no tendría dentro, a todas horas, todos aquellos sentimientos. Sentimientos que se abrían paso a través del manto de algodón de los medicamentos y con los que no sabía lidiar.

—Gracias —musitó con la voz ahogada y se dio la vuelta—. Estoy trabajando en mí, de verdad.

—Lo sé, Anne. —Su marido asintió—. Y te doy todo el tiempo que necesites. Lo superaremos juntos. No tengo ninguna duda.

Se volvió de nuevo hacia la ventana y se quedó mirando afuera. Un pájaro picoteaba la hierba grisácea del jardín delantero en busca de algo que comer. Al poco se dio por satisfecho y se alejó volando entre protestas por encima del seto bajo y recortado. Vivían en una casa grande, pero Anne ya no era capaz de disfrutar de aquel lujo. Miró hacia las casas vecinas y se preguntó si tras aquellos muros,

lejos de la vista de todos, se estarían viviendo tragedias parecidas. No reparó en el hombre del otro lado de la calle, apoyado con indolencia contra la farola, hasta que fue a cerrar la ventana. El cono de luz le iluminaba la cara y Anne parpadeó, espantada. Tenía que estar alucinando. Frank Laganis estaba en la cárcel. No podía estar bajo aquella farola. Cerró la ventana de un golpe y volvió a meterse en la cama casi a rastras, pálida como la cera.

Julia abrió la caja torácica del cadáver y se le resbaló la cizalla costal.

—Vaya —maldijo por lo bajo, ignorando la mirada interrogante de Lenja. Normalmente era la tranquilidad en persona. Había seccionado las costillas de un muerto más de cien veces. Casi nunca se le resbalaba la cizalla. Pero Julia no estaba en lo que hacía. Ni siquiera era capaz de mirar a Lenja a los ojos. Llevaba desde primera hora de la mañana dándole vueltas a si debía contarle o no a su ayudante lo del restaurante italiano. Dudaba una y otra vez de que aquel joven hubiera sido realmente Marcel. Por otro lado, hasta Florian lo había reconocido. No había ninguna duda. Los deseos de Julia se imponían a la realidad. Sencillamente, no quería creer que Marcel fuera infiel. Conocía las reservas de Lenja sobre la relación. Pero la infidelidad no era una de las cosas que su ayudante tenía en el radar. Julia no quería hacerle daño, aunque tampoco podía dejarla en la ignorancia. ¿O quizá sí? A lo mejor todo era un enorme malentendido. Suspiró sin querer y se ganó otra mirada de Lenja.

—¿Va todo bien? —preguntó Lenja con el ceño fruncido.

—No lo sé —admitió Julia y dejó la cizalla a un lado. Negó con la cabeza; no sabía por dónde empezar, ni siquiera si debía hacerlo. Decidió terminar la autopsia antes de hablar con Lenja. Así tendría

tiempo de serenarse. Volvió a coger la cizalla y seccionó las últimas costillas.

—Me temo que esta mañana he comido algo que me ha sentado mal —mintió, intentando sonreír—. ¿Me pasas las pinzas?

Lenja pareció creerse la mentira piadosa.

—Vale, resumo otra vez para el informe —continuó Lenja y puso en marcha la grabadora—. El fallecido se llama Nils Deuss, treinta y un años, nacido en Colonia, estatura un metro ochenta y cuatro, peso ochenta y cinco kilos... —Recitó los datos de carrerilla, casi sin tomar aliento.

Julia había empezado ya a examinar los pulmones. El hombre había sido un gran fumador. Tenía el tejido oscurecido y los vasos sanguíneos muy castigados. Como mucho en diez años, Nils Deuss habría empezado a notar los primeros problemas de salud. Julia extrajo los órganos internos, los examinó, tomó muestras y después los devolvió a la cavidad abdominal.

—¿Puedes tomar una muestra de tejido alrededor de la marca de punción? Quiero asegurarme de que a Nils Deuss también lo asesinaron con una sobredosis de insulina.

Lenja se puso manos a la obra de inmediato. Julia inspeccionó entretanto el contenido del estómago.

—Habían pasado ya unas horas desde la última comida —observó, hurgando en los restos de carne a medio digerir—. Parece que al mediodía hubo escalope. —Julia miró el calendario—. Calculo que Nils Deuss murió como mucho cinco horas después del ingreso de su mujer en el hospital. Puede que solo fueran tres. En cualquier caso, el asesino no perdió el tiempo. —Su mirada volvió una vez más a las marcas de estrangulamiento del cuello. Se preguntó cómo se habrían producido. Por lo visto, la víctima no se había defendido: no había lesiones de defensa. Julia daba por hecho que a Nils Deuss lo habían sedado. Aun así, la idea de estrangular a un hombre inconsciente le resultaba profundamente perturbadora. Apuntaba a muchísima rabia y furia. Así que podía haber una relación entre el asesino y la víctima. Quizá el asesino sabía que Deuss pegaba a su mujer. A lo mejor Nicole Deuss tenía una aventura y aquello era una venganza contra su marido violento. Ella no podía haberlo matado,

porque en ese momento estaba en el hospital. Pero ¿cómo encajaba ese motivo con el asesinato de Jana Petersmann? Julia no tenía respuesta. Al menos, todavía no.

Terminó el examen interno del cadáver y suturó la piel con toda la precisión posible. Para ella era importante que los muertos conservaran su dignidad, aunque Nils Deuss, a todas luces, no hubiera sido una buena persona.

—¿Nos tomamos un café? —preguntó Julia después de que devolvieran el cadáver al cajón frigorífico.

—A ti te pasa algo —afirmó Lenja, mirándola extrañada—. Dime qué ocurre y no me tengas más en ascuas. No irán a despedirme, ¿verdad?

—No, claro que no —respondió Julia y llevó a Lenja a su despacho. Le pidió café a su secretaria y luego estuvo removiendo la taza hasta que los dos terrones de azúcar se disolvieron por completo. Kerstin Brandt ordenó deprisa unos papeles en el escritorio. Solo cuando la puerta se cerró de golpe tras ella, Julia empezó a hablar.

—La verdad es que no sé si se trata de un malentendido, pero tengo que contarte una cosa. No te enfades conmigo, por favor. Lo hago porque me importas de verdad y porque me encanta trabajar contigo. Simplemente no quiero que nadie te haga daño engañándote a tus espaldas. —Julia se mordió el labio inferior. A Lenja se le abrían los ojos cada vez más. Julia se apresuró a continuar—. Anoche estuve cenando con Florian en nuestro italiano favorito e hice estas fotos. Como digo, puede que me equivoque. En ese caso, lo siento. —Le tendió a Lenja el móvil sin decir nada más y vio a su ayudante deslizar el dedo por la pantalla.

—A lo mejor es su hermana —añadió Julia, aunque ni ella misma se lo creía.

Lenja no respondió de inmediato. Miraba fijamente el móvil mientras se mordisqueaba el labio.

—Marcel no tiene hermanas. Me dijo que ayer había quedado para cenar con sus padres —soltó al fin, sin apartar la vista de las fotos—. Y esa de ahí no parece precisamente su madre.

—Lo siento —susurró Julia. No sabía qué hacer. Con cuidado, le puso a Lenja una mano en el hombro—. Si necesitas cualquier cosa o quieres hablar, ven a verme.

Lenja asintió. Tenía lágrimas en los ojos, pero las contuvo parpadeando.

—Y yo que pensaba que Marcel tenía un problema con el alcohol. Por lo visto, lo que necesitaba era anestesiarse para estar conmigo. Menos mal que todavía no nos hemos ido a vivir juntos. Esto sí que no me lo esperaba. Yo... —Se interrumpió y tomó aire con esfuerzo—. ¡Será malnacido! ¿Cómo puede engañarme de esta manera? Ni siquiera sé quién es esa mujer. No la he visto en mi vida. —Lenja se levantó de un salto—. ¿Me reenvías las fotos, por favor?

—Claro. —Julia cogió el móvil y le envió las fotos—. Escucha, Lenja. Si quieres, puedes irte a casa y asimilar esto con calma.

Lenja se la quedó mirando. En sus ojos había una mezcla de rabia, espanto y tristeza. Al final asintió.

—Gracias. —Salió del despacho de Julia como una exhalación, sin volverse ni una sola vez.

Julia se quedó allí con un enorme cargo de conciencia. Quizá debería haber elegido un momento mejor. Pero ¿habría cambiado eso algo en realidad? ¿Habría encajado Lenja la noticia de otra manera por la tarde? Probablemente no. Julia sabía lo que la infidelidad significaba para una pareja. Ella misma había pasado por eso con su exnovio. Su relación nunca se había recuperado. La confianza se había roto, y ella se había sentido incómoda cada vez que Valentin hacía algo por su cuenta. En algún momento había cortado por lo sano. Por suerte. De lo contrario, quizá nunca se habría fijado en Florian. Aunque la vida a veces fuera dura, también guardaba buenas sorpresas. Perspectivas con las que uno nunca habría contado.

La puerta del despacho se abrió de golpe y Kerstin Brandt se asomó con gesto interrogante.

—Disculpe, es que acabo de ver salir corriendo a Lenja Nielsen completamente deshecha. ¿Ha pasado algo? Quiero decir, ¿puedo ayudar?

—No, es un asunto privado —respondió Julia con un suspiro, negando con la cabeza.

Kerstin Brandt pareció decepcionada por una respuesta tan escueta. Se disponía a cerrar la puerta, pero Julia le hizo un gesto para que se acercara. No quería volver a quedar como la persona inaccesible y, además, tenía que cortar de raíz las habladurías. Lo último que le hacía falta a Lenja eran colegas cuchicheando y miradas escrutadoras.

—Le voy a contar una cosa en confianza, y tiene que prometerme que no la difundirá.

Kerstin Brandt se sentó, complacida. Julia confiaba en ella. La secretaria había sido leal a Manfred Holsten durante décadas. Era todo menos una cotilla. Julia le contó lo que había ocurrido.

—Pobrecilla —dijo Kerstin Brandt—. De esas experiencias, por lo visto, no se libra nadie. Pero estoy segura de que Lenja lo superará pronto.

Julia también lo esperaba. No quería prescindir de Lenja más tiempo del necesario. Pero sabía que su ayudante finlandesa tenía un fondo muy sensible. Absorta, echó un vistazo a su agenda. Tocaba la siguiente autopsia. Esta vez seguramente tendría que arreglárselas sin Lenja.

Jana Petersmann había sido una mujer extraordinariamente atractiva; en eso Florian tenía que darle la razón a su compañero. Contempló una gran ampliación suya colgada en la pared, junto a la cama de su habitación. Normalmente, al inspeccionar un piso, habría esperado encontrar fotos de viajes o cuadros de algún artista. Con veintiséis años, Jana Petersmann probablemente ya era demasiado mayor para pósteres de estrellas del pop. Pero aquellas fotos suyas hacían pensar en una persona bastante pagada de sí misma.

Entretanto, la policía científica había puesto la habitación patas arriba. Además, habían recabado datos muy interesantes sobre la primera víctima. Jana Petersmann había trabajado para una agencia de chicas de compañía que había montado con sus compañeras de piso. Para Florian se trataba más bien de prostitutas, porque la oferta de la página web no dejaba lugar a dudas. Pero Carina Muehlheim, la compañera de piso de Jana, insistía en que lo suyo era, sobre todo, el servicio de acompañantes.

—¿Cuándo vio usted a Jana Petersmann por última vez? —preguntó Florian, apartándose de la foto gigante.

Carina Muehlheim, una rubia menuda y de aspecto frágil, estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama de Jana Petersmann y se enrollaba un largo mechón de pelo en el dedo.

—Hace exactamente cuatro días. Ya me dio mala espina cuando volví a casa a la mañana siguiente y Jana no estaba. ¿Sabe? Antes éramos tres. Ivy murió hace unos meses. Una sobredosis. Y ahora lo de Jana. No me lo puedo creer.

Florian observó a Carina Muehlheim. No le pareció precisamente triste. Por supuesto, no debía sacar conclusiones precipitadas. Cada cual vivía el duelo a su manera. Pero el rostro de Muehlheim parecía impasible. Quizá fuera por todo el bótox y demás rellenos que, por lo visto, se había inyectado. Los labios le recordaban a una lancha hinchable. Aquella cara artificial no le gustaba nada.

—¿Y dónde estuvo usted mientras tanto? Según nuestros forenses, Jana Petersmann murió hace tres noches.

—Estuve acompañando a un cliente. Fuimos a un concierto. Música clásica, y después a cenar a un restaurante elegante.

—¿Y luego? —preguntó Martin, apoyado en el marco de la puerta y garabateando en su bloc de notas—. ¿Qué hizo después de la cena?

Carina Muehlheim le lanzó a Martin una mirada hostil y se volvió otra vez hacia Florian, como si no hubiera oído la pregunta.

—Intimamos —susurró y le dedicó a Florian una sonrisa cómplice.

—¿A qué hora volvió a casa?

La sonrisa de Carina Muehlheim se ensanchó.

—No volví —explicó—. Es uno de mis clientes habituales. Siempre me quedo a pasar la noche con él.

Florian le pidió el nombre y la dirección para poder comprobar su declaración.

—Y es de suponer que Jana Petersmann también tenía un cliente antes de desaparecer. ¿Tiene usted acceso a su agenda?

—Claro. Puedo buscarle el nombre. Pero créame: Jana no tenía relaciones íntimas con los clientes. Compartíamos la página web, sí, pero a Jana le interesaban más, ¿cómo lo diría?, los encuentros de una sola vez. Quedaba con ellos en un hotel por horas.

—¿Qué me está insinuando? —Florian frunció el ceño—. ¿Que Jana Petersmann quedaba con sus clientes en un hotel por horas, sin sexo? ¿Y qué hacía entonces?

—No fue idea mía, sino de Ivy. —Carina Muehlheim puso los ojos en blanco—. De niña, Jana sufrió abusos de su tío. Apenas soportaba la cercanía de los hombres, ya me entiende. Por eso quedaba con ellos, tomaban algo y ella esperaba a que se durmieran.

—O sea, ¿que les echaba algo en la copa y luego los desplumaba? —Florian ya intuía adónde quería llegar Carina Muehlheim.

—Se lo cuento solo para que detengan a ese malnacido —dijo Muehlheim, asintiendo apenas—. Y ahora voy a mirar la agenda. —Se levantó y se fue con paso altivo a su habitación. Al poco regresó con un portátil.

—Todas usábamos una agenda común, por si en algún momento algo se torcía. Cada cita se anotaba con el nombre y el teléfono del cliente. —Abrió el portátil y pulsó unas cuantas teclas con las puntas de los dedos.

—Georg Findel fue su último cliente. Lo pescó por *Tinder*. Él lo quería normal.

Florian tragó saliva.

—¿Y qué significa eso de normal?

Carina Muehlheim se encogió de hombros.

—Pues eso, nada de fetiches ni rollos raros. Hay tipos que se corren chupándote los dedos de los pies. A Jana eso no le iba. Ella se buscaba tíos normalitos y les birlaba el dinero de la cartera.

—¿Jana Petersmann tenía problemas últimamente? ¿Se comportaba de un modo extraño?

—No. Estaba de duelo por Ivy. Eran íntimas amigas y se conocían desde hacía mucho. Yo no llegué hasta hace dos años.

—¿Tenía novio?

Carina Muehlheim miró a Florian como si viniera de otro planeta.

—No lo dirá en serio, ¿verdad? ¿Cómo iba a funcionar eso en nuestro negocio? Además, Jana no quería novio. A ella solo le interesaba la pasta.

—¿Y la familia? ¿Seguía en contacto con los suyos?

—No. Nunca hablaba de ellos. Todas hemos cortado con nuestros padres y hermanos. No era precisamente el mejor ambiente.

La dureza que le asomó a los ojos al decirlo era muy elocuente. Florian prefería no saber qué le había pasado a aquella joven ni qué la había empujado a la prostitución. Aun así, no podía dejarla allí sin más. Tenía toda la vida por delante, y Florian sabía a qué peligros se exponía a diario. El asesinato de Jana Petersmann era el mejor ejemplo.

—Conozco a una trabajadora social muy agradable que puede ayudarla a buscar un piso nuevo. Hasta ahora seguro que se repartían el alquiler. Sola le va a costar pagarlo. —Florian se interrumpió: vio que Carina Muehlheim se cerraba en banda. Necesitaría tiempo para superar la pérdida de su compañera de piso y adaptarse a la nueva situación.

Le puso su tarjeta de visita en la mano. Luego salió del piso con Martin. De camino a la comisaría, sus pensamientos giraban en torno a los dos asesinatos, en los que nada acababa de encajar. Orejas amputadas y manos amputadas. Una mujer muerta y un hombre muerto. ¿Por qué los había elegido el asesino? ¿Porque Jana Petersmann era una ladrona y Nils Deuss un maltratador? La hipótesis parecía plausible. Florian pensó en todas las demás piezas anatómicas robadas del Instituto de Anatomía. Solo de imaginarlo, una oleada de náuseas le subió desde el estómago vacío.

—¿No te parece raro que Jana Petersmann se prostituyera y que su cadáver lo encontrara precisamente un actor porno? —irrumpió Martin en sus pensamientos—. Quiero decir: a lo mejor él quería rodar una película con ella y ella se negó. La dejó inconsciente y luego la mató.

—Tiempo no les faltó aquella noche —convino Florian, deteniéndose ante un semáforo en rojo—. Según el experto informático, Pavlo Burakow y Alina Petrowa hicieron muchas pausas durante la grabación. —Florian apartó de su mente el recuerdo del material grabado. Le había repugnado ver al calvo abalanzarse sobre aquella mujer menuda. ¡Sexo en sitios insólitos! ¿Por qué tenía que ser precisamente un contenedor de almacenaje medio destartado? Se preguntaba muy en serio quién veía por gusto vídeos como aquellos, sobre todo teniendo en cuenta que Pavlo Burakow era cualquier cosa menos un adonis.

—¿Cuánto tiempo nos queda para hablar con Alina Petrowa? — quiso saber y pisó el acelerador a fondo cuando el semáforo se puso en verde.

—Treinta minutos —respondió Martin—. Quizá deberíamos intentar retener a esos dos una noche en la comisaría. Seguro que tienen mucho que callar, ¿o tú qué opinas?

—Desde luego, tuvieron la oportunidad, y a la hora de la muerte estaban cerca del lugar del hallazgo. Lo que no acabo de ver es qué relación podían tener Burakow y Petrowa con Nils Deuss.

—Los técnicos siguen analizando el ordenador de Deuss. A lo mejor resulta que se tragaba esos pornos —masculló Martin, mirando ceñudo por la ventanilla—. Lo único que no me cuadra de ese Burakow son esas malditas inyecciones de insulina. Me parece demasiado complicado. Ese calvo no tiene pinta de andarse con sutilezas. Yo me lo imagino más bien con un cuchillo o con otra arma. Y además está el asunto de conseguir la insulina. En el mercado negro no es problema, vale, pero un cuchillo lo compras en cualquier supermercado.

También en eso Florian tuvo que darle la razón a su compañero. Todavía estaban muy al principio de la investigación. No solo tenían que hablar con Alina Petrowa, sino también con el amigo de Nils Deuss. Al fin y al cabo, este le había prestado dinero y no lo había recuperado. Con eso, Joerg Kannen ya tenía un motivo. Y tampoco podían descartar que Nicole Deuss desempeñara algún papel en los asesinatos. Su marido la había mandado al hospital a palizas más de una vez. A pesar de su declaración, a Florian no le extrañaría que hubiera buscado la manera de librarse de él.

Florian aparcó el coche delante de la comisaría. Antes incluso de llegar a su despacho, les salió al paso una compañera alterada.

—No traigo buenas noticias —soltó atropelladamente—. Alina Petrowa se niega a hablar con nosotros.

—Pero ¿entonces para qué ha venido? —preguntó Florian, atónito. Aquella mujer era, como mínimo, una testigo importante. Necesitaban su declaración.

—Dice que solo habla con una mujer —continuó la agente—. Pero conmigo tampoco quiere hablar. Quiere a esa forense. Solo va a

hablar con Julia Schwarz.

El móvil de Julia vibró en el bolsillo del pantalón justo cuando estaba inspeccionando el intestino delgado de un hombre de ochenta y tres años. La familia había insistido en una autopsia. Por lo visto, unos y otros andaban a la greña por la herencia y querían descartar que el cabeza de familia hubiera tenido una muerte no natural. Inconcebible que los parientes se acusaran de asesinato unos a otros. Julia dejó que las asas intestinales se deslizaran de vuelta a la bandeja de acero inoxidable, se quitó un guante y sacó el teléfono.

—Schwarz —contestó sin mirar la pantalla.

—Necesito tu ayuda —oyó decir a Florian—. Alina Petrowa solo está dispuesta a que la interrogues tú. Por lo visto, la idea se la ha metido en la cabeza su abogado. No me preguntes por qué. Puede que tenga que ver con su situación de residencia. Tú no eres policía y ella cree que puede fiarse de ti.

Julia le echó un vistazo al muerto. Casi había terminado la autopsia, pero Lenja no estaba, así que no podía salir corriendo sin más.

—Espera un momento. Ahora te llamo —le pidió a Florian y salió de la sala de autopsias en busca del doctor Neumann. Si no recordaba mal, estaba practicando otra autopsia al mismo tiempo en la sala contigua. Empujó las pesadas puertas y vio a su colega, que en ese momento extendía un lienzo sobre el cadáver de la mesa.

—Doctor Neumann, ¿podría hacerme un gran favor y terminarme una autopsia? Tengo que ayudar a la policía judicial en un asunto urgente. —Julia le explicó en qué punto estaba.

El doctor Neumann asintió.

—Con mucho gusto. Por cierto... —Se acercó a ella y bajó la voz—. ¿Cómo está Lenja Nielsen? Esta mañana ha salido corriendo del edificio llorando. Le he ofrecido mi ayuda, pero ni siquiera ha reparado en mí. Espero que no se haya muerto nadie de la familia.

—No, no. No es nada tan grave, pero ha tenido un disgusto en su vida privada. La he mandado a casa.

El doctor Neumann la miró con curiosidad. Julia ya se temía que fuera a preguntarle de qué se trataba exactamente.

—Entiendo. Por supuesto, quedará entre nosotros —se limitó a decir.

—Gracias. —Julia se sintió aliviada. Esperó a que se llevaran el cadáver de la sala del doctor Neumann y después lo acompañó hasta la sala donde ella estaba practicando su autopsia. Su colega no se lo pensó dos veces y se hizo cargo del trabajo mientras Julia recogía sus cosas.

—Gracias por su ayuda —se despidió y salió del instituto.

Por el camino avisó a Florian, y un cuarto de hora después llegó a la comisaría. Florian le dio un beso fugaz en la mejilla.

—Alina Petrowa espera en la sala de interrogatorios cinco. Ha entrado sin su abogado, el pijo rubio, el mismo que representa a Burakow. Pregúntale qué hizo en las pausas de la grabación y si Pavlo Burakow estuvo todo el tiempo con ella. A lo mejor se enreda en contradicciones. Y enséñale, por favor, una foto de Nils Deuss. Quiero ver qué cara pone y si conoce al hombre. —Florian le puso en las manos su cuaderno de notas y un bolígrafo—. Martin y yo estaremos detrás del espejo. Si quieres interrumpir, basta con que digas que necesitas una pausa.

Julia asintió. Había asistido ya a muchos interrogatorios, pero siempre junto a Florian o Martin Saathoff. Así, completamente sola, se sentía un poco cogida por sorpresa. Aun así, no dejó que se le notara y abrió la puerta.

Alina Petrowa, una mujer menuda y delicada, con una melena increíblemente larga, estaba sentada muy erguida en la silla y volvió la cabeza hacia Julia cuando entró.

—¿Es usted la doctora Schwarz? —preguntó y le tendió la mano derecha.

—La misma. El inspector Florian Kessler me ha dicho que usted prefiere hablar conmigo y no con la policía.

—Así es. Pavlo la vio a usted en el recinto de contenedores. Dijo que era médica y que seguro que no tenía intención de causarme problemas. —Alina Petrowa hablaba con un marcado acento ruso. Parecía segura de sí misma y, aun así, en la frente se le formaba una fina película de sudor. Mantenía las manos escondidas bajo la mesa. Por el movimiento de los hombros se notaba que se estrujaba los dedos. Aquella mujer estaba tan delgada que tenía la cara hundida y la barbilla muy marcada. Julia prefería no imaginar en qué condiciones tan duras debía de vivir.

—¿Puede contarme qué hizo aquella noche en el recinto de contenedores? Me interesan sobre todo las pausas de la grabación.

—Grabamos un porno. Claro que hicimos algunas pausas, es lo normal.

—¿Y dónde estaba Pavlo Burakow en esos ratos? ¿Estuvieron juntos?

Alina Petrowa levantó la vista al techo e hizo memoria. Puso las manos sobre la mesa y fue estirando los dedos uno tras otro. Por lo visto, estaba contando.

—Creo que fueron cuatro o cinco pausas. En las dos primeras, Pavlo estuvo conmigo, pero luego le entraron muchas ganas de mear. En la siguiente interrupción salió un momento a tomar el aire. Ya sabe cómo son los hombres... él... ¿cómo decirlo? Esa noche no estaba muy en forma.

—Entiendo —dijo Julia y tomó nota. Fue más bien un gesto para salir del paso, porque sabía que Florian y su compañero seguían la conversación y grababan cada palabra. Sencillamente, todavía no se había metido en el papel. Pero entonces se le ocurrió la siguiente pregunta.

—¿Y por qué no fueron juntos al recinto de contenedores? Según tengo entendido, Pavlo Burakow llegó una hora antes que usted.

—Él se encargó de los preparativos. Yo todavía tenía que ducharme y arreglarme para la grabación.

—¿Y qué preparó exactamente? —Julia frunció el ceño—. Al fin y al cabo, él no tenía coche. Usted llegó más tarde con el coche.

—Es verdad. Todo el material lo habíamos llevado al contenedor al mediodía. La policía puede comprobarlo fácilmente. Solo tienen que mirar las imágenes de la cámara de seguridad. Pero no montamos nada. Pavlo se adelantó y colocó las cámaras. Siempre rodamos desde varios ángulos y, como no tenemos operador de cámara, hay que dejarlo todo bien colocado de antemano.

—Ya veo —murmuró Julia—. ¿Y cuánto tiempo estuvo usted sola en esas pausas?

—Uf... vaya preguntas. No se lo puedo decir con exactitud. ¿Diez minutos, veinte quizá?

Tiempo suficiente para reducir a alguien e inyectarle una sobredosis de insulina, pensó Julia. Aunque no para esperar a que muriera, amputarle las orejas y coserle después dos ajenas. Julia reflexionó. Cabía la posibilidad, claro, de que Burakow hubiera rematado su obra a lo largo de varias pausas. Su víctima estaba sedada e indefensa. No hacía falta que se quedara al lado esperando a que el corazón se parara. Podría haber puesto la dosis letal y vuelto a la grabación del porno sin que Alina Petrowa se enterara de nada. ¿O habrían actuado los dos juntos? Oportunidad, desde luego, no les había faltado.

—¿Había trabajado ya otras veces en ese recinto de contenedores?

—La verdad es que no. Creo que en las últimas semanas estuvimos allí tres veces en total. Siempre con un tema distinto, claro.

Julia miró a Petrowa con gesto interrogante. En el fondo no quería saber la respuesta. No quería ni imaginarse a una mujer entregándose a un hombre por dinero o por coacción. Para Julia, aquello pertenecía a épocas oscuras, y esperaba que algún día desapareciera del todo de un mundo libre e igualitario.

—Hay de todo: desde sexo tierno con una virgen hasta sexo duro en el contenedor de la dominatrix. Procuramos variar —explicó Petrowa.

Julia no respondió. Carraspeó y buscó en el cuaderno de notas la siguiente pregunta. Por suerte, le llamó la atención la foto de Nils Deuss que Florian había metido entre las páginas. La sacó.

—¿Conoce usted a este hombre?

Alina Petrowa contempló la foto un buen rato. Al final negó con la cabeza.

—A ese tipo no lo he visto en mi vida.

—¿Está segura? —A Julia le pareció percibir un destello en los ojos de Petrowa.

—Completamente segura.

—Entonces, por ahora no tengo más preguntas. —Julia se levantó y evitó mirar hacia el espejo. Alina Petrowa se puso también en pie y pasó muy pegada a Julia al cruzar la puerta. Al hacerlo, le rozó apenas la mano libre.

—Gracias por hablar conmigo. Quizá volvamos a hablar pronto. —En los ojos de Petrowa había una expresión extraña. Julia asintió, desconcertada. La rusa le había puesto algo en la mano. Una nota. Julia cerró el puño y acompañó a aquella mujer menuda por el pasillo. La puerta de la sala contigua se abrió y salieron Florian y Martin Saathoff. A Julia le habría gustado entregarles la nota, pero sabía que aquel mensaje era solo para ella. Al final del pasillo los esperaba una agente.

—Yo llevaré a la señora Petrowa de vuelta con su abogado. Está abajo, en el vestíbulo.

—Adiós, señora Schwarz —dijo Alina Petrowa y le sostuvo la mirada a Julia.

Julia asintió y se despidió. Alina Petrowa se alejó junto a la agente por la moqueta gris hasta una puerta cortafuegos, y las dos desaparecieron tras ella. Julia miró a Florian y señaló el aseo, a unos metros. Entró y desdobló la nota con curiosidad.

*«A las diez en el cine. Sola. Película: Batman. Fila 17, asiento 12, última fila a la izquierda. ¡No hable con nadie! Alina».*

Julia leyó el mensaje dos veces. En el reverso venían la dirección y el nombre del cine. Julia lo conocía. Estaba en el norte de Colonia. El corazón le latía tan deprisa que le zumbaban los oídos. Todo el tiempo había tenido la sensación de que Alina Petrowa callaba algo, y ahora parecía confirmarse. Pero ¿cómo iba a reunirse con la rusa sin contárselo a Florian? Era imposible ocultárselo. Por otro lado, Florian jamás la dejaría ir sola a ese cine, y entonces nunca sabrían qué quería contarle Alina Petrowa. Quizá había visto al asesino. Habían robado veinte piezas anatómicas. Tenían que impedir más asesinatos a toda costa.

Julia se quitó las gafas, pensativa, y sopesó los pros y los contras de sus opciones. Vistas las cosas con objetividad, no tenía sentido dejar al margen a la policía. Ella no era investigadora, por mucho que colaborase a menudo. No podía poner en peligro la investigación, y eso era lo que haría si no informaba a Florian. Volvió a doblar la nota y salió al pasillo.

—Tengo que enseñarte una cosa —le dijo a Florian, que la estaba esperando. Julia se aseguró de que nadie los oyera y tiró de él para apartarlo un poco—. Esto es absolutamente confidencial —susurró y le entregó la nota.

Florian leyó el mensaje y, al terminar, se le marcó una arruga profunda en el entrecejo.

—Sabes que no voy a dejarte ir sola a esa cita bajo ningún concepto.

—Contaba con ello —dijo Julia con un suspiro—. Pero si repasas todas las posibilidades y sopesas los pros y los contras, verás que no nos queda otra. —Le quitó la nota de las manos y le hizo un gesto para que la acompañara.

—¿Adónde vas? —preguntó Florian, sorprendido.

—A hacer preparativos —respondió Julia y no volvió la vista atrás.

Julia llevaba una eternidad sin ir al cine. Se quedó unos segundos mirando el llamativo cartel que anunciaba la película y compró una entrada. Le crepitó algo en el oído. Florian había insistido en ponerle un micrófono. Al menos había conseguido convencerlo de que la dejara ir sola. Quería averiguar a toda costa qué tenía que decirle Alina Petrowa. Las tripas le rugían. De puros nervios no había sido capaz de probar bocado, aunque Florian se había molestado en traerle un sándwich. Florian y Martin Saathoff se habían apostado en el aparcamiento grande de la parte de atrás y escucharían cada palabra. Varios policías de paisano se habían situado en las entradas y dentro del edificio.

Julia miró a su alrededor. Olía a palomitas y a nachos. Las voces de los espectadores se fundían en un zumbido continuo que llenaba el vestíbulo. Esa noche había mucha gente por allí. En las taquillas se habían formado largas colas. Con la luz tenue, los rostros se desdibujaban hasta convertirse en máscaras borrosas. Buscó a una mujer menuda, pero no la encontró. Seguro que Alina Petrowa estaba ya sentada en la sala, esperándola. Julia echó a andar y, por el camino, se fijó en cada mujer que se pareciera a la rusa. Sin éxito.

Julia entró en la sala número nueve. Eran las diez menos cuarto. La película no había empezado todavía. En la pantalla gigante pasaban los anuncios. Una modelo delgadísima en un bikini

minúsculo chupaba un polo. Julia sintió un escalofrío al instante. En invierno no le gustaba el helado. La última fila estaba completamente vacía. Buscó el asiento número 12 y se sentó. Julia escrutó la oscuridad hacia la entrada y esperó varios minutos, pero no pasó nada. El encuentro era a las diez. Movía la rodilla con impaciencia. La tensión casi se palpaba. Pero la rusa no apareció, ni siquiera cuando ya solo faltaba un minuto para la hora acordada.

—¿Está ahí? —La voz de Florian le retumbó en el oído.

—No. Nada —susurró Julia—. Espero que no me dé plantón. A lo mejor nos ha visto juntos.

—No lo creo. Esperamos —respondió Florian, y el oído volvió a quedarle en silencio.

Empezó la película. Una figura negra de murciélago cruzó veloz la pantalla. Delante de Julia se habían sentado unos adolescentes que comían patatas fritas de bolsa. El olor llegaba hasta ella. Volvió a mirar hacia la entrada. Nada. Los espectadores llevaban ya un buen rato en sus asientos. Quien llegara a esas alturas llamaría la atención. Julia no se imaginaba que Alina Petrowa quisiera eso. La razón le decía que ya no iba a venir. Se preguntó por qué la rusa la había atraído hasta aquel cine. Nadie actuaba sin motivo. Todo lo que ocurría seguía una lógica. Julia repasó mentalmente el mensaje de la nota. Entonces se le ocurrió una idea. Petrowa no había escrito que fuera a estar allí. Suponiendo que no hubiera visto a la policía en la entrada y que nada la hubiera retenido, podía haber dejado algo en el asiento, o quizá debajo. No la había hecho ir hasta allí porque sí. Eso era seguro.

Julia encendió la linterna del móvil e iluminó la butaca, pero no encontró nada. Inspeccionó las ranuras. Nada.

—¡Eh, apaga la luz! —protestó uno de los adolescentes y se volvió furioso hacia ella.

Julia tapó el móvil con el dedo para que no se escapara más luz. Cuando el chico volvió a concentrarse en la película, levantó el asiento. Efectivamente, debajo había pegada una cajita del tamaño de un teléfono. A Julia el corazón se le salía del pecho. Arrancó la cajita y volvió a sentarse. Miró dentro con cuidado. Contenía una pequeña tarjeta con banda magnética. La sacó y la examinó. Julia

no tenía ni idea de para qué servía, y se la guardó en el bolsillo del pantalón. Después estudió la cajita. En algún sitio tenía que haber una pista escondida; si no, nada de aquello tenía sentido. Iluminó el interior de la caja. El fondo estaba forrado con un papel aterciopelado y las caras interiores no llevaban nada escrito. Le dio vueltas en todas direcciones, pero no había nada. Al final tiró del papel aterciopelado. Se movió. Lo despegó y le dio la vuelta.

*«Aseo de señoras, segunda cabina, debajo del inodoro».*

Julia leyó el mensaje en voz baja para que Florian pudiera oírlo.

—Maldita sea —siseó él—. Esto no me da buena espina.

—Voy un momento a comprobarlo.

Julia apagó la luz del móvil y fue a toda prisa al aseo de señoras, en la parte trasera del cine. Como las sesiones ya habían empezado, parecía estar sola. Se agachó y miró por debajo de las cabinas para asegurarse de que no había nadie más. Luego entró en la segunda cabina y palpó el inodoro en busca de un mensaje. Efectivamente, encontró otra caja con una nota doblada.

«Deje su teléfono aquí dentro. En la primera cabina encontrará uno nuevo», leyó.

—Cielo santo —soltó Florian—. Ni se te ocurra hacerlo.

—Vale —respondió Julia y se quedó con su teléfono. Volvió a fijar la caja vacía debajo del inodoro. Luego recogió de la primera cabina la caja con el otro móvil. Estaba encendido. Examinó la caja de cerca. En el fondo había un número de teléfono. Lo marcó. Sonaron cinco tonos hasta que por fin alguien descolgó. Julia contuvo el aliento, nerviosa.

—Cambie a videollamada —exigió Alina Petrowa.

Julia pulsó el símbolo. La rusa apareció en la pantalla. El fondo estaba oscuro y Julia no logró distinguir dónde se encontraba.

—Enséñeme la caja con su teléfono. Quiero saber si de verdad está ahí.

A Julia se le disparó el pulso. Guardó silencio y fue a la otra cabina.

—Todavía no lo he metido —dijo al abrir la caja.

La rusa sonrió con sorna.

—Me lo esperaba. Meta el móvil en la caja y gire la cámara para que pueda verlo.

Julia hizo lo que le ordenaba.

—Muy bien. Ahora salga del aseo y gire a la izquierda. Camine unos treinta pasos hasta una puerta con el rótulo *Personal*. Entre y baje por la escalera. Siga el cartel verde de la salida de emergencia. Fuera espera un coche rojo. Suba atrás. —Le llegaron tres pitidos cortos al oído. Después la línea quedó muda. Alina Petrowa había colgado.

—Julia, no puedes subirte a un coche desconocido. No estamos preparados para seguirte. Ven al aparcamiento grande. Abortamos la operación.

—De ninguna manera —replicó Julia y echó a andar—. Llevo el micrófono. Podéis rastrearne.

—Julia, por favor.

—Quiero saber para qué sirve la tarjeta de la primera caja. Podría ser de una consigna automática.

—No lo sé —dijo Florian con un suspiro—. La cosa se nos está yendo de las manos.

—No me va a pasar nada.

—¡Cuídate mucho, por favor! —dijo al fin. Julia le notaba el miedo en la voz. Pero para ella ya no había vuelta atrás. Eso había quedado descartado en cuanto entró en el cine, si no antes. Petrowa no se tomaría tantas molestias si no tuviera algo importante que contarle o que enseñarle.

—Lo haré —respondió con determinación y se dirigió a la puerta de personal. Detrás había una escalera a oscuras; solo los carteles verdes que señalaban la salida de emergencia brillaban en la penumbra. Encendió la luz y bajó la escalera a toda prisa. Recorrió un pasillo estrecho que olía a cerrado. Al final había una puerta. Julia la abrió de golpe y vio el coche rojo. Era idéntico al de Burakow, el que había visto en las imágenes de las cámaras de seguridad del recinto de contenedores. Al volante estaba Alina Petrowa. Julia no se lo pensó mucho y subió atrás.

—¿Va usted sola? —preguntó la rusa y la escrutó por el retrovisor.

Julia asintió. No logró articular palabra por miedo a que Petrowa le notara la mentira en la voz. Recorrieron a una velocidad temeraria una calle de sentido único y después giraron una y otra vez. Julia tenía el estómago como una piedra. ¿Y si algo salía mal y la policía no podía seguirlas? El rastreo daba su posición, sí, pero, llegado el caso, Florian llegaría demasiado tarde. A partir de ese momento tenía que dar por hecho que solo podía contar consigo misma.

—¿Por qué no me dice sin más de qué se trata? —le pidió a la rusa, pero esta negó enérgicamente con la cabeza.

—¿Está usted loca? No voy a sacrificar mi vida. Burakow me mata. Lo he organizado todo para que no pueda atraparme.

—Podríamos ir a la policía. La pondrían a salvo.

—¿A salvo? No me haga reír. Ni siquiera estoy legalmente en Alemania. ¿Qué van a hacer por mí? —Volvió a negar con la cabeza—. Venga. Lo que va a encontrar ahora, Burakow lo echará en falta muy pronto. Así que más le vale darse prisa.

—De acuerdo —dijo Julia y se agarró al asidero de encima de la ventanilla cuando Petrowa tomó una curva cerrada—. ¿Adónde vamos?

La rusa no respondió de inmediato. Tomó el siguiente desvío a una velocidad de vértigo. Luego frenó tan en seco que a Julia se le fue la cabeza hacia delante.

—¡Baje del coche!

—¿Qué? —preguntó Julia, espantada, y miró afuera. Estaba todo a oscuras. Probablemente Petrowa había aparcado el coche en un paso subterráneo.

—Venga —la apremió la rusa—. Dese prisa.

Julia se soltó el cinturón de seguridad y buscó la manilla de la puerta, indecisa. La rusa ya había bajado y había rodeado el coche. Abrió la puerta de un tirón.

—Baje, por favor, y levante los brazos. Tengo que cachearla.

A Julia se le encogió el estómago. Durante un segundo pensó en salir corriendo sin más, pero luego levantó las manos y notó los dedos de la rusa subiéndole por la espalda. Avanzaron hasta el hombro y se detuvieron en el cable. A Julia el corazón se le heló.

—Maldita sea. Me lo imaginaba —maldijo Petrowa. Arrancó los cables de un tirón. El auricular le arañó a Julia la piel de la oreja. La rusa le sacó del bolsillo del pantalón el otro móvil—. Esto me lo quedo —anunció.

Julia guardó silencio. Solo podía esperar que Alina Petrowa no perdiera los estribos.

—¡Suba! —ordenó la rusa, y Julia obedeció.

Siguieron a toda velocidad. Julia no tenía ni idea de adónde. Sin el micrófono, ya nadie sabía dónde estaba. Quizá acabara siendo un cadáver en un río o en un rincón solitario del bosque. Sin móvil, ni siquiera podía hacer una llamada de emergencia. Julia sentía el miedo en cada latido que le retumbaba en el pecho. Aun así, no se arrepentía de nada.

Florian no se movió durante varios segundos. Oía el siseo en el oído y deseaba escuchar una vez más la voz de Julia. Pero se había ido. El corazón se le encogió. Solo pensar que pudiera pasarle algo lo dejaba sin aire.

Martin volaba por las calles como si llevaran al mismísimo diablo pisándoles los talones. Por desgracia, habían perdido a Julia detrás del cine. Un policía había seguido a pie el coche rojo un breve trecho, pero luego el vehículo se había esfumado. No habían contado con que la rusa recogiera a Julia en coche. Toda la operación estaba planteada para un encuentro dentro del cine. Habían apostado también un coche patrulla en la entrada principal, sí, pero Julia no había pasado por allí. Tenía que haber girado antes.

—Yo voy a su última posición; tú respira hondo. La encontraremos. Todos los equipos están pendientes del coche.

Florian no encontraba palabras. Se limitó a asentir sin fuerzas. Ojalá hubiera disuadido a Julia de aquel plan disparatado. Desde el principio había tenido un mal presentimiento. Desesperado, tiró del cinturón de seguridad, que se había atascado. Lo soltó y probó otra vez a ponérselo. Martin tomó la curva como un poseso. Florian se aferró al asiento y por fin logró abrocharse el cinturón. Tardaron media eternidad en llegar al punto donde habían perdido el contacto

con Julia. Martin se metió a toda velocidad en un paso subterráneo y frenó en seco.

—¡Es aquí! —bramó, mientras Florian ya saltaba del coche.

Florian barrió el asfalto negro con la linterna y descubrió los cables y el pequeño auricular que Julia había llevado en el oído. De ellos colgaban todavía los esparadrapos con los que habían estado pegados a su piel. Recogió ambas cosas y siguió las huellas de los neumáticos marcadas en la suciedad de la calzada. Llegó hasta el final del paso subterráneo, pero allí las huellas se perdían. No sabía si Julia había seguido recto o había girado a la derecha. Las probabilidades de acertar eran, por tanto, del cincuenta por ciento. Cerró los ojos un instante y corrió de vuelta al coche.

—Vamos a la derecha —le gritó a Martin, y este pisó el acelerador.

Iban cinco, como mucho seis minutos por detrás de Julia y Petrowa. Nada estaba decidido todavía. Aun así, esas dos podían estar ya en cualquier parte. Florian preguntó a la central si había novedades. Por desgracia, nadie había avistado todavía el coche de Petrowa. Colonia tenía una red de calles muy ramificada. Era imposible vigilar todas las rutas. A Petrowa le bastaba con meterse por las callejuelas secundarias: ninguna patrulla la localizaría tan deprisa.

—Métete en esa calle estrecha de ahí delante, a la izquierda —le pidió a Martin, mientras buscaba con la mirada el coche rojo. Julia estaría pasando en ese momento un miedo de muerte. No quería ni imaginarse cómo se sentía. Y él era en parte responsable. Él sabía calibrar los riesgos. Julia, en cambio, no. No era policía y no conocía el mal ni la mitad de bien que él. ¡Maldita sea! ¿Por qué se había dejado convencer?

—Aquí no están —resopló Martin y salió disparado hacia el centro, saltándose un semáforo en rojo.

Florian se quedó mirando los cables que había encontrado en el asfalto, como si de ellos fuera a sacar una respuesta. Algo húmedo le llamó la atención. Encendió la linterna. Tomó aire de golpe, conmocionado. En el auricular de Julia había pegada una gota de

sangre. Entonces el miedo lo dominó por completo. Sin Julia, para él ya no habría vida.

## *Dos años antes*

¿Se estaba volviendo loca? Frank Laganis estaba en la cárcel. Anne había marcado en el calendario el día de su puesta en libertad. Hasta entonces faltaba casi un año entero. No podía haber sido él. Y aun así, el hombre de la farola no se le iba de la cabeza. La había mirado fijamente. Se le puso la piel de gallina al instante. Se bebió el café de un trago y miró el reloj. Tenía veinte minutos; luego la esperaba el doctor Reuscher. Se alegraba de ver a su terapeuta y de escuchar sus consejos. Él veía el mundo de un modo completamente distinto al de ella. Sin complicaciones, casi como un niño. No la consideraba una víctima, sino que se concentraba en el presente. Las tensiones de su matrimonio no habían mejorado con la terapia, pero tampoco se trataba de eso. Anne quería librarse por fin de su trauma. Y para eso tenía que dejar de pensar constantemente en Frank Laganis. Aquel hombre la había utilizado. Había descargado en ella su pulsión sexual enferma. Nada más. Tenía que empezar a ver aquello como lo que era. Una violación. No un intento de asesinato. Y justo ahí estaba el problema. No conseguía desprenderse del miedo a morir que había sentido durante la agresión. Por razones inexplicables, el pulso se le disparaba varias veces al día. Su cuerpo se acordaba de Laganis a la mínima señal, y Anne no podía hacer

nada por evitarlo. O casi nada. Primero tenía que cambiar los pensamientos, y después vendrían las emociones. Así se lo había explicado el doctor Reuscher. Por desgracia, no lograba controlar su cabeza. Por su mente pasaban sin parar imágenes de todo tipo y, por mucho que se esforzara, no conseguía apartarlas.

Anne no pudo evitarlo. Cogió la taza de café y subió la escalera hasta el dormitorio. Miró por la ventana y, durante una fracción de segundo, allí estaba otra vez. El monstruo que se había abierto paso entre sus piernas y le había hecho un daño espantoso. Sonó el timbre y ella dio un respingo.

¡Maldita sea! No podía ser tan asustadiza.

Dejó la taza y bajó a toda prisa a la planta baja. Primero miró por la mirilla. El repartidor esperaba fuera con gesto impaciente y volvió a llamar al timbre. Anne abrió la puerta y la cara del hombre se iluminó. Le puso el paquete en las manos y corrió hacia su furgoneta.

—¡Que tenga un buen día! —gritó y cerró de un portazo la puerta del conductor.

Anne se quedó mirando la farola. Como atraída por un imán, salió de casa y recorrió el estrecho sendero adoquinado del jardín delantero hasta llegar a ella. Se dio la vuelta y levantó la vista hacia el dormitorio.

Demonios. Quienquiera que hubiera estado allí veía sin problema por la ventana. De noche, con la luz encendida, quizá incluso viera la cama reflejada en el armario de espejos. Aun así, seguía siendo un hecho: su violador estaba entre rejas. No la había estado observando. Anne se preguntó si Frank Laganis tendría quizá un hermano. O si habría mandado a alguien desde la cárcel para asustarla. Al fin y al cabo, ella había declarado contra él y por eso lo habían condenado. Nunca olvidaría la mirada gélida que le había lanzado cuando se leyó la sentencia.

Le sonó el móvil y Anne se sobresaltó. Era el doctor Reuscher. Descolgó con el corazón acelerado.

—Hola —susurró al teléfono.

—Anne, soy el doctor Reuscher. ¿Dónde está usted? Teníamos cita hace cinco minutos.

Anne miró el reloj, atónita, y se preguntó adónde se le había ido el tiempo. Si hacía nada le quedaban más de veinte minutos. ¿Tanto rato había estado junto a aquella farola? Parpadeó, incrédula.

—Lo siento. Me ha surgido un imprevisto. Enseguida estoy ahí.

El doctor Reuscher colgó y ella entró corriendo. Por suerte, lo tenía todo preparado. Se quitó las zapatillas de estar por casa y se calzó los zapatos de tacón. Luego cogió las llaves y el bolso y corrió al coche. Hizo el trayecto en un tiempo récord y, en menos de un cuarto de hora, estaba sentada en el diván del doctor Reuscher.

—Viene usted acelerada. ¿Ha ocurrido algo? —Su terapeuta la observó con mirada perspicaz.

Anne se esforzó por controlar la respiración.

—Todo va bien —respondió aun así, sin aliento, mientras se planteaba si contarle lo del hombre de la farola que había frente a su casa. No quería decepcionarlo: él la tenía por una mujer fuerte y seguramente vería aquel episodio como una recaída. Por otro lado, era la única persona del mundo que la comprendía—. Anteayer vi a Frank Laganis en la calle, delante de nuestra casa. Me estaba observando —soltó de golpe.

Al doctor Reuscher se le formó un ejército de arrugas en la frente.

—Sé perfectamente que no puede haber sido él, claro. Está en la cárcel —se apresuró a añadir Anne.

Pero las arrugas no desaparecieron. Al contrario: parecieron hacerse más profundas. Se le veía muy serio y también algo preocupado. Completamente distinto de lo habitual. Anne se mordió el labio inferior. Ojalá hubiera cerrado el pico.

—Anne, no estoy tan seguro de que haya interiorizado usted de verdad que Frank Laganis no puede perseguirla.

Anne bajó la mirada. El doctor Reuscher la calaba, evidentemente.

—¿Me estoy volviendo paranoica? —preguntó con un punto de miedo.

El doctor Reuscher no respondió de inmediato. Primero la observó, pensativo.

—Tenemos que trabajar en su trauma —explicó después—. Hoy está usted visiblemente nerviosa y alterada. Es importante que se relaje también físicamente. Lo mejor será que respire hondo.

Anne hizo lo que le indicaba.

—Muy bien —la elogió el doctor Reuscher al cabo de unos minutos. Repitieron el ejercicio y añadieron otras técnicas de relajación. Cuando terminó la sesión, Anne se sentía de verdad mejor. Él sonrió satisfecho y se despidió de ella.

Anne volvió a casa en coche, relajada. Hasta el sol se abría paso de vez en cuando entre la gruesa capa de nubes. El coche de su marido estaba en la entrada. Por una vez había vuelto pronto del trabajo. Pasaban demasiado poco tiempo juntos. De buen humor, Anne abrió la puerta. Su marido estaba sentado en el sofá del salón. Se levantó al verla.

—Anne. Tengo que decirte algo importante. Algo que seguro que no te va a alegrar. Pero te prometo que podremos con ello. Eres una mujer fuerte y, por supuesto, yo siempre voy a estar a tu lado. —Hizo una pausa y la miró con intensidad. A Anne el pulso se le disparó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con una voz extrañamente aguda.

Su marido se acercó a ella y la abrazó.

—Acabo de recibir una llamada y he venido corriendo a casa. Verás... —La estrechó con más fuerza—. Me he enterado de que a Frank Laganis lo pusieron en libertad hace dos días, por sorpresa. Oficialmente, por buena conducta. Yo más bien creo que la cárcel está desbordada. Sea como sea: lo superaremos, Anne.

Anne tuvo la sensación de que el corazón se le paraba. Los pulmones también parecieron negarse: boqueó en vano en busca de aire. Un velo negro se extendió sobre ella. Se desplomó mientras intentaba asimilar las palabras de su marido. Pero en su cabeza reinaba el caos absoluto. No conseguía terminar ni un solo pensamiento.

—Tranquila —le susurró su marido—. Yo te protejo. Todo irá bien. —La sostenía entre sus brazos y ella sentía su fortaleza, pero en lo más hondo sabía que se equivocaba. Frank Laganis volvería a

hacerle daño. ¿Por qué, si no, se había plantado delante de su casa nada más salir de la cárcel? A Anne le vinieron arcadas. Tenía náuseas. Se incorporó y volvió a desplomarse de inmediato. Estaba en caída libre y nada podía frenarla.

A Julia el corazón le golpeaba contra las costillas tan fuerte que hasta tapaba el ruido del motor. Miró por el retrovisor. La rusa tenía los ojos gélidos clavados en la carretera y no le prestaba atención. Julia no podía permitirse pensar en que había perdido el contacto con Florian. No quería morir, pero también tenía que impedir que el asesino volviera a actuar.

—¿Lleva usted la tarjeta encima? —preguntó de pronto Alina Petrowa, lanzándole una mirada inquisitiva—. La robé, y eso se va a notar pronto.

—Sí, claro —respondió Julia y vio pasar volando las luces de las farolas y de los coches que venían de frente. Solo al cabo de un rato comprendió que iban a toda velocidad hacia el centro. El tráfico aumentó y al final tuvieron que ir más despacio. Los taxis se cruzaban en su camino. Se dirigían a la estación central de Colonia. Ojalá no tuviera que subirse también a un tren. Petrowa frenó en seco a cierta distancia y señaló con la cabeza la entrada principal.

—Solo tiene que meter la tarjeta en la consigna automática. Debe ver lo que Burakow ha guardado ahí dentro. Y ahora váyase y no mire atrás. Adiós y buena suerte.

Julia se bajó. Nada más cerrar la puerta, Petrowa salió disparada haciendo chirriar los neumáticos. Julia la siguió un instante con la mirada y luego cruzó corriendo la plaza hasta el interior de la gran

estación. No tenía ni idea de dónde estaba la consigna automática. Sacó la tarjeta magnética del bolsillo del pantalón y se ajustó las gafas. En el panel informativo que había sobre su cabeza aparecían los horarios de los trenes, pero ninguna indicación de la consigna.

Julia recorrió el vestíbulo de la estación. Los viajeros pasaban a su lado a toda prisa. Un codo la golpeó, pero no se distrajo. Acababa de descubrir otro cartel indicador. Vio el símbolo de una maleta y siguió la flecha. La consigna automática estaba en la parte delantera de la estación. Debía de haber pasado por delante sin darse cuenta. Julia fue a toda prisa en aquella dirección y llegó hasta varias máquinas. Se detuvo en la primera y, con los dedos temblorosos, introdujo la tarjeta en la ranura. Pasó un momento y se abrió una taquilla. Julia miró dentro. Había una bolsa verde oscuro. Sacó el pesado bulto y abrió la cremallera. Lo primero que le llamó la atención fue el frasco. El corazón le retumbó en el pecho: enseguida vio el líquido y lo que flotaba dentro. ¡Maldita sea! En el frasco había un pie humano. Era, sin ninguna duda, una de las piezas anatómicas robadas del Instituto de Anatomía.

Julia cerró la bolsa de inmediato, antes de que alguien lo viera. Había acertado. Alina Petrowa quería enseñarle algo importante. Si Pavlo Burakow había metido de verdad aquella pieza anatómica en la taquilla, era, con toda probabilidad, el asesino. Nunca lo habría creído posible. Ahora Julia entendía por qué Alina Petrowa había montado todo aquello y la había paseado con sus jueguecitos por media Colonia. Burakow era un asesino y ella le tenía miedo. Y quería quitarse a la policía de encima, porque con el hallazgo de la pieza anatómica sin duda la habrían puesto bajo custodia. Probablemente temía que le ocurriera algo aun estando en la cárcel, o que, como muy tarde el día de su puesta en libertad, Burakow la estuviera esperando. Julia miró a su alrededor. Tenía que llamar a Florian, pero se había dejado el móvil en el aseo del cine.

—Disculpe, por favor —le dijo a una mujer joven que llevaba a rastras a un niño de cuatro o cinco años muerto de sueño—. ¿Me dejaría el móvil un momento? Necesito hablar urgentemente con la policía.

La joven madre la miró espantada y pasó de largo. Al cabo de unos metros se detuvo y se dio la vuelta. Miró a Julia de arriba abajo y finalmente abrió el bolso para sacar el móvil.

—Perdone. Al principio no la había entendido bien —se disculpó y le tendió el móvil.

—Gracias —dijo Julia y tecleó a toda prisa el número de Florian. Sonó y sonó. Luego saltó el buzón de voz. Desesperada, pulsó la rellamada. No se sabía de memoria el número de Martin Saathoff, y a esas horas tampoco tenía sentido intentarlo en la comisaría. Volvió a sonar el tono de llamada. Cuando estaba a punto de rendirse, oyó la voz de Florian.

—Florian Kessler. ¿Con quién hablo? —Su voz sonaba distorsionada. De fondo rugía el motor de un coche.

—Soy yo, Julia —respondió ella.

—¿Julia? ¿Dónde estás?

—Estoy bien. En la estación central, en las taquillas de la consigna. Venid rápido, por favor.

Julia oyó a Florian indicarle a Martin Saathoff que fuera a la estación.

—No te muevas de ahí. Llegamos en diez minutos. —Colgó y Julia le devolvió el móvil a la mujer.

—Puedo esperar aquí con usted —se ofreció la joven madre—. Hasta que llegue la policía. A lo mejor vuelven a llamar.

Julia señaló al niño, que entretanto se había sentado en el suelo y estaba a punto de dormirse.

—Se lo agradezco muchísimo. Pero no hace falta. El pequeño necesita dormir.

La mujer asintió.

—Hemos estado en casa de sus abuelos. Por desgracia, no había mejor combinación de trenes. Le deseo mucha suerte. —Cogió a su hijo en brazos y se alejó despacio hasta perderse de vista.

Julia se quedó delante de la taquilla. Tenía el cuerpo tan cargado de adrenalina que temblaba ligeramente. Sus pensamientos giraban en torno a la pieza anatómica y a Pavlo Burakow. Tenían que detener a aquel malnacido antes de que le hiciera algo a Alina Petrowa. En el fondo, tendría que haber retenido a la rusa. Aquella

mujer necesitaba protección policial. Pensó en el recipiente con el pie conservado y confió en que encontrarán en él las huellas dactilares de Burakow. Entonces el tipo estaría perdido. Iba de un lado a otro, inquieta. Le pareció que pasaba una eternidad hasta que por fin oyó su nombre a lo lejos.

—¡Julia!

Levantó la vista y descubrió a Florian, que se acercaba corriendo con su compañero. La atrajo hacia sí y la abrazó tan fuerte que casi se quedó sin aire.

—Me alegro muchísimo de que no te haya pasado nada. —La besó en la frente y le apartó con ternura un mechón de pelo—. Esa maldita Petrowa se va a enterar de lo que vale un peine. He puesto a todas las unidades disponibles a buscarla. Va a pagar por haberte puesto en peligro.

—Me ha enseñado algo importante —replicó Julia y se soltó un poco del abrazo—. Yo creo que es inocente.

—¿Y qué hay en la bolsa de deporte? —preguntó Martin Saathoff, mirándola con curiosidad—. ¿Me permites?

Julia asintió.

—Adelante. Alina Petrowa ha dicho que fue Burakow quien metió la bolsa en la taquilla.

Saathoff se puso en cuclillas, abrió la cremallera y sacó el recipiente de cristal.

—¡Maldita sea! —soltó con asco al reconocer lo que flotaba en el líquido—. Este malnacido. Si es que lo sabía yo: Burakow nos ha tenido engañados. Qué rodaje inofensivo de porno en sitios especiales ni qué narices. A saber si este pervertido no habrá grabado además la agonía de Jana Petersmann.

Florian no dijo nada. Se quedó mirando la pieza anatómica y se frotó la barbilla, pensativo.

—¿Y cómo sabemos que Alina Petrowa no miente? A lo mejor está compinchada con Pavlo Burakow.

Julia negó con la cabeza.

—No me lo puedo imaginar. Parecía muy asustada. ¿Por qué iba a enseñarnos la pieza anatómica si fuera cómplice suya? En cualquier caso, espero que Burakow no tenga ya a la siguiente

víctima en su poder. Deberíais detenerlo antes de que cause más daño. —Suspiró—. Al menos ahora tengo claro por qué quería hablar conmigo sin su abogado. Al fin y al cabo, él asesora también a Burakow y habría ido corriendo a contárselo todo. Esa mujer ha debido de pasar un miedo de muerte.

—Aun así, no tenía por qué secuestrarte —gruñó Florian—. La detención ilegal es un delito grave.

Julia hizo un gesto para quitarle importancia.

—No quería que Burakow la pillara. Le robó la tarjeta y sospechaba que pronto empezaría a buscarla. Tarde o temprano vendría hasta aquí y probablemente pondría la pieza anatómica a buen recaudo. Sin ella no la habríamos encontrado nunca.

Florian se encogió de hombros.

—Podría haberte dado la tarjeta sin más durante la conversación. No habría cambiado gran cosa.

Julia lo veía de otro modo.

—Yo creo que no se fía de la policía. Por eso me quitó el micrófono y dio ese rodeo absurdo por Colonia. Puede que Burakow tenga además la taquilla vigilada día y noche, y por eso me mandó a mí por delante.

—Un momento —irrumpió de pronto Martin Saathoff—. En total robaron veinte piezas anatómicas. Tres las hemos recuperado. ¿Dónde ha escondido Burakow las diecisiete restantes? —Hizo un amplio gesto con la mano y señaló hacia el sótano—. ¿No estarán en las otras taquillas?

—Demonios. Es una consigna subterránea totalmente automática. Tenemos que acordonarlo todo de inmediato y detener el servicio —soltó Florian.

Julia guardó silencio, perpleja. Esa idea no se le había pasado por la cabeza. Seguro que había cientos de taquillas en la estación central. Los objetos se depositaban de forma completamente anónima. Para revisar las taquillas necesitaban acceso al sótano, donde estaba la maquinaria de la consigna. Miró el reloj.

—Vaya. Son las dos de la madrugada. La administración de la estación no vuelve a abrir hasta dentro de unas horas. —Bostezó al darse cuenta de lo tarde que era.

—Perdona —dijo Florian y le pasó el brazo por los hombros—. Tienes que descansar y dormir. Yo me encargo de que detengan a Burakow. De eso puede ocuparse una patrulla. —Se volvió hacia Martin Saathoff—. ¿Pides tú unos cuantos compañeros para acordonar esto? La policía científica debería revisar mañana la consigna automática.

—Claro. Marchando —respondió Saathoff con una sonrisa—. Os deseo buenas noches.

—Gracias. Igualmente. —Florian acompañó a Julia fuera, hasta su coche.

Más tarde estaban tumbados en la cama de él, muy abrazados.

—Me alegro muchísimo de que no te haya pasado nada —susurró Florian—. ¿Sabes que lo eres todo para mí? Eres mi mundo entero.

—Te quiero —respondió Julia y descubrió con asombro que aquellas palabras le salían con una facilidad que hacía mucho que no sentía. Ya no tenía la necesidad de mantener a Florian a distancia. Se sentía segura entre sus brazos. Tan segura que se quedó dormida al instante.

Teresa se lavó las manos mientras se miraba en el espejo. Tenía los ojos enrojecidos. No era de extrañar. Era plena noche. No había parado de correr de un paciente a otro. Aquello era un infierno, como tantas veces en las últimas semanas. Nadie parecía tener la menor consideración con el personal del hospital. También las enfermeras y los enfermeros estaban en las últimas. Teresa lo veía en sus caras pálidas y en las ojeras oscuras. Notó un ligero mareo y se agarró al lavabo. La guardia de noche duraba hasta la mañana. Tendría que aguantar unas horas más. Rebuscó en el bolsillo de la bata, sacó un paquete de pastillas de glucosa y se comió dos. Poco después se le pasó el mareo y se sintió algo mejor. Se soltó la goma del pelo y se hizo otra coleta. Luego abrió el grifo y se echó agua fría en la cara y en el cuello. Se secó con las toallitas de papel, grises y baratas, y volvió a toda prisa a la planta, junto al paciente que habían ingresado dos horas antes con dificultad respiratoria. El hombre, de sesenta años y con mucho sobrepeso, yacía apático en la cama. Apenas reparó en Teresa. Ella comprobó la saturación de oxígeno en sangre. El valor era peligrosamente bajo. Le administró más oxígeno y controló las demás constantes vitales. No tenía fiebre. La tensión estaba demasiado alta, cosa que, con aquellos kilos de más, no la sorprendió. Anotó los valores y decidió volver a verlo al cabo de media hora.

Todavía tenía que ocuparse de otro ingreso. Una mujer con retortijones abdominales que había acabado en su planta únicamente porque ginecología y gastroenterología estaban cerradas por saturación. Teresa no tenía ni idea de por qué la mujer se encontraba tan mal. Gemía sin parar. Teresa le había administrado un espasmolítico, pero no parecía hacerle efecto.

—Señora Burkhart, ¿se encuentra mejor? —le preguntó aun así.

La mujer negó con la cabeza sin fuerzas.

—Sigue igual de mal —se lamentó, apretándose el bajo vientre con las dos manos.

Teresa sabía que, como mínimo, tenía que hacerle una ecografía. Quizá la mujer tuviera líquido libre en la cavidad abdominal. Aquellas urgencias ginecológicas eran bastante frecuentes, sobre todo en mujeres con tendencia a formar quistes. Pero también podía tener que ver con el intestino. Teresa rebuscó en la memoria. Intentó recordar cómo se diagnosticaba con fiabilidad una apendicitis. Sin embargo, el estrés parecía haberle borrado de un plumazo todos sus conocimientos. Se planteó llamar a un colega. Aunque eso ya lo había hecho tantas veces en las últimas horas que seguro que empezaba a llamar la atención. Necesitaba urgentemente ponerse con los libros y repasar. Pero ¿cómo iba a hacerlo con aquella carga de trabajo desmedida? Era sencillamente imposible.

—Los medicamentos harán efecto enseguida —tranquilizó a la señora Burkhart, que tenía la piel cenicienta y sudorosa.

Le tomó el pulso: demasiado alto. Teresa solo podía confiar en que la paciente se estabilizara. También volvería a verla al cabo de media hora. Con un nudo en el estómago salió de la habitación y se ocupó de unos cuantos casos más leves. Al paciente de la habitación cinco podían darle el alta a la mañana siguiente. Con él no había problemas. Teresa suspiró. ¿Por qué era tan difícil vivir su sueño? Si lo único que quería era ayudar. Ser médica.

El rostro moribundo de una chica joven le vino a la mente. Intentó apartar el recuerdo, pero no lo consiguió. La chica la miraba fijamente, con reproche.

—Sé lo que hiciste —susurraron los labios pálidos y muertos.

—No es más que un trozo de papel —replicó la conciencia de Teresa—. Papeleo que no vale nada. Lo que cuenta es el corazón y la voluntad de curar.

La chica muerta negó con la cabeza. A Teresa el corazón se le desbocó. Corrió al aseo y volvió a echarse un poco de agua fría en la cara. Cerró los ojos, pero la chica no se iba.

—Vete —gritó y se dejó caer al suelo—. Vete de una vez. —Las lágrimas le corrían por las mejillas. Respiraba tan deprisa que le volvió el mareo. Hundió la cara entre las manos y lloró.

Al cabo de un rato, Teresa había perdido por completo la noción del tiempo. Se puso en pie a duras penas y se secó las mejillas. No podía rendirse sin más. Con las rodillas temblorosas, salió tambaleándose al pasillo. Tenía que ir a ver a la paciente de los retortijones. La aguja del reloj de la planta había avanzado casi una hora. ¡Se le había hecho tardísimo!

Teresa entró en la habitación y miró hacia la cama. La señora Burkhart estaba tendida como si durmiera. Con el estómago encogido, Teresa se acercó. La paciente no podía estar durmiendo, porque tenía los ojos abiertos. La miraban fijamente. Sin pensarlo, le tocó la piel, fría y flácida. ¡Sin pulso!

Teresa retiró la mano. Aquello no podía ser. Otra vez no. Se dio la vuelta y salió corriendo. Con los dedos temblorosos marcó el número del médico adjunto.

—Voy ahora mismo —prometió el médico.

Teresa irrumpió de nuevo en la habitación y empezó a hacer el masaje cardíaco con desesperación. Tenía que salvar lo que aún se pudiera salvar. Quizá no fuera demasiado tarde.

Julia había pasado las primeras horas del nuevo día con Florian en la comisaría. Lenja, después de su pequeño paréntesis, había aparecido inesperadamente a primera hora en el instituto forense y la había sustituido. A Julia le retumbaba la cabeza. Habían intentado reconstruir el recorrido que Alina Petrowa había hecho con ella durante la noche. Aun así, quedaban lagunas que Julia no lograba rellenar. No conocía todas las calles de Colonia y, por mucho que se esforzara, sus indicaciones seguían siendo vagas. Sin duda habían dado rodeos, probablemente para despistar a la policía. Dio unos golpecitos en el plano de la ciudad pegado a la pared del despacho de Florian.

—Pudo ser esta o la calle paralela. Lo siento. —Se dio la vuelta y se encogió de hombros—. ¿Tan importante es reconstruir el trayecto exacto?

—La policía científica podría encontrar pruebas en el recorrido —respondió Florian.

Julia deslizaba el dedo, absorta, por la pantalla de su móvil, que la policía había recuperado del aseo de señoras del cine. Se sentía fatal. Un policía se habría acordado sin duda de todos los detalles con pelos y señales. Julia, en cambio, había pasado demasiado miedo y no se había fijado nada en el camino. Al menos habían detenido a Pavlo Burakow esa misma noche. Por desgracia, él

negaba cualquier participación en los asesinatos. En realidad, a aquel malnacido solo le interesaba dónde se había metido Alina Petrowa. Julia había visto la ira en sus ojos. Burakow no podía echarle el guante a la rusa bajo ningún concepto. Las pruebas contra él, sin embargo, eran escasas. La policía científica solo había encontrado en el frasco las huellas de Julia y de Martin Saathoff. Tampoco en la tarjeta de acceso a la taquilla había rastro alguno de Burakow. El examen de la consigna automática seguía en marcha. Dependían, por tanto, de la declaración de Alina Petrowa, y esta parecía haberse esfumado. Hasta el momento nadie había avistado ni a ella ni al coche de Burakow. Y eso que había una orden de búsqueda en todo el país.

—Por lo visto no he sido de gran ayuda —murmuró Julia y se sentó. Se dejó caer contra el respaldo de la silla de Florian y se masajeó la nuca dolorida.

Justo en ese momento se abrió la puerta de golpe y el superior de Florian se asomó.

—Malas noticias —empezó Hermann Meier y entró—. La jueza no dicta la orden de detención. Pavlo Burakow puede irse. Estoy cabreadísimo. Su abogado está dando saltos de alegría.

En el despacho se hizo un silencio absoluto. Nadie se movió. La idea de que un posible asesino en serie volviera a quedar en libertad resultaba monstruosa.

—¿Y qué pasa con la orden de registro del piso? —preguntó Florian, que había reaccionado más rápido que los demás—. ¿Podemos entrar? Ahí tiene que haber pruebas.

Hermann Meier negó con la cabeza.

—Denegado todo. Las pruebas son demasiado escasas y, además, según dicen, no hay riesgo de fuga.

—Ese tipo podría tener sobre su conciencia la muerte de dos personas. ¿Es que eso no cuenta para nada? —protestó Martin Saathoff, indignado—. A lo mejor, con la próxima víctima, la jueza se encarga en persona de informar a los familiares, para que vea de una vez lo que se siente. Estamos hablando de un posible asesino en serie. ¡El autor se ha llevado nada menos que veinte piezas anatómicas!

—Lo sé, pero por desgracia no puedo hacer más. Tienen que estrechar más el cerco sobre el sospechoso. Tráiganme pruebas y no solo conjeturas. Necesitamos testigos o rastros concluyentes. Llamadas de teléfono, algo sólido. —Hermann Meier levantó las manos, negando con la cabeza—. Mejor que vuelvan a ponerse a trabajar ahora mismo. Yo volveré a hablar con la jueza, pero ustedes mismos saben que no tenemos gran cosa. —Se dio la vuelta y salió del despacho con paso firme. La puerta se cerró de un golpe y durante un rato reinó de nuevo un silencio consternado.

Esta vez fue Julia la primera en moverse. Se levantó y se acercó a la pizarra del caso, en la que Florian y Saathoff habían ido anotando lo que tenían hasta el momento.

—Vale, empecemos otra vez desde el principio. —Observó las notas sobre la primera víctima, Jana Petersmann. Años atrás, esta había roto todo contacto con su familia. Sus padres y sus hermanos vivían a más de cien kilómetros. La joven se ganaba la vida con una agencia de chicas de compañía y compartía piso con otras dos mujeres. Una de ellas había muerto de una sobredosis. La otra, Carina Muehlheim, tenía una coartada para la noche del asesinato. Al menos se la proporcionaba su cliente habitual. El dedo de Julia voló hacia otro nombre.

—¿Y qué hay de Georg Findel? Fue el último cliente con el que Jana Petersmann quedó antes de morir.

—Es un perfil falso —explicó Martin Saathoff, atusándose el bigote—. Al parecer, contactó con ella por *Tinder*. Al menos eso dice la compañera de piso. Sin embargo, hasta ahora no hemos podido incautar el móvil de la víctima, y la plataforma se niega a entregar el chat. Incluso con una orden judicial pueden pasar semanas hasta que sepamos más. El perfil, en todo caso, ya lo han eliminado, y el último número con el que habló Jana Petersmann era de un móvil de prepago que no podemos rastrear.

Julia asintió, pensativa, y contempló los demás nombres de la pizarra del caso. Pavlo Burakow estaba rodeado con un círculo rojo. Alina Petrowa figuraba al lado, con un signo de interrogación. La mirada de Julia se desplazó hacia la segunda víctima, Nils Deuss. Contra él había varias denuncias por violencia doméstica. Sin

embargo, no habían prosperado, porque Nicole Deuss se había acogido a su derecho a no declarar contra un familiar. En el momento de su muerte, su mujer estaba en el hospital. Estaban comprobando si tenía una aventura. En el círculo de sospechosos había también un amigo de Nils Deuss: Joerg Kannen. Le había prestado dinero a Deuss y por ese asunto habían discutido. Aun así, Kannen tenía la coartada de su mujer. Durante el interrogatorio se había mostrado cooperativo, pero, por el dinero que Deuss le debía, seguía siendo sospechoso. En teoría tenía un motivo.

—Deberíamos volver a empezar de cero con Georg Findel y Joerg Kannen —propuso Julia—. Sigue faltando una conexión entre las dos víctimas. Florian ya sospechaba que no se eligieron al azar. Los asesinatos eran demasiado laboriosos para eso. Cercenar partes del cuerpo y cosérselas a las víctimas tiene un significado, ya sea un castigo o algún tipo de ritual. En algún sitio tiene que haber una relación. —Golpeó la pizarra con los nudillos—. Y si la encontramos, quizá lleguemos también a pruebas para detener a Pavlo Burakow.

—¿Y cómo vamos a averiguar algo sobre Georg Findel, si ese nombre no es más que un perfil falso? —masculló Martin Saathoff—. La verdad es que espero que Hermann Meier consiga convencer a la jueza de que dicte una orden de detención contra Pavlo Burakow. Interrogaremos al tipo hasta que confiese, y el caso quedará por fin resuelto.

—La jueza tiene que atenerse a la presunción de inocencia —intervino Florian—. Así que no nos queda más remedio que hacer los deberes. A lo mejor este Georg Findel se ha registrado con su nombre falso en otras plataformas. Seguro que *Tinder* no fue su único intento. —Tecleó el nombre en el buscador de su ordenador. Julia se acercó a él y estudió los resultados. Sin ningún éxito. Lo intentaron en Facebook y en Instagram. Tampoco allí existía el nombre. La búsqueda de perfiles en las plataformas de citas resultó igual de frustrante. Al cabo de un rato, Julia suspiró y se frotó los ojos.

—Vamos a repasar los comentarios de la página del servicio de acompañantes de Jana Petersmann —dijo, porque sencillamente no quería rendirse.

Florian se puso a leer los comentarios mientras Martin Saathoff hojeaba el expediente. Saathoff le pasó una lista a Julia.

—Esta es la lista de clientes del servicio de acompañantes. Una compañera la ha cotejado con la agenda de citas y con los datos bancarios y la ha entregado hace un rato. Todavía no le he echado un vistazo.

Julia se puso con el listado. El servicio de acompañantes parecía funcionar bien, al menos para Carina Muehlheim. La mayoría de los clientes figuraban a su nombre. Con Jana Petersmann la cosa era distinta. Al mes se veía como mucho con cuatro hombres, a veces solo con uno. Nunca había habido movimientos de dinero, o al menos no a través de una cuenta. Carina Muehlheim, en cambio, incluso se dejaba pagar por PayPal. Eso encajaba con la declaración de Muehlheim de que Jana Petersmann solo quedaba una vez con sus clientes y luego los robaba. Probablemente se quedaba con el dinero en efectivo y con las tarjetas de crédito. Cabía pensar que uno de los estafados hubiera querido vengarse de ella.

De pronto se le ocurrió una idea.

—¿Habéis comprobado si Nils Deuss era cliente del servicio de acompañantes?

Florian miró a Julia como si le hubiera caído un rayo encima.

—Hemos intentado averiguar si conocía a Jana Petersmann. No si tuvo trato con Carina Muehlheim o con la tercera compañera de piso —dijo—. Pero eso lo aclaro ahora mismo.

—En la lista, desde luego, su nombre no aparece —repuso Julia, mientras se preguntaba si Deuss podría esconderse tras el perfil falso de Georg Findel.

Florian se pegó al teléfono e hizo que cotejaran la lista de llamadas del servicio de acompañantes con el número de Nils Deuss y con sus datos bancarios. Al cabo de un rato negó con la cabeza.

—No parece que haya ninguna relación. —Se encogió de hombros—. Tenemos que seguir buscando.

La puerta se abrió y Anna Schubert, la jefa de la policía científica, los saludó uno por uno.

—He pensado en venir a informar enseguida —explicó y se apoyó en el escritorio de Martin Saathoff—. Nos hemos pasado horas

revisando la consigna automática de la estación central. —Se pasó la mano por la abundante melena gris—. Nada. Solo esa pieza anatómica. ¿No se robaron veinte?

—Así es. Un par de orejas y unas manos aparecieron cosidas a las víctimas, y una pieza estaba en la taquilla. La verdad es que yo esperaba encontrar más piezas anatómicas ahí dentro. —Florian puso cara pensativa—. Quizá el asesino estaba sobre aviso y vació las taquillas.

Anna Schubert negó enérgicamente con la cabeza.

—No lo creo. Hemos mirado cuántas taquillas se ocuparon el día del depósito. Sencillamente no cuadra. La pieza anatómica se guardó hace ya una semana. Ese día hubo cientos de depósitos, pero la nuestra es, junto con una maleta, el único objeto que lleva guardado tanto tiempo. La maleta la hemos revisado. Está llena de ropa y es inofensiva. Sería bastante llamativo que alguien fuera a la consigna automática con dieciocho frascos grandes y pesados. Nada. La mayoría de las taquillas se vacían al cabo de un día.

—También hay otras empresas de consignas en Colonia. Puede que el asesino repartiera las piezas anatómicas. —Julia intentó imaginarse metiendo dos o tres de aquellos recipientes de cristal en una bolsa. Enseguida pasaban de diez kilos.

De repente, Martin Saathoff, que había estado todo el rato enfrascado en los expedientes, chasqueó los dedos.

—He encontrado una cosa. —Paseó la mirada por el grupo y arqueó las cejas—. Joerg Kannen, el que le prestó dinero a su amigo Nils Deuss, es cliente de Carina Muehlheim.

Curiosamente, Joerg Kannen vivía a solo trescientos metros de Nils Deuss. El bloque de pisos, bastante deteriorado, albergaba más de veinte viviendas. La pintura se desconchaba por todas partes y en la escalera olía a cerrado, a una mezcla de aire viciado, comida y sudor. Julia subió los escalones hasta la tercera planta detrás de Florian y de Martin Saathoff, mientras pensaba cuántos minutos necesitaría Joerg Kannen para llegar a casa de Nils Deuss. Calculó que cinco como mucho. En teoría podría haber cometido un asesinato, trayecto incluido, en apenas una hora. Hasta entonces, la policía le había prestado poca atención. Pero desde que Martin Saathoff había descubierto, a través del número de cuenta, que trataba con Carina Muehlheim bajo el nombre de *X-Man*, las tornas habían cambiado. Naturalmente, seguían sin perder de vista a Pavlo Burakow como principal sospechoso. Una patrulla de paisano vigilaba cada uno de sus pasos. Pero que hasta el momento Burakow no tuviera ninguna conexión con las dos víctimas —y Joerg Kannen sí— les hacía dudar de su culpabilidad.

—Es aquí —dijo Florian y llamó al timbre.

Acto seguido se abrió la puerta. Apareció una mujer esquelética, con el pelo largo y lacio, y les hizo un gesto para que pasaran.

—¿Son ustedes de la policía? —preguntó, por lo visto sin el menor interés, y señaló una habitación a la derecha del estrecho

pasillo—. Siéntense. Voy a buscar a mi marido.

Joerg Kannen, salvo por una barriga incipiente, parecía estar en buena forma. Llevaba el pelo rapado y una barba de tres días. Examinó con frialdad a Julia y a sus dos acompañantes.

—Me llamo Florian Kessler, soy de la policía judicial. Estos son mi compañero Martin Saathoff y nuestra médica forense, Julia Schwarz.

—Si ya se lo he contado todo a sus compañeros —refunfuñó Kannen y se dejó caer pesadamente en un sillón—. Lo apuntaron. No tengo nada más que decir. Estaba en casa. Mi mujer puede confirmarlo.

—Eso ya lo sabemos —repuso Florian—. Sin embargo, la investigación ha sacado a la luz novedades en las que tenemos que profundizar.

—¿Han cogido al asesino de Nils? —preguntó Joerg Kannen, incrédulo.

—Todavía estamos al principio.

—Vale. A mí lo único que me interesa, en realidad, es si voy a recuperar mi pasta. Sus compañeros no tenían ni idea, pero a lo mejor usted sí lo sabe, señor inspector.

—Kessler —dijo Florian con calma—. Puede llamarme simplemente *señor Kessler*. En cuanto a su dinero, tendría que dirigirse a los familiares. En este caso sería Nicole Deuss.

—¿Nicole? —Joerg Kannen negó con la cabeza—. Pero si esa no tiene un céntimo. ¿De dónde va a sacar dos mil euros?

—No le puedo decir más. Debería ponerse en contacto con un abogado. Él le explicará mejor la situación legal y las opciones que tiene.

—Menudo canalla —estalló Joerg Kannen, apretando los puños—. Bien merecido tiene estar ahora bajo tierra. ¿Sabían ustedes que le pegaba a su mujer?

—Sobre eso no podemos decir nada. Lo que nos interesa es si conoce a esta mujer. —Florian dejó una foto de Jana Petersmann sobre la mesa rayada del salón.

Joerg Kannen contempló la foto con atención.

—Es muy guapa, pero no la conozco.

—¿Y qué hay de esta otra? —Florian colocó al lado una foto de Carina Muehlheim.

Joerg Kannen se puso rojo al instante.

—Ni idea de quién es —gruñó y le devolvió las fotos a Florian de un capirotazo por encima de la mesa.

—¿Y esta página web, le suena de algo? —Florian le puso delante de las narices una impresión de la página de inicio del servicio de acompañantes.

La mirada de Kannen se desvió, inquieta, hacia la puerta del salón.

—¿Es necesario esto ahora? ¿Delante de mi mujer? —siseó, se levantó de un salto y cerró la puerta—. ¿Quieren arruinarme? Mi mujer me pone de patitas en la calle. Bastante tengo ya con que probablemente no vuelva a ver esos dos mil euros.

—¿Qué pasa entonces con este servicio de acompañantes? ¿Ha recurrido usted alguna vez a él?

Joerg Kannen se frotó la nuca con fuerza.

—Una o dos veces, quizá. Nada más —admitió y miró a Florian con hostilidad.

Martin Saathoff frunció los labios y sacó una hoja de papel del bolsillo.

—Según mis datos, solo este año ha contratado usted el servicio diez veces.

Joerg Kannen empezó a sudar. El interrogatorio le resultaba visiblemente incómodo.

—¿Y qué tiene eso que ver con el asesinato de Nils Deuss? —quiso saber.

Florian no entró al trapo.

—O sea, que conoce a estas dos mujeres. ¿Por qué no lo ha dicho desde el principio? La puerta está cerrada. Su mujer no puede oírnos.

—¿Reconocería usted que se gasta dinero en sexo?

Florian asintió.

—En una investigación por asesinato, desde luego que sí.

—Está bien: con Carina quedo de vez en cuando. La otra no quiso. Creo que se llama Jana o algo así.

—Jana Petersmann, para ser exactos. ¿Qué hizo usted hoy hace una semana?

Joerg Kannen torció el gesto.

—Trabajar. Soy enfermero en un hospital. No me irá a decir ahora que esa mujer está muerta. —Señaló la foto de Jana Petersmann.

Florian guardó silencio un momento.

—¿Y qué hizo al salir del trabajo? —preguntó entonces.

Joerg Kannen apretó los labios. Negó despacio con la cabeza.

—Sin un abogado no digo ni una palabra más —soltó por fin y salió del cuarto como una exhalación.

—Estupendo —gimió Florian—. Así no avanzamos ni un paso. Voy a preguntarle ahora a la mujer por su coartada. —Se levantó y salió también del salón. Saathoff lo siguió pisándole los talones, mientras Julia echaba otro vistazo a su alrededor.

El piso no era muy grande. El mobiliario parecía viejo y desgastado. En una estantería vio la foto de boda de Joerg Kannen y su mujer. Entonces ella se veía muy feliz, no consumida y en los huesos como ahora. Julia se dio la vuelta y vio que la puerta del fondo de la habitación estaba entornada. Curiosa, se asomó por la rendija y descubrió el dormitorio. Empujó un poco la puerta. Una cama de matrimonio ancha ocupaba la mayor parte de aquel cuarto cargado. Al lado había un armario que también había conocido tiempos mejores. Una de las puertas de espejo estaba resquebrajada y la otra colgaba torcida de los goznes. La alfombra redonda de delante de la cama se veía descolorida, con las fibras aplastadas de tanto pisarlas. Julia observó el resto de la habitación. Un objeto de la mesilla de noche le llamó la atención. Se coló dentro y examinó la mesilla de cerca. Pero, antes de que pudiera cogerlo, oyó a alguien a su espalda.

—¿Está usted fisgando por aquí? —Joerg Kannen apareció de pronto en la puerta y la miró con dureza. Julia no lo había oído llegar.

—No, he oído un ruido. Como si hubiera reventado una manguera, y quería asegurarme —mintió Julia. Comprobó con asombro que su voz sonaba bastante serena, aunque el pulso se le había disparado.

—Hacen ustedes una pareja muy bonita —añadió y pasó rozándolo camino del salón—. He visto su foto de boda.

Joerg Kannen carraspeó.

—De eso hace mucho.

Julia no respondió. Fue a toda prisa al recibidor, donde Florian y Martin Saathoff ya la esperaban. Kannen le resultaba condenadamente inquietante. Salió disparada del piso y bajó la escalera. Cuando ya estaban de nuevo en el coche, Julia anunció lo que acababa de descubrir en el dormitorio.

—Joerg Kannen es diabético. Tiene una pluma de insulina en la mesilla de noche, y no necesitaba ni cinco minutos para llegar al piso de Nils Deuss.

No se cansaba de mirarlo. Había editado a fondo el vídeo, grabado dos semanas antes. Ahora era perfecto y encima ya se estaba haciendo viral. Su obra había recibido más de mil *likes* en solo tres días. Sonrió satisfecho y se quedó mirando la pantalla hasta que le lloraron los ojos. Luego se llevó la mano a la entrepierna y se masajeó el paquete. Se imaginó cómo sería tocar a la mujer del vídeo y no limitarse a filmarla. Últimamente lo hacía más a menudo. De pronto, las imágenes ya no le bastaban. Antes había sido capaz de satisfacerse durante semanas con una sola foto. Ahora eran vídeos, y cada vez con más frecuencia seguía a mujeres que le gustaban. Le hormigueaban las yemas de los dedos. Sabía que, en realidad, no podía permitirse ni un paso en falso. Al menos no mientras su agente de la condicional no le quitara ojo. La primera vez que había visto a aquella morena tan atractiva, casi se había atragantado con el chicle. Mareike era la única con la que no había faltado nunca a una cita. Y encima llegaba siempre puntual. Si era sincero consigo mismo, tenía que admitir que por la calle iba buscando a ese tipo de mujer. Buscaba un sustituto, alguien a su alcance. A Mareike no la conseguiría nunca. Ella jugaba en otra liga. Eso lo tenía clarísimo. Tampoco era tonto. Sus miradas lo decían todo. Irradiaban un desinterés absoluto por él como hombre. Ahí no había ni una chispa sobre la que construir nada.

Se quitó los calzoncillos y tiró aquel trozo de tela húmedo al cesto de la ropa sucia. Después de ponerse ropa limpia, salió de casa con una bolsa de deporte. Primero dio vueltas sin rumbo por la zona, con la esperanza de cruzarse con alguna mujer interesante. Pero en invierno no había mucho movimiento en las calles. Además, la mayoría de la gente iba bien tapada. Suspiró. En verano lo tenía muchísimo más fácil. Le encantaba pasear por las calles comerciales abarrotadas y colar la cámara con disimulo bajo las faldas cortas. Aquello no solo era divertidísimo: en la red también funcionaba de maravilla. No se cansaba nunca. Con el frío, en cambio, tenía que conformarse con lo poco que había. Puso rumbo a la piscina y aparcó lo bastante lejos de la entrada para que la cámara de seguridad de encima de la puerta no captara su coche. Se puso la gorra de béisbol y se la caló hasta las cejas. Con la cabeza gacha y la bolsa en la mano entró en el edificio y fue directo al vestuario de hombres. Allí se desnudó y se echó por encima un albornoz rosa. Menos mal que en ese momento no había nadie. Al salir del vestuario sacó una peluca rubia de pelo largo y se la puso. Después desapareció en el aseo de señoras. La puerta de la primera cabina estaba abierta. Perfecto. Entró a toda prisa y echó el pestillo. Con el tiempo había ido perfeccionando cada vez más sus técnicas. Antes se pasaba a veces horas en un aseo, esperando a que alguien entrara por fin en la cabina de al lado para colar la cámara por debajo del tabique. Ahora prefería instalar cámaras ocultas. En la cabina contigua había colocado una debajo del gran portarrollos redondo y otra encima del tabique. Llevaban grabando veinticuatro horas y esperaba un buen botín. Lleno de expectación, retiró los diminutos aparatos y se los guardó en el bolsillo del albornoz. Justo cuando iba a abrir la puerta, entró alguien. Se quedó quieto y aguzó el oído. Por lo visto eran dos; no, tres chicas. Reían y hablaban entre ellas.

—Yo creo que Tom está bastante cachas, y cómo te ha mirado antes —bromeó una voz aguda.

—No sé si de verdad está colado por mí. Ayer en el patio le estaba tirando los tejos a Maja.

—Anda ya. Si lleva semanas sin mirar a otra que no seas tú. Mierda, que me meo.

Sin previo aviso, una de las chicas sacudió su puerta.

—Ocupado —susurró él con voz aguda.

Al instante se abrió y se volvió a cerrar la puerta de la cabina de al lado. La tapa del inodoro chocó contra la pared. Se imaginó a la chica bajándose los pantalones y sentándose en la taza. Solo de pensarlo le entró un calor tremendo. Sacó una cámara a toda prisa y la coló por debajo del tabique. Oyó el chorrillo mientras ella se aliviaba y sonrió con lascivia. Lástima que no estuviera sola. Aquel sonido lo ponía a cien. Y ella tardaba tanto. Le encantaba.

Cuando la chica terminó, se planteó muy en serio seguirla. Pero luego aquello podía acabar como la última vez, y no le apetecía nada otra temporada en la cárcel. Tenía que contenerse. Con pesar la oyó tirar de la cadena y desaparecer del aseo con sus amigas. Se tumbó en el suelo y alcanzó a ver fugazmente la braguita rosa de su bikini. La cría salió meneando aquel culo respingón y él fue incapaz de moverse durante unos segundos. ¿Y si la esperaba a la salida de la piscina? Podría seguirla, averiguar dónde vivía y grabar unos cuantos vídeos más de ella. Una voz interior le advirtió, pero la ignoró. Tenía que volver a ver a esa mujer, costara lo que costase. No la tocaría. Nadie podía tener nada en contra de que se limitara a observarla un poco. Total, no le hacía nada. Y aunque la tocara un momento, tampoco le haría daño. Mientras no le pegara. Solo quería acariciarle la piel. Con mucha suavidad. Y, si a ella le gustaba, podría ir más allá. Le metería las manos bajo la camiseta y quizá en otras partes. Al fin y al cabo, las mujeres tenían tantas ganas como los hombres. No era sano no desfogarse. Él sería el hombre indicado para ella. Lo notaba.

Con el corazón acelerado descorrió el pestillo de su cabina. Justo en ese instante volvió a entrar alguien en el aseo de señoras. No podía creerse la de gente que había a esas horas. Volvió a cerrar a toda prisa y esperó. De nuevo sacudieron su puerta. Esta vez sacó la cámara enseguida. Tuvo suerte: la mujer eligió la cabina contigua. Colocó la cámara por debajo del tabique y oyó levantarse la tapa del inodoro. Escuchó expectante, pero el chorrillo se hizo esperar. Se oyó

un roce de ropa. Probablemente se estaba bajando los pantalones. Él se relamió.

De repente algo raspó contra las baldosas. Temió que hubieran descubierto su cámara y la retiró rápidamente. Una caja de plástico azul se deslizó por debajo de la cabina hasta él. La miró desconcertado. Sin pensarlo más, la levantó y abrió la tapa. Le llegó un olor espantoso que, aun así, era menos terrible que el contenido. En la caja había dos manos cortadas. Parecían de lo más reales. Horrorizado, tocó con la yema del dedo la piel grisácea. ¡Maldita sea! Aquello no era goma. Volvió a cerrar la tapa por instinto. Antes incluso de que el cerebro le procesara del todo aquella información, la puerta de la cabina se abrió de golpe y le dio en la cabeza. Un dolor violento lo atravesó. Ante sus ojos bailaron destellos deslumbrantes. Alguien lo agarró y tiró de él hacia fuera.

—Tú te vienes conmigo, y como hagas el más mínimo ruido...

Algo duro se le clavó en las costillas. Aturdido, obedeció y avanzó tambaleándose delante del desconocido. Solo cuando ya estaba amordazado en el maletero de aquel coche ajeno comprendió que le había llegado su última hora.

### *Dos años antes*

Anne recorría la calle comercial como un animal acosado. Desde que se enteró de que Frank Laganis estaba otra vez en libertad, vivía con un miedo permanente. A esas alturas ya no la entendía nadie, pero él la perseguía. Aunque su marido no aprobaba en absoluto la excarcelación anticipada de Laganis, consideraba que aquello eran imaginaciones suyas. Los primeros días todavía la había acompañado a todas partes para darle seguridad. Ella había visto varias veces a su verdugo; su marido, por desgracia, no. Habían estado en el supermercado y Anne había descubierto a Frank Laganis en el mostrador de la carnicería. Se había quedado mirándola con aquellos ojos oscuros y malvados. Ella le había dado un toque a su marido y le había señalado a Laganis. Como por arte de magia, de pronto había desaparecido. Su marido incluso le había preguntado por él a la dependiente de la carnicería, pero esta se había limitado a negar con la cabeza sin entender nada.

—¿Se refiere al señor Volgmann? Lleva años viniendo aquí y va camino de los setenta.

Su marido la había mirado como si le faltaran unos cuantos tornillos. Nunca en su vida se había sentido tan incomprendida. ¿Cuándo se había cambiado de bando su marido? ¿Desde que ya no

tenían relaciones? Echó cuentas hacia atrás. Le cuadraba. Y luego estaba lo del parque. Frank Laganis la había seguido en bicicleta. Llevaba el casco tan calado que por debajo solo asomaban aquellos ojos malvados. Se escondía cada vez que Anne se lo señalaba a su marido. Era para desesperarse. Consiguió que él fuera a mirar detrás de un árbol y de unos arbustos, pero Laganis siguió sin aparecer.

—Te entiendo, Anne. Tú ves de verdad a ese hombre. Y, aun así, no está ahí. ¿Qué dice el doctor Reuscher de cómo va la terapia? —había preguntado él al final, y Anne se había marchado indignada. Desde aquel episodio, no había vuelto a hablar con su marido de Frank Laganis. Ni siquiera cuando lo descubría cerca de ella.

Anne se detuvo ante un escaparate y miró a su alrededor con cautela. A Frank Laganis no se le veía por ninguna parte. Se le revolvía el estómago. Sabía perfectamente que estaba allí. Entró en la tienda e hizo como que buscaba un vestido. No perdía de vista la entrada. Rebuscó en un expositor de rebajas y después se probó unos zapatos. En ese momento, el monstruo se deslizó por delante del escaparate. Sus miradas se cruzaron y a Anne el corazón se le paró unos instantes. ¡Ahí estaba, el malnacido! Soltó los zapatos y corrió descalza hacia la puerta.

Pero, cuando lo buscó entre la marea de gente que había delante de la tienda, era como si se lo hubiera tragado la tierra.

—¿Va todo bien? —preguntó una dependienta.

—¿Ha visto usted también a ese hombre alto y moreno?

La dependienta negó con la cabeza.

—No. No me he fijado en nadie. Sus zapatos y su bolso siguen dentro de la tienda.

Anne le dio las gracias y recogió sus cosas, absorta. Poco a poco estaba perdiendo la cabeza. A esas alturas ni ella misma estaba segura de que Frank Laganis hubiera pasado de verdad por delante de la tienda. Quizá su marido tuviera razón después de todo y estuviera empezando a ver cosas que no existían. ¿Se estaba volviendo loca?

Completamente descolocada, emprendió el camino de vuelta. No había comprado nada, y eso que había ido al centro justamente para eso. Quería darse un capricho y sentir un asomo de normalidad. Se

sentía una fracasada. Ya ni siquiera era capaz de gastar dinero. Frustrada y agotada, llegó a su coche. No sabía cuánto tiempo más podría seguir viviendo así. Una lágrima le resbaló por la mejilla. Al abrir de un tirón la puerta del conductor, reparó en el paquete. Estaba sobre el capó y llevaba su nombre escrito. Unas letras feas y deformes que la miraban fijamente.

*A n n e*

Le dio un empujón al paquete. Resbaló del capó y ella lo dejó allí tirado en el polvo. Arrancó el motor a toda prisa y se marchó haciendo chirriar los neumáticos. Le martilleaba la cabeza. El paquete venía de él. Laganis quería llevarla al manicomio. Se planteó llamar a su marido. Pero él seguro que no la creería. La dejaría pronto si no acababa de una vez con aquel numerito. Solo que no podía. Laganis estaba ahí fuera y la perseguía. Se jugaba la vida.

En ese momento, Anne ya no estaba tan segura de querer seguir viviendo. En realidad, lo único que deseaba era librarse de aquellos sentimientos espantosos. Aquella mezcla de pánico, desesperación y rabia. Necesitaba calma y paz. De pronto la muerte se le apareció como una amiga. Podría darle exactamente lo que tanto ansiaba.

De repente, Anne se encontró en la entrada de su casa. Debía de haber hecho todo el trayecto como teledirigida. Al menos no había tenido ningún accidente. Se bajó y fue a toda prisa hacia la puerta. Una ducha caliente le quitaría de la cabeza todos aquellos pensamientos negros. Ante el escalón de la entrada se detuvo en seco y no dio crédito a sus ojos. Se quedó sin aire y miró a su alrededor. ¿Dónde se había metido aquel monstruo y por qué le hacía eso?

En el umbral estaba el paquete que acababa de tirar.

Hacía horas que había oscurecido. Julia se sentía por lo menos tan cansada como parecían estarlo Florian y Martin Saathoff. Había sido una jornada agotadora. En su lista había tres sospechosos y a ninguno podían atribuirle los asesinatos. Pavlo Burakow no parecía tener ninguna conexión con la segunda víctima, Nils Deuss. Además, en la pieza anatómica de la estación central no habían aparecido huellas suyas ni ningún otro rastro. Eso los llevaba a la segunda sospechosa, Alina Petrowa. A esa mujer se la había tragado la tierra. Aunque había conducido a Julia hasta la pieza anatómica, tampoco podían descartar a la rusa. Ni excluir que hubiera cometido el crimen junto con Burakow. Y el número tres era el amigo de la segunda víctima, Joerg Kannen. Tenía la oportunidad y un motivo, ya que le había prestado mucho dinero a Nils Deuss y no lo había recuperado. A diferencia de los dos primeros sospechosos, con él sí podían establecer una conexión con Jana Petersmann. Kannen mantenía contacto regular con su compañera de piso, Carina Muehlheim, y no era imposible que también se hubiera encontrado con la primera víctima. Como Jana Petersmann robaba a sus clientes, cabía que Kannen tuviera un motivo también en ese caso. Ciertamente que su mujer le daba una coartada, pero eso lo hacían a menudo los familiares. Podría haber salido a hurtadillas por la noche sin que su mujer se despertara.

Julia aparcó su destartalado Golf delante de la casa de Lenja. No solo estaba cansada: además tenía mala conciencia. Su ayudante la había sustituido durante todo el día y Julia quería al menos devolverle el favor. Lenja no cogía el móvil, así que había decidido pasarse por su casa. Quizá pudieran pedir algo de picar a una pizzería. Se bajó y se dirigió al portal. El piso de Lenja estaba bajo el tejado, en la quinta planta. Por el rabillo del ojo percibió un movimiento. Un cigarrillo se avivó en un punto rojo. Alguien fumaba delante del edificio. Julia ignoró a aquella persona y llamó al timbre.

No abrió nadie.

Julia lo intentó otra vez y luego echó mano del móvil. Pero no consiguió localizar a Lenja. Quizá su ayudante hubiera salido con alguna amiga. Lo de Marcel la había afectado visiblemente. Seguro que buscaba consuelo. Por un momento se sintió aún peor. Le había prometido a Lenja que estaría a su lado y, en vez de eso, se había pasado el día persiguiendo a un asesino y encima le había cargado más trabajo en el instituto. Suspiró y estaba a punto de darse la vuelta cuando volvió a percibir un movimiento junto a la fachada. De nuevo se avivó un cigarrillo. Esta vez, sin embargo, mucho más cerca. Julia distinguió a un hombre que, por lo visto, la estaba observando. Dio un paso hacia él, porque de algún modo le resultaba conocido.

—¿Marcel Stoecker? —preguntó, pero el cigarrillo se apagó y el hombre echó a correr.

Julia lo siguió con la mirada, desconcertada. Quizá se había equivocado. Bostezó y volvió a su coche.

Un cuarto de hora más tarde llegó a su casa. Se planteó un momento pasarse por casa de Florian, pero decidió que no. Necesitaba dormir urgentemente y allí eso no iba a funcionar. Sonrió al pensarlo y abrió el portal. Su piso estaba en la planta baja. Julia esperó a que el detector de movimiento encendiera la luz de la escalera y se llevó un susto al ver a alguien agachado delante de su puerta.

—¿Lenja? Madre mía, ¿qué haces aquí a oscuras? Anda, pasa. — Abrió y, sin esperar respuesta, llevó a Lenja al salón.

Su ayudante se sentó en el sofá y le entregó una caja de bombones con un lazo.

—Esto te lo manda el fiscal jefe Kreitz para darte las gracias. Lo ha traído hoy su colaborador, ese Christian Moeller. Han conseguido demostrar la culpabilidad de ese violador en serie gracias a tu ayuda. Tú examinaste a una de las víctimas. El condón estaba efectivamente entre los arbustos y el ADN lo han podido atribuir sin ninguna duda. Por lo visto, el tipo ya había estado entre rejas. — Lenja soltó un suspiro hondo y dejó los bombones sobre la mesa—. Es que no aguantaba más en casa —explicó luego—. He roto con Marcel y desde entonces me bombardea con mensajes.

—Lo siento de verdad —dijo Julia y abrió una botella de vino—. Chocolate y vino: eso debería bastar para relajarnos un poco. Me alegro mucho de que por fin se haya resuelto el caso del Hombre Lobo. —Sirvió aquel líquido de un rojo brillante en una copa y se la ofreció a Lenja. Después se sirvió ella y brindaron.

—Yo tenía la esperanza de que hubiera alguna explicación para lo de Marcel en el italiano —confesó Julia—. Parecía todo tan armonioso entre vosotros dos.

Lenja negó con la cabeza.

—Lo pillaste con su exnovia. Ella se pasó dos semestres en el extranjero, en Francia. Es medio francesa. Con eso yo no puedo competir. No soy más que una finlandesa sin florituras.

Julia volvió a llenarle la copa a Lenja.

—Anda, no te quites méritos. Todos los tíos se vuelven a mirarte. Esa francesa no te llega ni a la suela del zapato. Que yo la vi.

—Gracias —dijo Lenja con una sonrisa forzada—. Ese idiota me ha roto el corazón, de verdad. Quería que le diera tiempo para decidirse. Fíjate tú. Vuelve la tipa esa de Francia y ya no sabe dónde encaja. Hace una semana escasa me juraba amor eterno y no podía esperar a irse a vivir conmigo. —Se encogió de hombros—. Bueno, pues ahora tiempo tiene de sobra. Yo eso no lo pienso consentir. No voy a hacer de plato de segunda mesa.

—¿Y por qué te bombardea con mensajes?

Lenja torció el gesto como si hubiera mordido un limón.

—Creo que no contaba con que yo fuera a cortar por lo sano. Ahora, por lo visto, sí quiere estar conmigo. Pero, como te digo, a mí ya no me interesa.

—Yo también tuve un novio así —contó Julia—. Después de su desliz lo intentamos otra vez, pero nunca volvió a ser como antes. Yo era un auténtico manojito de nervios y estuve a punto de ponerme a espiarlo. La confianza se había roto por completo.

Lenja miró a Julia, asombrada.

—¿En serio? Siempre pareces tan serena, como si lo tuvieras todo dominado. Yo ya me estaba viendo como una llorica.

—No. Eres muy fuerte y dentro de unas semanas lo habrás superado. Estoy segura de que pronto conocerás a alguien que encaje mucho mejor contigo y que te merezca.

Lenja asintió y de pronto le rodaron las lágrimas por las mejillas.

—Ya lo sé, pero ahora mismo me siento fatal igualmente. ¿Puedo quedarme a dormir en tu casa? No quiero ir a la mía. Seguro que Marcel me está esperando allí.

Al instante le vino a Julia el recuerdo del hombre del cigarrillo.

—Oye, ¿Marcel fuma?

—Por desgracia, sí. Siempre quería dejarlo, pero nunca lo consiguió. Ahora ya no es problema mío.

—¿Puede ser que estuviera esperando delante de tu casa? —preguntó Julia—. Fue bastante inquietante. Aquel hombre se parecía a Marcel y estaba fumando a cierta distancia del portal. Cuando lo llamé por su nombre, se largó.

Sus palabras no parecieron impresionar demasiado a Lenja.

—Me ha escrito que iba a pasarse —explicó y desbloqueó la pantalla del móvil—. A ver si sigue mandándome mensajes.

Lenja frunció el ceño y leyó. Sus lágrimas se secaron y, al cabo de un rato, le tendió el móvil a Julia.

—¿Ves? No para de bombardearme.

Julia leyó por encima los muchos mensajes.

—Seguro que en unos días se calma y acepta que se ha acabado.

—Miró el reloj—. Deberíamos dormir ya, o mañana las dos vamos a tener unas ojeras espantosas.

Lenja bostezó sin querer.

—Tienes razón. Es mucho más importante que pillemos de una vez a ese asesino. Al fin y al cabo, todavía faltan diecisiete piezas anatómicas robadas del Instituto de Anatomía. Prefiero no imaginarme lo que podría llegar a hacer con ellas.

Julia asintió. Entre el hallazgo del primer y del segundo cadáver no habían pasado ni cuarenta y ocho horas. Si el asesino seguía al mismo ritmo, no podía faltar mucho para que apareciera otra víctima. Desde que encontraron asesinado a Nils Deuss habían pasado ya cuatro días, y ella no creía ni por un segundo que fuera a ser la última víctima. Abrió su sofá, que servía también de cama de invitados, y lo cubrió con una sábana limpia. Lenja desapareció en el baño mientras ella buscaba la ropa de cama. Cuando poco después se metió en la cama, se durmió al instante.

Tres horas más tarde sonó el móvil de Julia. Medio dormida, lo buscó a tientas y descolgó.

—Schwarz —murmuró, aturdida, y notó un latido agudo detrás de la frente, cortesía del vino tinto.

—¿Julia? Siento despertarte en mitad de la noche. Sé que querías dormir, pero hemos encontrado otro cadáver delante de la entrada del zoo de Colonia y quiero que le eches un vistazo cuanto antes.

La voz de Florian la alarmó hasta tal punto que se despejó del todo al instante. Pidió la dirección y saltó de la cama. Lenja dormía profundamente en el sofá.

—Lenja, despierta —susurró y le sacudió suavemente el hombro. La finlandesa se incorporó de golpe.

—¿Qué ha pasado? —preguntó medio dormida.

—Han encontrado otro cadáver. Víctima número tres. Tengo que ir al lugar del hallazgo y echar un vistazo. ¿Quieres venir?

—Por supuesto. —Lenja se espabiló de golpe.

Se vistieron a toda prisa y se pusieron en marcha en el Golf de Julia. Eran las cuatro de la madrugada. Las calles de Colonia se habían vaciado por completo, salvo por algún coche suelto. Julia notaba la cabeza pesada y calculó cuánto alcohol le quedaría todavía en sangre del vino. Probablemente no superaba los 0,5 gramos por litro permitidos. Aun así vigiló la velocidad y se obligó a conducir más despacio de lo que habría conducido normalmente en aquellas

circunstancias. El cadáver, cerca de la puerta de entrada, lo había descubierto una mujer que paseaba de noche con su perro.

Ya desde lejos vieron las luces azules que iluminaban la oscura noche de invierno. Varios policías se habían apostado delante de la entrada del zoo. Ante ellos ondeaba al viento la cinta de precinto de rayas rojas y blancas. Julia y Lenja se bajaron. El frío helado se le coló a Julia bajo el abrigo al instante. Tiritó y fue a toda prisa hacia Florian, que estaba junto a un banco del parque. Él se volvió hacia ella y sonrió.

—Menos mal que estás aquí. —Su mirada se posó en Lenja—. Eso vale también para ti, por supuesto —añadió con cortesía y murmuró—. Pensaba que venías directa para aquí.

—Lenja se ha quedado a dormir en mi casa —respondió Julia y reparó en que la sonrisa de Florian se esfumaba.

Él la apartó un poco.

—¿Por qué no me lo has dicho? —preguntó en voz baja—. Si querías pasar una noche tranquila...

Por primera vez desde que estaban juntos, Julia vio brillar en sus ojos algo que no le gustó. Celos. No conocía esa faceta de Florian; quizá se debiera al cansancio y a aquellos asesinatos tan horribles.

—Ha roto con su novio —contestó, aunque en realidad no quería justificarse. Al menos el semblante de Florian se iluminó.

—Entiendo —murmuró él y señaló el banco del parque—. El muerto está aquí. Vais a ver que, con toda probabilidad, nos enfrentamos otra vez al mismo asesino. —Florian le cedió el paso a Julia.

La policía científica había instalado ya un foco, de modo que Julia podía distinguir bien cada detalle del cadáver. Tragó saliva al ver aquella puesta en escena grotesca. Ante ella yacía un hombre de unos veinticinco años. Llevaba una peluca rubia de pelo largo y estaba envuelto en un albornoz rosa. Tenía los pies descalzos y las manos cruzadas sobre el pecho, como en una última oración. Lo peor, sin embargo, eran los ojos, apagados y vueltos hacia el cielo, que no acababan de encajar en las cuencas. Faltaban los párpados, y los bordes ensangrentados mostraban que le habían extirpado los

ojos auténticos y los habían sustituido por otros. A su lado, Lenja tomó aire de golpe.

—No me lo puedo creer. ¿Qué clase de malnacido enfermo es este? —soltó y se dio la vuelta.

Julia sacó la linterna y examinó más de cerca los bordes de las heridas de los párpados.

—En cualquier caso, nos enfrentamos a alguien que conoce la anatomía humana. Los cortes no están hechos con especial precisión, pero el asesino sabía dónde había que aplicar el bisturí para extraer los ojos de una pieza. Es posible que tenga algún tipo de formación. No es cirujano, o al menos no uno bueno, pero podría ser carnicero, veterinario o algo por el estilo. —Abrió su maletín de instrumental y cogió unas pinzas. Con cuidado extrajo el ojo izquierdo para observar a fondo la cuenca. Los cortes estaban hechos exactamente en los puntos correctos. No había destruido más tejido del necesario.

—No tengo aquí el catálogo del Instituto de Anatomía —dijo Julia. Dejó caer el ojo en una bolsa de pruebas y sacó después el otro de la cuenca—. Pero seguro que los ojos pertenecen a las piezas anatómicas robadas. No son restos cadavéricos recientes y, además, huelen mucho a formaldehído.

—¿Y cuándo le extrajo los ojos? —preguntó Martin Saathoff, que estaba algo apartado y se esforzaba por no mirar hacia el cadáver.

—Fue post mortem —lo tranquilizó Julia—. De lo contrario habría habido mucha más sangre. Doy por hecho que este banco no es el lugar del crimen.

—Probablemente no, pero eso todavía tenemos que averiguarlo. —Saathoff arrugó la nariz y dio un paso más hacia atrás—. Lo siento, es que al ver esas cuencas se me revuelve el estómago de verdad.

Lenja, que entretanto había estado examinando los pies del muerto, intervino.

—He descubierto tres marcas de punción entre los dos primeros dedos del pie derecho, igual que en las otras víctimas. Probablemente el asesino le ha administrado otra vez una sobredosis de insulina.

Julia asintió, pensativa, y contempló el albornoz rosa y la peluca rubia del muerto. ¿Habría querido el asesino humillar a aquel hombre, o se trataba de un travesti? ¿Qué demonios significaba aquel atuendo? Ni Jana Petersmann ni Nils Deuss habían aparecido metidos en un albornoz. Aquella indumentaria tan extraña se apartaba claramente del patrón anterior. ¿O quizá no? Intentó pensar con lógica mientras examinaba el bañador azul oscuro, de hombre, que llevaba la víctima. ¿No habría sido más adecuado un bikini en este caso?

—Sigo sin entender el motivo del asesino —dijo Florian, como si pudiera leerle el pensamiento—. ¿Os imagináis a Pavlo Burakow obligando a un hombre a ponerse un albornoz rosa? —Negó con la cabeza—. Y con Joerg Kannen tampoco me lo imagino. Quizá Alina Petrowa estuviera lo bastante loca, pero ¿qué iba a sacar con eso?

—Si es que todo esto es una locura de principio a fin —repuso Saathoff sin acercarse ni un paso—. Solo lo de las partes del cuerpo amputadas ya me pone los pelos de punta. Al lado de eso, el albornoz parece hasta inofensivo.

—No quiero especular demasiado, pero puede que el hombre llevara ese albornoz voluntariamente —conjeturó Lenja.

Julia, entretanto, registró los bolsillos del albornoz y sacó una pequeña ficha de plástico.

—Creo que tengo una explicación para este atuendo. Al menos para el bañador —dijo Julia y le pasó la ficha a Florian para que descifrara la inscripción—. Parece que la víctima ha estado en una piscina. Eso, claro, no explica la peluca ni la prenda rosa de rizo.

—Esa piscina la conozco —soltó Florian—. Está en Chorweiler, al norte. Puede que el hombre fuera un habitual y alguien pueda identificarlo.

—He encontrado algo más —anunció Julia y se ajustó las gafas—. ¿Y esto qué es? —No sabía qué hacer con aquella pieza negra de plástico.

Florian sí lo sabía.

—Es una cámara espía —respondió de inmediato—. No puede ser.

Con el ceño fruncido contempló el hallazgo y le dio vueltas entre los dedos.

—¿Hay algo más en los bolsillos? —preguntó.

Julia revisó el albornoz una vez más para asegurarse.

—Eso era todo. Ni documentación, ni carné de conducir. Espero que el asesino no tenga ya en el punto de mira a su siguiente víctima.

Florian asintió.

—Sé que prefieres hacer antes la autopsia, pero ¿puedes calcular cuándo murió este hombre?

Julia arrugó la frente y observó al muerto.

—Las livideces cadavéricas todavía no están muy marcadas. Sin garantías, yo diría que lleva muerto unas diez horas.

—Gracias —dijo Florian y desbloqueó su móvil—. Voy a preguntarle a la patrulla qué ha hecho Pavlo Burakow en ese intervalo. Puede que pillemos al asesino antes de lo que pensamos.

Era casi como si ya solo conociera un estado. Estaba cansada y agotada. Teresa arrastraba los pies por el pasillo e intentaba ignorar el dolor de cabeza punzante. Desde el incidente con la señora Burkhart, la paciente de los retortijones, se sentía como una prisionera bajo vigilancia. No conseguía quitarse de encima la sensación de que sus compañeros la espiaban. Sin ir más lejos, ese mediodía, al entrar ella en la sala de médicos, se había hecho el silencio de golpe. Todos se la habían quedado mirando. En sus ojos, Teresa había leído el reproche.

*Pero ¿cómo pudiste dejar sola una hora entera a una paciente con retortijones?*

Le habría gustado ponerse a gritar, pero no se había atrevido y se había sentado en su sitio sin decir nada. Como si fuera la única que cometía un error de vez en cuando. Conocía por lo menos otros dos incidentes de la misma magnitud en los que después los compañeros no se habían comportado así. Y al fin y al cabo todo había salido bien. A Teresa se le humedecieron las palmas de las manos al recordar sus esfuerzos desesperados por reanimar a la señora Burkhart. El médico adjunto había aparecido y estaba a punto de llevársela aparte. Justo en ese momento, el corazón de la paciente había vuelto a latir. Habían estabilizado a la mujer y la habían llevado al quirófano. La señora Burkhart tenía una

perforación de apéndice y por poco no lo cuenta. Pero ya estaba mejor. Cierto que se le podía reprochar no haber dado antes con el diagnóstico. Aunque eso valía también para los compañeros de urgencias. Visto a posteriori, todos los síntomas apuntaban en esa dirección. Pero con el estrés, sola de noche y agotada por la falta de sueño, veía el mundo de otra manera.

—Esto va a tener consecuencias —había dicho el médico adjunto, y desde entonces Teresa temblaba cada vez que se cruzaba con él en el hospital.

Hasta el momento, sin embargo, solo se habían cruzado a toda prisa, sin decirse una palabra. Durante el pase de visita tampoco había tiempo. Teresa esperaba que él se olvidara del asunto sin más.

Entró en una habitación y revisó el vendaje de un hombre recién operado. Todo parecía estar en orden. Se acercó a la cama siguiente y repitió el procedimiento. En la habitación había tres pacientes y, justo cuando acababa de terminar, el médico adjunto apareció en la puerta.

—Señora Buchholz, tendría que hablar un momento con usted.

Teresa dio un respingo. No le gustó la manera en que la miraba.

—Por supuesto —respondió ella con toda la calma que pudo y lo siguió por el pasillo y escaleras abajo hasta su despacho.

—Síntese, por favor —le indicó, y Teresa obedeció. No había estado allí muchas veces y, curiosamente, esta vez se fijó en lo pequeño y lo cutre que era el despacho. La lámpara del techo parpadeaba con una luz fría y hacía que los rasgos del médico adjunto parecieran aún más severos que de costumbre. A Teresa le empezaron a sudar las manos. Sabía que aquella conversación no podía traer nada bueno. Probablemente le iban a poner una amonestación. Se imaginaba cómo iban esas cosas. Lo más seguro era que hubieran preguntado por ella a todos los compañeros; que se hubieran interesado por cada cuánto cometía errores, por lo rápido que trabajaba y por si encajaba bien en el equipo médico. Por las miradas que le habían caído encima ese día en la sala de médicos, podía hacerse una idea de lo que habían contado sobre ella.

El médico adjunto soltó un carraspeo aparatoso y rebuscó en un montón de papeles que tenía sobre el escritorio.

—Quería aprovechar la ocasión para hacerle una valoración de su trabajo. —Hizo una pausa y la miró fijamente. Teresa se removió inquieta en la silla—. En conjunto estoy satisfecho con su dedicación y con la manera en que atiende la planta. Pero incidentes como esa perforación de apéndice que pasó desapercibida dañan la reputación de nuestro hospital, y por eso he pedido sus certificados al departamento de personal. —Cogió una hoja de papel y repasó el texto por encima.

—A sus notas no hay nada que objetar. Por eso me sorprende todavía más que no diera usted a tiempo con el diagnóstico correcto. Naturalmente, también he preguntado por ahí y he hecho algunas averiguaciones. —Volvió a hacer una pausa, y a Teresa le costaba seguir sentada sin moverse. Lo que más le apetecía era levantarse de un salto y salir corriendo.

—A los compañeros, en general, les gusta trabajar con usted.

Teresa tardó un rato en comprender aquellas palabras. Al final asintió, contenta. Pero algo en la cara del médico adjunto no la dejó respirar aliviada. Él le puso delante un documento.

—Por eso me interesa aún más saber cómo ha conseguido usted esta referencia. Yo trabajé mucho tiempo con el profesor Palem. Nos conocemos de la facultad. Ayer hablamos por teléfono. No me malinterprete: entiendo perfectamente que, con el estrés del día a día, uno no pueda acordarse de todo. El profesor Palem tiene fama de despistado. —El médico adjunto se inclinó hacia ella y dio unos golpecitos en la hoja—. Pero hay una cosa que sí tiene que explicarme. ¿Por qué no consigue él acordarse de una médica residente que dice haber trabajado dos años a su lado?

—Según ellos, está en su piso —dijo Florian con incredulidad y bajó el teléfono—. Pavlo Burakow ha estado en casa todo el día.

Julia vio la decepción en sus ojos. De pronto se le ocurrió algo.

—¿Y una salida trasera? Seguro que la patrulla ha estado solo delante del bloque, ¿no?

Florian le lanzó una mirada rápida.

—Vale. Vamos a comprobarlo nosotros mismos. —Y se llevó a Julia.

—No puedes sacarlo de la cama a timbrazos así como así —objetó Martin Saathoff y miró el reloj—. Es plena madrugada. Hermann Meier nos va a arrancar la cabeza. Imagínate que se entera la prensa. Ya me veo el titular. «La policía judicial saca a un sospechoso de su piso a horas intempestivas sin orden de detención ni de registro».

—Me da igual —gruñó Florian y señaló el cuerpo, que en ese momento estaban trasladando del banco del parque a una bolsa para cadáveres—. En algún sitio hay dieciséis piezas anatómicas tiradas por ahí, y no pienso esperar a que este chalado atrape a la siguiente víctima para coserle una de ellas.

Saathoff masculló algo bajo el bigote y le lanzó las llaves del coche.

—Conduces tú.

A Florian no hubo que decírselo dos veces. Les hizo una seña para que lo siguieran hasta el coche y arrancó en cuanto se abrocharon los cinturones.

—¿Y Joerg Kannen? ¿A él también lo vigilan? —quiso saber Lenja. Se agarraba al asidero que había encima de la ventanilla mientras Florian atravesaba a toda velocidad un cruce con semáforo en el último segundo.

Martin Saathoff, que iba en el asiento del copiloto, se dio la vuelta y torció el gesto.

—Ni hablar —explicó—. Lo de la insulina es un indicio, sí. Pero mientras su mujer lo encubra, no tenemos nada que hacer. Tranquila, a la esposa la vamos a volver a apretar. En cuanto se entere de todo lo que hace su marido en su tiempo libre, a lo mejor cambia de opinión.

Florian los llevó en un tiempo récord por las calles nocturnas de Colonia. En menos de quince minutos llegaron a la zona residencial donde vivía Pavlo Burakow. Se dirigió al coche camuflado de los policías que vigilaban al sospechoso y aparcó justo detrás. Bajaron todos casi a la vez. Florian dio unos golpecitos en la ventanilla. Detrás estaba sentado un agente pálido y medio dormido. Este bajó el cristal de mala gana.

—Pero ¿qué pasa esta noche? —protestó y miró a Florian y a Julia con los ojos hinchados. A su lado estaba sentada una mujer que no parecía mucho más despierta. Normal, eran casi las cinco de la mañana.

—¿El edificio tiene entrada trasera? —le preguntó Florian al agente.

—¿Nos toma usted por tontos? —le ladró el otro—. Pues claro que no.

—¿Cuál es la ventana?

El policía señaló con el dedo hacia el edificio.

—Primer portal, segunda planta, a la izquierda. Ahí lleva horas todo a oscuras.

—Gracias —dijo Florian y cruzó a toda prisa la calle estrecha al amparo de la noche. Julia lo siguió, y también Lenja y Martin Saathoff, a cierta distancia.

El portal no estaba cerrado con llave, así que llegaron sin problemas hasta la puerta del piso de Burakow. Florian pulsó el timbre. Esperaron un momento, pero no pasó nada. Volvió a llamar.

Nada.

Golpeó la puerta con los nudillos.

—Pavlo Burakow —dijo en voz alta—. Abra la puerta. Es la policía.

Al otro lado del rellano se abrió la puerta de un piso. Apareció la cara arrugada de una mujer mayor. Los escudriñó con recelo desde unos ojos enrojecidos.

—¿La policía? ¿En plena madrugada?

Florian le puso la placa a la vecina delante de las narices.

—Estamos buscando a Pavlo Burakow. ¿Sabe usted si está en casa?

—¿No abre? —preguntó la anciana y arqueó las cejas—. Pues entonces estará en el sótano.

—¿En el sótano? ¿A estas horas?

La vecina asintió.

—Trabaja ahí, a veces día y noche. Rueda unas peliculillas. Hasta me ha alquilado mi trastero para tener más espacio. ¿Ha hecho alguna de las suyas?

El semblante de Florian resultaba impenetrable.

—Todavía no lo sabemos. ¿Y cuándo lo vio usted por última vez?

La mujer se ciñó más la bata.

—Ayer por la mañana, cuando bajé la basura, desde luego no estaba. Es que, cuando está en su piso, suele poner la música muy alta.

Julia fue la primera en bajar corriendo las escaleras. En el sótano le llegó un olor a cerrado. Buscó a tientas un interruptor. Algo le rozó la mano, pero contuvo un grito. Cuando la luz azulada de los fluorescentes iluminó las paredes desnudas de hormigón, vio alejarse una araña pequeña. Arrugó la nariz y miró a su alrededor. A izquierda y derecha había sendas puertas de sótano.

—Lo mejor es que nos separemos. Yo voy con Florian hacia la derecha y vosotros dos por el otro lado. —Julia tiró de la pesada puerta cortafuegos y se coló por ella. Florian la seguía pegado a sus

talones. El primer fluorescente no daba luz, el siguiente parpadeaba con desgana y apenas iluminaba el estrecho pasillo. A ambos lados se abrían los trasteros. En el fondo no eran más que cubículos de madera cerrados con candado.

—Deberíamos haberle preguntado a la vecina dónde está el trastero de Burakow —susurró Julia y al mismo tiempo vio pasar disparada una pequeña sombra negra por la pared. Solo faltaban las ratas, pensó, y se estremeció.

—Si Burakow trabaja aquí abajo, no se va a conformar con unos listones de madera y un candado. Mira, el último cubículo está completamente forrado —dijo Florian en voz baja y pasó por delante de ella.

—No está cerrado con llave —susurró y abrió la puerta con cuidado.

Lo primero que Julia oyó fue un ronquido regular. Después vio una cabeza rapada que asomaba a medias por debajo de una manta negra. Al lado sobresalía una mata de pelo de un rubio poco natural. Al principio pensó que era Alina Petrowa la que estaba tumbada junto a Burakow, pero al segundo vistazo se dio cuenta de que era una muñeca sexual. Asqueada, recorrió el sótano con la mirada. Las paredes de hormigón estaban pintadas de un rojo oscuro. En una estantería se amontonaban los más diversos juguetes sexuales. Una cámara digital de gama alta, montada en un trípode, encuadraba el colchón sobre el que roncaba Burakow. Por el suelo había botellas vacías y restos de comida. Tenía toda la pinta de que allí se había celebrado una fiesta apenas unas horas antes.

—Qué va a estar trabajando. El tío está durmiendo —siseó Florian y zarandeó con fuerza a Burakow por el hombro.

El calvo parpadeó un par de veces y luego se incorporó de golpe.

—Maderos —soltó y clavó en Florian una mirada hostil—. Maldita sea, ¿qué hacen aquí?

—Nos gustaría saber dónde ha estado usted en las últimas veinticuatro horas —repuso Florian con calma.

Burakow se puso en pie a duras penas. Solo llevaba unos bóxers, pero no parecía importarle.

—He estado rodando —respondió y señaló la cámara—. Puede comprobarlo usted mismo.

Julia encendió la cámara y estuvo deslizando el dedo por la pantalla hasta que encontró la lista de las últimas grabaciones. Efectivamente, Burakow había producido bastantes vídeos en las últimas horas. Vio un momento una escena. Se había filmado a sí mismo mientras se lo montaba con una desconocida de pelo negro. Julia pulsó el botón de parada y comprobó las horas de grabación.

—¿Y qué hacía usted en las pausas? Por ejemplo, hace ocho horas. Si miro las marcas de tiempo, la cámara estuvo casi noventa minutos sin grabar.

Pavlo Burakow resopló, harto.

—Por culpa de ustedes se ha largado Alina —maldijo y se puso una camiseta sobre el torso musculoso—. ¿Tienen idea de lo que eso significa para mi negocio? Marina, con la que he rodado hoy, es mucho más cara, y además voy con un retraso enorme. La gente necesita material nuevo.

Julia guardó silencio. No tenía ni idea de cuánto sabía Burakow sobre la taquilla de la consigna de la estación central, y no quería irse de la lengua bajo ningún concepto.

—Bueno, yo más bien creo que a la señora Petrowa no le apetecía seguir colaborando con usted —dijo Florian—. Necesito los datos de contacto de su nueva compañera, Marina, y ahora haga el favor de responder a la pregunta. ¿Qué hizo usted durante las pausas del rodaje?

—Maldita sea, llamen a mi abogado. No pienso hablar sin él. Eso deberían tenerlo claro, digo yo. Yo no he hecho nada. ¿Por qué no acaban de entenderlo de una vez?

—¿Podemos llevarnos la cámara? —preguntó Julia y por si acaso fotografió con el móvil lo que se veía en la pantalla.

—No —gruñó Burakow—. Ustedes lo único que quieren es cargarme el muerto. ¡Váyanse! Este sótano es mío.

—De acuerdo —dijo Florian—. Entonces continuaremos nuestra conversación en la comisaría. Traiga a su abogado y preséntenos pruebas que lo exculpen. Porque, si no, la cosa no pinta nada bien para usted.

Probablemente solo Julia era capaz de oír la inseguridad en la voz de Florian, porque Burakow se limitó a abrir mucho los ojos, indignado, y a cruzarse de brazos.

—¡Adiós! —masculló y les dio la espalda sin disimulo.

Julia salió al pasillo. El fluorescente del techo seguía parpadeando. Justo al lado del trastero de Burakow había otra puerta cortafuegos, y se preguntó qué habría detrás.

—Vamos a echar un vistazo ahí —le susurró a Florian y abrió la puerta. Ante ellos se extendía un pasillo idéntico, con trasteros a ambos lados. Al final, a unos veinte metros quizá, había otra puerta cortafuegos. Se dirigió hacia ella y llegó al siguiente pasillo, construido exactamente igual. Con una excepción, eso sí: el pasillo terminaba en un muro de hormigón. Julia dio media vuelta y encontró la escalera a mano derecha. Subió los peldaños y abrió el portal. El coche de los policías que vigilaban a Burakow estaba justo al final del enorme bloque de viviendas. Julia y Florian estaban a unos setenta metros largos, al otro lado. Lenja y Martin Saathoff esperaban delante del coche oficial. Nadie miraba en su dirección.

Florian dijo en voz alta lo que Julia estaba pensando.

—Este portal seguro que los compañeros no lo tenían controlado. No hay salida trasera, pero los sótanos están comunicados. —Negó con la cabeza—. ¡Maldita sea! Burakow ha podido salir y volver a entrar tan tranquilo todo este tiempo sin que nadie lo viera.

Julia tiró de Florian hacia los coches y dio unos golpes en la ventanilla de la patrulla camuflada. La agente bajó el cristal.

—¿Nos ha visto? —preguntó Julia.

—¿A qué se refiere?

—¿Por dónde acabamos de salir?

La mujer se encogió de hombros y miró a su compañero con impotencia.

—Maldita sea —soltó Florian—. Se han pasado todo el tiempo vigilando solo el primer portal. Los sótanos están comunicados entre sí. Nosotros hemos entrado por delante y hemos salido por allí atrás. —Señaló la entrada por la que habían salido.

La agente palideció y se bajó del coche para observar el bloque de viviendas con más detenimiento.

—¿No lo comprobaron antes?

—Rodeamos el edificio y nos aseguramos de que no hubiera salida trasera. Pero no entramos —admitió, cabizbaja.

Florian suspiró en voz baja.

—Vale. A partir de ahora, hagan el favor de vigilar todas las salidas.

La agente asintió y volvió a sentarse en el coche. Julia miró una vez más hacia el bloque. En la segunda planta del primer portal se encendió la luz.

—Parece que Burakow ha vuelto a su piso —comentó Julia y se sentó junto a Lenja en el asiento trasero del coche oficial de Florian.

—Una cosa así no debería haber pasado —protestó Florian y cerró de un portazo la puerta del conductor.

—Deberíamos poner vigilancia también a Joerg Kannen —propuso Martin Saathoff—. Luego hablo con el jefe. Seguimos estancados en el mismo sitio y no podemos descartar a ningún sospechoso.

—De acuerdo —dijo Florian y buscó a Julia con la mirada por el retrovisor—. ¿Os llevo a casa? Dentro de un par de horas puedo acercarte el coche y ya cojo el tren o el autobús.

Julia asintió y bostezó a la vez. Se sentía completamente hecha polvo y quería meterse en la cama al menos dos o tres horas más. A Lenja le pasaba lo mismo. Iba en el asiento trasero con los ojos cerrados. Florian detuvo el coche justo delante del portal de Julia. A la luz de los faros apareció un momento una figura.

—¿Y quién es? —preguntó Martin Saathoff.

—¿Dónde? —quiso saber Florian.

—Ahí hay un tío delante del portal de tu novia. Más vale que lo comprobemos. —Saathoff salió de un salto.

Julia lo siguió. Ella no había visto a nadie. Cuando Saathoff se acercó al edificio, se encendió la luz de encima de la entrada.

—¿Marcel?

Julia no se había dado cuenta de que Lenja estaba justo detrás de ella.

—¿No me digas que has estado esperando aquí toda la noche? ¿Qué haces aquí? —preguntó su ayudante.

El joven se separó de la fachada.

—Acabo de llegar. ¿Podemos hablar? —Dio un paso hacia Lenja, pero Martin Saathoff le cerró el paso.

—Yo no quiero hablar —replicó Lenja.

Martin Saathoff abrió los brazos para que Marcel no pudiera pasar de largo.

—Ahora te vas a ir a casita, y en cuanto a Lenja le apetezca, ya te llamará ella —gruñó y se apartó a un lado cuando Marcel asintió.

El joven le lanzó a Lenja una mirada ardiente y se largó.

—Pues el tío es bastante pesado —observó Florian y le dio a Julia un beso de despedida.

—Duerme un poco —dijo Julia y entró en casa con Lenja.

Bajo la luz fría de la sala de autopsias, Lenja estaba pálida, como si no hubiera vuelto a dormir. Eran las doce del mediodía y acababan de empezar a trabajar.

—¿Vas tirando? —preguntó Julia, que se imaginaba muy bien lo mucho que el comportamiento de Marcel debía de haber afectado a Lenja. Acechar a alguien era una intromisión en toda regla, casi inquietante. ¿Qué demonios le pasaba por la cabeza a aquel hombre? ¿No entendía que con eso la estaba alejando definitivamente? Y, por si fuera poco, su secretaria apareció de pronto en la puerta.

—¿Podría hablar un momento con usted? —El ligero temblor de su voz y su mirada seria hicieron que Julia dejara el bisturí de inmediato.

—¿Puedes seguir tú un momento?

—Claro que sí —respondió Lenja con una sonrisa—. Yo me apaño.

Por el rabillo del ojo, Julia vio que a Kerstin Brandt le temblaban las cejas ante la respuesta de Lenja.

Cuando ya iban por el largo pasillo gris hacia el despacho, quedaron fuera del alcance del oído de Lenja.

—¿Qué pasa? —preguntó Julia.

Kerstin Brandt puso los ojos en blanco y se detuvo en seco.

—Está aquí —explicó.

—¿Quién? —quiso saber Julia y en ese mismo instante intuyó la respuesta.

—El novio de Lenja, el señor Stoecker. Le he dicho que usted no tenía tiempo. Pero no da su brazo a torcer. Quería evitar un escándalo y he pensado que quizá podría usted hablar con él y quitárselo de encima.

—Vaya faena —soltó Julia. Una conversación con Marcel era lo último que le apetecía. En la mesa esperaba el cadáver de la tercera víctima y se moría de ganas de practicarle la autopsia.

—¿Y quiere hablar conmigo y no con Lenja? —preguntó para asegurarse y volvió a ponerse en marcha.

Su secretaria asintió y caminó a su lado con pasos cortos.

—Ese tipo me inquieta, no sé por qué. Quíteselo de encima cuanto antes.

—No se preocupe —repuso Julia, aunque no tenía ni idea de cómo iba a conseguirlo. Prefirió no contarle a Kerstin Brandt que Marcel ya había estado merodeando a primera hora de la mañana delante de su casa. Eso solo la habría alarmado más. Se adelantó y entró en el despacho, donde Marcel estaba sentado a la mesa de reuniones.

—Buenos días —lo saludó y se sentó enfrente.

Marcel masculló un saludo.

—Quería hablar con usted porque ya no consigo hablar con Lenja —explicó—. He cometido un error enorme y espero que usted pueda ayudarme.

Julia ladeó la cabeza.

—No sabría cómo hacerlo. Sus asuntos privados tendrá que arreglarlos usted mismo con Lenja. Yo soy su jefa, no su madre.

Marcel bajó la mirada.

—Ya sé que no es lo normal. Pero usted también es su amiga y a lo mejor puede al menos contarle mi versión de lo que pasó.

—¿Y por qué iba yo a meterme en eso? Por lo que sé, usted jugaba a dos bandas y Lenja ha decidido romper con usted. Con eso tenía que contar.

Marcel hundió la cara entre las manos.

—¡Maldita sea! Sí, tendría que haberlo tenido claro, pero es que fui un idiota. Lenja tiene su orgullo y yo no debería haberla herido así. Nunca tuve intención de dejarla. Yo mi futuro lo veo con ella y quiero hacer todo lo posible por arreglar lo que pasó.

—Pues en boca de Lenja sonaba de otra manera. —Julia miró el reloj con impaciencia. Todos se habían equivocado con Marcel, ella incluida. Aquellas explicaciones a medias no servían de nada. La confianza se había roto y probablemente ya no había forma de recuperarla. Pero eso Lenja tenía que decidirlo ella sola.

—Juliette me pilló desprevenido. Estuvimos muchos años juntos, luego se fue a Francia y yo conocí a Lenja. Durante un tiempo perdí la cabeza. En esos momentos no era yo mismo. ¿Podría usted intentar convencer a Lenja de que la quiero, por favor?

A Julia le vino a la mente la pareja de enamorados que había visto en el restaurante italiano. Puede que aquella noche, y los días anteriores, Marcel no fuera realmente él mismo. Pero tampoco lo fue después, cuando Lenja le pidió explicaciones y él pidió tiempo para pensárselo. Aquello olía a excusas. Probablemente esa tal Juliette también le había dado calabazas y ahora él quería salvar al menos una relación.

—Si le soy sincera, tendría usted que haber pensado antes en lo que iba a provocar con su comportamiento. Y está intentando explicarse ante la persona equivocada. Debería hablar con Lenja, no conmigo.

—Dígale, por favor, que la quiero y que lo de Juliette fue un gran error. Por favor. No coge el teléfono cuando la llamo y seguramente tampoco lee mis mensajes.

—Le contaré que ha estado usted aquí —repuso Julia y se levantó—. Ahora tengo trabajo y debo pedirle que se marche.

Marcel se levantó, obediente.

—Gracias —dijo y salió por la puerta arrastrando los pies, con la cabeza gacha.

Julia respiró aliviada en cuanto él salió. En el fondo seguía sin entender qué quería de ella exactamente. Desde luego, no había sido capaz de dar una explicación de verdad. Le recordaba, y de un modo muy desagradable, a su exnovio Valentin, que en su día

también la había tenido engañada con justificaciones endebles. Salió del despacho a paso vivo. En la antesala la esperaba la mirada curiosa de su secretaria.

—Espero que no vuelva tan pronto. Seguramente necesita tiempo para asumir que su relación con Lenja se ha terminado —explicó.

Kerstin Brandt asintió, satisfecha. Julia salió disparada al pasillo. Quería terminar de una vez la autopsia. Pero, antes de haber recorrido ni tres metros, oyó que alguien la llamaba por su nombre.

—¡Doctora Schwarz, espere! —El fiscal jefe Bjoern Kreitz se acercó a ella a paso rápido—. Quería darle las gracias una vez más en persona. —Le tendió la mano a Julia—. Confío en que le haya llegado mi pequeño detalle de agradecimiento.

En un primer momento Julia no supo de qué le hablaba, pero luego se acordó de los bombones que Lenja había llevado la noche anterior.

—Muchas gracias. Me ha hecho mucha ilusión. Pero, por supuesto, no hacía ninguna falta. Es lo más natural del mundo que ayude en todo lo que pueda.

El fiscal jefe suspiró.

—Aun así, sin usted la policía probablemente no habría buscado ese preservativo, o lo habría hecho demasiado tarde. Su conversación con la víctima valió su peso en oro. Hasta que apareció esa prueba tangible, el acusado lo negó todo. Y es que ¿quién se imagina que un padre de familia de aspecto afable pueda ser capaz de algo así?

—En eso le doy la razón. A las personas solo se les ve por fuera. Detrás se esconden a veces los procesos más peregrinos. —Julia miró el reloj con impaciencia.

—La estoy entreteniendo —advirtió enseguida Bjoern Kreitz—. Discúlpeme, por favor. Además, ahora mismo tengo una cita con su colega, el doctor Neumann, para aclarar algunos detalles de cara a preparar la acusación. Como le decía, quería darle las gracias en persona. —Sonrió y se dio la vuelta—. Hasta la vista.

Julia se despidió también y se dirigió con paso decidido a la sala de autopsias. No pensaba dejar que la entretuvieran una vez más. Empujó la pesada puerta y vio a Lenja trabajando concentrada con

el bisturí. Ya había abierto la cavidad abdominal. Cuando se dio cuenta de que Julia estaba allí, se le iluminó la cara.

—Mira lo que hay en la mesa. He descubierto algo.

Julia se acercó a la mesa de acero inoxidable que había junto a la pared. Encima había una bolsa de plástico transparente. La puso a contraluz.

—¿Un pelo? —preguntó, incrédula.

—Lo he encontrado en el cuello del albornoz. Es negro. Nuestra víctima tiene el pelo castaño claro.

—Vaya. —Julia contempló el hallazgo con alegría—. ¿Sabes qué? Lo mando ahora mismo al laboratorio. Que hagan el análisis de ADN lo antes posible. Si es un pelo del asesino, podría ayudarnos muchísimo.

Lenja sonrió de oreja a oreja.

—¡Ojalá! —Después se le puso la cara seria de repente.

—Marcel ha estado contigo, ¿verdad? Lo he notado por las miradas de tu secretaria. ¿Qué quería? —preguntó.

Julia se sorprendió, pero no quería mentirle a Lenja bajo ningún concepto. El pelo podía esperar unos minutos.

—Tengo que decirte de su parte que ha cometido un error y que te quiere. La verdad es que parece bastante desesperado.

—Mmm —murmuró Lenja y extrajo el estómago con mano experta—. Pues la última vez sonaba de otra manera.

—Lo sé —le dio la razón Julia—. Creo que no contaba con que tú fueras a cortar por lo sano. No quiero meterme donde no me llaman. Ya sabes cómo acabó lo mío con mi ex. Después de su infidelidad, la cosa simplemente dejó de funcionar. Pero a Marcel no consigo calarlo bien. A lo mejor va en serio y merece una segunda oportunidad. Esa decisión tienes que tomarla tú, al margen de lo que piensen los demás. Que a mí me parezca que lo correcto es romper no significa ni mucho menos que lo sea para ti.

Lenja no respondió. Apretaba las mandíbulas. Puso el estómago en la balanza y luego lo dejó deslizarse en una batea para abrirlo y examinar el contenido.

Julia se puso unos guantes de goma y se ocupó de los pies. Ahí estaban las marcas de punción, entre los dos primeros dedos. Lenja

ya había raspado un poco de tejido de alrededor para el laboratorio.

—¿Ya has extraído humor vítreo para la prueba de insulina? —preguntó Julia.

Lenja asintió. A Julia la llenaba de orgullo lo bien que trabajaba a pesar de su estado de ánimo.

—Muy bien hecho —la elogió y la ayudó a sacar los intestinos de la cavidad abdominal. Cuando terminaron, se quitó los guantes.

—Lo primero, voy a mandar el pelo. Florian va a dar saltos de alegría. Imagínate que tenemos una coincidencia en la base de datos y damos así con el asesino. Vuelvo enseguida. —Julia cogió el pelo, guardado en la bolsa de pruebas, y fue a toda prisa a su despacho, donde se lo entregó a Kerstin Brandt.

—Llame, por favor, al jefe del laboratorio y dígale que es muy urgente —le pidió a su secretaria—. Necesitamos los resultados cuanto antes. A ser posible, mañana mismo.

Kerstin Brandt se puso manos a la obra de inmediato y prometió llevar el pelo en persona al laboratorio. Julia fue hasta su escritorio y marcó el número de Florian para contarle el hallazgo. Cuando por fin descolgó, él también tenía una buena noticia.

—Ya sabemos quién es el muerto del albornoz.

## *Dos años antes*

Anne había conseguido refugiarse de algún modo en el recibidor. Junto con el paquete. Estaba acucillada sobre las baldosas, con la mirada clavada en su nombre, escrito encima en mayúsculas. ¿Debía abrir el paquete o mejor llamar primero a su marido? Los dedos se le fueron solos al móvil y marcaron su número.

No lo cogió.

A Anne se le disparó el pulso. Se levantó a duras penas y miró por la mirilla. A Frank Laganis no se le veía por ninguna parte. Algo más tranquila, volvió a ocuparse del paquete. ¿Qué habría dentro?

Con notable presencia de ánimo, se puso unos guantes de cuero y cortó la cinta adhesiva con unas tijeras. Abrió la caja muy despacio, casi a cámara lenta. Dentro había algo oscuro. Algo de tela, tan fina como el encaje.

Anne metió la mano y se quedó petrificada. El malnacido le había enviado ropa interior. Soltó las prendas de inmediato. Temblaba y, aun así, se obligó a seguir examinando la caja. Y, en efecto, descubrió una nota en el fondo.

«*Lo pasé muy bien contigo*», se leía en ella.

Anne tuvo que leer la frase varias veces para comprenderla. El cerebro parecía negarse a asimilar lo que decían aquellas palabras.

¿De verdad venía ese mensaje de Frank Laganis? Le dio la vuelta a la nota y al instante la asaltó una oleada de náuseas.

En el reverso estaban garabateadas las iniciales F. L. Eso solo podía significar una cosa: el monstruo le había mandado aquella lencería. Apenas había salido de la cárcel y ya le convertía la vida en un infierno. Marcó nerviosa el número del doctor Reuscher. Por suerte, él descolgó enseguida.

—Me está siguiendo y me ha enviado lencería —consiguió decir, sin aliento.

—Antes de nada, mantenga la calma —respondió el doctor Reuscher—. ¿Dónde está ahora mismo?

—En casa. En el recibidor.

—De acuerdo. ¿Ha mirado a su alrededor? ¿Está él cerca?

—No lo sé —sollozó con la voz ahogada—. Por la mirilla no lo he visto, pero creo que está ahí fuera, en alguna parte. Quiere volver a violarme. Ayúdeme, por favor. Ya no aguanto más.

—No se mueva de donde está. En diez minutos estoy con usted. Ya sabe que, en realidad, no me está permitido hacer esto. Pero creo que estamos ante una emergencia. Avise también a su marido, por favor.

El doctor Reuscher colgó antes de que Anne pudiera decirle que su marido no cogía el teléfono. Probablemente estaba metido, como tantas veces, en alguna reunión mientras ella pasaba allí un miedo de muerte. Anne se guardó el móvil en el bolsillo y se dejó resbalar contra la pared, junto al paquete. El corazón le martilleaba contra las costillas hasta hacerle daño. Se preguntó cuánto tiempo más aguantaría así y cómo sería estar muerta. Salir flotando sin más. Ligera como una pluma. Hacia la luz.

El timbre la sobresaltó. Debía de haberse quedado traspuesta un momento. Se levantó de un salto, asustada, y miró por la mirilla. El doctor Reuscher estaba delante de la puerta con más arrugas en la frente que nunca.

—¡Anne, abra la puerta! —pidió y llamó con los nudillos—. ¡Anne!

Ella bajó la manilla y se echó sollozando en los brazos de su médico.

—Gracias por venir. Tengo muchísimo miedo.

—Ya está, ya está —murmuró el doctor Reuscher. No la apartó, sino que le devolvió el abrazo, al menos por un momento. Después se separó y cerró la puerta, no sin antes lanzar una mirada escrutadora hacia fuera.

—He informado a la policía —contó—. Analizarán el paquete en busca de rastros. Si de verdad Frank Laganis le ha enviado ropa interior, tendrá serios problemas.

Anne se irguió, atenta.

—¿Tendrá que volver a la cárcel?

El doctor Reuscher se encogió de hombros.

—Eso dependerá probablemente del juez. —La observó con intensidad—. Anne, ¿se ha tomado usted las pastillas?

Ella bajó la mirada.

—No estoy deprimida —masculó—. Quiero conseguirlo sin medicación. —Odiaba las pastillas que él le había recetado. Con ellas se sentía aislada del mundo. Y eso lo soportaba todavía peor que la montaña rusa que vivía sin ellas.

—Hágame el favor de tomarse la medicación. Al menos durante las próximas semanas; después ya veremos. Anne, tenemos que estabilizarla emocionalmente. Los próximos días, y quizá semanas, van a ser duros para usted, porque Frank Laganis ha quedado en libertad. Entiendo perfectamente que eso la descoloque. Razón de más para que hagamos algo al respecto.

—De acuerdo —mintió ella, porque sabía que no podría convencer al doctor Reuscher de lo contrario. Aun así, él la ayudaría y la sacaría de su bache, de eso Anne estaba segura. Le tenía aprecio.

—¿Hablamos un rato? —propuso él, mirando al mismo tiempo el reloj—. Debo admitir que voy un poco justo de tiempo. Dentro de una hora tengo al siguiente paciente.

Se sentaron en el sofá del salón y hablaron. Los pensamientos de Anne giraban en torno a Frank Laganis y al vacío que él había dejado en ella con la violación. Cuando el doctor Reuscher se despidió poco después, Anne se sentía mejor. Consiguió incluso no mirar por la ventana en busca de Laganis. Pero al poco rato volvió a tener la sensación de precipitarse en un abismo. Se acurrucó en el

sofá y confió en que los nubarrones de su cabeza se disiparan pronto.

—Olaf Seidel, veintisiete años, desaparecido desde hace dos días. Su madre acudió a la policía. Vivía todavía con ella —anunció Florian, dando golpecitos en la pizarra del caso—. Seidel tiene antecedentes por acoso sexual y se libró por los pelos con la condicional. Se propasó con una menor. Por suerte lo interrumpieron y no se salió con la suya.

—¿Hay alguna explicación para lo del albornoz rosa y la peluca? —preguntó Julia y tomó un buen trago de café. Florian las había citado aquella tarde, a ella y a Lenja, para una reunión. Aunque todos esperaban que el pelo encontrado procediera de la barba negra de Pavlo Burakow, no podían aflojar ahora ni concentrarse únicamente en esa prueba. Alina Petrowa figuraba entre los sospechosos igual que Joerg Kannen, a quien su mujer acababa de retirar la coartada. Había mentido para protegerlo. Pero cuando se enteró de que Kannen contrataba con regularidad el servicio de acompañantes, soltó la verdad. Una patrulla vigilaba su casa, mientras que de Petrowa seguía sin haber rastro.

—De momento, no —respondió Florian—. Hemos hablado con la madre de Olaf Seidel, pero no tiene ninguna explicación. No había visto nunca ni la peluca ni el albornoz, y eso que era ella la que le lavaba siempre la ropa. De la cámara espía, por supuesto, tampoco sabía nada. Un experto informático está examinando ahora mismo el

portátil de la víctima y la cámara. Nos dará los resultados en cualquier momento.

—¿La autopsia ha dado algo más, aparte del pelo? —quiso saber Hermann Meier—. He de confesar que tengo al jefe encima. Le da miedo que la prensa se huela que un asesino en serie está matando gente al azar en Colonia y cortándoles partes del cuerpo.

Que el jefe de la brigada de investigación criminal sacara tiempo para este caso a las ocho de la tarde lo decía todo. La presión sobre él debía de ser enorme. La melena gris plateada se le veía revuelta y los ojos, cansados y enrojecidos, se le hundían en las cuencas. A Julia le dio la impresión de que en la última semana se le habían duplicado las arruguitas de la cara. Bajó la vista y hojeó sus papeles.

—Los resultados del laboratorio todavía no han llegado. Como ya he dicho, creemos que el asesino ha vuelto a administrar una dosis letal de insulina. Al menos, las marcas de punción entre los dedos de los pies apuntan a ello. Por lo demás, la víctima era un hombre completamente sano, sin nada digno de mención. Hemos encontrado, eso sí, algunas marcas de presión en las muñecas, pero no me atrevería a calificarlas de lesiones de defensa. Aparte de eso, el cuerpo no presentaba ninguna otra lesión. Tampoco marcas de estrangulamiento como en el caso de Nils Deuss. Probablemente a él también lo sedaron, lo mataron con insulina y después le extirparon los ojos y se los cambiaron por otros. Esos ojos nuevos, por cierto, proceden con toda seguridad del Instituto de Anatomía. Lo que significa que de las veinte piezas anatómicas robadas siguen faltando dieciséis.

Hermann Meier resopló.

—¡Maldita sea! Tantas partes del cuerpo y seguimos sin poder acorralar al tipo.

—Necesitaríamos urgentemente una orden de registro para el piso de Pavlo Burakow y, ya puestos, otra para el de Joerg Kannen. —Florian gesticulaba con el rotulador—. Si no, solo nos queda confiar en el análisis de ADN del pelo y repasar una vez más todos los hechos.

—Pero alguna relación tiene que haber entre las tres víctimas —soltó Hermann Meier con impaciencia.

—No hemos dejado piedra por mover, de verdad —dijo Martin Saathoff y sonó un poco ofendido—. Joerg Kannen tenía contacto con Jana Petersmann y con Nils Deuss. Con Pavlo Burakow seguimos dando palos de ciego. Aunque, supuestamente, fue él quien depositó la pieza anatómica en la consigna automática de la estación central. Al menos si damos crédito a la declaración de Alina Petrowa. Yo...

—¿Hemos recibido ya el vídeo de las cámaras de seguridad? —lo interrumpió Hermann Meier.

Saathoff negó con la cabeza.

—Creo que lo tendremos mañana, pasado como muy tarde. Por desgracia, la burocracia ferroviaria va a paso de tortuga.

—Con un poco de suerte identificamos a Burakow en las imágenes —añadió Florian, esperanzado.

—¿Y existe alguna conexión entre Burakow y Olaf Seidel? —retomó Julia el hilo—. Al fin y al cabo, el asesino tendrá que elegir a sus víctimas de alguna manera.

Florian se frotó la barbilla, cavilando.

—Es lo que acaba de decir Martin. En el entorno de las víctimas hemos investigado todo lo investigable. No hay coincidencias dignas de mención. Sus domicilios están tan alejados entre sí que probablemente no se cruzaron jamás en el supermercado ni en la panadería. Lo único que tienen en común son las partes del cuerpo amputadas. Podría tratarse de una especie de castigo. Es decir, hicieron algo que llamó la atención del asesino. —Florian miró hacia la pizarra del caso y dio unos golpecitos con el rotulador sobre el nombre de la nueva víctima—. Quizá deberíamos ocuparnos primero de qué pueden significar los ojos extirpados. ¿Vio Olaf Seidel algo que debía quedar oculto?

—Sonará raro, pero puede que el asesino no quisiera que Olaf Seidel se viera a sí mismo con peluca y albornoz rosa —repuso Lenja—. ¿Puede ser que fuera homosexual?

Martin Saathoff negó con la cabeza.

—Según su madre, no. Aunque, desde luego, ese atuendo tan raro bien podría tener algo que ver con los ojos extirpados.

—Seguro que su madre no sabía nada. Puede que hubiera ido a la piscina porque allí quería hacerse pasar por mujer. ¿O vosotros

qué pensáis?

Antes de que nadie pudiera responder, se abrió la puerta y entró un hombre enclenque.

—He examinado el portátil de Olaf Seidel —dijo con timidez, la mirada clavada en las punteras de sus zapatos.

—Venga y siéntese. —Hermann Meier le ofreció su sitio—. Yo tengo que irme a casa o mi mujer me corta la cabeza. Hemos quedado para cenar. Manténganme al corriente, por favor. —Salió del despacho y cerró la puerta tras de sí.

El experto informático se sentó en la silla libre y abrió el portátil.

—He descubierto algunos archivos muy desconcertantes. Lo mejor es que lo vean ustedes mismos. —Levantó un momento la vista y esperó a que todos estuvieran de pie a su alrededor. Entonces puso en marcha una grabación—. Por cierto, doy por hecho que este vídeo lo grabó con la cámara espía.

Al principio Julia solo vio blanco. Luego aparecieron unas líneas oscuras. De pronto la imagen se volvió nítida y se dio cuenta de que la cámara apuntaba en ángulo oblicuo, desde abajo, hacia un inodoro. De fondo se oían ruidos: un murmullo de voces y una risa clara. Algo arañó el suelo y entonces aparecieron los muslos desnudos de una chica. Unas bragas rojas se deslizaron hacia abajo y, a continuación, la adolescente se sentó en la taza.

—¿El tío grababa a mujeres orinando? —soltó Martin Saathoff, atónito—. ¡Es repugnante, de verdad!

Vieron a la joven hacer sus necesidades y tirar de la cadena. El vídeo terminó. El experto informático abrió de inmediato el siguiente archivo.

—Instaló dos cámaras en la cabina. Una graba desde abajo y la otra desde arriba.

Vieron a la misma chica, solo que desde otra perspectiva. Esta vez Julia pudo distinguir con claridad la mata de pelo rubio. La secuencia era exactamente la misma, porque los dos vídeos se habían grabado a la vez.

—Olaf Seidel no solo grababa a escondidas en los aseos, sino en todo tipo de lugares: por ejemplo, en vestuarios femeninos o en zonas peatonales, donde metía la cámara bajo la falda de chicas

jóvenes. En su ordenador hay cientos de vídeos, y cuentas en varias plataformas donde compartía sus grabaciones. —El experto informático abrió un vídeo que tenía ya varios meses. En medio de una multitud, la cámara hacía zoom sobre un grupo de adolescentes y desaparecía bajo la falda vaquera de una chica de unos dieciséis años que, entre el gentío, no se daba ni cuenta de la maniobra de Olaf Seidel. La cámara captaba unas braguitas negras y unos muslos depilados. La grabación duraba como mucho unos segundos, pero Julia podía imaginarse que imágenes así encontraban en la red una legión de interesados.

—En el fondo, el motivo del asesino ya está claro —dijo Julia, señalando el portátil—. A este tipo le extirparon los ojos por estas grabaciones. Como los vídeos están publicados, al asesino le bastó con averiguar la dirección IP de Olaf Seidel.

—Podrías tener razón. También a la primera víctima, Jana Petersmann, podría haberla encontrado el asesino a través de internet —conjeturó Florian.

—¿Y qué pasa con Nils Deuss? —preguntó Martin Saathoff—. Ese no publicó las fotos de su mujer maltratada. Menuda estupidez habría sido por su parte: al fin y al cabo, tenía varias denuncias por violencia doméstica.

Lenja intervino.

—¿Y si su mujer publicó en algún sitio lo que le pasaba? También podría haber buscado ayuda en foros especializados.

A Julia le vino a la mente Nicole Deuss. Le había parecido bastante sumisa y, además, no había dado la impresión de que fuera a actuar contra su marido.

—No hemos encontrado nada de eso, pero quizá deberíamos retomar lo de los foros. —Florian miró al experto informático, que asintió de inmediato.

—Echaré un vistazo por ahí —prometió él y cerró el portátil—. He guardado el material incautado en la unidad de red, dentro del expediente, por si quieren ustedes revisar los demás vídeos.

Cuando el hombre salió de la sala, Florian suspiró y escribió unas palabras en la pizarra del caso: robo, violencia doméstica y grabaciones a escondidas.

—Solo digo una cosa —añadió y dio unos golpecitos sobre los conceptos—. Nuestro asesino va a la caza de faltas ajenas.

Lo del profesor Palem había sido un gran error. En el fondo, Teresa lo había intuido ya mientras falsificaba los certificados. Por otra parte, sin esos documentos jamás habría podido trabajar como médica. Quizá como enfermera, pero ni siquiera para eso tenía la titulación necesaria. Todo lo que sabía hacer lo había aprendido por su cuenta a lo largo de años de trabajo. Había ayudado a tanta gente que de verdad no le entraba en la cabeza por qué lo que hacía tenía que estar mal. Pero el médico adjunto no se había andado con contemplaciones y la había mandado a casa en el acto.

—Hasta nuevo aviso... —había dicho él y después había amenazado con consecuencias legales si se presentaba en el hospital sin que la hubieran llamado. Teresa se imaginaba lo que vendría después. En lugar de una carta de agradecimiento, pronto encontraría en el buzón una carta de despido fulminante. Se preguntaba cómo pensaba el médico adjunto sacar adelante la atención a los pacientes con la aguda falta de personal que sufría el hospital. La necesitaba y, aun así, no la llamaba. Podrían haber dejado correr todo el asunto sin más. Al fin y al cabo, poca diferencia había entre haber sido médica residente con el profesor Palem o no haberlo sido. Lo único que contaba era lo que sabía hacer ahora. Por desgracia, nadie más que ella parecía verlo así. El

mundo a su alrededor lo gobernaban burócratas que daban más importancia a un estúpido certificado que a sus capacidades reales.

Suspiró y sustituyó el nombre del profesor Palem por el de un jefe de servicio menos conocido del sur de Alemania. Para eso se había comprado un programa especial con el que podía crear en el ordenador documentos de aspecto absolutamente auténtico. La nueva referencia no tenía el mismo peso que una del profesor Palem. Pero le bastaría para conseguir un nuevo puesto de médica de planta lo más lejos posible de Colonia. Teresa ya había localizado una clínica pequeña y agradable en el Sarre que buscaba personal a la desesperada y que seguramente no hilaría tan fino. El jefe de servicio parecía muy simpático en la foto de la página web. Mucho más amable que su médico adjunto actual, del que ya no cabía esperar nada bueno. Una lágrima le rodó por la mejilla. Teresa no se la enjugó, sino que la siguió con la mirada hasta que cayó sobre el escritorio. Ya enderezaría ella todo aquel asunto. Se sentía médica y, además, lo era. ¿Qué culpa tenía ella de que, en su día, una carrera hubiera estado fuera del alcance de su madre, que la criaba sola?

El móvil sonó y la sacó de golpe de sus pensamientos. Era el hospital. Nerviosa, Teresa descolgó. El médico adjunto se puso al aparato.

—Señora Buchholz, al final sí que quería aclarar el asunto con usted en persona. Siento que la última vez no pudiéramos terminar de hablar. ¿Tiene tiempo ahora mismo? Me gustaría recibirla en mi despacho.

Las palabras del médico adjunto se enredaron en la cabeza de Teresa hasta formar una maraña impenetrable. Le costaba captar su sentido y tardó unos segundos en poder responder.

—Estaré con usted en media hora —respondió ella y colgó. El corazón se le había desbocado por completo. Le traqueteaba en el pecho como un motor viejo y renqueante. Teresa bajó el móvil y se puso a pensar qué podría contarle al médico adjunto. De momento, él solo sabía que el profesor Palem, por lo visto, no se acordaba de ella. Quizá aún quedara una oportunidad de reconducir la situación. Mientras una idea tomaba forma en su cabeza, sonó el timbre. Teresa abrió ensimismada y recogió un paquete pequeño. Apenas se

fijó en el repartidor. Sumida en su propio mundo, cerró la puerta con el pie y se fue derecha a la cocina, donde cortó con las tijeras la cinta adhesiva del paquete. Apareció una caja de plástico azul. Teresa la examinó y buscó después una factura dentro del cartón. Pero no había ninguna. No conseguía recordar si había pedido algo. Lo primero que notó al levantar la tapa fue el hedor dulzón. Se quedó mirando el contenido y abrió la boca, horrorizada. El grito no llegó a salir. En su lugar, de los labios se le escapó un graznido extraño. Era incapaz de apartar la vista. Como paralizada, contempló los dos globos oculares y supo al instante que eran de verdad. Las pupilas apagadas casi la hipnotizaban.

—Hola, Teresa —dijo de pronto una voz a su espalda.

Se dio la vuelta de golpe y se encontró con una cara conocida.

—¡No, por favor! —gritó al ver venir el paño, pero ya era demasiado tarde. El olor a cloroformo la envolvió. Intentó apartar al hombre con los brazos, pero el anestésico la hizo caer de rodillas. Los párpados ya le aleteaban. Aun así, todavía alcanzó el móvil y pulsó unas cuantas teclas antes de que la oscuridad se la tragara.

—Despierta, por favor —susurró Lenja, y Julia se incorporó de golpe. Parpadeó, asustada, y buscó a tientas las gafas, que debían de andar en algún sitio de la mesilla de noche.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber. Se puso las gafas y miró el reloj. Eran poco más de las seis.

—Marcel está apostado delante del portal. Creo que se le está yendo la cabeza de verdad —respondió Lenja tan bajo que Julia apenas la entendió.

—¿Estás segura? —preguntó ella y se levantó de la cama.

Lenja asintió.

—Iba a ventilar un momento y lo he visto. —Le hizo una seña a Julia para que la siguiera y avanzó de puntillas hasta el salón.

El piso de Julia estaba en la planta baja. Aun así, no creía que alguien pudiera oírlas solo por estar delante del edificio. Se deslizó tras Lenja, que se colocó junto a la ventana y señaló hacia fuera con la barbilla. Julia distinguió a Marcel bajo la farola. Todavía era de noche, pero en el cono de luz lo reconoció sin la menor duda.

—¿Por qué espera ahí, donde puede verlo todo el mundo?

Lenja se encogió de hombros con impotencia.

—Creo que quiere que salga.

—Eso parece. Probablemente quiere demostrarte lo en serio que va, y por eso aguanta ahí plantado, con el frío que hace, a estas

horas de la mañana.

—No sé.

Julia se apartó de la ventana.

—Yo creo que quiere abordarte antes del trabajo. Deberías hablar con él una última vez y zanjar el asunto. Tiene que quedarle claro que ya no tiene ninguna posibilidad contigo. Si no, esto no se va a acabar nunca. —Julia pensó en Florian y en su cara cuando, la noche anterior, le había dicho que se quedaba con Lenja en su piso. Había parecido decepcionado, pero no había dicho ni una palabra. Desde entonces le remordía la conciencia. Sabía que él la necesitaba cerca. Pero en ese momento Lenja la necesitaba mucho más.

—Ahora mismo no puedo hablar con él —explicó Lenja mientras se ponía los vaqueros—. Me temo que todavía no estoy preparada. Al final acabaré cediendo, aunque en realidad no quiero.

—Vale. Hablo yo con él. —Julia ya estaba harta. No estaba dispuesta a que Marcel le condicionara el día a día. Abrió la ventana.

—¿Marcel Stoecker? —lo llamó y le hizo una seña para que se acercara. Marcel obedeció.

—Tiene que irse ya. No puede quedarse delante de mi casa esperando a Lenja. Ella se pondrá en contacto con usted cuando esté preparada. Dele tiempo.

Marcel se la quedó mirando. La decepción de su rostro parecía auténtica.

—¿De verdad me llamará? —preguntó con desconfianza.

—Puede tardar. Pero sí, lo hará. ¡Váyase a casa! —Julia esperó hasta que Marcel se dio la vuelta y desapareció con la cabeza gacha. Entonces cerró la ventana y soltó el aire. Notaba un martilleo detrás de la frente. Necesitaba un café con urgencia.

—Gracias por mandarlo a casa —dijo Lenja con voz ronca, frotándose los ojos—. Sé que tengo que hablar con él. A lo mejor lo llamo esta noche.

Julia hizo a un lado su propia tensión. Se acercó a Lenja y la abrazó.

—Tómate tu tiempo —susurró—. Pronto estarás mejor. Prometido.

Lenja apenas logró asentir con la cabeza. Julia conocía demasiado bien esa situación. La razón entendía desde hacía tiempo cuándo una relación estaba acabada. Pero el corazón no renunciaba tan deprisa a la esperanza. A cada segundo barajaba todas las combinaciones posibles en las que todavía cabía un final feliz. De esa esperanza atormentadora y esa razón fría nacía el mal de amores que aún tendría ocupada a Lenja una temporada. Solo con el tiempo, cuando las emociones fueran remitiendo, sentiría que empezar de cero era seguramente la única salida razonable.

—¿Qué pasa con ese Joerg Kannen? —preguntó Lenja, separándose de Julia—. ¿No iban a interrogarlo hoy otra vez? Ahora que su mujer le ha retirado la coartada.

Julia miró el reloj. Florian le había pedido que se pasara por allí. Querían averiguar si Joerg Kannen se había hecho con más insulina de la que necesitaba para tratarse la diabetes.

—Debería empezar dentro de una hora —dijo.

A Lenja se le iluminó la cara.

—¿Puedo estar presente? El trabajo del instituto lo recupero después, por supuesto.

Julia dudó un momento. Pero, como el interrogatorio no duraría más de una hora, decidió llevársela.

—De acuerdo, pero tenemos que darnos prisa —dijo Julia y desapareció en el cuarto de baño para arreglarse.

Cuarenta minutos más tarde estaban sentadas en el despacho de Florian, mirando la pizarra del caso, en la que esa mañana habían aparecido un buen número de líneas rojas y azules.

—Hemos registrado la habitación de Olaf Seidel en el piso de su madre y hemos examinado su ordenador. De momento no parece haber la menor conexión con las dos primeras víctimas ni con el asesino. Si el asesino contactó con él por internet, los rastros se han borrado por completo. Y lo que más me desconcierta es que las manos amputadas de Nils Deuss sigan sin aparecer. Yo daba por hecho que el asesino se las enviaría a él. Igual que le mandó a Nils Deuss las orejas de Jana Petersmann. Pero allí no había nada, y su madre tampoco ha recibido ningún paquete de ese tipo. —Florian garabateaba en su bloc de notas con cara sombría.

Martin Saathoff se levantó y señaló el nombre de Pavlo Burakow.

—¿Tenemos ya el ADN del pelo?

Julia negó con la cabeza.

—Todavía es pronto. Cuento con tenerlo a lo largo del día.

Saathoff suspiró y miró el reloj.

—Joerg Kannen está a punto de llegar. Deberíamos ponernos en marcha. Es en la sala de interrogatorios cinco.

Julia y Lenja siguieron a Florian y a Saathoff. Tomaron asiento en la pequeña sala contigua y miraron a través del cristal. Joerg Kannen se acercó a la mesa con la cabeza gacha y se sentó frente a Florian y Martin Saathoff, de modo que Julia le veía la cara. Parecía pálido y nervioso. Los ojos le vagaban inquietos por la sala hasta que se quedaron clavados en el espejo. Por un momento, Julia tuvo la desagradable sensación de que él podía verla a través del cristal. Pero no era más que una ilusión. Joerg Kannen apartó la mirada en cuanto Florian comenzó el interrogatorio. Se quedó mirando fijamente el tablero de la mesa y puso una cara en la que Julia no era capaz de leer nada.

Florian le puso delante un calendario y marcó con una cruz las fechas en que murieron Jana Petersmann y Nils Deuss. Después señaló una tercera fecha.

—Su mujer nos ha dicho que ya no sabe con seguridad si esas noches estuvo usted de verdad en la cama todo el tiempo. Cree incluso que se despertó una o dos veces y usted no estaba.

—Yo estaba en casa, en la cama, durmiendo. —Joerg Kannen negó con la cabeza—. Mire, mi mujer está enfadada conmigo por lo del servicio de acompañantes. Es muy celosa. Todo esto no es más que una venganza.

Florian dio un golpecito sobre el día en que asesinaron a Olaf Seidel.

—¿Dónde estuvo usted esa noche?

Joerg Kannen puso los ojos en blanco.

—Tenía turno de noche en el hospital.

Julia se preguntó si detrás de aquel giro de ojos no se escondería una mentira. Entretanto, Florian deslizó un documento por la mesa hacia Kannen.

—Hemos preguntado en su trabajo. Usted es enfermero en la planta de medicina interna del hospital, ¿es así?

Joerg Kannen asintió y repasó por encima las líneas del documento.

—Según el cuadrante de turnos, esa noche no le tocaba trabajar.

Kannen palideció todavía más. Se inclinó sobre la mesa.

—No tenía ni idea de que fueran a comprobarlo tan rápido. Lo admito. Estuve con Nicole Deuss, y ni se les ocurra contárselo a mi mujer.

—¿Nicole Deuss? —repitió Martin Saathoff—. ¿Qué quería usted de ella?

—Fui a visitarla. No se encontraba bien. Sigue ingresada en el hospital. Además, quería saber si podría hacerse cargo al menos de una parte de las deudas de su marido.

—Que yo sepa, en plena noche no se admiten visitas en el hospital. Su declaración, francamente, no me parece especialmente creíble.

Joerg Kannen se llevó la mano a la frente.

—Nicole está ingresada en el mismo hospital en el que trabajo yo. Simplemente, no estaba de servicio. Pregunten a mi compañera, que me vio.

Florian le pidió los datos de contacto y continuó.

—Según nuestras comprobaciones, es usted diabético. ¿Es correcto?

Joerg Kannen resopló.

—Sí, ¿y qué tiene eso que ver con los asesinatos, si puede saberse?

—Necesitamos datos exactos de su medicación. A ser posible, las últimas recetas que le haya extendido su médico.

Kannen negó con la cabeza.

—No le veo el sentido, pero, por mí, se lo busco todo.

Antes de que Florian pudiera seguir preguntándole por su medicación, la puerta de la sala de interrogatorios se abrió de golpe. Una agente con la cara encendida se asomó.

—Señor Kessler, ¿podría venir un momento, por favor? Tenemos novedades.

Florian se levantó de un salto y salió. Mientras tanto, Joerg Kannen tamborileaba inquieto con los dedos sobre la mesa. Martin Saathoff seguía sentado en silencio, esperando.

—Voy a ver qué pasa —le dijo Julia a Lenja y salió de la pequeña sala contigua. Cuando Florian la vio, fue derecho hacia ella.

—¿Podrías acercarte a la piscina? La Científica acaba de avisar. Han encontrado en el aseo de mujeres una caja de plástico azul con dos manos amputadas.

### *Dos años antes*

—¡Lo siento, pero las cosas no funcionan así! —dijo su marido, y al instante la desesperación se apoderó de Anne.

—No lo entiendo —sollozó ella—. Frank Laganis me violó. Ya es bastante grave que a ese hombre lo hayan puesto en libertad antes de tiempo. Pero que encima a nadie le importe que me mande lencería, eso no me cabe en la cabeza.

Su marido suspiró como si ella fuera una niña incapaz de comprender sus explicaciones.

—Escúchame, Anne. Me indigna profundamente que ese criminal vuelva a estar libre. Considero que esa decisión es un error. Pero no sabemos si fue él quien te envió esa ropa interior. La policía analizó el paquete en busca de rastros y no encontró ni huellas dactilares ni ADN de Frank Laganis. Una mera sospecha no basta para mandarlo de vuelta a la cárcel.

Anne ya no podía más.

—¿Qué más tiene que pasar? ¿Tiene que violarme otra vez para que puedan encerrarlo? Esto no puede estar pasando. Está clarísimo que no trama nada bueno. Es un peligro para todas las mujeres de la zona, y todo el mundo sabe que yo no soy su única víctima.

Su marido guardó silencio. Se quedó mirando el suelo y al final levantó las manos.

—Vivimos en un Estado de derecho, Anne. A las personas se las encierra cuando han cometido un delito, no porque se las crea capaces de cometerlo. Eso sería igual de injusto. Pero entiendo tu miedo, por supuesto, y voy a hacer todo lo posible por protegerte. Cada hora pasará una patrulla por delante de casa y, en cuanto te sientas insegura, me llamas.

Esta vez fue Anne la que guardó silencio. Por lo visto, su marido no comprendía la gravedad de la situación. ¿De qué le servía una patrulla que pasaba de vez en cuando? Si ni siquiera llamaban al timbre. ¿Y si le ocurría algo a puerta cerrada, en su propia casa? ¿Se darían cuenta siquiera? ¿Se enteraría su marido?

—¿Te has tomado las pastillas? —preguntó él y la observó con esa mirada preocupada de siempre.

—Sí —mintió ella y se apartó de él—. Tú tendrás que irte, supongo. Yo voy a salir a correr un rato. El doctor Reuscher me ha recomendado hacer ejercicio al aire libre con regularidad, para estabilizar el estado de ánimo. —Miró a su marido. Él asintió satisfecho, y Anne sintió lo extraños que se habían vuelto el uno para el otro. Se sentía tan perdida y tan incomprendida que no encontraba palabras para expresarlo.

Su marido cogió el maletín y el móvil. Le dio un beso en la mejilla y desapareció de aquella casa preciosa en la que ella pasaba sola la mayor parte del tiempo. No parecía darse cuenta de su desesperación. ¿Qué había sido del hombre del que se había enamorado? A la frustración se le sumaba el miedo a Laganis y a la oscuridad. Miró por la ventana. Su marido arrancó el coche y se fue. En cuanto lo perdió de vista, el pulso se le desbocó. Subió a la planta de arriba. Desde allí se veía mejor la calle. Inspeccionó las casas y cada rincón en busca de Frank Laganis. Por si acaso lo comprobó todo dos veces, y solo entonces se permitió respirar un poco.

Bajó a la cocina y se preparó un chocolate caliente. El doctor Reuscher le había desaconsejado tomar demasiado café, porque la ponía más nerviosa. Ella se tomaba en serio sus consejos —dejando

a un lado lo del antidepresivo— e intentaba ponerlos en práctica. Solo que no quería seguir existiendo dentro de aquella nube de algodón. Con la medicación no se daría ni cuenta de si Frank Laganis la seguía y, encima, andaría por ahí como un cascarón vacío. El chocolate le sentó bien. Se sentó en el sofá, rodeando con las manos la taza caliente, y cerró los ojos. Desde muy lejos le llegó un ruido.

Un ruido de arañazos.

Anne se sobresaltó al darse cuenta de que venía de la puerta de casa. Se levantó de un salto, dejó la taza y estuvo a punto de tropezar con sus propios pies, porque justo en ese momento sonó el timbre. El gong de siempre sonó distinto que de costumbre. Al instante, el abismo se abalanzó sobre ella. La oscuridad quería tragársela. Anne resistió el impulso de correr al dormitorio y hacerse un ovillo bajo el edredón. Eran imaginaciones suyas. Y, sin embargo, en el tono del timbre había un susurro maligno. Un cuchicheo rencoroso y prolongado. Sintió una dolorosa punzada en el bajo vientre. Anne apartó el recuerdo de un empujón y se dirigió decidida a la puerta. No podía perder la cabeza ahora. Hoy el doctor Reuscher no tenía tiempo para ella, y a su marido no quería molestarlo otra vez con sus miedos. Quizá fuera la patrulla o un cartero. Seguro que había una explicación inofensiva.

Se detuvo ante la puerta y miró por la mirilla. Parpadeó, porque no veía nada. El pequeño orificio estaba completamente negro. Miró a un lado y luego volvió a mirar. Nada cambió. Alguien tenía que estar fuera, tapando la mirilla. Presa del pánico, cogió el móvil y abrió la aplicación que le permitía ver la cámara exterior en tiempo real. El pulso le iba tan rápido que le dio un ligero mareo. La imagen de la puerta tardó una eternidad en cargarse. Pero allí no había nadie. Anne respiró aliviada y amplió la imagen. ¿Por qué demonios no podía ver por la mirilla? Una masa pastosa tapaba el punto donde estaba el orificio.

—¡Respira! —se ordenó, imitando para sus adentros la voz del doctor Reuscher.

Funcionó. Se dio unos golpecitos en la frente por no haber caído antes. ¡Era un chicle pegado! No había motivo para el pánico. Algún

crío descarado o algún adolescente le había gastado una broma. Anne soltó el aire y abrió la puerta. Nadie la acechaba. Todo estaba bien. Aun así, los sonidos malignos seguían atropellándose en su interior. Bajó la mirada y al instante la asaltó una nueva ola de pánico.

En el umbral había otra vez un paquete. Una caja de cartón gris con su nombre escrito encima. Conocía aquella letra. Frank Laganis había estado allí. Había pegado el chicle en la mirilla y había llamado al timbre. Quería destrozarla. Pero quizá esta vez hubiera huellas suyas en el paquete, por fuera o por dentro. Temblando, Anne lo cogió y cerró de un portazo. Se dejó caer contra la pared y se quedó mirando el paquete que tenía en las manos. Su primer impulso fue apartarlo de sí. De eso podía ocuparse la policía. Pero al final lo rasgó. Aparecieron un pañuelo de seda negro y una nota.

—¡Úsame! —leyó en voz baja.

Pero ¿qué se creía aquel monstruo? ¿De verdad pensaba Laganis que ella había disfrutado con la violación y que ahora iba a esperarlo en ropa interior provocativa y con los ojos vendados? Se levantó y corrió escaleras arriba hasta el dormitorio, todavía con el pañuelo de seda en la mano. Allí se escondió bajo el edredón. Se quedó un rato quieta y ya no pudo moverse. La oscuridad a su alrededor parecía aplastarla. Un peso enorme le oprimía el pecho y le robaba el aire. Cogió el pañuelo de seda y notó el tejido suave y frío.

*¡Úsame!*

De pronto, la voz de Frank Laganis se instaló en mitad de su cabeza. Repetía las palabras sin parar. Anne se hundió aún más bajo el edredón, pero la voz no callaba. Se tapó los oídos y todo empezó a dar vueltas a su alrededor. Desesperada, volvió a saltar de la cama. No podía más. No aguantaba ni un segundo más aquellas figuraciones constantes que la aterrorizaban sin tregua. Iba y venía inquieta delante de la cama, intentando calmarse. Pero no servía de nada. El abismo negro se acercaba cada vez más. Tiraba de ella. Anne cerró los ojos.

*¡Úsame!*

De golpe supo lo que tenía que hacer. Encontraría la calma. Anne cogió el pañuelo de seda y se lo enrolló al cuello. Hizo un nudo y lo

apretó. Agarró el otro extremo y lo ató a la barandilla que había delante de la ventana del dormitorio. Se encaramó y salió por la ventana. La voz seguía susurrando en su cabeza. Miró hacia abajo, al jardín, que se veía tan bonito. Alzó la vista al cielo y deseó poder volar.

—Quiero paz —musitó. Después extendió los brazos y se dejó caer.

Habían acordonado la piscina entera a primera hora de la mañana siguiente al hallazgo del cadáver de Olaf Seidel. Desde entonces, la policía científica peinaba cada centímetro del recinto. Julia le enseñó su acreditación al agente y con un gesto las dejaron pasar a ella y a Lenja.

—Al aseo de mujeres, todo recto y, al final del pasillo, a la izquierda —les indicó el agente y les levantó la cinta del precinto.

Julia y Lenja entraron en el edificio y se pusieron calzas de plástico. Enseguida les llegó el típico olor a cloro. La zona de entrada parecía luminosa y acogedora. Por lo visto, la habían reformado no hacía mucho. Julia siguió a un técnico de la policía científica, vestido de blanco de pies a cabeza, que avanzaba decidido por el pasillo. Delante del aseo de mujeres estaba Anna Schubert, la jefa de la policía científica.

—¡Señora Schwarz, qué bien que haya podido venir tan rápido!  
—Le tendió la mano primero a Julia y luego a su ayudante.

—Ayer empezamos a registrar el coche de la víctima y las instalaciones de la piscina. Esta mañana nos hemos puesto con los contenedores de basura y ahí nos hemos topado con una caja de plástico azul. Como es el mismo modelo que encontramos en el piso de Nils Deuss, enseguida nos imaginamos lo que habría dentro. —Le entregó la caja a Julia—. No es agradable de ver.

Julia levantó la tapa. Le llegó un olor desagradable a descomposición. Vio dos manos amputadas que, por el tamaño, correspondían sin duda a un hombre. Las uñas estaban mordidas casi por completo. Sacó una mano y examinó la superficie de corte irregular. El asesino había necesitado varios intentos para seccionar los tendones y las articulaciones. Hasta el análisis de ADN, Julia no podría afirmar con seguridad si las manos pertenecían a la segunda víctima, Nils Deuss. Aun así, apenas le cabía duda.

Anna Schubert sacó una bolsa de plástico de la caja donde iban reuniendo las pruebas y la sostuvo en alto.

—En el aseo de mujeres hemos encontrado además unas pelusas de algodón rosa debajo del inodoro. Vamos a comprobar cuanto antes si proceden del albornoz de la víctima. Eso demostraría que Olaf Seidel estuvo aquí dentro. Venga, le enseño la cabina.

Anna Schubert abrió la puerta y entraron. A la izquierda había tres cabinas; enfrente, los lavabos. La primera cabina estaba abierta. Delante había una marca amarilla con el número cinco.

—¿Debajo del inodoro? —repitió Julia, pensativa, y se puso en cuclillas delante.

—Sí, un poco hacia un lado —confirmó Anna Schubert y señaló la marca—. No tengo ni idea de qué estaría haciendo ahí.

—Es que Olaf Seidel grababa a escondidas en los aseos de mujeres. Puede que también en este —dijo Lenja y se agachó a su lado—. Probablemente se arrodilló para retirar la cámara espía y, al hacerlo, rozó el inodoro con el albornoz. Ahí es donde podrían haberse quedado enganchadas las fibras.

—Es posible —repuso Julia y se levantó—. Yo me pregunto cómo acabó la caja en los contenedores.

—Supongo que el servicio de limpieza la habrá encontrado en alguna parte y la habrá tirado. Probablemente sin mirar dentro —dijo Anna Schubert.

—¿Han examinado también la cabina contigua en busca de rastros? —preguntó Julia.

—Sí, también la hemos examinado. Por desgracia, no sé si podremos atribuir algo de lo que hemos encontrado. Según la

afluencia, estos aseos los usan cerca de cien personas al día. Pero lo intentaremos.

—Lo que a mí me intriga es cuándo atrapó el asesino a Olaf Seidel —murmuró Julia—. Lenja podría tener razón. Quizá lo sorprendió cuando estaba desmontando sus cámaras espía. Todavía llevaba una cámara en el bolsillo del albornoz.

—¿Quiere decir aquí? ¿En la piscina? Yo, la verdad, daba por hecho que el asesino lo había reducido fuera, en el aparcamiento, quizá incluso junto a su coche.

Julia asintió. Hasta el momento no sabían cómo lo había reducido el asesino. Lo único seguro era que de aquella visita a la piscina no había vuelto a casa. Pero las fibras apuntaban a una explicación posible.

Anna Schubert se quedó pensando.

—La piscina tiene su propia cámara de seguridad en la entrada. De momento, en las imágenes no hemos visto ningún indicio de un secuestro. Aun así, tampoco podemos descartarlo: en la parte trasera hay una segunda salida que no está videovigilada.

—En cualquier caso, para el asesino fue una jugada muy arriesgada. Tiene que conocerse este sitio al dedillo —concluyó Julia.

—Por desgracia, los usuarios de la piscina solo quedan registrados si tienen un abono. Les he enviado la lista a Florian Kessler y a Martin Saathoff. El resto de los visitantes paga en efectivo o con tarjeta. Esto último también podemos comprobarlo. Aunque no me imagino que el asesino pagara con tarjeta.

—Este caso es endiabladamente complicado. Espero que el análisis de ADN del pelo nos haga avanzar —repuso Julia.

Como si obedeciera a una orden, le sonó el móvil. Era el laboratorio.

—Julia Schwarz —contestó, tensa.

—Hemos analizado el pelo negro encontrado en el cadáver de Olaf Seidel y tenemos una coincidencia en la base de datos. —El técnico del laboratorio hizo una breve pausa y Julia tomó aire, expectante—. El ADN pertenece, con una probabilidad superior al noventa por ciento, a Pavlo Burakow.

### *Dos años antes*

Bip, bip, bip. El pitido regular sonaba en algún lugar lejano. La oscuridad la envolvía. Alguien hablaba, pero Anne no entendía ni una palabra. No comprendía nada, ni siquiera dónde estaba. Algo le hacía cosquillas en la cara. Intentó rascarse, pero las manos no le respondieron. Lo intentó otra vez. Los músculos parecían paralizados. Probó a mover los dedos de los pies, pero tampoco se movieron. Abrió la boca y notó que la tenía completamente entumecida. Igual que la lengua. Parpadeó, presa del pánico, y al menos entonces percibió un resplandor de luz. Anne no conseguía recordar nada de lo que había pasado. Poco a poco fueron aflorando unas cuantas imágenes en su cabeza. Frank Laganis, el pañuelo de seda y la barandilla que había delante de la ventana del dormitorio.

¿Había muerto?

¿Así se sentía la muerte? ¿Una inmovilidad absoluta y un pitido continuo que se le clavaba en el cerebro como un parásito molesto?

—Ha movido los labios —dijo de pronto alguien muy cerca de ella. Conocía esa voz. Era la de su marido.

—Ayúdame —quiso decir. Pero la lengua se negó a obedecer. Le pesaba en la boca como una masa espesa y seca.

—Lo más probable es que sean solo reflejos. Por ahora no podemos saber con exactitud si su mujer está en estado vegetativo o si conserva todavía una conciencia mínima. Probablemente no puede oírnos ni vernos. —La voz era de una mujer.

Anne parpadeó. El resplandor fue tomando forma. La mujer que acababa de hablar llevaba una bata blanca. Aquel rostro serio le provocó un escalofrío en la espalda.

—Como le comentaba, no podemos decirle mucho sobre el estado de su mujer. Todavía tenemos que hacerle varias pruebas. Hay pacientes que vuelven en sí al cabo de unos días; otros, por desgracia, tardan años o no recuperan nunca la conciencia.

Anne volvió a parpadear. La médica no pareció darse cuenta, y tampoco su marido, que estaba sentado en la cama con gesto preocupado.

—Su mujer tuvo suerte de que usted la encontrara enseguida. Poco después de que ocurriera. El cerebro solo estuvo unos minutos sin oxígeno, pero los próximos días nos dirán el alcance real del daño.

Anne parpadeó desesperada y abrió los ojos de par en par.

—Está moviendo los ojos —soltó su marido. La médica se inclinó sobre Anne y le iluminó las pupilas con una linterna de luz cegadora.

—Vamos a hacerle otro electroencefalograma y una resonancia magnética. Así podremos determinar si conserva la conciencia. Tendrá que armarse de paciencia. Por desgracia, solo con los movimientos oculares no podemos deducir nada. —La médica se despidió y ella oyó cerrarse una puerta.

Su marido le cogió la mano.

—Te vas a poner bien —susurró él, mirándola a los ojos.

Anne parpadeó con todas sus fuerzas. Esta vez, sin embargo, él no reaccionó.

—¿Por qué quisiste quitarte la vida? —preguntó en cambio, en voz baja. Seguía mirándola fijamente—. Pensaba que podríamos empezar de cero y olvidarlo todo.

Anne quiso responder y decirle que ella también deseaba empezar de nuevo. Que no quería morir, sino que simplemente no había podido más con el miedo a Frank Laganis.

—Ayúdame —intentó susurrar y notó a la vez que de la boca no le salía ni una sola palabra. Estaba atrapada en su cuerpo, que se negaba a funcionar. Vio la mirada impotente de su marido y luego una chispa que refulgió un instante en sus ojos.

—Yo me encargaré del asunto —dijo él de pronto y le apretó la mano con fuerza. Se levantó y dio un paso. Después se volvió una vez más.

—Yo me encargo —repitió y desapareció.

La puerta se cerró y Anne se quedó sola, con su cuerpo, que ya no funcionaba. Miraba fijamente el techo blanco de la habitación y escuchaba aquel pitido exasperante, que no cesaba y que a cada segundo se le clavaba más hondo en el cerebro.

Julia había vuelto a toda prisa a la comisaría con Lenja. Saber que el pelo ajeno hallado en el cadáver de Olaf Seidel pertenecía al principal sospechoso, Pavlo Burakow, había desatado una alerta general. Por fin tenían una prueba decisiva. Apoyada junto a Lenja en su destartado Golf, vio cómo Burakow bajaba esposado de un coche de policía y tres agentes lo conducían hasta el edificio. Florian y Martin Saathoff se hicieron cargo de él en la entrada, con cara sombría. Desaparecieron con el sospechoso en el interior de la comisaría.

—Vamos detrás —dijo Julia e indicó a Lenja que la siguiera—. No pienso perderme la confesión por nada del mundo.

Siguieron a Florian y a Saathoff, que llevaron a Burakow a una sala de interrogatorios en la parte trasera de la comisaría y lo dejaron allí solo.

—Un trabajo excelente el suyo, doctora Schwarz, señora Nielsen —sonó a su espalda la voz potente de Hermann Meier.

Julia se dio la vuelta y saludó al jefe de la brigada de investigación criminal, que le tendió la mano primero a ella y después a Lenja.

—No ha sido solo mérito nuestro, sino trabajo en equipo —puntualizó ella con una sonrisa.

—Yo no contaba con este resultado. —A Hermann Meier le resplandecía la cara—. Por fin tenemos en la mano una prueba sólida. —Pasó junto a Julia y le dio una palmada a Florian en el hombro.

—Buen trabajo —repitió y le dedicó también un gesto de asentimiento a Martin Saathoff.

—¿Quién de ustedes lo interroga? —quiso saber.

—Primero vamos a dejar que Burakow se cueza un rato. Además, todavía tenemos que preparar bien el interrogatorio —explicó Florian, y a Hermann Meier se le marcó una arruga profunda en la frente.

—No hay ninguna duda, ¿verdad? —preguntó Meier, sorprendido—. No van a conseguir nada mejor que una prueba de ADN inequívoca.

—Lo sé. —Florian levantó las manos en gesto apaciguador—. Solo queremos no cometer ningún error. El tipo tiene un buen abogado y lo último que quiero es que quede en libertad por un descuido.

—Muy bien —repuso Hermann Meier, satisfecho—. Háganme llegar el acta del interrogatorio. Yo convocaré entonces una rueda de prensa. —Giró sobre sus talones y desapareció por donde había venido.

Florian miró el reloj.

—Creo que, para empezar, deberíamos hacerle esperar un par de horas. Espero que después esté dispuesto a confesar de una vez. Hasta ahora, por desgracia, lo ha negado todo.

—¿En serio? —preguntó Julia y siguió a Florian, que se encaminaba al despacho.

—El tipo no es tonto, y su abogado probablemente le ha aconsejado cerrar el pico.

—Aunque contra el pelo no puede hacer gran cosa —intervino Lenja, que caminaba detrás de Julia.

—Por desgracia, hay muchas maneras de explicar cómo pudo llegar el pelo al cadáver. Van desde un error en medicina forense hasta una contaminación en el laboratorio. Además, los dos podrían

haberse cruzado en la piscina sin más —explicó Saathoff, que se había colocado junto a Lenja.

Florian asintió.

—El problema es que tenemos que demostrar cómo llegó el pelo al cadáver. Nosotros tenemos que probar que Burakow es culpable; él, en cambio, no tiene que probar que es inocente. Conozco a esos abogados. Martin tiene toda la razón: son exactamente esos los argumentos que nos vamos a encontrar en el interrogatorio. Por eso quiero que nuestra cadena de indicios sea a prueba de bomba. Así será más fácil que se avenga a confesar. Su abogado también sabe que colaborar influye favorablemente en la condena. Pero Burakow solo confesará si no ve ninguna salida, y eso es lo que tenemos que hacerle entender.

Una vez en el despacho, se sentaron en semicírculo delante de la pizarra del caso. Florian volvió a escribir en ella las faltas que el asesino presumiblemente atribuía a sus víctimas. Mientras tanto, Julia analizaba los puntos anotados bajo el nombre de Pavlo Burakow. Había encontrado a la primera víctima, Jana Petersmann. Según la declaración de Alina Petrowa, había escondido una de las piezas anatómicas robadas en una taquilla de la consigna de la estación central. No tenía coartada para ninguna de las horas de los crímenes y un pelo suyo había aparecido en la víctima número tres. Solo había dos lagunas en la cadena de indicios. Pavlo Burakow no parecía tener ninguna conexión con Nils Deuss y en el recipiente de la pieza anatómica no había huellas suyas.

—La falta número uno fue el robo. Como castigo, el asesino le cortó las orejas a Jana Petersmann. La falta número dos es la violencia doméstica, de ahí las manos amputadas, y la falta número tres son las grabaciones a escondidas y el acoso. Por eso le extirpó los ojos —enumeró Florian—. A Burakow, por lo visto, le encantan los lugares y las cosas extravagantes. Las grabaciones porno de su página web hablan por sí solas... —Florian volvió la cabeza al abrirse la puerta del despacho. Una mujer delgada, de pelo corto y rubio, apareció en el umbral.

—Ha llegado el abogado de Pavlo Burakow. Está bastante alterado y quiere hablar con ustedes de inmediato.

Florian suspiró.

—Está bien. Llévelo con Burakow a la sala de interrogatorios. Vamos enseguida.

Se volvió hacia Martin Saathoff.

—En cualquier caso, no deberíamos soltar lo del pelo de entrada. Intentemos primero exprimirlo. Sabe que lo estamos vigilando. Puede que admita que no estuvo todo el tiempo en su piso.

—Eso te toca a ti, compañero —repuso Saathoff y se levantó.

Salieron del despacho y fueron derechos a la sala de interrogatorios. Florian iba delante, seguido de Saathoff y Lenja. Julia cerraba la marcha, porque seguía dándole vueltas a la cadena de indicios. Cuando llegaron, el experto informático les salió al encuentro.

—Señor Kessler, por fin he conseguido hacerme con el vídeo de las cámaras de seguridad de la estación central —gritó ya desde lejos, sosteniendo en alto un DVD.

—¿Sale Pavlo Burakow? —preguntó Florian y le cogió la grabación al experto informático.

—Lo he comprobado dos veces. Por desgracia, no.

—Lástima —murmuró Florian.

—El vídeo está también en la unidad de red, por cierto. El DVD es solo una copia, por si quieren ver la grabación sin conexión.

Florian asintió, ausente. Probablemente ya estaba otra vez pensando en el interrogatorio inminente. Le puso el DVD a Julia en la mano.

—¿Me lo guardas? Podemos verlo más tarde. —Después abrió la puerta de la sala de interrogatorios y entró, seguido de Martin Saathoff.

Julia y Lenja se sentaron en la sala contigua y miraron a través del falso espejo. La disposición era la misma que la vez anterior. Burakow y su abogado estaban sentados de cara a ellas, mientras que a Florian y a Saathoff solo los veían de espaldas. Burakow parecía tenso. Tenía la frente perlada de sudor. Su abogado se había inclinado hacia delante y miraba a Florian con unos ojos azules gélidos.

—Creo que, antes de nada, me debe usted una explicación por la detención de mi mandante —empezó y se irguió tieso como una vela.

—Tenemos nuevas pruebas que apuntan a que su mandante es culpable de tres asesinatos. —Florian sonaba tranquilo y mucho más amable de lo que sus palabras daban a entender.

—¡Yo no he asesinado a nadie! —bufó Burakow. Su abogado le indicó que callara, pero él no le hizo caso—. ¿Cuántas veces tengo que repetir que no fui yo? ¡Mejor dígame dónde está Alina! Ella es la que me ha metido en todo este marrón. ¿Qué les ha contado? —Se levantó de un salto y apuntó con el índice hacia el espejo—. ¿Se creen que no sé que esa víbora está detrás de todo y que me está hundiendo cada vez más en este asunto?

Lenja dio un respingo y Julia se encogió involuntariamente. Desde luego, no querría cruzarse con Burakow a oscuras. Aquel hombre desprendía una agresividad extrema.

—No puede vernos. ¿Verdad que no? —susurró Lenja, asustada.

—Así es. Pero sabe que lo están observando. —Julia se subió las gafas por el puente de la nariz y respiró hondo—. Me temo que no va a confesar.

Lenja asintió. En la sala de interrogatorios, Florian y Martin Saathoff volvieron a preguntarle al sospechoso dónde había estado en las horas de cada una de las muertes. Era una conversación farragosa, interrumpida constantemente por el abogado de Burakow.

—Quiero acceso al expediente de la investigación —insistía este una y otra vez, pero Florian se negaba a concedérselo. Al cabo de más de dos horas, todos parecían agotados y al límite de sus nervios. El interrogatorio daba vueltas en círculo. Ya no parecía que fuera a salir nada útil. Julia se removía inquieta en la silla. En el instituto el trabajo se acumulaba mientras ella estaba allí sentada, esperando en vano una confesión. Florian seguía sin mencionar el pelo hallado en el cadáver de la tercera víctima. Empezaba a preguntarse cuándo soltaría por fin la bomba. Pero no la soltó. En algún momento, sencillamente, se puso en pie.

—Creo que, con la hora que es, seguimos mañana.

—No pueden retener aquí a mi mandante sin más —protestó el abogado de Burakow.

—Conseguiremos a tiempo una orden de detención —replicó Florian.

—Eso mismo le aconsejo —dijo el abogado—. Así quizá sepamos por fin qué hay en concreto contra mi mandante. Tienen ustedes unas horas; después me presentaré en la puerta y me llevaré al señor Burakow, a menos que puedan presentar una orden de detención. —Se levantó también y se alisó la americana azul oscuro.

Martin Saathoff se dirigía ya hacia la salida cuando Pavlo Burakow se levantó y agarró a Florian del brazo por encima de la mesa.

—Escuche, revisen los correos de Alina. Quiere jugármela. —De pronto hablaba más bajo y tan deprisa que Julia apenas lo entendía. Burakow dictó una dirección de correo electrónico y una contraseña de su portátil. Pero Florian no pareció prestarle la menor atención. Se zafó de su garra.

—Quiero una confesión, señor Burakow. Consúltelo con la almohada y mañana por la mañana volvemos a hablar.

Julia daba vueltas inquieta en la cama. La mirada decepcionada de Florian la perseguía hasta en sueños. No solo el interrogatorio había terminado sin resultados: además, Julia había vuelto a dejar que Lenja durmiera en su casa. Florian no había dicho ni una palabra, pero Julia sabía que habría preferido tenerla a su lado. La mala conciencia la corroía. Por otra parte, no podía partirse en dos. Ella también echaba muchísimo de menos a Florian, pero se sentía responsable de Lenja. Abrió los ojos. De pronto estaba completamente despierta. Encendió la luz, cogió las gafas y alcanzó el móvil.

«Me parece genial cómo cuidas de Lenja. No te enfades conmigo por estar decepcionado de todas formas», había escrito él poco antes de medianoche. Pero Julia no había contestado. Ni ella misma sabía por qué, porque en realidad el mensaje le había hecho ilusión. Le mandó un corazoncito y se levantó de la cama para beber un vaso de agua. Avanzó despacio por el pasillo y se detuvo un momento ante el salón. Lenja respiraba tranquila y profundamente. Al menos dormía. Antes de dormirse, Julia había notado que Lenja lloraba. Pero no se había acercado, porque quería darle tiempo. Lenja tenía que asimilar su mal de amores. Si necesitaba a Julia, ya vendría ella sola.

Fue con sigilo hasta la cocina y encendió la luz. Eran solo las cuatro de la madrugada. Julia bostezó y se bebió un vaso de agua, adormilada. Después volvió a oscuras y tropezó con el bolso en el pasillo. De dentro se salió el DVD con las imágenes de las cámaras de seguridad de la estación central. Se le había olvidado por completo. De puntillas, Julia fue al salón y cogió su portátil. Luego se acomodó en la cama y metió el DVD. El experto informático había dicho que Burakow no salía en el vídeo, pero no estaba de más echarle un segundo vistazo. Las imágenes procedían de la entrada principal de la estación y abarcaban el día entero en que la pieza anatómica se depositó en la consigna automática. Julia había hecho una foto de la tarjeta magnética. Según la información de la tarjeta, la pieza anatómica se había guardado a las catorce cuarenta y cinco. Adelantó el vídeo, que empezaba a medianoche, hasta las catorce horas y buscó a un hombre calvo. A esa hora la estación estaba muy concurrida. Cientos de personas cruzaban la entrada en cuestión de minutos. Julia se concentró primero en el lado derecho. Como no lo descubrió, volvió a empezar desde el principio y examinó a los viajeros que pasaban por la zona central de la entrada. Tampoco esta vez consiguió localizar a Burakow. Repitió el procedimiento con la zona izquierda, sin éxito. Julia suspiró. Probablemente estaba perdiendo el tiempo. Aun así, se preguntó si Burakow habría pasado más de tres cuartos de hora en la estación. Decidió, por si acaso, empezar una hora antes. Poco a poco le empezaron a arder los ojos. Llevaba más de una hora con la vista clavada en la pantalla. Pero rendirse no era una opción. Si aun así descubría a Burakow con la pieza anatómica, tendrían la prueba de que estaba detrás de los crímenes, incluso sin sus huellas dactilares. Burakow podría seguir negándolo, pero entonces ya no le creería ni un juez. Julia estudió de nuevo las imágenes y paró cuando, una vez más, no encontró a nadie que se pareciera ni de lejos a Burakow. Fue a la cocina algo aturdida y se preparó un café. Para entonces eran casi las seis y le zumbaba la cabeza. Cambió de método e intentó localizar a Alina Petrowa. Nadie podía descartar que la rusa le hubiera mentado. Además, tenía que existir una razón de peso para su desaparición. Pero sus esfuerzos siguieron sin dar fruto. Cansada, se bebió de un

trago el café, ya frío, y se concentró una vez más en los veinte minutos previos a que depositaran la pieza anatómica. Quienquiera que hubiera usado la taquilla seguro que había entrado de prisa en la estación, porque no querría que lo vieran. Decidió centrarse a partir de ahí en la bolsa de deporte verde oscuro en la que habían transportado el frasco con la pieza anatómica. Al poco rato, a Julia ya le daba vueltas la cabeza. Bolsas grandes, bolsas pequeñas, con ruedas o sin ellas, maletas de todos los colores y formas. Nunca en su vida había examinado tantos equipajes en tan pocos minutos. Se planteó un momento pedirle al experto informático que filtrara de algún modo las bolsas verdes. Pero justo a las catorce treinta, un hombre alto y delgado se acercó a toda prisa a la entrada. En la mano derecha llevaba una bolsa verde oscuro. Julia pulsó de inmediato el botón de pausa y amplió la imagen de la bolsa. Con el corazón desbocado examinó las cremalleras y la inscripción blanca. Apenas cabía duda. El hombre llevaba la bolsa con la pieza anatómica. Julia dejó correr el vídeo y vio, incrédula, cómo el asesino entraba en la estación. Rebobinó y contempló la escena de nuevo. Conocía a aquel hombre. Solo que no era quien esperaba encontrar. Julia se levantó de un salto, se vistió y salió a toda prisa del piso.

Florian no conseguía pegar ojo. Miraba el móvil cada pocos minutos, pero Julia no contestaba. La añoranza casi lo mataba. El estrés de los últimos días lo había dejado exhausto. No quería otra cosa que refugiarse en los brazos de Julia, sentir su olor, tenerla cerca. La necesitaba más de lo que estaba dispuesto a admitir. No tenerla al lado como todas las noches lo estaba volviendo loco. Le encantaba despertarse y oír la respiración profunda y regular de Julia. Echaba de menos su piel clara, casi transparente, que parecía tan vulnerable. Estaba claro que se había acostumbrado demasiado rápido a tenerla cerca y lo había dado por sentado. Esos días se había dado cuenta de lo frágil que seguía siendo su vínculo. Por supuesto que entendía a Julia y su necesidad de ayudar a Lenja. Ni él mismo sabía por qué no era capaz de tomárselo con calma. Quizá se debiera a que nunca había querido a una mujer con tanta intensidad. Una mujer con ideas propias, que se desenvolvía perfectamente en la vida sin él. En días como aquellos se sentía tan superfluo que le dolía. Y que encima estuviera enfadada con él volvía esa sensación insoportable.

Hacia las dos de la madrugada decidió acercarse a la comisaría. Normalmente habría salido a correr. Vivía junto a unas pistas deportivas donde entrenaba con regularidad, y en más de una noche de insomnio había conseguido despejarse allí. Pero los asesinatos no

lo dejaban en paz y, desde el interrogatorio de Burakow, se le había ido asentando la impresión de que, a fin de cuentas, quizá estuvieran siguiendo una pista falsa. Pavlo Burakow era cualquier cosa menos un buen tipo, pero Florian se inclinaba a creerle cuando se declaraba inocente.

Florian entró en el edificio oscuro y casi desierto por el aparcamiento subterráneo y fue derecho al despacho. Encendió el ordenador y, mientras arrancaba, contempló la pizarra del caso como si la solución pudiera leerse en ella sin más. De pronto le vinieron a la memoria las últimas palabras de Burakow. Había soltado algo sobre Alina Petrowa, que quería jugársela. Ese tipo de cosas las oía muy a menudo en los interrogatorios. Se acordaba de sobra de Joerg Kannen, que también había hablado de una venganza de su mujer. Aun así, tenían que seguir cada pista. Hojeó su cuaderno de notas, donde había apuntado el correo electrónico y la contraseña de la cuenta de Alina Petrowa. El ordenador fue despertando poco a poco y en la pantalla empezaron a aparecer los primeros mensajes. Tenía diez correos nuevos y al día siguiente lo esperaban tres compromisos. Florian repasó por encima las primeras líneas y, curioso, hizo clic en un enlace. En las últimas veinticuatro horas se habían presentado varias denuncias nuevas por desaparición y quería hacerse una idea general. Burakow estaba bajo custodia policial, pero nadie podía descartar que Alina Petrowa fuera su cómplice y que ya tuvieran a otra víctima en el punto de mira. Florian fue repasando las denuncias. Un hombre de ochenta años, desorientado, no había vuelto el día anterior a su residencia asistida después de un paseo. Un adolescente había desaparecido después de una fiesta. Una chica de quince años se había esfumado con su padre, que no tenía la custodia. Florian bostezó mientras leía por encima. Una médica joven no se había presentado a una cita de trabajo en el hospital y un hombre de cuarenta años no había vuelto de vacaciones como estaba previsto. Su mirada volvió a la médica joven. La había denunciado como desaparecida su médico adjunto. En la denuncia se mencionaba además que había habido problemas con sus certificados. Florian se frotó los ojos, cansado, y ya iba a seguir adelante cuando se acordó de las faltas que había anotado el

día anterior en la pizarra del caso. Introdujo de inmediato el nombre de la médica en la base de datos y se llevó una buena sorpresa cuando, en efecto, obtuvo una coincidencia.

La joven se llamaba Teresa Buchholz y dos años atrás la habían condenado por falsificación de documentos a una pena suspendida. Del expediente, Florian no pudo sacar gran cosa, pero le extrañó que una mujer con antecedentes pudiera trabajar como médica. Llevaba desaparecida menos de cuarenta y ocho horas. El móvil vibró y Florian dio un respingo. Eran las cuatro. Desconcertado, se lo sacó del bolsillo y sonrió al ver el mensaje. Julia le había enviado un corazón. No habría sabido describir el alivio que sintió de golpe. No estaba enfadada con él. Probablemente se había pasado media noche charlando con Lenja y ahora habría caído en la cama muerta de sueño. No quería desvelarla, así que no contestó. Mañana le compraría flores. Quería que supiera lo mucho que significaba para él. Todavía sonriendo, volvió a concentrarse en el ordenador. Había ido allí por la cuenta de correo de Alina Petrowa. Así que cambió de programa y abrió la página web del proveedor de correo. Tecleó la dirección y la contraseña. Tardó un rato en abrirse la bandeja de entrada. En efecto, parecía ser la cuenta de Alina Petrowa. Sorprendentemente, no había vuelto a iniciar sesión desde su desaparición. ¿Debía preocuparse por la rusa? Le llamó la atención, sobre todo, el remitente de un correo. Un nombre muy conocido le saltó a la vista. Hizo clic en el mensaje y tragó saliva. ¡Maldita sea! Tenía razón: habían estado siguiendo una pista falsa todo el tiempo.

Julia llamó a la pesada puerta de madera y esperó unos segundos.

—Adelante —dijo una voz masculina grave, y Julia triunfó para sus adentros. Había contado con que el despacho ya estuviera ocupado a una hora tan temprana. Bajó la manilla y entró.

—Doctora Schwarz, me alegro de verla. ¿En qué puedo ayudarla?  
Julia puso cara seria.

—¿Puedo hablar con usted de forma confidencial?

El fiscal jefe asintió, sorprendido.

—Por supuesto. Siéntese, por favor. ¿De qué se trata?

—He hecho un descubrimiento. Bastante importante, además, y quería asegurarme antes de lanzar acusaciones falsas. —Julia sacó el DVD de su bolso y se lo entregó a Bjoern Kreitz—. Ponga el vídeo a partir de las catorce treinta y cuatro, por favor, y dígame qué le parece.

—De acuerdo —dijo el fiscal jefe y metió el DVD en la unidad del ordenador. Frunció el ceño mientras llevaba la grabación con el ratón hasta el punto indicado.

—Fíjese en el hombre de la bolsa de deporte verde que aparecerá enseguida por el lado izquierdo de la entrada —pidió Julia y esperó, tensa, a que el hombre entrara en la imagen. Contuvo la respiración y observó la reacción del fiscal jefe.

—Ese es mi colaborador Christian Moeller —dijo Bjoern Kreitz—. ¿Ha cometido algún delito?

Julia se inclinó hacia delante y pulsó el botón de pausa.

—Me temo que sí. ¿Está usted completamente seguro de que el hombre de la bolsa es Christian Moeller? —Julia quería despejar cualquier duda. Seguía sin poder creer que hubiera descubierto precisamente al joven fiscal con la pieza anatómica. Sin embargo, el rompecabezas iba encajando. El día anterior, Florian había enumerado las faltas de cada una de las víctimas. Todo ese tiempo se habían devanado los sesos preguntándose cómo elegía el asesino a sus víctimas, y ahora lo veía clarísimo. Un fiscal tenía acceso a todos los expedientes y bases de datos. A Christian Moeller no le costaría nada conseguir esa información. Le resultaría facilísimo aterrorizar a Alina Petrowa, que vivía ilegalmente en Alemania, y servirse de ella para poner a la policía sobre una pista falsa. Y quien conocía el trabajo policial sabía también cuál era la mejor manera de colocar un pelo en un cadáver para desviar las sospechas. Podía moverse por el instituto forense prácticamente sin que nadie lo cuestionara. Nadie le preguntaría si de verdad tenía una cita. Tanto Julia como Lenja lo habían visto allí varias veces en los últimos días. Moeller solo había cometido un error: no había tenido en cuenta las cámaras de seguridad de la estación central.

—Su colaborador lleva una pieza anatómica robada para depositarla en una taquilla de la consigna de la estación central. Estamos investigando varios asesinatos en los que a las víctimas les cosieron precisamente esas piezas anatómicas. —Julia puso al fiscal jefe al corriente de los casos. Bjoern Kreitz palidecía por momentos y negaba con la cabeza, horrorizado.

—Un fiscal está del lado de la ley. De verdad que no puedo imaginarme que Christian Moeller hiciera algo así —dijo el fiscal jefe, alterado.

Julia se encogió de hombros y señaló el monitor.

—Yo tampoco podía creerlo. Por eso he venido a verlo a usted de inmediato.

El fiscal jefe miraba fijamente la pantalla mientras se frotaba las sienes.

—No lo entiendo —murmuró—. Siempre he tenido muy buena impresión de Christian Moeller. Sería la primera vez en mi vida que me equivoco así con alguien.

De pronto apareció una ventana emergente en el ordenador. Era el recordatorio de una cita con un juez.

—Maldita sea —soltó Bjoern Kreitz—. Lo había olvidado por completo. Tengo las notas en casa. —Se levantó de un salto y cogió las llaves del coche—. Lo siento, pero necesito esos documentos con urgencia. Yo soy de la vieja escuela y las tomé a mano. —Corrió hacia la puerta y allí se detuvo.

—¿Sabe qué? Acompáñeme un momento y explíqueme otra vez los pormenores durante el trayecto. Así podremos hablar también de cuál es la mejor manera de proceder. ¿Le parece bien?

Julia dudó un momento. En realidad tenía pensado informar a Florian. Pero no le faltaba razón al fiscal jefe. Necesitaban un plan bien meditado para que al final no fallara nada.

—Voy con usted —dijo y lo siguió por el pasillo hasta su coche.

—¿Y ese día Christian Moeller estaba de vacaciones? —preguntó ella mientras el fiscal jefe conducía por el denso tráfico de Colonia. Habían pillado de lleno el comienzo de la hora punta.

—Últimamente se ha cogido horas libres con cierta frecuencia. Creo que tiene problemas familiares. Pero no he preguntado. Ya casi hemos llegado. Desde casa puedo acceder al cuadrante de servicio y así lo comprobamos.

—Eso estaría bien —dijo Julia y confió en que no tardaran demasiado. El caos del tráfico le parecía una pérdida de tiempo. Además, se moría de ganas de contarle las novedades a Florian.

—Ahora explíqueme en detalle, por favor, qué pasa con esas piezas anatómicas. Desde el principio, se lo ruego.

Julia empezó a contárselo. Enumeró todas las víctimas conocidas hasta la fecha, con sus faltas. Explicó el motivo del asesino: castigar amputando partes del cuerpo y sustituyéndolas por las piezas anatómicas. Bjoern Kreitz escuchaba con atención mientras conducía y de vez en cuando intercalaba una pregunta. Cuando por fin llegaron a un elegante chalé, Julia había descrito los asesinatos con

todo detalle. El fiscal jefe aparcó en la entrada y entraron a toda prisa en la casa.

—Mi ordenador está en el salón. —La condujo a una sala luminosa y acogedora, situada detrás de una librería que llegaba hasta el techo. Allí tecleó la contraseña.

—Voy un momento a por el expediente... ¿dónde lo habré dejado?... ah, creo que en la cocina. Vaya usted mirando en el cuadrante cuándo estaba de servicio Christian Moeller y cuándo no.

Julia se sentó y buscó el cuadrante entre las ventanas abiertas. Pero solo encontró su calendario personal.

—No encuentro el cuadrante —dijo en voz alta, sin apartar la vista del monitor.

—Un momentito, ya voy —dijo Bjoern Kreitz y al instante estaba a su lado.

Julia percibió un olor conocido. Volvió la cabeza, pero antes de que comprendiera qué era aquel olor, él le puso un paño húmedo sobre la boca y la nariz. Estaba tan sorprendida que cayó al suelo sin defenderse. Cuando el cerebro por fin reaccionó, ya era demasiado tarde.

—¿Está usted seguro de que Teresa Buchholz no se ha dado a la fuga sin más? —le preguntó Florian al médico adjunto.

—Completamente seguro. Quería venir a verme enseguida. Yo la había citado para aclarar el asunto. Entonces yo ni siquiera sabía que tenía antecedentes y que ya había falsificado certificados una vez. Hasta ese momento había dado por hecho que se trataba de un malentendido. Teresa es una colega muy fiable; claro que ha cometido errores de vez en cuando. Últimamente, incluso unos cuantos más. Aun así, tiene que haberle pasado algo. Aunque haya mentido, se ha volcado mucho con nuestros pacientes. Como persona, yo la apreciaba de verdad. Por eso estoy preocupado y he denunciado su desaparición enseguida. No tiene familia y me siento responsable.

—Se lo agradezco —dijo Florian y colgó. Algo le bullía por dentro. Pavlo Burakow no era el asesino. Lo sabía desde que había leído el correo de un tal Georg Findel en la bandeja de entrada de Alina Petrowa. Quienquiera que se ocultara tras Georg Findel había sido el último cliente de Jana Petersmann. El perfil de la plataforma de citas se había borrado inmediatamente después. Florian le había pedido al experto informático que rastreara el correo. Quizá pudieran averiguar quién se escondía detrás del nombre. En el mensaje se le

exigía a Alina Petrowa que le entregara a Julia la tarjeta de acceso a la taquilla.

*«Cómo lo hagas me da igual. Pero haz creíble que Burakow está detrás de todo. Despísta, recorre media Colonia en coche con la doctora Schwarz y, sobre todo, quítate de encima a la policía. Finge que le tienes un miedo atroz a Burakow. Si no lo consigues, no volverás a ver tu tierra. ¡Entonces te habrá llegado tu última hora!»*

A Florian se le heló la sangre mientras leía aquellas líneas. Burakow había tenido razón. El asesino seguía suelto. Por lo visto, Alina Petrowa tenía que cargarle los asesinatos. Probablemente también había sido ella quien colocó el pelo en la tercera víctima para que Burakow pareciera definitivamente el autor. Pero ¿a quién demonios encubría? Y eso no era todo. Florian estaba seguro de que la médica Teresa Buchholz estaba en manos del asesino. Todo encajaba. Era una impostora. Y seguro que hacía poco había recibido los ojos extirpados de Olaf Seidel. Florian solo podía esperar que siguiera viva. Pero ¿cómo iba a encontrarla? El experto informático necesitaba varias horas para rastrear la dirección de correo de Georg Findel. Para entonces podía llevar mucho tiempo muerta. Desesperado, Florian miró fijamente la pizarra del caso. Al final suspiró y marcó el número de Julia. Curiosamente, saltó de inmediato el buzón de voz. Se extrañó y volvió a intentarlo. Otra vez el buzón. Lo probó con el número fijo. Sonó nada menos que diez veces hasta que por fin alguien descolgó.

—Nielsen —contestó Lenja, adormilada.

—Hola, Lenja, siento haberte despertado. Quería localizar a Julia, pero no coge el móvil. Mejor dicho: lo tiene apagado.

—Voy a mirar en el dormitorio.

Durante un momento se hizo el silencio en la línea. Florian aprovechó para localizar la dirección de Teresa Buchholz. Primero buscaría pistas en su piso. Quizá allí pudieran descubrir algún rastro del asesino.

—No está —dijo Lenja de pronto al teléfono.

—Seguro que ya está en el instituto. A veces lo hace.

—Espera un momento. Voy a preguntar. —De repente, la voz de Lenja ya no sonaba nada adormilada.

Florian tuvo que esperar de nuevo. Miraba fijamente el punto del plano de la ciudad que marcaba la dirección de Teresa Buchholz. El piso estaba como mucho a veinte minutos del suyo.

—No está en el instituto forense. El conserje ha ido a ver si estaba su coche. Tampoco está.

A Florian le entraron sudores. Algo no cuadraba. Julia no desaparecía sin más y, encima, con el móvil apagado.

—¿Y no te ha dicho nada? —preguntó él, incrédulo.

—No. De verdad que no. No es nada propio de ella. Pero no está su bolso, ni el abrigo, ni los zapatos. La llave del piso sigue puesta. Parece que fuera a volver enseguida y a llamar al timbre. Yo debía de estar profundamente dormida cuando se fue.

Florian reflexionó. Entonces tuvo una idea.

—Mira en su habitación, por favor. ¿Qué es lo último que hizo? A lo mejor estuvo en el ordenador o apuntó algo.

De nuevo, Florian tuvo que aguantar unos segundos interminables. Movía el pie sin parar, inquieto, mientras oía a Lenja recorrer el piso. Por fin volvió a ponerse al teléfono.

—Ha estado trabajando con el portátil. Está abierto encima de su cama. Por desgracia, no he podido abrir el último archivo utilizado. Se llama algo de la *estación central*.

—¡Maldita sea! —soltó Florian y se levantó de un salto—. ¡Voy para allá ahora mismo!

Julia se despertó con un dolor de cabeza punzante. Abrió los ojos, desorientada. Estaba oscuro. Por unas rendijas se colaba algo de luz y, encima de ella, una pequeña luz LED roja brillaba como un diablo tuerto. El recuerdo volvió de golpe. Se incorporó de un salto. El fiscal jefe Bjoern Kreitz le había puesto un paño empapado en cloroformo sobre la boca y la nariz y la había dejado inconsciente. Maldita sea. Pero ¿dónde estaba?

Tanteó a su alrededor, frenética. Por lo visto, estaba tumbada en una cama. No estaba atada. Con cuidado, deslizó las piernas por el borde de la cama y se levantó pese a las punzadas terribles que sentía detrás de la frente. Dio un paso y chocó contra algo, seguramente una mesa. Los dedos dieron con un cordón, quizá el de un interruptor. Julia tiró de él y en ese mismo instante tuvo que cerrar los ojos. Una luz deslumbrante le atravesó los nervios. La asaltó un mareo. Esperó un momento y volvió a abrir los párpados. En efecto, se encontraba en un dormitorio desconocido. Se palpó de inmediato los bolsillos del pantalón en busca del móvil, pero ya no estaba. Miró a su alrededor. Las persianas estaban bajadas. Julia accionó el interruptor que había en el lateral de la ventana, pero no subieron. ¿Seguiría en la casa del fiscal jefe? Con las piernas flojas se acercó a la puerta y escuchó largo rato antes de bajar el picaporte. La puerta no estaba cerrada con llave. Se asomó con

cuidado al pasillo. No parecía haber nadie. Con el corazón retumbándole, avanzó a hurtadillas por el corredor en penumbra hasta la habitación siguiente y se encontró con un baño. Enfrente había una estancia que, por lo visto, hacía las veces de despacho. Justo al lado había un vestidor con un montón de trajes oscuros idénticos a los que llevaba el fiscal jefe. Volvió sin hacer ruido al baño y registró unos cuantos cajones, en los que encontró varias ampollas de insulina, una pluma de insulina y una receta. Por lo visto, Kreitz era diabético. Al final se guardó unas tijeras. No pensaba rendirse sin luchar. Bajó la escalera en silencio. El salón estaba a oscuras, con todas las persianas bajadas. Aguzó de nuevo el oído y encendió la luz. Delante del ordenador, donde Bjoern Kreitz la había reducido, no había nadie. Tampoco dio con un alma en la cocina ni en la despensa contigua. La puerta de la calle estaba cerrada con llave y no encontró ningún teléfono fijo por ninguna parte. Julia intentó abrir la puerta de la terraza, pero también estaba cerrada. Lo mismo ocurría con las ventanas. Tenían manillas con cerradura y no había ninguna llave puesta. Aquella maldita casa era una fortaleza. Tendría que romper un cristal e intentar levantar las persianas para salir de allí.

De pronto percibió un ruido y se dio la vuelta. La cabeza seguía martilleándole con tanta fuerza que no consiguió identificarlo bien. Decidió romper la ventana de inmediato. Entonces volvió a oírlo. Esta vez con más claridad.

—¡Socorro!

El grito de auxilio no era mucho más que un susurro ronco.

Demonios. Era una voz de mujer y venía de algún punto de aquella casa. Julia aguzó el oído y siguió los gritos amortiguados hasta el sótano. Alguien sacudía una puerta.

—Déjeme salir. Por favor... ¡Socorro!

Julia bajó el picaporte, pero la puerta estaba cerrada con llave.

—Espere, voy a intentar encontrar la llave —gritó Julia.

—¿Quién es usted? —quiso saber la mujer—. ¿Es usted de la policía?

—No exactamente —respondió Julia—. Soy médica forense. ¿Qué hace usted aquí?

—El fiscal me ha secuestrado y me ha encerrado. Creo que quiere matarme. Por favor, sáqueme de aquí antes de que vuelva.

Julia buscó la llave a su alrededor. En vano. Zarandeó el picaporte, pero no consiguió nada. Al final se lanzó contra la puerta con todas sus fuerzas. Al menos la madera crujió un poco.

—Apártese de la puerta. Voy a echarla abajo de una patada.

Julia tomó impulso y embistió la hoja con la pierna estirada. Volvió a crujir. Lo intentó una vez más y, en efecto, la puerta se abrió de golpe con un estruendo enorme.

En aquel cuarto del sótano había una joven acurrucada que la miraba, asustada, con los ojos muy abiertos. Sobre ella colgaba una bombilla parpadeante. En el suelo había un colchón. Al lado, dos botellas grandes de agua; en un plato, un poco de pan.

—¿Cómo se llama? —preguntó Julia y en ese mismo instante le extrañó lo fácil que había resultado echar la puerta abajo. La mujer tampoco estaba atada.

—Soy Teresa Buchholz, ¿y usted?

—Julia Schwarz. ¿Cuánto tiempo lleva retenida aquí?

—No lo sé. Quizá dos días.

—Venga, tenemos que salir de aquí. —Cogió a la mujer de la mano y tiró de ella escaleras arriba. Solo entonces reparó en las numerosas fotografías que colgaban en el hueco de la escalera. En ellas aparecían el fiscal jefe y una mujer. Las fotos adornaban la casa entera. Probablemente fuera su esposa. Por lo que Julia sabía, Kreitz estaba casado. Cuando llegaron al salón y buscaron algo con lo que romper la puerta de la terraza, Julia vio allí también bastantes fotos de la esposa de Kreitz. Teresa agarró un cuenco de cobre y lo lanzó contra el cristal.

—Maldita sea. Es cristal de seguridad —soltó.

En el cristal solo había quedado una pequeña grieta. Julia buscó a su alrededor un objeto más pesado. Su mirada se quedó prendida en un sobre que había sobre la mesa de centro, con su nombre escrito.

—¿Y esto qué es? —murmuró y cogió el sobre. Sacó una hoja de papel y recorrió con la vista las líneas que Kreitz le había dirigido.

«Estimada doctora Schwarz: nada más lejos de mi intención que hacerle daño. Le pido disculpas por el asalto y por el susto que ha tenido que soportar por mi culpa. Por desgracia, no me quedaba otra opción. Su inteligencia es muy aguda; me ha seguido la pista mucho más deprisa de lo que yo había planeado. Como sin duda sabrá, aún quedan algunas piezas anatómicas a la espera de que se les dé uso. Este tratamiento está destinado exclusivamente a personas que han incurrido en culpa y que ya no logran regresar al camino de la virtud. Yo las quito de en medio para que no puedan causar más desgracias. Con demasiada frecuencia vuelven a quedar en libertad sin más. Lamento las circunstancias que la han conducido a mi casa y espero que acepte mis más sinceras disculpas. Seguramente no volvamos a vernos, pues tengo previsto comenzar la eternidad junto a mi amada esposa, que lleva dos años en coma. Una última cosa: Christian Moeller depositó la pieza anatómica en la taquilla por encargo mío. Creía que estaba ayudando en una operación encubierta para detener a un traficante de drogas. Así pues, ese hombre es completamente inocente y, por lo demás, un fiscal excelente. Su seguro servidor, el fiscal jefe Bjoern Kreitz».

Julia bajó la carta. Su mirada recorrió de nuevo las paredes. En una foto que parecía más reciente, la esposa de Kreitz reposaba en una cama de hospital, al parecer con ventilación asistida. Tenía el rostro hinchado y pálido. En los ojos entreabiertos no había más que desolación. Aun así, Bjoern Kreitz no debía poner fin a ese estado sin más. No tenía ningún derecho a decidir sobre la vida y la muerte.

—Tenemos que salir de aquí ahora mismo —dijo Julia y agarró un taburete pesado que había delante de la mesa del salón. Lo levantó con esfuerzo y lo estrelló contra el cristal con todas sus fuerzas. Este se hizo añicos, pero no llegó a salirse del marco. Teresa soltó unos cuantos fragmentos con el zapato.

—Si las persianas son antirrobo, no se pueden subir sin más. ¡Entonces no saldremos nunca de aquí! —gritó, presa del pánico.

Florian intuía que Julia estaba en apuros. Lo sentía con cada fibra de su cuerpo. Ella había visto las imágenes de las cámaras de seguridad de la estación central de Colonia y había descubierto algo. Pero ¿el qué? Soltó una maldición y tecleó como un poseso en el portátil de Julia. No había manera de recuperar el dichoso archivo. No era de extrañar: las imágenes estaban guardadas en un DVD, y este había desaparecido con Julia.

—¿Y de verdad no tienes ni idea de adónde ha podido ir? — Florian ya no intentaba ocultar su desesperación. Tampoco hacía falta: por lo visto, Lenja sentía lo mismo.

—Si lo supiera, removería cielo y tierra para llegar hasta allí. Normalmente no tengo el sueño tan profundo. Tendría que haberme dado cuenta de que se iba.

Florian levantó las manos en gesto conciliador.

—Anda, no te echas la culpa de nada. Julia va a su aire. Ni siquiera habrías podido detenerla contra su voluntad.

Lenja esbozó una sonrisa forzada.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Llamamos a Martin Saathoff? ¿Y si ha ido a su casa?

Florian no se lo imaginaba en absoluto. Pero no quería dejar nada por intentar, así que marcó el número de su compañero. Martin contestó al tercer tono. Su voz somnolienta ya era respuesta

suficiente. Aun así, Florian le preguntó si Julia se había puesto en contacto con él.

—¿Que se ha ido? —La voz de Martin casi se quebró.

—Pues sí, maldita sea. Ha desaparecido y no tengo ni idea de adónde. Seguramente tendremos que revisar las imágenes de la estación central para dar con ella. Y por si eso fuera poco, lo más probable es que me haya topado con otra víctima. —Florian le habló de la médica de los certificados falsificados, que estaba desaparecida.

—Me voy al despacho y echo un vistazo a las imágenes de las cámaras de seguridad —dijo Martin al final y colgó.

Florian iba y venía por el dormitorio de Julia como un tigre enjaulado. ¿Por qué no se había puesto en contacto con él? Normalmente él era la primera persona a la que acudía. ¿Por qué esta vez no? Le dio vueltas y más vueltas, pero no se le ocurría nada.

—Necesito un café —dijo y fue a la cocina. Mientras trasteaba con la cafetera, percibió un movimiento delante de la casa. Soltó la máquina al instante y, sin decir palabra, pasó como una exhalación junto a Lenja y salió a la calle.

—¡Eh! ¡Quieto ahí! —bramó y de un solo salto se plantó junto al hombre que estaba bajo la farola. Agarró a Marcel Stoecker por el cuello de la camisa y lo sujetó frente a sí con el brazo estirado.

—¿Qué se le ha perdido a usted delante de la casa de mi novia? —ladró Florian, fuera de sí.

Stoecker se retorció mientras Florian lo sujetaba.

—Solo quería hablar con ella. Lenja no me contesta y pensé que Julia Schwarz podría ayudarme. Con Lenja voy muy en serio. No quiero perderla.

Florian le soltó el cuello de la camisa. Solo le faltaba aquel lloriqueo.

—Julia no está en casa. No hace falta que siga usted rondando por aquí —siseó.

—Si ya lo sé. La he seguido hace un rato, pero está ocupada. Por eso quería probar suerte otra vez con Lenja. Pero entonces lo he visto a usted en la ventana y me he quedado esperando.

Florian se dio la vuelta de golpe.

—¿Sabe usted dónde está Julia?

Marcel asintió y, antes de que pudiera explicar nada más, Florian ya lo estaba arrastrando hacia su coche.

El siseo rítmico del respirador la tranquilizaba. Anne tenía un buen día. Los médicos le habían ajustado la medicación y ya no sufría los atroces dolores de espalda. El sol entraba por la ventana y ella disfrutaba de aquella claridad y de los rayos cálidos que le rozaban la mano. Cuánto le gustaría estar fuera, al aire libre. Pero seguramente no iba a poder llevar una vida normal tan pronto. Aun así, no quería renunciar a la esperanza. Tenía un pequeño secreto, algo de lo que se había dado cuenta hacía apenas unos días. Volvía a controlar los dedos de manera consciente, al menos un poco. Al principio ella misma lo había tomado por un espejismo. Los médicos hablaban constantemente de reflejos. Pero luego había comprobado que no eran movimientos involuntarios. Los dedos se le movían cuando ella quería. La cosa iba a mejor. Lo notaba.

La puerta de su habitación se abrió y entró su marido. De algún modo, parecía otro. Solo le dio un beso fugaz en la frente antes de sentarse a su lado en la cama y encender una grabadora. Anne no podía preguntarle qué se proponía. Intentó parpadear varias veces, pero él no le prestó atención.

Empezó a hablar.

—Hace algún tiempo te confesé que había quitado de en medio a Frank Laganis. Tenía la esperanza de que después mejoraras. Pensaba que, si ya no tenías que sentir miedo, volverías a mí. Pero

no pudiste. —Le cogió la mano y se la apretó—. Con el tiempo he comprendido que nuestro sistema judicial protege demasiado a los delincuentes. Eso, sin duda, tiene sus aspectos positivos. Pero también protege a personas que ya no tienen salvación y que una y otra vez estafan, mienten, pegan o incluso matan.

Después continuó en un susurro.

—Anne, hoy estoy aquí para poner punto final. He intentado que se hiciera justicia, pero me han descubierto antes de lo que había previsto. No tengas miedo. No voy a dejarte sola.

Él hablaba y hablaba, y cuanto más se alargaba su discurso, más se le helaba el corazón a Anne. Bjoern había matado a una ladrona que nunca iba a dejar de robar. Ella ya había pasado una temporada en la cárcel, pero tenía el alma tan negra que solo la muerte podía detenerla. Además, había dado muerte a un hombre que llevaba años maltratando a su mujer. Bjoern sabía que un día acabaría matándola a golpes, y no estaba dispuesto a permitirlo. El Estado de derecho no parecía tener manera de actuar contra aquel hombre. Era como con Frank Laganis. A alguien solo se le podía castigar después de haber cometido el delito. La policía no podía impedirle de antemano que lo cometiera. Había asesinado a otro hombre que acechaba a mujeres y las grababa a escondidas. Desde su punto de vista, solo era cuestión de tiempo que ocurriera algo peor. Y había encerrado en su sótano a una médica que en realidad no lo era. Ella había falsificado sus certificados y, en la última clínica en la que trabajó, se había producido una muerte misteriosa. Un error médico por falta de conocimientos. También en ese caso, tarde o temprano morirían inocentes. Sin embargo, por lo visto él no le había tocado ni un pelo hasta entonces. Una médica forense llamada Julia Schwarz lo había desenmascarado demasiado pronto. Bjoern tenía además en el punto de mira a un violador al que quería parar a toda costa y a un asesino que, después de quince años, había vuelto a quedar en libertad. Enumeró toda una serie de criminales más a los que había querido sacar de la circulación.

—Pero, por desgracia, ya no me queda tiempo —concluyó su monólogo y se frotó los ojos con desesperación—. Quería hacer del mundo un lugar mejor. Y, para que todos lo vieran con claridad, a

esos criminales les extirpé algo malo y lo sustituí por algo intachable. ¿Qué podía haber más adecuado que las piezas anatómicas de personas que habían donado desinteresadamente su cuerpo a la ciencia para después de su muerte? Pero he fracasado. Ahora solo me queda irme contigo y liberarte de este cuerpo. —A Bjoern le corrían las lágrimas por la cara. Detuvo la grabación y dejó el pequeño aparato negro en medio de la cama. Después la miró y volvió a apretarle la mano.

—Te quiero, Anne —musitó y se metió una cápsula entre los dientes.

Anne intentó negar con la cabeza. No quería morir. Reunió todas sus fuerzas y movió los dedos una y otra vez. Bjoern no parecía darse cuenta. Puede que tampoco quisiera verlo. Por lo visto, se levantó y estuvo trasteando con el respirador.

—¡No! —gritó, pero no le salió ni un sonido de la garganta.

Volvió a levantar todos los dedos a un tiempo y esta vez Bjoern sí se dio cuenta.

—Tranquila —le dijo y le rodeó la mano con la suya—. Enseguida habrá pasado.

—¡No, no, no! —gritó en silencio.

El siseo del respirador se fue apagando. El corazón empezó a latirle a trompicones. Bjoern se desplomó ante ella sobre la cama. La miraba fijamente con los ojos vidriosos. Ella boqueaba en busca de aire. La sangre le retumbaba dolorosamente en las venas y el campo visual se le redujo a un túnel. Todo a su alrededor se volvió negro. Anne se acordó del pañuelo de seda que ella misma se había enrollado al cuello. No quería morir otra vez. Pero no podía hacer nada. Bjoern murió y se la llevó consigo. Sintió cómo la vida se le escapaba con cada respiración vacilante. Dejó de luchar. Ya no tenía sentido. Se quedó allí tumbada y cerró los ojos.

## *Poco antes*

—De aquí no salimos, y tampoco hay teléfono fijo —soltó Julia mientras zarandeaba la maldita persiana, que no cedía ni un milímetro. Lo habían intentado todo, pero en vano.

—Tenemos que buscar ayuda antes de que ese loco mate a su mujer o, a lo peor, vuelva. —Julia dejó de maltratar la persiana y se puso a pensar. A lo mejor conseguían salir por el tejado. En el sótano ya lo habían registrado todo, igual que en la planta de arriba. Quizá pudieran escapar por alguna claraboya. Teresa subió la escalera a la carrera. Julia la siguió, pero se detuvo en seco. Sonó el timbre de la puerta de la calle.

—¿Hola? —gritó y volvió a bajar corriendo—. ¿Quién es?

—¿Julia? ¡Maldita sea, abre! —Florian sonaba fuera de sí.

—Florian, estamos encerradas, no puedo abrir. Tienes que ir al hospital. Bjoern Kreitz ha escrito una carta de despedida. Va para allá y quiere matar a su mujer.

—Apártate de la puerta. ¡Voy a abrirla a tiros!

Julia volvió a subir la escalera a toda prisa y esperó en el último rellano. Sonaron varios disparos. Por fin la puerta se abrió de par en par con un estruendo tremendo y Florian apareció en el recibidor. La miró con furia.

—¡Maldita sea, Julia! ¿Por qué no me has dicho nada? ¡Pero no puedes ir por ahí por tu cuenta y riesgo! —Se interrumpió al reparar en Teresa.

—¿Está usted bien?

Teresa asintió. Julia no quería esperar ni un segundo más. Sabía que la esposa de Kreitz corría un peligro gravísimo. Bajó la escalera a todo correr y recogió del salón la carta de despedida.

—El fiscal jefe es el asesino. He visto a Christian Moeller en el vídeo de las cámaras de seguridad. Kreitz lo convenció para que dejara la bolsa de deporte con la pieza anatómica en la taquilla. A mí me ha dejado inconsciente. Solo cuando he vuelto en mí me he dado cuenta de que nos ha tenido engañados todo el tiempo. —Julia le puso la carta a Florian en la mano y salió corriendo hacia el coche, dejando atrás a Lenja y a Martin Saathoff.

—¡Vamos, no hay tiempo que perder!

Cruzaron la ciudad a toda velocidad con las luces azules y la sirena y, por el camino, dieron el aviso de emergencia. Llegaron al hospital en cuestión de minutos. En casa del fiscal jefe, Julia había encontrado unos documentos con el número de habitación de Anne Kreitz. La habitación estaba en una zona apartada, habilitada expresamente para pacientes en estado vegetativo. Pasaron a toda prisa y sin decir palabra junto a médicos y enfermeros, mientras Florian levantaba la placa para identificarse. Por fin dieron con la habitación. Teresa se abrió paso entre ellos e irrumpió la primera. Por lo visto, el aviso todavía no había llegado hasta allí. Sobre la cama había dos personas inmóviles. Teresa corrió hacia un aparato y lo encendió. Después le tomó el pulso a Bjoern Kreitz. Negó con la cabeza.

—Parece que está muerto.

Entretanto, la planta cobró vida. Dos médicos acudieron corriendo y subieron el cuerpo sin vida a una camilla. Uno de ellos se ocupó de él, mientras el otro ayudaba a Teresa con las maniobras de reanimación de Anne Kreitz. El respirador había vuelto a ponerse en marcha, pero nadie sabía cuándo lo había apagado Kreitz.

—Déjenos solos —pidió uno de los médicos y los sacó al pasillo. Julia todavía tuvo tiempo de coger la grabadora, que había quedado

junto a Kreitz sobre la colcha. Mientras esperaban delante de la habitación, la puso en marcha.

«Me llamo Bjoern Kreitz, fiscal jefe». Así empezaba la grabación, que hizo enmudecer al instante a todos los presentes. Escucharon absortos la confesión de Kreitz, en la que exponía con todo detalle sus asesinatos y su afán de justicia. Mencionó incluso la cápsula de cianuro con la que, por lo visto, acababa de quitarse la vida.

«Te quiero, Anne» fueron sus últimas palabras, y a Julia se le hizo un nudo en la garganta. Siempre había tenido al fiscal jefe por un hombre exageradamente correcto y severo. Jamás se le habría ocurrido que tuviera semejante determinación criminal ni que fuera capaz de unos asesinatos tan brutales. Por otro lado, tampoco sabía lo que le había ocurrido a su mujer. Kreitz había tenido que presenciar su sufrimiento durante muchos años. No había logrado protegerla. Había visto impotente cómo Frank Laganis, tras salir de la cárcel, la destruía definitivamente. El frustrante día a día de un fiscal había hecho el resto. Aquellas experiencias y, sobre todo, la pérdida de su mujer le habían devorado la fe en el sistema y lo habían empujado a tomarse la justicia por su mano. Julia y la policía habían caído en su trampa porque él, valiéndose de sus influencias, había torpedeado una y otra vez el trabajo de investigación.

—¡Maldito canalla! —soltó Martin Saathoff cuando Julia apagó el aparato.

Florian puso cara de duda.

—Nunca habría pensado que un fiscal jefe pudiera cambiar de bando —dijo pensativo, y en su voz vibraba casi algo parecido a la compasión. Luego se le iluminó un poco la cara—. Al menos a esa médica no le ha pasado nada. Ha faltado muy poco.

En ese momento, Teresa Buchholz salió de la habitación y negó con la cabeza.

—Todavía no sabemos si va a salir adelante.

## EPÍLOGO

*Tres semanas después*

En la habitación del hospital reinaba el silencio. Teresa Buchholz estaba de pie junto a la cama de Anne Kreitz. Sobre ellas giraban unos puntos de colores que una lámpara proyectaba en el techo. Anne los seguía con los ojos.

—¿Cómo está usted? —preguntó Julia y le tendió la mano a Teresa Buchholz a modo de saludo.

—Muy bien. Me alegro de que todo esto haya pasado. —Teresa Buchholz sonrió—. La enfermera me ha pedido que encienda la lámpara. Es un ejercicio que cada día se prolonga un poco más. ¿Ve cómo Anne Kreitz sigue los puntos con los ojos? Es fantástico, ¿verdad? —Se detuvo un momento—. Tuve mucho miedo de que no saliéramos vivas de aquella casa. En cuanto Bjoern Kreitz apareció en mi piso, supe que quería matarme.

—Tuvimos suerte. Yo también me alegro muchísimo de que no nos pasara nada —respondió Julia.

Teresa Buchholz negó con la cabeza.

—Normalmente tengo mucho cuidado de cerrar con llave la puerta del piso. Solo aquella vez iba completamente absorta en mis pensamientos. —Suspiró—. Seguramente no olvidaré nunca la imagen de aquellos dos ojos dentro de la caja de plástico azul.

Julia asintió y se acercó a la cama. Se inclinó hacia la mujer pálida.

—¿Cómo está usted, Anne? —preguntó con dulzura.

Anne Kreitz parpadeó. A Julia le pareció ver un temblor en las comisuras de los labios. Cogió la mano menuda de la paciente.

—Lo va a conseguir. A partir de ahora vendré a verla con regularidad, y Teresa Buchholz también la visitará.

Otra vez creyó distinguir un movimiento en los labios de Anne Kreitz. Las cosas pintaban bien para ella. Los neurólogos habían confirmado que podía mover conscientemente los dedos de las manos y de los pies. Nadie era capaz de decir si Anne Kreitz volvería a caminar algún día, pero su estado había mejorado sin lugar a dudas, y eso era lo único que contaba. Teresa Buchholz se había ofrecido voluntaria para pasarse de vez en cuando a ver a la viuda del fiscal jefe. Aunque Teresa no era médica de verdad y aún le esperaban consecuencias serias por su grave fraude, Julia notaba que quería ayudar a la gente de todo corazón. Por desgracia, en algún momento de su juventud se había ido por el mal camino. Un compañero de clase le había conseguido un título de bachillerato falso, y ese fue el pistoletazo de salida de las falsificaciones que vinieron después. Teresa Buchholz no podría volver a ejercer nunca como médica. Aunque completara la formación necesaria, lo más probable era que le cayera una inhabilitación profesional de por vida. Había, no obstante, alternativas en las que podía aportar lo que sabía. En el ámbito de la enfermería, por ejemplo, se buscaba personal con urgencia, y Julia estaba segura de que Teresa encontraría su camino. Si Anne Kreitz seguía con vida, era gracias a la intervención de Teresa. Habían llegado justo a tiempo. El respirador había estado parado poco menos de tres minutos. Julia sonrió y se volvió hacia Teresa.

—Ya tengo que irme, pero, si necesita cualquier cosa, llámeme.

Teresa asintió.

—Lo haré —prometió.

Julia salió del hospital y se dirigió al aparcamiento. Florian y Lenja la esperaban allí.

—Tengo un hambre canina —dijo Julia y se sentó al lado de Florian, en el asiento del copiloto—. Vamos a comer algo por ahí.

—Faltaría más —respondió Florian y le sonrió a Julia con descaro—. Me temo que vas a tener que conformarte conmigo a solas. Es que Lenja ya tiene otros planes.

—¿Qué? —Julia se giró hacia el asiento trasero y observó a Lenja, a la que al instante se le encendieron las mejillas.

—No me tengas en ascuas —pidió Julia, alegre, porque ya se olía algo—. Déjame adivinar: alguien va a tener una segunda oportunidad.

La sonrisa de Lenja lo decía todo. Julia se alegró por ella y esperó que Marcel hubiera aprendido de su desliz. Sacó una postal del bolso y se la tendió a Florian.

—Mira, me ha llegado hoy.

Florian frunció el ceño.

—No me lo puedo creer. ¿Alina Petrowa te ha escrito?

Julia asintió. Era solo un saludo breve, pero dejaba claro que estaba bien. La rusa se había largado a Moscú y no pensaba volver a Alemania en mucho tiempo. Pavlo Burakow se había aprovechado durante años de la situación de Petrowa y la había forzado a mantener relaciones sexuales delante de la cámara. El fiscal jefe le había prometido una salida. A cambio, ella tenía que hacer que Julia y la policía siguieran una pista falsa. Había conducido a Burakow hasta el contenedor con el cadáver de Jana Petersmann. Además, había conseguido el pelo de la barba que Bjoern Kreitz había colocado sobre el cadáver de Olaf Seidel. Después de aquel recorrido sin rumbo por Colonia, Bjoern Kreitz le había sacado un vuelo y le había alquilado un piso en Moscú. Le había dado dinero suficiente para empezar de nuevo en su antigua tierra. El fiscal jefe había manipulado a la perfección la investigación y había convertido a Pavlo Burakow en el presunto asesino. Entretanto, en el arcón congelador de su casa habían descubierto también el cadáver de Frank Laganis, el violador de la esposa de Bjoern Kreitz. Con aquel asesinato había empezado todo. En cualquier caso, Julia se alegraba de que, con el suicidio del fiscal jefe, la terrible serie de asesinatos hubiera llegado a su fin.

Julia volvió a guardar la postal en el bolso y cogió la mano de Florian.

—¿Vamos a nuestro italiano favorito y luego a tu casa?

—Nada me apetece más —respondió Florian. La atrajo hacia sí y le dio un beso largo.

FIN

## **MUESTRA DE LECTURA: „CRISTALES BAJO LA PIEL: UN THRILLER FORENSE”**

### **Prólogo**

La música retumba en el club. Noto el bajo vibrándome en los pies. El alcohol me corre por las venas. Me siento más viva que nunca y muevo las caderas al ritmo de la canción. El camarero me dedica una sonrisa. Alzo la copa hacia él. Luego me bebo el cóctel casi de un trago. Alguien tira de mí hacia la pista de baile. Empieza un tema nuevo. Mi favorito ahora mismo. Me fundo con los sonidos, con la luz y con el ritmo cada vez más rápido. Mi cuerpo se mueve solo. Todo late al mismo compás. Cierro los ojos y disfruto del momento. La canción termina, pero yo no dejo de bailar. Una amiga da vueltas a mi alrededor. Ella también está llena de energía. Mientras estira los brazos y la melena larga le vuela por el aire, de repente noto el estómago revuelto. Las luces de colores del club se me desdibujan delante de los ojos. Me entran náuseas. Necesito aire. Con los labios apretados, salgo de la pista dando tumbos y me cuelo a empujones entre la masa de gente. Un cartel verde luminoso señala la salida. Tambaleándome, me abro camino hacia fuera. Me encuentro tan mal que tengo que sentarme en el borde de una jardinera. Cojo aire y lo suelto. Todo me da vueltas. El estómago se me retuerce de dolor. Un chorro ácido me sube por la garganta y acaba en la jardinera.

—¿Estás bien? —pregunta un hombre.

Los contornos de su cara se deshacen de repente, igual que las luces del club. Parpadeo, pero el hombre sigue borroso. Mueve los labios y, de pronto, tiene dos bocas y cuatro ojos. Empiezan a girar. Tengo que largarme de aquí antes de vomitar otra vez.

—Todo bien —le digo y paso a su lado camino del parque.

—¿Seguro?

Consigo asentir con la cabeza y acelero el paso todo lo que puedo. Lo que me faltaba: que el tío se quede mirando mientras tengo arcadas. Tengo un objetivo: el parque y un árbol detrás del que pueda descansar sin que nadie me vea. Aunque estoy horriblemente mareada, echo un vistazo cauteloso por encima del hombro. El hombre de las dos bocas se ha quedado parado. Sus cuatro ojos me observan. Me doy la vuelta y clavo la vista en un tronco grueso. Ojalá no hubiera bebido tanto. La fiesta está genial. Quiero volver como sea. Solo unos minutos de descanso y seguro que se me pasa. Sigo adelante como puedo. El árbol se alza ante mí; por fin lo he conseguido. Con un suspiro, me dejo caer contra el tronco. Respiro hondo. Las náuseas se han convertido en un peso de plomo. Apenas consigo mantener los ojos abiertos. El último cóctel me lo tendría que haber ahorrado. Estoy a cero. Algo no va bien. He bebido muchas veces, pero lo de hoy parece una pesadilla. El mareo no remite, y encima este cansancio que me aplasta. Frustrada, me pongo en pie. Está claro que necesito descansar. La noche está perdida. Solo quiero meterme en la cama.

Doy unos pasos hacia el club. Quizá haya un taxi esperando allí. Pero de repente el tío de las dos bocas vuelve a plantarse delante de mí. Sus ojos oscuros brillan con maldad. Me entra el pánico y echo a correr con mis últimas fuerzas. Largarme como sea, antes de que me arrastre a los matorrales. Pero me corta el paso. Me escurro por su lado y corro hacia una farola. Tropiezo con algo. Me caigo. Algo cruje debajo de mí mientras una ola de dolor me inunda. Relámpagos deslumbrantes me estallan en la cabeza.

Desde lejos oigo mi nombre. Suena ajeno. Conozco la voz que lo ha pronunciado.

—Socorro —grazno y me incorporo a duras penas. Me miro de arriba abajo y empiezo a temblar. Hay sangre por todas partes, en

las rodillas y en los antebrazos. Se me han clavado en la carne unos cristales gruesos.

—Socorro —balbuceo otra vez. No me quedan fuerzas para gritar.

Sigo tambaleándome. La luz de la farola me deslumbra. He perdido la orientación. Delante de los ojos me bailan manchas oscuras. No tengo ninguna explicación. A lo mejor alguien me ha echado algo en la copa. Echo mano de mis últimas reservas y avanzo dando tumbos. Detrás de mí, alguien respira con dificultad. Tiene que ser el hombre. Sé que me está mirando fijamente. A cierta distancia aparece un puente. Pero ¿cómo he llegado hasta aquí? Echo a correr otra vez. Al menos lo intento. Con los pies como de plomo y las rodillas destrozadas, apenas consigo cojear. Ver un coche de color marfil me da nuevas fuerzas. Pero a los pocos pasos noto una mano en el hombro. Los pies se me despegan del suelo. Floto y, de golpe, estoy de pie sobre la barandilla del puente. Debajo de mí chapotean unas olas negras. Me están llamando. Y antes de que pueda pensar nada, me caigo. Me precipito al vacío, hacia el río oscuro. Un agua helada me recibe y me entra a chorros por la boca y la nariz. Adormece el dolor y me arrastra hacia el fondo. Los pulmones se me llenan de agua, pero no duele. No tardo mucho en hundirme en la oscuridad.

## **Capítulo 1**

Julia Schwarz se miró fijamente en el espejo y se secó a toquecitos el sudor de la frente. Aquella mañana el estómago le estaba dando guerra. Se puso a pensar en lo que había cenado la noche anterior. Yogur, un par de rebanadas de pan y una manzana. Tiró la toallita de papel a la papelería y se observó. La palidez de su cara contrastaba con su pelo oscuro. Las ojeras delataban una noche agitada. Se colocó un mechón detrás de la oreja derecha y se ajustó las gafas. Quizá el yogur ya no estuviera en buen estado, ¿o sería por el café que se había bebido a toda prisa nada más levantarse? Julia respiró hondo y soltó el aire despacio. Ya se encontraba mejor. Seguramente eran el estrés y las pocas horas de sueño, que le

estaban pasando factura. Desde hacía una semana llegaba cada día al trabajo una hora antes de lo habitual. En el Instituto de Medicina Forense de Colonia reinaba una actividad frenética. El final del año se acercaba a pasos agigantados y, con él, crecía el tiempo que había que dedicar a la administración. Hoy en día había que documentarlo todo varias veces. Como si así se esclareciera un solo caso de muerte. Pero no había nada que hacer. Julia tenía que elaborar estadísticas y justificar costes. Podía considerarse afortunada de que Manfred Holsten siguiera fielmente a su lado. Su antiguo jefe había dirigido el instituto hasta jubilarse y después le había cedido la dirección. Todavía se encargaba unas horas a la semana del incómodo papeleo. Mientras tanto, Julia podía dedicarse a los muertos. Ella era la última que podía darles voz. Pero el papeleo no era el único motivo de la sobrecarga. Un compañero se había dado de baja. Llevaba dos semanas sin aparecer y, por lo que parecía, la cosa iba a seguir así de momento. Tenía que operarse de una hernia discal, y Julia se veía obligada a cubrirlo como fuera mientras tanto. No era fácil. El doctor Abel llevaba muchos años trabajando como médico forense. Los médicos jóvenes, sobre todo, difícilmente podían igualar su experiencia. Con un suspiro, echó un último vistazo al espejo y salió del aseo.

Ya sentada a su mesa, Julia abrió el correo y repasó por encima las citas que tenía en la agenda para ese día. Durante la noche se habían añadido dos autopsias. Una víctima con heridas de bala y un posible suicidio. Estudió los informes policiales de los dos casos. El hombre se había visto envuelto en una pelea cerca de la estación central y había muerto por un disparo de pistola en la cabeza. El presunto autor, un camello conocido en toda la ciudad, estaba bajo custodia policial. A la otra víctima, una joven aún sin identificar, la habían sacado los bomberos del Rin. El cadáver se había enganchado en un embarcadero y lo había descubierto un paseante hacia las cuatro de la madrugada. La policía sospechaba que era un suicidio, porque la mujer llevaba una carta de despedida en el bolsillo del abrigo.

Julia decidió empezar por la mujer. Cambió la entrada de la agenda y retrasó unas horas la autopsia prevista para la mañana. Al

hombre del disparo mortal se lo asignó a su colega, el doctor Neumann. Justo cuando iba a firmar unos pedidos de material, alguien llamó tímidamente a la puerta del despacho.

Julia se detuvo y alzó la voz.

—¿Sí?

En la puerta apareció Ferdinand Meisner, un compañero joven que había empezado en el instituto forense hacía cosa de medio año. Aunque Meisner podía presumir de un expediente universitario excelente, no parecía tener mucha seguridad en sí mismo. No miraba a Julia, sino un punto del suelo delante de la mesa.

—Tengo que hablar con usted —masculló y cerró la puerta con torpeza.

Julia apartó los documentos y le hizo una seña a Meisner para que se acercara.

—Siéntese.

Ferdinand Meisner se acercó con paso vacilante y tomó asiento. Por fin levantó la vista. Con aquella barba rala sobre el labio superior y en la barbilla parecía mucho más joven de los casi treinta años que tenía. El pelo corto y peinado con gel reforzaba todavía más su aspecto juvenil.

—Quería decírselo a usted primero —empezó en voz baja, y Julia se temió lo peor. Levantó la mano y le impidió seguir hablando.

—Pero no irá usted a dimitir, ¿verdad? Lo necesito aquí.

Por un momento Julia pensó que Meisner iba a echarse a llorar. Él tragó saliva y bajó la mirada, compungido.

—Pues sí, por desgracia. No estoy hecho para tratar con muertos.

Julia suspiró. Se lo había visto venir. Tanto Lenja, su ayudante, como el doctor Neumann ya lo habían insinuado. Ferdinand Meisner había tenido que interrumpir varias autopsias porque le habían entrado náuseas.

—No se preocupe. No tiene por qué sentirse mal por eso —respondió ella de todos modos—. La medicina forense no es para cualquiera. Tratar con muertos no es lo mismo que tratar con vivos. La mayoría de los médicos quieren ayudar. En nuestro caso, por desgracia, ya no podemos hacerlo. Como mucho, todavía podemos

procurar que se haga justicia. —Julia le sonrió con amabilidad—. ¿Y hacia dónde le gustaría orientarse?

Meisner se encogió de hombros, inseguro.

—La verdad es que pensaba que estaba hecho para la medicina forense. Siempre me ha interesado muchísimo esclarecer delitos. Pero a lo mejor es que sencillamente he visto demasiadas series en la tele y me he hecho una idea equivocada. —Abrió los brazos y señaló hacia la puerta del despacho—. Ahí enfrente, en las salas de autopsias, hace frío, apenas entra luz del sol y el olor es bastante más desagradable de lo que yo esperaba. Lo peor es que ya no consigo quitármelo de encima. Ni siquiera en casa. Seguramente son imaginaciones mías. Pero mi madre no para de criticarme la profesión y, desde luego, así no voy a encontrar novia. —Se interrumpió y bajó la mirada, culpable—. Lo siento. No lo digo con esa intención. Al fin y al cabo, usted y los demás compañeros tienen familia y no parece que a nadie le moleste.

—No pasa nada —respondió Julia con una sonrisa. Ella misma se había hecho en su día exactamente las mismas preguntas. Le aliviaba enormemente que a Florian no le importara de verdad aquello a lo que ella se dedicaba día tras día. Al menos eso decía él, y después de todo el tiempo que llevaban juntos, le creía.

—Nuestra profesión no es para todo el mundo, y muchas veces uno no lo descubre hasta que trabaja aquí a diario. No estoy enfadada con usted; de verdad que entiendo sus motivos. Pero volvamos a mi pregunta: ¿en qué especialidad se ve? Quizá pueda recomendarlo a alguien.

Meisner abrió mucho los ojos.

—¿Haría usted eso por mí?

Julia asintió.

—Por supuesto. Me parece usted un buen médico. Además, hace falta valor para cambiar de rumbo a mitad de camino.

—Me gustaría probar con medicina interna. Creo que esa especialidad va más conmigo.

Julia pensó a quién podría enviar a Meisner. Se le vino a la cabeza un antiguo compañero de carrera.

—Voy a ponerme en contacto con el doctor Tobias Walther. Trabaja en el hospital universitario de Bonn y quizá pueda hacer algo por usted.

—Eso sería estupendo. —El rostro pálido de Ferdinand Meisner fue recuperando poco a poco algo de color—. Gracias, doctora Schwarz. Es usted muy amable. —Meisner se levantó de la silla, pero se quedó de pie junto a la mesa.

—No hay de qué —replicó Julia—. Antes de que se me olvide: ahora voy a practicarle la autopsia a una mujer. Puede echar una mano si quiere. Al fin y al cabo, todavía va a estar un tiempo con nosotros.

Ferdinand Meisner tragó saliva, consternado.

—Verá. Creo... no soy capaz. Es que... —No siguió hablando y volvió a mirar, impotente, las puntas de sus zapatos.

—Está bien. Búsquese otras tareas. Puede ayudar al doctor Neumann con los informes de autopsia —dijo Julia.

—Gracias —respondió Meisner, aliviado. Julia vio cómo el joven médico se escabullía de su despacho casi con paso ligero. Por lo visto se le había quitado un gran peso de encima.

Suspiró y se puso en camino hacia la cámara frigorífica. Iba a tener que pensar cómo sustituir a Ferdinand Meisner. A la larga no podía cargar al equipo con más horas extra. Ya estaban trabajando al límite. Pero la medicina forense no interesaba a demasiados estudiantes y, además, Meisner no era el primero que tiraba la toalla al cabo de unos pocos meses.

Antes de que Julia pudiera coger el picaporte, oyó unos pasos rápidos a su espalda. Lenja se acercaba a toda prisa. A pesar de las temperaturas invernales, tenía la frente perlada de sudor.

—Perdona, llego tarde. Se me ha pinchado la bici. La he dejado allí y he hecho el resto del camino a pie. —Resopló y se secó el sudor con la manga. Miró hacia la puerta—. Todavía no has empezado, menos mal. Ya pensaba que... —Lenja se interrumpió a mitad de frase y observó a Julia—. ¿Ha pasado algo? Estás pálida.

—No, no. —Julia levantó las manos para quitarle importancia y abrió la cámara frigorífica—. No es nada grave, pero Ferdinand

Meisner acaba de dimitir. La medicina forense no es lo suyo. Prefiere tratar con personas vivas.

Lenja soltó un bufido despectivo.

—Me lo temía. El doctor Neumann me contó la semana pasada que se había escaqueado de una autopsia. Simplemente llegó tarde al trabajo. Y eso que se trataba de una mujer mayor. Nada dramático y, como era de esperar, al final resultó que había sido una muerte natural. —Lenja arqueó las cejas—. ¿Y ahora qué hacemos? Necesitamos con urgencia un nuevo médico residente o una médica residente.

Julia hizo una mueca.

—Le diré a la señora Brandt que redacte un anuncio y que lo difunda por todas partes. Solo nos queda esperar que alguien conteste pronto. ¿No conocerás por casualidad a alguna candidata o algún candidato que valga?

Lenja negó con la cabeza.

—Así de pronto, no. Pero preguntaré por ahí encantada. A lo mejor a Marcel se le ocurre algo.

Julia asintió, agradecida. El novio de Lenja estudiaba Medicina y quizá tuviera algún contacto con estudiantes interesados. Tenía que poner remedio a ese problema de personal como fuera. No se debía solo a la dimisión de Ferdinand Meisner. Aun sin eso, sus compañeros llevaban ya meses al límite de sus fuerzas. La administración intentaba recortar todavía más el presupuesto de personal. Además, el número de delitos violentos crecía sin parar y, con él, el de las muertes que había que autopsiar. Así no se podía seguir. Iba a tener que pelear por más plazas para que la situación mejorase.

—Hoy quería empezar con una muerta sin identificar. He aplazado el caso que tenía previsto, porque seguramente se trata de un infarto y, por tanto, de una causa de muerte natural. —Julia le hizo una seña a Lenja para que la acompañara a la cámara frigorífica—. La sacaron del Rin. Su cuerpo se había enganchado en un embarcadero. La policía sospecha que es un suicidio.

Julia repasó por encima la lista en la que figuraban los cajones ocupados.

—El número ocho del armario tres —dijo.

Lenja se apresuró hacia el armario y desbloqueó el cajón inferior. Sacaron el cadáver y lo subieron a la camilla de transporte.

En la sala de autopsias trasladaron a la muerta a la mesa y abrieron la bolsa para cadáveres. Asomó una melena rubia, revuelta y todavía mojada. Poco a poco fue apareciendo una mujer joven de unos veinticinco años, delgada y no muy alta, con la ropa completamente empapada. Llevaba un pantalón negro ajustado y un abrigo de invierno de color lila. Tenía las manos metidas en unos guantes de cuero claros y los pies en unas botas de pelo hasta la rodilla. Julia observó el rostro, que parecía hinchado y sucio. Los ojos, curiosamente, estaban cerrados; la boca, en cambio, ligeramente abierta. Entre los labios colgaba algo verdoso, quizá un alga u otra planta acuática del Rin.

—La cara presenta bastantes excoriaciones, como suele ocurrir con los ahogados —dijo Julia—. A menudo la corriente los empuja por el fondo del cauce y por el camino chocan contra piedras e irregularidades. Por el estado en que se encuentra, calculo que no ha estado mucho tiempo a la deriva en el agua. —Julia le quitó el guante de la mano derecha a la muerta y lo examinó bajo la lámpara—. En el cuero también hay marcas de arrastre.

Lenja se ocupó del guante izquierdo.

—Aquí también, y el abrigo está desgarrado. El pantalón igual, a la altura de las rodillas. ¿Por qué crees que no ha estado mucho tiempo a la deriva en el Rin?

—Los cadáveres en el agua flotan siempre boca abajo. Cuando se deslizan por el fondo, se producen marcas de arrastre en las manos, las rodillas, los pies y la cabeza. En este caso, sin embargo, no son especialmente pronunciadas. —Julia señaló las manos de la mujer—. Tampoco se ha formado todavía piel de lavandera. Según el tipo de agua, eso tarda varios días, y al cabo de unas dos semanas la piel se cubre de una capa de algas. Aquí no es el caso. Vamos a leernos el informe policial antes de empezar. Hace un rato solo lo he mirado por encima. —Julia fue hasta una mesa pegada a la pared y abrió el documento en el ordenador. Lenja miró por encima de su hombro. El informe no ocupaba más que unas líneas. Los bomberos habían

recuperado el cadáver hacia las cuatro de la madrugada en la orilla del Rin. Un hombre lo había descubierto mientras paseaba con su perro. Julia arqueó las cejas.

—La policía también ha escaneado la carta de despedida —murmuró; abrió el documento adjunto y estudió aquella letra menuda y de trazos curvos.

*Soy culpable y no puedo seguir viviendo así. Lo siento.*

—Qué raro —dijo Lenja—. No ha firmado la carta ni la ha dirigido a nadie.

—Es verdad. Además, el papel está plastificado y la policía no ha encontrado nada más en sus bolsillos. Ningún documento de identidad, ninguna cartera, nada aparte de estas pocas palabras de despedida. —Julia contempló el texto, pensativa—. La carta no parece del todo auténtica, no sé por qué. —Amplió el documento—. Mira esto, Lenja. La letra tiene un trazo anguloso y torcido.

Lenja asintió.

—¿Crees que obligaron a la mujer a escribir esas líneas?

Julia se encogió de hombros.

—No quiero especular; vamos a empezar la autopsia y a averiguar primero de qué murió.

Primero registraron a fondo los bolsillos del abrigo y del pantalón. Como esperaban, estaban vacíos. La policía ya lo había comprobado todo antes que ellas. Julia le quitó el abrigo a la mujer y lo dejó sobre un plástico grande, para poder llevarlo después al laboratorio como prueba. A continuación se ocupó de las botas, mientras Lenja le ordenaba el pelo a la muerta y le examinaba el cuero cabelludo en busca de lesiones. Bajo las botas aparecieron unos calcetines de color rojo oscuro, empapados. Julia tiró del calcetín izquierdo y se detuvo, extrañada. Le llamaron la atención unos contornos irregulares en la planta del pie. La examinó con la lupa. Después retiró el calcetín con cuidado, conteniendo la respiración.

En la planta desnuda del pie había clavadas numerosas esquirlas de cristal que habían penetrado profundamente en la piel. Julia pasó la yema del dedo enguantado por un borde afilado. Sorprendida, le quitó el otro calcetín. Las esquirlas se habían incrustado en toda la planta. Ni siquiera los dedos de los pies se habían librado.

—Tienes que ver esto. —Con un gesto, le indicó a Lenja que rodeara la mesa y se pusiera a su lado, y cogió las pinzas. Muy despacio, extrajo una esquirla de la carne.

—Es cristal grueso, como de una botella. —Lo midió con una regla—. Son exactamente dos milímetros. El verde me recuerda a una botella de cerveza.

Examinó la herida abierta que había dejado la esquirla.

—No veo fibras de los calcetines en las heridas; por tanto, la mujer tuvo que pisar los cristales descalza.

Lenja miró a Julia, asustada.

—¿Quieres decir que en ese momento todavía estaba viva? Los pies tienen un aspecto verdaderamente horrible.

Julia señaló las manchas de color rojo oscuro bajo la piel.

—Eso debe de ser sangre. Seguramente el agua del río se llevó la mayor parte, pero todo apunta a que el corazón todavía le latía cuando pisó los cristales. La tumefacción alrededor de las esquirlas también lo indica.

Lenja frunció el ceño.

—¿Primero caminó descalza sobre esas esquirlas de cristal afiladas y luego volvió a ponerse los calcetines y las botas?

Julia se llevó la mano a las gafas y se las subió un poco por el puente de la nariz.

—No creo que lo hiciera voluntariamente.

Lenja guardó silencio, horrorizada.

—Vamos a quitarle el pantalón y a ver si encontramos más esquirlas. —Julia cogió unas tijeras, pero se detuvo—. ¿Puedes hacer fotos primero?

Lenja fotografió las plantas de los pies desde distintas perspectivas. Cuando terminó, Julia empezó a cortar la pernera derecha de abajo arriba. Se detuvo a la altura de la rodilla y observó la piel.

—Aquí no hay cristales clavados, aunque la piel está excoriada. Por tanto, tuvo que caminar sobre los cristales sin llegar a caerse. —Julia siguió cortando y dejó al descubierto el muslo; al llegar a la entrepierna, topó con algo duro. Levantó la tela y descubrió un objeto metálico.

—Creo que ha llegado el momento de llamar a la policía judicial  
—declaró Julia y cortó el resto del pantalón.

### **FIN de la muestra de lectura**

Descárgalo aquí:  
Cristales bajo la piel: Un thriller forense

## **CRÉDITOS / AVISO LEGAL**

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, empresas, organizaciones, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

### **Apagada: Un thriller forense**

Copyright © 2026 Catherine Shepherd

Kafel Verlag, titular: Catherine Shepherd

Franz-Radziwill-Weg 12, 26389 Wilhelmshaven (Alemania)

Título original: Verloschen

Primera publicación: 2021 (Edición actual en español: 2026)

Diseño de cubierta: © Alex Saskalidis

Imagen de cubierta: © alexan888 / shutterstock.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la autorización por escrito de la titular de los derechos, salvo en el caso de citas breves incorporadas en artículos de crítica y reseñas.

[www.catherine-shepherd.es](http://www.catherine-shepherd.es)

**Boletín de noticias**

Le invito a visitar mi página web [www.catherine-shepherd.es](http://www.catherine-shepherd.es) y a suscribirse a mi boletín para recibir noticias exclusivas y contenido adicional.